



ESTABLECIMIENTO

DE

Compañía de Comercio y Cervecería
CERVEZA Y ROPA BLANCA
ESTABLECIMIENTO LAS HERAS



1888

ESTABLECIMIENTO

DE

Compañía de Comercio y Cervecería
CERVEZA Y ROPA BLANCA
ESTABLECIMIENTO LAS HERAS



1888

ESTABLECIMIENTO

DE

Compañía de Comercio y Cervecería
CERVEZA Y ROPA BLANCA
ESTABLECIMIENTO LAS HERAS



1888



Madrid
1827-1888



LA BUENA MADRE.

ESTABLECIMIENTO

DE

Generos del Reino y Extrangeros

MINISTERIO Y ROSA ROSCHA

DE LAS HERAS

RECEIVED

BY RUBEN A. MARTIN

DON MIGUEL GUIJARRO, EDITOR.

LA
BUENA MADRE

CRONICAS DE CASTILLA

REGENCIA DE DOÑA MARIA DE MOLINA

NOVELA HISTORICA ORIGINAL

FOR

DON MANUEL FERNANDEZ Y GONZALEZ.



MADRID

IMPRESA Y LIBRERIA DE D. MIGUEL GUIJARRO
calle de Preciados, núm. 5.

1866.

+ 71064
C. 1089508



R. 58132

POZ MIGUEL GUIJARRO. EDITOR

LA

BUENA MADRE

CRÓNICAS DE CASTILLA

REGENCIA DE DOÑA MARIA DE MOLINA

NOVELA HISTÓRICA ORIGINAL

Esta obra es propiedad de D. Miguel Guijaro, y nadie, sin su consentimiento, podrá reimprimirla ni traducirla.

Queda hecho el depósito que marca la ley.

MARIA Y GONZALEZ

MADRID

IMPRESA Y REGENCIA DE D. MIGUEL GUIJARRO

CALLE DE CALERAS, 25

1866

LIBRO CUARTO.

EL INFANTE DON ENRIQUE.

ESTABLECIMIENTO

DE
Generos del Tercero y Cuarteros

COMISARIA Y ROPA SECA

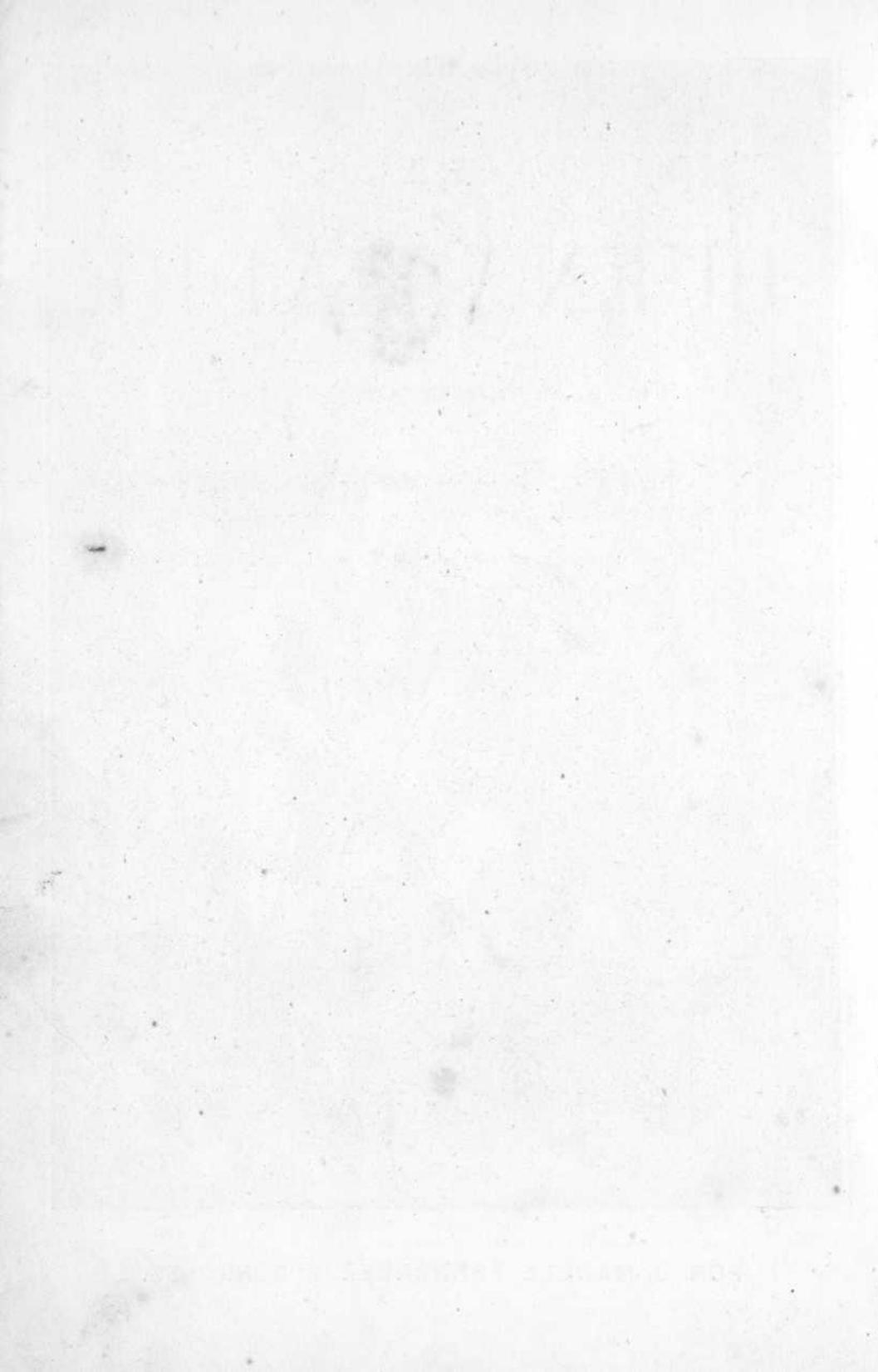
DE
SANTIAGO LAS HERAS

60111

La Buena Madre



POR D. MANUEL FERNANDEZ Y GONZALEZ.



DON MIGUEL GUIJARRO, EDITOR.

LA
BUENA MADRE

CRONICAS DE CASTILLA

REGENCIA DE DOÑA MARIA DE MOLINA

NOVELA HISTORICA ORIGINAL

POR

DON MANUEL FERNANDEZ Y GONZALEZ.

TOMO I.

MADRID

IMPRENTA Y LIBRERIA DE D. MIGUEL GUIJARRO
calle de Preciados, núm. 5.

—
1866.

DOCTOR MIGUEL GUIJARRO, EDITOR.

LA

BUENA MADRE

CRÓNICAS DE CASTILLA

REVISADA POR DOÑA MARÍA DE MOLINA

IMPRESIÓN DE LA BIBLIOTECA DE LA UNIVERSIDAD DE MADRID

Esta obra es propiedad de D. Miguel Guijarro, y nadie, sin su consentimiento, podrá reimprimirla ni traducirla.

Queda hecho el depósito que marca la ley.

COMPAÑÍA EDITORIAL DE LOS SEÑORES GONZÁLEZ Y CAÑIZAL

TOMO I

MADRID

EN LA BIBLIOTECA DE LA UNIVERSIDAD DE MADRID

Calle de la Universidad, 10

1891

CAPITULO PRIMERO.

DE CÓMO DON ALFONSO PEREZ DE GUZMAN DIÓ EN EL MAL HECHO DE
IMPEDIR QUE LOS MOROS MATARAN AL INFANTE DON ENRIQUE.

I.

Mal le habian salido sus negocios con el rey de Granada al infante don Enrique en lo de la venta de la villa de Tarifa.

Porque si don Enrique estaba muy en ello, no lo estaba don Alfonso Perez de Guzman, el Bueno, que tenia siempre fija la vista en aquellos terribles muros, que le habian costado la vida de su hijo defendiéndolos por el rey de Castilla.

Y tanto temia el rey moro á Guzman el Bueno, que en lo de Tarifa no pudo haber avenencia, y llegó el caso de que Mojammet-el-Ansarí receló que Guzman el Bueno y el infante don Enrique estaban en inteligencia para entretenerle con lo de Tarifa, para que no corriese la frontera cristiana: de tal modo se irritó contra el infante don Enrique, que si un moro que poseia la confianza del rey y era muy amigo de don Enrique, no le avisara á tiempo y no se escapara el infante don Enrique una noche de Granada, descolgándose por un adarve de la puerta Elvira, ciertamente que lo pasara muy mal.

II.

Fuése el infante á Córdoba.

Por este tiempo habian tenido lugar grandes sucesos en Castilla, favorables al rey.

El rey de Portugal, al retirarse, llegó á Castil Rodrigo, que era de don Sancho, hijo del infante don Pedro, y el alcaide le entregó la villa, y luego dió sobre Alfayates y Sabugal, que eran del señorío del rey, y que se le entregaron sin combatir, y de este modo, el rey de Portugal tuvo toda Rivadecoa hasta Ciudad-Rodrigo.

Estas ocupaciones del rey de Portugal en señoríos de Castilla, causaron á la reina gran sentimiento, y como vió que no tenia buenos y leales defensores, estremó mas su energía para combatir á todos los enemigos del rey, que pretendian quitarle el reino y repartírselo como botin de su victoria.

Y habiendo llegado á Valladolid don Juan Alfonso de Haro, ya señor de los Cameros, con una numerosa hueste, y otros ricos hombres y mesnaderos, con mucha gente de guerra, les rogó la reina que, siguiendo el estandarte del rey, fuesen contra el rebelde don Juan, que se llamaba rey de Leon, para reducirle á la obediencia.

Otergáronlo ellos: la reina envió á Guadalajara á su hija la infanta doña Isabel, para que guardase toda la tierra de Toledo y castigase á un traidor, rico hombre castellano de Fita, que cogia por los caminos á los judfos recaudadores del rey y les quitaba el dinero que llevaban, y andaba además en alevos tratos con los reyes de Aragon y Portugal.

Dejó además á su hijo el infante don Pedro en Valladolid para estimular á los habitantes á que guardasen mejor la villa.

Y despues de esto, ella, con el rey y con don Diego y don Juan Alfonso de Haro y el maestre de Santiago y la compañía franca de Zayda Fatima, se fué á Palencia, donde se reunieron

á la reina Pero Ruiz de Castañeda y Hernan Ruiz de Saldaña.

Habido consejo acerca de lo que se haria, la reina fué de parecer que se marchase sobre la ciudad de Leon, donde estaba el infante don Juan con don Juan Nuñez de Lara, y se la pusiese cerco.

Lo cual no aprobaron los del consejo, teniendo por mejor que se fuese á cercar á Paredes, villa inmediata, adonde se encontraban doña María de Haro, esposa del infante don Juan, y doña Juana Alfonso de Molina, hermana de la reina, viuda á lo que creia del conde don Lope y madre de doña María.

III.

Viendo la reina que todos eran de opinion de cercar á Paredes, por escitarlos á que hiciesen algo, porque conocia las malas ganas con que iban, convino en lo del cerco de Paredes, y el ejército marchó de Palenzuela, donde se encontraba, sobre Paredes, á fin de setiembre.

Establecióse el cerco, que se redujo únicamente á poner los diferentes campos de los capitanes, que con la reina iban alrededor de la villa, y aunque pugnaba la reina porque la villa se combatiese, era en vano, porque no parecia sino que toda aquella gente de guerra no habia ido allí á otra cosa que á ponerse delante de los muros con los brazos cruzados.

Durante este sitio, adoleció la reina de un tumor en el brazo que le producía agudísimos dolores, y que le duró diez semanas, á pesar de lo que acudia á todo y recibia todos los dias en córte á los ricos hombres y caballeros de la hueste, y tenia con ellos consejo, sentenciando además todos los pleitos que á ella venian de todo el reino.

Viendo, pues, la reina que adelantaba poco ó nada contra Paredes, porque si algun dia la combatian sus caballeros, lo hacian tan flojamente, que mostraban claro que no tenian gran voluntad, y temiendo que los que la servian se separasen de ella

y la dejasen abandonada, llamó á don Diego y á don Juan Alfonso de Haro, á don Juan Ozores, maestre de Santiago, á Pero Diaz de Castañeda y á Fernan Ruiz de Saldaña, y díjoles que por Dios no la abandonasen, y que pues tanto tiempo habian andado por su tierra sus enemigos, era gran vergüenza para ellos y para todos los que eran leales al rey su hijo, supiese el mundo que tenian cercado aquel lugar, y no lo podian combatir, y que además, en la córte de Roma, donde se buscaba cada dia mucho mal al rey don Fernando su hijo, suponiendo que habia perdido toda su tierra, le tendrían en mucho cuando supiesen que el rey tenia campo por sí, y buscaba á sus enemigos y los combatía.

Y añadió tales y tantas cosas, que todos juraron de no abandonarla, con tal de que la reina viese el modo de mantener la hueste.

A lo que ella respondió que así lo haría.

Entonces envió á Burgos á hacer manlieva ó levantar empréstito *sobre todo cuanto en el mundo habia*, segun dice enérgicamente la crónica, lo que produjo dinero bastante para mantener bien al ejército tres meses.

Pero inutilmente seguía el sitio de Paredes, porque no parecía sino que los que combatían la villa no querían tomarla.

IV.

Sin embargo, la reina no se habia engañado; porque aun cuando no tomaba á Paredes, sonaba que el rey hacia la guerra á sus enemigos, y cuando el infante don Enrique supo que el infante don Pedro de Aragon era muerto, ido á Leon el infante don Juan, á Aragon don Alfonso de la Cerda, á su reino el rey de Portugal, y que el rey con hueste suya cercaba á Paredes, tuvo miedo á que si no acudia al servicio del rey le quitasen la guarda del reino, y desde Córdoba, donde estaba, se vino á An-

dujar, adonde acudieron don Alfonso Perez de Guzman y otros muchos ricos hombres y caballeros de la Andalucía.

V.

Estando en esto, vinieron noticias de cómo la caballería del rey de Granada habia entrado por tierras del reino de Jaen, talándolo todo, robando ganados y haciendo cautivos; lo cual, visto por los hombres buenos andaluces, dijeron: que la caballería granadina, por mucha que fuera, no habia podido estar nunca mas de tres dias talando la tierra cristiana, y que no era en honra ni en pró del infante, que estando él allí, los moros de Granada se atreviesen á tanto como se atrevian.

Cuando oyó esto el infante don Enrique, con el recelo de que los castellanos le quitasen la guarda del reino, y además, porque los de Andalucía, nunca le quisieron recibir por guarda de ellos, por darles á entender que tenia gran voluntad de ayudarlos y defenderlos, dijo que queria ir contra los moros y combatir con ellos.

Nunca tuvieron tan buen dia los andaluces por el contento de que un infante, tutor del rey y guarda ó gobernador de sus reinos, los acaudillase para ir contra los infieles.

VI.

Armáronse todos, cabalgaron, salieron al campo, y caminaron hasta cuatro leguas mas allá de Arjona.

Eran en todos trescientos rocines y quinientos peones, sin contar con la caballería de Guzman el Bueno, aunque no mucha, vieja y escojida y acostumbrada á lidiar con moros.

Al dar vista á los moros, envistieron denodadamente con ellos los andaluces, pero á la primera espolonada, los del infante

don Enrique volvieron grupas y dieron á huir, porque encontraron á los moros muchos mas, y mas fuertes de lo que habian creido.

Y aunque don Alfonso Perez por la parte que habia embestido, se mantenía bien y llevaba ventaja, visto el trance apurado en que el infante don Enrique se veía, hubo de abandonar su batalla y venir á socorrer al infante, que huía á todo cuanto podia.

Cuando llegó á él don Alfonso, encontró que al caballo de don Enrique le habian cortado las riendas y á don Enrique en tierra sin poder valerse, á los moros encima, muertos muchos de los cristianos y desbaratados los otros.

Dió don Alfonso Perez un caballo á don Enrique, sobre el que pudo escapar, mientras su caballo, yéndose derecho á los moros se metió entre ellos y fué cogido.

Don Alfonso Perez de Guzman con los suyos contuvo á los moros para que no avanzasen á don Enrique y á los andaluces que huían, y cuando estos estuvieron en salvo, se fué retirando en buen órden, porque no tenía él fuerzas para combatir solo con la morisma que llenaba el campo.

Perdió por lo mismo don Alfonso la gran parte de sus vasallos que le mataron, y él mismo hubiera perecido por la impericia de don Enrique, que habia llevado á tan mal trance la batalla, si no le valieran su aliento y su serenidad.

Recogiéronse los cristianos deshechos á Arjona, dejando muchos muertos en el campo, y muchos cautivos en poder de los moros.

Retiráronse á Granada los moros cargados de presa, y con un número considerable de cautivos, y entregaron al rey de Granada el caballo del infante don Enrique.

Sintió el rey mucho le hubiesen entregado el caballo solo, y no queriendo tenerle sin el ginete, le envió con ricos paramentos á don Enrique, disculpándose de que sus vasallos hubiesen acometido su hueste, ignorando que él la acaudillaba.

El rey de Granada conservaba aún una apariéncia hipócrita para con el infante don Enrique.

VII.

Este revés sufrido por el infante en Andalucía, aumentó de tal manera su miedo de que los castellanos le quitasen la tutela del rey y la guarda del reino, que sin detenerse un punto, despidiéndose de Guzman el Bueno, que volvió sobre la frontera de los moros, tomó harto de prisa el camino de Castilla.

Como este infante tuvo una influencia demasiado decisiva en las desgracias, en los trabajos, en las luchas de la reina doña María de Molina, nuestros lectores permitirán se lo demos á conocer.

Pero esto requiere capítulo aparte.



CAPITULO II.

LO QUE HABIA SIDO EL INFANTE DON ENRIQUE.

I.

Era hijo del rey don Fernando el Santo, y de su primera mujer doña Beatriz, hija de Felipe, duque de Suavia.

Durante su juventud, el infante don Enrique no habia dado indicios de su carácter díscolo, de su mal intencionada astucia, y de la inmoderada ambicion de que mas adelante dió patentes y terribles muestras.

En 1259, tenia por su hermano el rey don Alfonso el Sabio, la tenencia de las villas de Arcos y Lebrija, cuando se rebeló contra el rey su hermano, pretendiendo usurparle la corona.

Descubrió el rey á tiempo la traicion del hermano, y envió para que le prendiese á don Nuño Gonzalez de Lara, como uno de los señores mas poderosos de Castilla.

Prevínose don Enrique, esperó al frente de una numerosa hueste al enviado de su hermano, y cuando llegó, habiéndole retado, combatió con él cuerpo á cuerpo, y le hirió en el rostro;

á pesar de lo que, como le infundiese miedo la buena gente que consigo llevaba Lara, dejó el campo, y se acogió á Lebrija; pasó aquella misma noche al Puerto de Santa María, y embarcándose, se trasladó á Valencia, que era entonces de la corona de Aragon.

II.

Acogióse el infante á don Jaime I, sobrenombrado el Conquistador, buscando su amparo.

Pero don Jaime, unido demasiado estrechamente al rey de Castilla, por el casamiento de este con su hija doña Violante, aconsejó en términos bastante rudos al infante, que haria bien en salir de sus reinos, y dióle una nave, con la cual, el infante se dirigió á Barcelona, embarcándose allí para África, siguiendo la mala costumbre de todos los cristianos rebeldes de los diferentes reinos de España, á quien salian mal sus empresas, de ir á refugiarse entre infieles, enemigos suyos naturales.

Alegróse de su ida el rey de Túnez, y le hizo capitán de las compañías de refugiados cristianos, y con ellas sirvió á su protector en sus diferencias con los reyes convecinos, ganando gran preñez de esforzado y entendido capitán en aquellas bárbaras tierras.

III.

A los cuatro años, rico con la vida aventurera que habia tenido en África, dejó aquellas regiones el infante, se trasladó á Roma, y pidió al Papa Clemente IV la investidura del reino de Cerdeña, cuyo dominio directo, pertenecía á la Iglesia.

Tanto agenció, y de tan buena manera el infante, que á pe-

sar de que su pretension era de todo punto inadmisibile, se reunió el consistorio, y la investidura que pedia, le fué concedida.

IV.

Andaba entonces revuelta Italia, manteniendo entre sí largas y sangrientas guerras sus reinos, ducados y repúblicas.

Reclamaba el Papa del emperador de Alemania la investidura de rey de romanos: güelfos y gibelinos, defendian los unos las pretensiones de la Iglesia, y los otros, los intereses del imperio.

La excomunion fulminaba de continuo sus rayos desde el Vaticano, ayudando á los intereses de la Iglesia.

La fuerza y la fortuna decidian la suerte de los reinos de Italia.

Epoca favorable para los ambiciosos y los audaces.

Una guerra sangrienta devoraba entonces al reino de Nápoles y de Sicilia, cuyo dominio pretendian franceses, alemanes é italianos.

No podia ser otra situacion mas favorable para el infante don Enrique.

Era rey de Nápoles, por investidura del Papa, Cárlos de Anjou, hermano de San Luis, rey de Francia, y su compañero en la última guerra santa que el rey de Francia sostuvo contra los africanos, habiendo subido al trono de Nápoles por la muerte de su último poseedor Manfredo, á quien venció en la batalla de Benevento.

Cárlos de Anjou, sin embargo, era odioso á los napolitanos, por la fama de su sórdida avaricia y su crueldad, y resistian su dominio, lo que produjo la terrible conspiracion consignada en la historia con el nombre de *Vísperas Sicilianas*.

Era muy fuerte en Sicilia el bando gibelino opuesto á la

Iglesia, aborrecian los naturales el dominio de un extranjero, y podia decirse que Cárlos de Anjou, se veia obligado á conquistar el reino, cuya investidura le habia concedido la Santa Sede.

En esta empresa, ayudó á Cárlos el infante don Enrique, que de una parte miraba á lo provechoso que podia serle el agradecimiento de Cárlos de Anjou, y por otra su parentesco inmediato con él, que justificaria que, siendo Cárlos rey de Sicilia, fuese don Enrique rey de Cerdeña.

Ayudóle don Enrique, no solo personalmente y con las buenas y aguerridas lanzas que habia llevado de Túnez, sino tambien con gran cantidad de dinero.

Engañóse el infante don Enrique; el astuto Cárlos de Anjou le conoció demasiado bien; vió que le apoyaba por egoismo, pensando en su provecho propio; comprendió que tendria en él un enemigo poderoso, si llegaba á ceñir la corona de Cerdeña, y trabajó cuanto pudo para que la Santa Sede revocase la concesion que de la investidura de aquel reino habia hecho al infante don Enrique, pretendiéndola para sí, aunque inútilmente, porque el Papa Clemente IV, acabó por negársela á ambos, bajo pretestos, sino justificados, defendibles por lo menos.

Así aparece del breve que este Papa expidió en Viterbo en el segundo año de su pontificado, á 5 de enero de 1267, cuya letra es así:

«Al amado hijo, el noble varon Enrique, hijo de Fernando, difunto.

«Atendiendo á la claridad de tu origen y procurando remunerar el afecto que tienes á la Iglesia romana, deseamos adelantar tu honor: y porque pusiste la mira en el reino de Cerdeña, sobre que conferimos largamente con el caballero Juan, queremos sepas que despues de haberse partido, considerada la gravedad de esta materia, juzgamos te será mas útil no lo intentes, porque necesita muchos gastos, particularmente teniendo á los pisanos por tus contrarios, que se hallan inmediatos y son poderosos para impedir tu entrada: y aunque lo consigas, te molestarán continuamente, etc., etc.»

V.

Comprendió don Enrique de dónde le venía el tiro, y concibió hacia Carlos de Anjou un odio á muerte, resolviéndose á hacerle guerra á todo trance, y exigiéndole le pagase en el acto el dinero que le había prestado.

Negóse el rey de Sicilia, y entonces, segun el testimonio de un escritor coetáneo, don Enrique profirió estas terribles palabras:

—*Por el cuerpo de Dios, ó él me matará á mí ó yo le mataré á él.*

Volvióse á Roma el infante, y hízose adeptos entre gente de mal vivir, dispuesta á todo, ambiciosa y rebelde, y especialmente, estrechó su amistad con un noble llamado Angelo Capuccio, que tenía gran partido entre el populacho.

Sublevóse este, ayudado por la canalla, contra los grandes señores; se impuso y creó una especie de junta de gobierno compuesta de comisiones de siete vocales por cada barrio.

Este tribunal se hizo omnipotente por el terror, y valiéndose de la influencia que en él tenía Angelo Capuccio, hizo que nombrasen Senador de Roma al infante don Enrique, con gran contentamiento de la plebe, pero con gran disgusto y aun con terror de nobles y cardenales.

Era el Senador de Roma un altísimo magistrado, que podía decirse lo dominaba todo, puesto que aquella ciudad libre delegaba en esta magistratura su soberanía, hasta tal punto que tenía el ejercicio de la justicia criminal dictatorial arbitraria sin intervencion de jueces ni tribunal alguno.

Poder escesivo que estaba en relacion con la absoluta carencia de garantías de los ciudadanos contra las injusticias.

VI.

Roma, Sede y centro del catolicismo, era por aquellos tiempos una república libre con todos los inconvenientes que ha tenido, tiene y tendrá este género de gobierno.

Todo se hacia sin contar con el Papa, la paz ó la guerra, el gobierno, las alianzas ofensivas y defensivas con los otros Estados, las leyes, la administracion.

Los Papas eran considerados en Roma únicamente como jefes supremos de la Iglesia.

Y de esta usurpacion del derecho del pontificado, habian nacido tales calamidades, un estado tal y tan lamentable de cosas, que vivir en Roma era arrostrar un verdadero peligro.

La inmoralidad y el crimen dominaban á Roma; no solo se entregaba á los escesos la plebe, sino tambien las altas clases: el noble romano, el patricio se convertia de noche en un bandido: no habia amanecer que no mostrase á los ojos de la indiferente muchedumbre algunos miserables cadáveres, inmolados por la venganza ó la avaricia.

La castidad era hollada, la vejez escarnecida, desconocido el derecho.

La fuerza brutal y la mayor intemperancia de los vicios, eran la razon de todo.

Parecia como que pesaba sobre Roma la maldicion de Dios.

De modo, que los Papas, no atreviéndose á residir en Roma, moraban en Lion, Agnani, Viterbo, Terracina y Perusa.

Ardia la guerra civil, los Papas se veian obligados á ser guerreros, en continua lucha con los romanos.

VII.

Cansados los romanos de tanto desórden y de tanta infamia, viendo todos que á nadie convenia aquello, porque los sacrifica-

dores de ayer eran víctimas mañana, se les ocurrió poner fin á tan insoportable estado de cosas, nombrando Senador á un extranjero, llamado Brancaleone d' Andalo, encargándole administrase severa y prontamente la justicia.

No aceptó, sin embargo, este gravísimo encargo d' Andalo, sin exigir condiciones bastantes á garantizar la autoridad de que se le investia.

Obtenidas estas, el tirano llevó la justicia hasta la crueldad, inmolando á todo el que habia caido bajo la accion de su justicia ejecutiva, sin escluir su severidad ni aun al Papa.

He aquí una relacion coetánea acerca de lo que acabamos de decir:

«Al propio tiempo, como el Papa tuviese su residencia en Asis, el Senador Brancaleone y los romanos le dirigieron una solemne embajada con la expresa orden de volver sin dilacion á la ciudad, de la cual era pastor y soberano.

Añadieron los embajadores cuán admirados estaban los romanos de verle andar errante por una y otra parte, como un proscripto, con abandono de su silla pontifical y de su rebaño, del cual debia dar cuenta á Dios; conducta tanto mas reprehensible cuanto que estaba motivada en una desenfrenada ambicion de riquezas, tras de las cuales desapoderadamente corria.

El Senador y los romanos intimaron al pueblo de Asis la orden prohibitiva de recibir en adelante al Pontífice dentro de sus muros, puesto que tomaba el nombre de la silla romana, y no de Lion, Agnani, Perugia, en donde tanto tiempo habia residido.

Por último, prevenian á la ciudad de Asis, que si no querian sus habitantes ver para siempre assolado su territorio, obligasen al Pontífice á desalojar inmediatamente la ciudad.

Inocencio, hecho cargo de todo, comprendió que si se negaba á las órdenes de los romanos, estos, irritados, destruirian á Asis; y por esto, mas de fuerza que de grado, entró en Roma temeroso, donde por orden del Senador fué recibido con todos los honores debidos á su augusto y sagrado carácter.»

VIII.

De tal sociedad se habia nombrado jefe al infante don Enrique, tal vez el menos á propósito para corregir la inmoralidad y gestionar la justicia.

Don Enrique no tardó mucho en dejar conocer sus intentos; estaba agradecido á los güelfos que le habian elevado á aquella alta dignidad, pero era de corazon gibelino, porque los de este bando eran partidarios de la casa de Suavia.

Alióse, pues, con los de este bando, y esta alianza absurda, atendida la cualidad de Senador de Roma del infante, le produjo las largas y merecidas desgracias que sobre él vinieron.

IX.

Despues de la muerte de Manfredo en la batalla de Benevento, ni los alemanes desistieron de su amistad con la Santa Sede, ni los gibelinos desistieron de los planes revolucionarios contra el Papa, que tendia á determinar decisivamente su supremacía temporal sobre todos los reinos de Italia.

Conrado, hijo de Federico, rey de Nápoles, habia dejado un hijo que llamaban Conradino, y sobrino de Manfredo, y aunque durante la vida del tio nadie pensó en Conradino, muerto aquel, la mirada de los sicilianos se tornó á este, viendo en él al heredero legítimo de sus reyes, y con mas derecho á la corona que Cárlos de Anjou, de quien podia decirse era un usurpador, porque los que combatian con la Santa Sede no podian reconocer como derecho la investidura del reino de Nápoles, dada á Cárlos de Anjou por el Papa.

Cárlos, por su parte, habia dado motivos bastantes para discontentar á sus vasallos con exacciones y tiranías injustificadas,

y en esto se apoyaron los gibelinos que pretendian poner sobre el trono al hijo de Federico.

Algunos comisionados de las ciudades mas importantes de Nápoles fueron á ofrecer la corona á Conradino, pero era necesario conquistar la corona, no pudiendo contarse con otra ayuda que con el aborrecimiento de los sicilianos al rey Cárlos, y con la ira que les causaba la rapacidad y la licencia de los soldados franceses que componian el ejército de Cárlos de Anjou.

Acusábanlos de hipócritas y de miserables, que llamándose hijos afectísimos de la Iglesia, se habian apoderado de sus bienes, saqueado las iglesias y entrado licenciosamente en los monasterios de monjas.

X.

El infante don Enrique, viendo que se levantaba contra Cárlos de Anjou un enemigo terrible, se puso decididamente de su parte, y envió embajadores á Conradino, ofreciéndole, no solamente su persona y su mesnada para ayudarle, sino tambien su dinero.

Conradino, que apenas contaba diez y seis años, y que era adorado por los sicilianos, en vista de los buenos auspicios de la empresa que se le proponia, la aceptó, aceptando tambien los servicios y los consejos del infante don Enrique.

Clemente IV excomulgó á Conradino y á todos los de su bando, pero inútilmente.

No era don Enrique hombre que retrocediese, y Conradino, engañado por su sagacidad y por su hipocresía, viendo en él un amoroso pariente, á él se confió de todo punto.

Por otra parte, el entusiasmo de los sicilianos le alentaba: castillos y ciudades abrian las puertas á su paso, y le aclamaban, y el ejército que Cárlos de Anjou habia enviado contra él, retrocedia asombrado al ver el entusiasmo y la decision de los que seguian el estandarte de Conradino.

XI.

Así, y puede decirse que en una marcha triunfal, no interrumpida, llegó Conradino ante Viterbo, donde á la sazón residía el Papa.

Puso sitio á la ciudad, pasó ante ella revista á su ostentosa y lucida caballería, y deslumbrado por tan magnífico y marcial aspecto, se dejó arrastrar de un inesperto entusiasmo, desatendiendo la realidad de la situación, ó mas bien desconociéndola, cometiendo, pues, una imprudencia incalificable, y desatendiendo los consejos de don Enrique, sin haber obtenido otro resultado que haber infundido un terrible miedo al Papa y á los cardenales, siguió adelante sin hostilizar en manera alguna á Viterbo, y pasó á Roma.

Recibióle don Enrique con la solemne pompa con que en otros tiempos la Ciudad Eterna recibia á sus triunfantes Césares.

Tenia dispuesto un ejército, que se componia de ochocientas buenas lanzas castellanas, con no pequeño número de alemanes y gran número de nobles gibelinos, servidores viejos de Federico y de Manfredo.

Conradino, pues, añadiendo al ejército que llevaba el que encontró en Roma y los auxiliares que le enviaron las repúblicas Lombardas, Florentina, de Pisa y de Génova, se encontró al frente de un formidable ejército, con el cual se entró por el reino de Nápoles, sin que nadie se atreviese á oponerle resistencia, antes por el contrario, gran parte de los ciudadanos se le unian, por el aborrecimiento que les inspiraba Carlos de Anjou.

Habia entrado por los Abruzzos, y pasando por Tívoli y por el valle encantador de Cella, llegó á las llanuras de San Valentin ó Tagliacozzo.

Carlos de Anjou salió precipitadamente al encuentro de Conradino, avistándose con él en Tagliacozzo: el ejército de

Cárlos era muy inferior en número y calidad al de Conradino, é iba además desalentado.

Sin embargo, el ingenio de un cruzado francés que acababa de llegar á Nápoles, y que acompañaba á Cárlos de Anjou, suplió la inferioridad del ejército de este.

Dividióle en tres partes pequeñas en número, porque la totalidad del ejército, apenas llegaba á tres mil hombres.

Al frente del primer cuerpo, pusieron con vestiduras reales á Enrique Cosencio, tan maravillosamente parecido á Cárlos de Anjou, que el enemigo debía tomarle por él mismo.

A la cabeza del segundo cuerpo, que se componia de franceses, se puso el caballero Juan Crari.

Estos dos cuerpos se hicieron fuertes en el puente de un rio que cruza la llanura, mientras que Cárlos de Anjou, con sus mejores caballeros y con ochocientas lanzas, güelfos la mayor parte, estaba situado detrás de un montecillo que dominaba la llanura.

XII.

Conradino, dividiendo su ejército en tres cuerpos, y creyendo que toda la fuerza enemiga era la que estaba situada en el puente, cargó sobre ella.

Conradino iba á la cabeza de los alemanes; al frente de los italianos, Galvano Lancia, y al de los españoles, el infante don Enrique.

A la primera arremetida, el enemigo fué deshecho.

Visto lo cual desde el sitio en que estaba emboscado Cárlos de Anjou, creyéndolo todo perdido, quiso ir á socorrer á su gente: pero el cruzado marqués de San Valerio, autor de aquel plan, se lo estorbaba, diciéndole que aún no era tiempo.

Los vencedores se entregaron á la matanza y á la persecucion de los vencidos, y habiendo visto entre los muertos al desgraciado Enrique Cosencio, que tanto se parecia á Cárlos de

Anjou,uviéronle por él, y su alegría no reconoció ya límites, dando ya por conquistado el reino.

Confiados ya, se dispersaron, dejando arneses y caballos para saquear á los muertos y á los heridos, y entonces fué cuando el marqués de San Valerio dijo á Cárlos de Anjou:

—Ahora, señor, buen corazon, y á ellos.

Y bajando como un aluvion de la falda del monte las ochocientas lanzas de Cárlos de Anjou, cogiendo desprevenidos y casi desarmados á los de Conradino, y agobiados con lo que habian robado al enemigo, causaron en ellos tal matanza y tal pánico, que la ficticia victoria se convirtió en una lamentabilísima derrota.

En vano el infante don Enrique, con algunos de los suyos, hizo prodigios de valor.

En vano los soldados de Conradino, diseminados en pequeños grupos, vendieron caras sus vidas; todo lo atropellaron las ochocientas lanzas de Cárlos.

XIII.

Fué necesario huir: Conradino llegó penosamente acompañado de muy pocos de los suyos al castillo de Astura, donde se embarcó en una pequeña nave con rumbo á Sicilia.

Pero el gobernador de Astura, traidor y codicioso, pensando en obtener un gran rescate por Conradino, le siguió en otra barca y le apresó, viéndose á poco obligado á entregarle sin rescate á Cárlos, que habia sitiado la fortaleza.

XIV.

En cuanto al infante don Enrique, que se habia refugiado en el monasterio de Monte Casino, fué entregado á Cárlos de Anjou por el abad.

XV.

No es nuestro intento detenernos en la historia de Conradino, baste decir que fué bárbara y cobardemente inmolado por Cárlos de Anjou.

XVI.

En cuanto al infante don Enrique, fué sentenciado á prision perpétua, que se redujo al fin á veintiseis años.

Entró en ella jóven y salió con canas, pero no arrepentido.

Los historiadores italianos le acusan de crímenes de que no se le puede disculpar, y que estaban muy en armonía con su carácter.

Durante su alto encargo de Senador de Roma, encarceló á todos sus enemigos, por nobles que fuesen: llevó al Capitolio, valiéndose de engaños, á los hijos de Orsini, á Juan Sabelly, á Pedro Stephano, á Angelo Malabranza, y robó el dinero de la Iglesia.

Don Enrique fué declarado, por breve despachado en Viterbo, en jueves Santo de 1268, comprendido en la excomunion fulminada contra Conradino y sus partidarios, por ser como ellos enemigo de la Iglesia y usurpador de sus bienes, y conducido á la fortaleza de Santa María de la Pulla, como gracia especial concedida al abad de Monte Casino, cardenal Berengario Anglerio, que le entregó.

Pesó sobre él excomunion durante los pontificados de Gregorio X, sucesor de Clemente IV, de Inocencio V, de Adriano V, Juan XXI, Nicolás III y Martino II.

A los diez y nueve años de su prision, le absolvió del anate-

ma el Papa Honorio, por breve dirigido al cardenal legado Gerardo Blanco.

Al fin, en 1294, fué puesto en libertad, y vino á Castilla al lado del rey don Sancho su sobrino, á cuyos ruegos y á cuya influencia debió el verse libre.

Tal era el personaje de que nos ocupamos, ambicioso, miserable, traidor, capaz de todo por saciar su ambicion insensata; su vida era una larga série de alevosías, y no habia renunciado ni por las desgracias ni por los años á aquel sueño tentador que le presentaba una corona.

A tal hombre habia dejado el rey don Sancho la tutela de su hijo y la guarda de sus reinos.

CAPITULO III.

DE CÓMO ZANCUDO SACÓ MALAMENTE DEL GRANDE APURO EN QUE SE
ENCONTRABA Á DIEGO DE MORON EL ZURDO.

I.

Sentado estaba á la puerta de una barraca del campamento de la compañía franca de Zayda Fatima el buen Diego de Moron, alias el Zurdo, con la cabeza puesta entre las manos y apoyados los codos en las ródillas, en la actitud mas pensativa y aburrida del mundo.

Junto á él, sentado en el suelo, cogiéndose los puntos de una calceta parda, estaba Jusepillo, que cantaba á voz en grito una copla popular.

La adolescencia es siempre feliz, no tiene cuidados.

Era una de las primeras tardes del mes de abril y caia el sol que penetraba verticalmente en la barraca á cuya puerta estaba sentado sobre un banquillo de tres piés, el Zurdo.

Aquel rayo vespertino brillaba en la limpia superficie del yunque é iba á morir en el negro fondo de la fragua.

En un ángulo habia hierro en cantidad, y colgadas de clavos en la pared, multitud de enormes herraduras de corcel.

De otro lado colgaba un arnés completo.

Se veía una lanza en un astillero, y al pié de esto el jaez de un caballo de batalla.

Entre dos camas que había en un ángulo y las armas, se veían en tablas colgadas de la pared, redomas y vasijas de vidrio, llenas de líquidos de diferentes colores y de materias grasientas, como unguentos.

Por allí aparecía el médico.

Por último, un astrolabio, colgado á la cabecera de una de las camas, dejaba entrever al astrólogo.

II.

A derecha é izquierda de esta barraca corrían otras muchas capaces cada una para ocho hombres de armas.

Detrás de esta línea había otras dos completamente semejantes.

Mas altas, las barracas que servían de caballerizas.

Luego, con un buen espacio intermedio, la estacada y el foso.

Esto era la mitad del campo.

Al frente, y en el mismo órden, se levantaba la otra mitad.

En medio se veía la grande y magnífica tienda de Zayda Fatima.

Detrás de ella, rica y extremadamente severa, la del conde don Lope.

Mas allá y mas pequeñas, las de Zancudo y demás cabos de la compañía, y en medio de ellas una barraca grande y fuerte que servía de cárcel.

III.

Había una gran animacion en el campo.

Los soldados estaban acá y allá en grupos, charlando y riendo; unos iban, otros venían; aquel, mas cuidadoso y mas aficio-

nado á parecer bien que los otros, acicalaba sus armas ó componia sus galas.

No faltaba quienes se entretuviesen con los naipes ó con los dados, que al soldado en campaña hay que dejarle cierta licencia para que el humor no se le agrie demasiado.

En fin, aquello era un campamento de gente brava y alegre, bien pagada y bien mantenida, y para que el ruido fuese mas, el maestro de trompas, trompetas y atabales, hacia estudiar á sus subordinados, sin tener compasion ni de sus pulmones ni de sus muñecas, y no decimos de los que oian aquel monótono redoblar y trompetear que no tenia cabo, porque los del campo estaban acostumbrados á aquello: así lo estuviera el autor de este libro, y sea dicho esto entre paréntesis, que vecino de un cuartel sufre todos los dias por la mañana y por la tarde dos horas el celo del tambor mayor y maestro de cornetas de un regimiento de cazadores: perdónesenos esta salida, porque á veces lo pálido de algunas páginas reconoce por causa el erre que erre de tambores y cornetas: volvámonos al siglo XIII.

El campo de Zayda Fatima no podia presentar un mejor aspecto militar, ni podia estar mas bravamente situado, porque desde la puerta principal mas fuerte de la villa, un ballestero de buen brazo podia meter en el campo una jara.

IV.

Continuaba en su meditacion el Zurdo, cuando de improviso sintió que le ponian pesadamente la mano en un hombro.

Estremecióse poderosamente, porque era en esceso nervioso, y volvió con una acre impaciencia hácia el sitio en que debia estar el que en el hombro le habia tocado, y encontróse con el bachiller Melchor Zancudo, que llevaba un sayo colorado, unas calzas verdes, un birrete azul rabioso, con pluma de águila, y unos borceguíes amarillos de ante, que daba envidia verle; parecia un loro.

—¿En qué consiste, señor Diego de Moron, dijo, que hoy,

como de costumbre, no he tenido el gusto de que me sigais como mi sombra? os aseguro que tan acostumbrado estoy á que no os despegueis de mí, que me he sentido inquieto y he venido á pegarme á vos.

—Muchacho, dijo Diego de Moron á su aprendiz, saca un banquillo para el señor alférez, y vete por ahí á despavorizarte, que todo el dia has estado pegado á la casa y sin hacer nada.

—Me he cosido la ropa, maestro, contestó Jusepillo.

—Hacer algo es darle al fuelle, lo demás es nada; vamos vivo, el banquillo y largo.

—Muy de mal humor estais, hermano Zurdo, dijo Zancudo, no parece sino que sabeis lo que sucede.

—¿Pues y qué sucede? contestó Moron.

Sentóse en un banquillo de tres piés que le habia sacado Jusepillo, Zancudo, fuese el muchacho, y el alférez dijo bajando la voz.

—Que ya se conoce que está aquí el pícaro del infante don Enrique; por supuesto que la reina tiene la culpa, porque si mandara que le diesen entre las orejas, como á los conejos, nos ahorraríamos muchas cosas.

—Pero ¿qué hay, señor, qué hay? dijo el Zurdo.

—¿Qué ha de haber? que cuando estamos en vísperas de tomar la villa, porque ya no se puede tener mas, el infante don Enrique, que tiene el cuerpo aquí, pero el alma con los aragoneses, y con el infante don Juan, y con el infante don Alfonso, y con todos los enemigos de su señoría, porque quiere tenerla en un puño, y hacer de ella lo que quiera, no contento con haber hablado á los de Medina del Campo y á los de Valladolid de los malos tratos de vender la villa de Tarifa, engañándolos con aquello de que si la villa se vende no tendrán que pagar en mucho tiempo pechos para mantener la guerra, ha soliviantado á don Diego y á don Juan Alfonso de Haro, diciéndoles que aquí no se está bien, y que la reina no tiene dinero, y que es necesario juntar los concejos del reino para pedirles un servicio de maravedisés, y como lo ha dicho á flojos y malos servidores de su señoría, habeis de saber que se levanta el campo, y que nos va-

mos á Palencia y de allí á Valladolid, para estarnos quedos hasta que Dios mande otra cosa: y todo, ¿por qué? porque dentro de esos malditos muros están doña María de Haro, esposa del infante don Juan, y su hijo don Lope, y la madre de doña María, doña Juana de Molina, y si la reina los tomara presos, el infante don Juan tendria que venirse á un buen avenimiento, y sin la ayuda del infante don Juan, el infante don Alfonso de la Cerda renunciaria á sus esperanzas á la corona de Castilla, y la reina y el rey podrian hacerse temer de los otros sus enemigos, y criar fuerza, y esto es lo que no quieren ni el infante don Enrique, ni los Haros, ni ninguno de los señores que medran y engordan con las necesidades de la reina, porque todos quieren tener á la reina esclava, sujeta á su voluntad, sin fuerzas, para hacer de ella lo que quieran, porque si un dia la reina mandara, acabarian de mandar ellos, y de revolverlo todo, para sacar de las revueltas su granjería.

—¿Y por qué la reina, dijo de mal humor el Zurdo, no mete en costura á todos esos grandes pícaros?

—Porque no puede, porque necesita á los unos, para tener á raya á los otros, y así va todo; de traicion en traicion, y de mal en peor. Pero vengamos ahora á lo decaido, pensativo y mohino que os veo: ¿habreis dado en la peligrosa idea de evadirnos de la compañía, porque no os encontréis bien ella? Cuidado, cuidado, no sea que nos pongamos en peligro por falta de amor á la milicia.

—Señor Zancudo, dijo el Zurdo, yo estoy contentísimo en la compañía; se trabaja bien, eso sí, pero se cobra mejor, y para trabajar hemos nacido: pero acontece que estoy como el que se viera en el filo de una espada, teniendo á la derecha una sima y á la izquierda otra, y estando seguro que por cualquier parte que caiga, ha de perecer desastradamente.

—¡Ah! exclamó Zancudo, pues grande debe ser la cosa que os pone en tal aprieto, porque vos, maese, no os ahogais en dos dedos de agua.

—Pero hay tragos, y de un trago se trata, capaces de atragantar al mas alentado.

—¿Que se trata de tragos? dijo Zancudo.

—Sí señor, y de un mal trago: yo no sé quién ha esparcido por ahí, que yo soy ensalmador, saludador y envenenador.

—Algun alma de cántaro, dijo Zancudo, que á decir verdad, tenia la culpa de aquella fama, con que se habia encontrado sin buscarla, el pobre Diego de Moron.

—Algun mal cristiano renegado, judío, contestó el Zurdo, y cualquier cosa daria yo por saber quién era, para mostrármele agradecido.

—Sin duda alguno que os cree muy sabio.

—Pues quisiera mas bien que el tal me hubiera tenido por idiota, y no me veria yo en la congoja que me veo.

—¿Pero acabareis de decir lo que os sucede?

—En eso estaba yo pensando cuando vinisteis, en que era necesario que yo me declarase á vos, y os pidiese consejo.

—Pues allá irá el consejo en cuanto haya sobre qué.

—¿Con quién creéis que me encontré esta mañana al salir el sol, cuando acababa de herrar el blanco corcel del capitán? pues me encontré no menos que con un paje de córte, rubio y colorado, y vestido como un señor.

—¿Sois vos, me dijo, ese que en esta compañía tiene no sé cuántos oficios?

—Sí señor.

—¿Uno de ellos no es el de saludador?

Miré con cólera al paje, y estuve por darle un gazon, pero temí no fuera que tuviese buenos padrinos, que estos tales pícaros suelen tenerlos, y aun madrinas, y que me aconteciese mal si le castigase, y tuve paciencia.

—Yo no soy saludador, le dije, pero creo que eso dicen de mí, en lo cual mienten.

—En fin, repuso el paje, ¿vos sois herrador, albéitar y médico todo á un tiempo?

—Sí soy, ¿y qué?

—Que vos sois á quien busco de parte de una dama muy poderosa, que necesita hablaros.

—¿Y quién es esa dama?

—Acercaos, para que yo os lo diga al oído, contestó el paje. Acerqueme, y me dijo con voz muy baja:

—Esa dama es la infanta doña Juana Nuñez de Lara.

—Pues ya conozco yo á ese paje, contestó Zancudo; es un bribonzuelo como de veinte á veintium años, rubio, muy colorado, que tiene pelusa en la cara como los melocotones, y que es muy desvergonzado y muy insolente.

—Si no es el mismo, le vienen bien las señas.

—Válgate Dios por paje, y cuán de confianza es de la señora doña Juana: ¿y vos qué hicisteis, hermano?

—Os digo en verdad, contestó el Zurdo, que cuando yo vi que se trataba de doña Juana Nuñez de Lara, me dió un no sé qué, y una comezon tal de irme tras el paje para saber lo que doña Juana me queria, que me fuí.

—¿Y que os sucedió?

—Llevóme el paje al campo real, me metió por entre las calles de tiendas, y la verdad, como el paje se iba hácia la tienda de su señoría la reina, y dicen que la reina padece mucho del tumor que la ha salido, y como doña Juana me conoce, porque vos la hablasteis de mí, yo me dije: para curar á la reina me llaman, desesperados de don Abraham y don Kag, que en esto de medicina, y comparados conmigo, son unos pobres diablos; de esta me hago hombre, porque vive Dios que á la reina curo, y como su señoría es tan buena y tan generosa, no ha de andar escasa en recompensarme.

—¿Bah! vos estais loco, compadre; ¿no veis que á lo de médico unís lo de albéitar?

—Albéitar ó no albéitar, lo que yo sé es que en lo de curar valgo mas que los físicos; y si no, acordaos del cruel carbunco que os salió en la espalda, si os lo curé pronto.

—Pero me tratasteis como á asno, y me hicisteis ver estrellas.

—No, si no andaos con contemplaciones con un carbunco canceroso; ¿qué otro remedio habia mas que labrarlo á fuego?

—No me lo recordeis, Zurdo, porque se me ponen los nervios que se me saltan.

—La verdad es que curásteis en dos dias.

—Eso es muy cierto, pero continuad.

—Pues habeis de saber que mi gozo en el pozo. Cuando vi que pasábamos de la hermosa barraca de la reina y de la del rey, y que el paje me metia en otra, tambien muy buena barraca, en uno de cuyos compartimientos, muy alfombrado y muy cubierto de tapices, y con mucho lujo, y oliendo á mirra y aloe, estaba la señora doña Juana Nuñez de Lara hecha un serafin de hermosura, y que se quedó sola conmigo..... Doña Juana estaba muy pálida y muy ojerosa, y algo flaca, como quien come y duerme mal, porque tiene el alma triste; pero qué quereis, á mí me pareció mas hermosa que otras veces.

—¿Sois, me dijo, el albéitar de la compañía del caballero del Aguila Roja?

—Sí señora, la respondí.

—Dicen que tambien sois médico y astrólogo judiciario y saludador.

—Todo menos eso, señora, respondí; lo de saludador es una calumnia de alguien que me quiere mal.

—No paseis miedo por mí, dijo doña Juana, que yo no me asusto de nada. ¿No es cierto que conoceis las virtudes de las yerbas?

—Sí señora, la respondí, enseñóme un moro que era un sabio en esto de conocer la virtud que cada yerba tiene.

—Os advierto, me dijo doña Juana, que si no quereis hacer lo que yo os mande, sois hombre muerto, y que si revelais á alguien lo que vais á oír, nadie os creerá, y yo me ahorraré de mandar que os maten, porque haré que os castiguen á sangre, por calumniador.

—¡Cáscaras! dijo Zancudo; pues ahora no estraño que esteis tan pensativo, compadre: y si supiérais que doña Juana es capaz de hacer lo que dice.....

—Ya se le conoce; y estoy que no me llega la camisa al cuerpo: pero oid, despues de haberme leído la sentencia, doña Juana me dijo:

—Necesito el zumo de una yerba que mate, y el zumo de

otra que me traiga la voluntad de la persona que yo quiera. ¿Es eso posible?

—Yo sé muchos secretos, la contesté, para ligar voluntades, para hacer que una persona que aborrece á otra cambie su aborrecimiento en amor: sé tambien cómo se mata con yerbas, aunque no he matado nunca de esta manera, ni mataré: cuando yo he matado, ha sido en lid campal, lanza contra lanza, á enemigo armado.

—Tomad, dijo doña Juana, dándome un bolsillo en que habia en doblas viejas alfonsinas mas de mil maravedises.

—¿Y qué hicísteis vos? preguntó con sumo interés Zancudo.

—Yo no me acuerdo de lo que entonces hice, porque estaba muy turbado; pero cuando me volví acá, me encontré con que tenia en la escarcela el bolsillo.

—¿Y qué dijísteis á doña Juana?

—Tampoco me acuerdo si la dije sí ó no á lo que queria; pero la verdad es que no me veo: porque mirad, si la doy lo que quiere, cometo un delito que no pueden perdonarme ni Dios ni los hombres, y si no se lo doy, doña Juana es capaz de hacer que me maten.

Despues de esto, callóse el Zurdo, y se quedó profundamente pensativo.

V.

Durante algunos minutos, Zancudo guardó silencio, profundamente pensativo tambien.

—¿Para qué quiere, dijo al fin Zancudo, doña Juana Nuñez de Lara, una yerba que mate y otra yerba que la dé el amor de una persona? Pues sabiendo lo que yo sé, esto no es acertijo, sino claridad: lo que doña Juana Nuñez quiere, es quedarse viuda, y para esto necesita matar á su marido: si quiere quedarse viuda, es porque quiere casarse con nuestro capitan, y para

casarse con él, viuda ya, es necesario que nuestro capitán la ame. No veo inconveniente en que sirvais á doña Juana Nuñez de Lara, señor Diego de Moron; porque matando al infante don Enrique, hacéis un beneficio, no digo yo á Castilla, sino á toda la cristiandad, y haciendo de manera que doña Juana Nuñez de Lara se case con don Gutierre de Silva, nos hacéis un gran beneficio á nosotros, porque ya veis, que nuestro capitán valdrá mucho mas emparentado con la poderosa casa de Lara.

—¿Y para qué quereis vos mas beneficios que los que ya tenéis? En primer lugar, os han hecho caballero y os han dado armas, y por cierto que buenas, cabeza de oro en campo de gules.

—Eso fué por una cabeza aragonesa que me vió cortar el capitán.

—Os han dado además soldada doble de alférez, y os mantienen paje y escudero como un señor, y os llaman don como al rey.

—Pero de moneda, *nequaquam*; y luego que todo eso lo he ganado yo muy bien ganado, y no me han hecho gracia, porque al fin, al que le dan lo que gana, no le dan mas que lo que deben: por supuesto, que la culpa tiene el capitán, que no me dejó ir á tomar con diez lanzas ese castillejo de Candau que tenemos ahí, á media legua, á la izquierda, que me hubiera servido para empezar á fundar señorío, que es lo que yo quiero; porque hasta que me vea rico hombre y con vasallos, no paro, y gracias que me pare ahí, porque un hombre como yo, ha nacido para grandes cosas, y luego que no tengo mas que veintiocho años, y hasta los cincuenta, y á un mediano paso que se lleve, ya podeis calcular hasta dónde puede llegarse: no, si no, estaos quedo, y os comerán por el pié: lo que yo os digo, que ó soy mucho, ó reviento.

—¿Y por dónde os vino la caballería, señor Zancudo, por doña Juana Nuñez de Lara, por el capitán, ó por la reina?

—Por los tres á la vez: pero lo que noto es que se me os vais escurriendo y no quereis entrar en la conversacion de la ponzoña y del filtro amatorio.

—No me atosigéis, don Melchor, no me pongais mas triste

de lo que ya lo estoy; yo no me atrevo á hacerlo ni á dejarlo de hacer, porque cualquiera de los dos caminos que tome es muy malo.

—El mejor camino que podeis tomar, dijo Zancudo, es hacer lo que doña Juana os pide; porque mirad, la enemigo en la cabeza; y que es enemigo nuestro y del género humano el infante don Enrique, no hay que dudarle: ya veis, apenas ha venido aquí, y ya lo ha echado todo á perder, y esto no es mas que al principio, que ya, ya vereis lo que hace si no se le corta el revésino.

—Pues mirad, dijo el Zurdo levantándose de repente y metiéndose en la barraca, allí tengo lo que doña Juana quiere.

Y señaló á las tablas donde estaban los botes y las redomas.

—¿Veis aquella que parece agua clara?

—Sí que veo.

—Pues aquello es zumo de acónito, sacado y muy bien sacado por estas manos pecadoras, y que lo tengo ahí, porque me sirve para cuando á los caballos se les pone la sangre agria. Pues mirad, con que doña Juana le eche á su marido lo que cabe en el cascaron de un huevo de eso que hay ahí, se le para el corazon al infante, y se va á la eternidad: ¿y veis aquella redoma de color dorado? aquello, aquello lo tengo yo para unir, para amasar voluntades, porque aunque yo no me he casado nunca, no creais por eso que á mí no me gustan las mujeres, y como no soy nada hermoso y nada jóven, tengo que valerme de mis medios. Por cierto que tiene una doncella doña Juana Nuñez de Lara, á quien le tengo yo que dar una esencia para que se la eche en la ropa.

—Señor Diego de Moron, exclamó Zancudo; os advierto que, como llegueis á valeros de vuestras artes diabólicas con esa niña, os labro yo á hierro, mucho mejor que vos me labrásteis á fuego, y os dejo en dos periquetes en disposicion de que no os duela nada: esa hembra es cosa mia, y me come por lo menos la mitad de mi soldada de alférez, y por lo menos se les come el quinto de la racion á mis caballos.

—Perdonad, don Melchor, perdonad; pero como doña Juana Nuñez tendrá mas de una doncella, es muy posible que la que á mí me gusta no sea la que os gusta á vos.

—Doña Juana Nuñez tiene un ejército de doncellas, entre las que podeis elegir la que mejor os plazca; pero la que vos habeis visto, sin duda es Cinta, la que siempre está al lado de su señora, y si no, veamos: ¿la que vos habeis visto, no es blanca, ojinegra, pelinegra, regordeta, muy colorada y muy viva y siempre muy emperifollada, como de diez y siete á diez y ocho años?

—Sí señor, que esa es, dijo suspirando Diego de Moron.

—Pues esa es la mia, y os advierto que se viene detrás de mí como un perrito, y que me quiere que ciega, y que es hidalga de las montañas de este reino de Leon, y que tiene algun haber, y que su señora la da muy buen dote, y que yo la voy á hacer dama, porque tenemos tratado el casarnos; con que así, no la envieis aguas de olor, no sea que vayais á oler á difunto antes de tiempo.

—Perdonad, perdonad, don Melchor, que yo no sabia que tan cosa vuestra era esa doncella, y por eso no hay que apurarse, que yo echaré la red por otro lado.

—Yo encargaré á Cinta busque entre las doncellas de su señora una buena, y que no tenga novio, para quitaros de ruido, y á esa se os permite que la adobeis y la lleneis de aguas de olor desde los piés á la cabeza, y hagais que por vos se vuelva loca. Pero lo que vamos á hacer ahora, es que vos tomeis cantidad de la una y la otra medicina, y os vengais conmigo al campo real y á la barraca de doña Juana Nuñez de Lara.

—Mirad que no me atrevo, don Melchor.

—Pues si no os atreveis, me atrevo yo; dadme esas dos aguas, que yo me las llevaré, y no sabrá nadie mas que doña Juana que vos me las habeis dado.

—Pues allá vos con Dios y con el mundo, dijo Diego de Moron, que yo de esto me lavo las manos.

Y tomando de una de las tablas dos botecillos pequeños de vidrio ordinario, los enjuagó, puso en ellos parte del líquido de

las dos redomas que habia indicado, tapó los botecillos con cera, y los entregó á Zancudo.

—¿Con que os quedais? dijo Zancudo guardándose los botecillos en la éscarcela.

—Sí señor, me quedo, que no quiero que me vean entrar y salir mucho en la barraca de doña Juana, y ya que la cosa está hecha, acordaos bien: el botecillo que parece que está lleno de agua clara, es el acónito; el otro, que tiene el agua dorada, el filtro amatorio; con que adios, que si habeis de entrar en el campo real, habeis de llegar antes de que oscurezca.

—Teneis razon, dijo Zancudo, muchas gracias, y hasta la vista.

Y se fué.

Salió del campo del caballero del Aguila Roja, atravesó un gran espacio descubierto por encima de una loma árida y desnuda y cubierta de un césped ceniciento, yendo á dar en el campo real, que era inmenso, porque á él estaban unidos los campos de don Diego y don Juan Alfónso de Haro, y el del maestre de Santiago, don Juan Ozores.

Mas abajo, á lo lejos, en el declive de la colina, se veian otros pequeños campos de ricos hombres y mesnaderos que servian á la reina.

CAPITULO IV.

DE LO QUE HIZO DOÑA JUANA NUÑEZ DE LARA CON UNA RATA
Y UN PÁJARO.

I.

Habia en el campo real cuando entró Zancudo, una grande animacion.

Salieron algunos ginetes, portadores sin duda de órdenes, que se dirigieron á los distintos campos que cercaban la villa de Paredes.

En los que estaban contenidos en la cava y estacada del campo real, se armaban los ginetes, y alrededor de las barracas del rey y de la reina, se cargaban las acémilas y se veian muchas literas.

Al pasar junto á la barraca de la reina Zancudo, entraba en ella, armado de todas armas, el infante don Enrique.

Sus escuderos tenian cerca de la tienda su caballo de batalla, y junto al caballo, se veian dos pajes, armados tambien, teniendo uno la lanza, el otro el escudo del infante.

—Pues esto es que nos vamos, dijo Zancudo, y puede ser

que no tenga tiempo de hablar con doña Juana: sin embargo, lo veremos.

Y adelantando, llegó á la barraca de doña Juana Nuñez de Lara.

Allí se notaba tambien un gran movimiento.

Los criados cargaban en acémilas, arcas, cofres, tapices, muebles. Habia preparadas seis literas. Una infinitamente mas lujosa que las otras, destinada sin duda á doña Juana, y sostenida por mulas blancas.

Las otras, mucho mas modestas, de cuero de su color, claveado, estaban sin duda destinadas á las doncellas.

En cada una cabian dos.

Al ir á entrar Zancudo, se dió un tropezon con uno que salia, y que soltó un redondo voto.

Reparólo Zancudo, y se encontró con el paje rubio, que llevaba en la cabeza un casco de hierro empavonado y con muchas plumas, un medio camisote de mallas, una cota de armas con las de la casa de Lara bordadas, y botas altas de gamuza, amen de un espadon que llevaba en la cintura.

II.

—¡Ah, señor Damian! exclamó Zancudo asiendo por los mollos de los brazos al paje, y levantándole del suelo como en muestra de cariño, con la misma facilidad con que hubiera levantado un monigote de paja; me venís como llovido del cielo.

—Me alegro, don Melchor, dijo Damian, pero soltadme, que con esas manazas que teneis, me estais lastimando los brazos, y no me gusta estar en vilo.

Zancudo dejó al paje en el suelo, soltando una ruidosa cajada.

—Y vaya si teneis fuerza, dijo Damian; apuesto á que os tragais vos solo tres raciones de hombre de armas.

—Y lo que sobreviene entre comida y comida, Damiancillo;

pero no se trata ahora de esto, sino de que necesito ver á la señora: ¿es esto posible?

—Para vos es siempre posible ver á mi ama; se os espera siempre, y á mas de eso, hay aquí una personilla que á cada paso habla de vos.

—Pues metedme allá dentro, adonde vuestra señora esté.

—Pues llegais á tiempo, dijo el paje penetrando en la barraca, porque ya han acabado de vestirla sus doncellas; como que dentro de una hora nos largamos.

—¿Y adónde, Damian? Que vos debeis saberlo, dijo Zancudo.

—De aquí á Palencia y de Palencia á Valladolid, donde esperaremos á que se reunan los concejos de todo el reino.

—¡Bah! eso ya lo sabia yo; ¡mal rayo! y cuando estaba ya tan madura la villa, que se iba abriendo para entregarse; ¡permita Dios que al que tiene la culpa de todo esto, le mate un torozon!

—Esperad un momento, dijo Damian, que voy á avisar á la señora de que estais aquí.

Y se entró por una puerta inmediata.

III.

A poco salió, y dijo á Zancudo:

—Entrad.

Entró, y se encontró en un pequeño departamento ya casi desguarnecido, donde estaba doña Juana, hermosísima siempre, y vestida con un esquisito gusto y una gran riqueza.

Un chal de la India blanco con pintas azules, envolvía su cabeza, á la manera de las tocas árabes; dos grandes trenzas color de oro recogidas hácia atrás, corrian á lo largo de sus mejillas; un collar de coral rosa, hacia resaltar la blancura de su garganta; un albornoz ancho color de hoja seca, de una tela de seda labrada muy gruesa y muy suelta, tejida en el Albaicin

de Granada, con briscaduras y adornos de oro, y bajo esto, una túnica de seda azul del mismo género con adornos de plata y ancha orla jaquelada de rojo y negro, constituían su traje.

IV.

—Bien venido seais, don Melchor, dijo con indolencia; ¿qué me quereis?

—Nada os quiero, señora, si no que os traigo algo que vue-
sa merced quiere.

—¿Y qué es ello, don Melchor?

Zancudo, mirando antes con recelo si habia alguien que pudiese verle, sacó de su escarcela los dos pomos de vidrio, y los mostró á doña Juana.

La palidez de esta aumentó, y miró con ánsia los dos pomos.

—¿Y qué es eso? dijo.

—Esto, señora, contestó Zancudo mostrando en la mano derecha á doña Juana el pomo, cuyo contenido era incoloro, es zumo de acónito.

—¿Y para qué sirve esto?

—Para matar ratas.

—¿Ah! sí, son unos bichos muy incómodos, dijo doña Juana, y los hay en todas partes; yo creí que me comian; es muy incómoda la vida de los campamentos.

—Es verdad, señora, es verdad; hay en este mundo ratas tales, que no se las puede resistir.

—¿Y cómo se les da esto á las ratas, don Melchor?

—Si las ratas bebiesen vino seria muy cómodo, porque con echar en el vino que han de beber lo que contiene este botecillo, punto concluido, se les pararia el corazon y se irian á la eternidad, pero como las ratas no beben vino.....

—Bien, bien, dijo con impaciencia doña Juana, se les pone agua con miel en un dornajo, y se les echa esto, dádmelo.

—Tome vuesa merced.....

Doña Juana se guardó el pomo entre su ropa.

—¿Y eso otro qué es?

—Esto otro, esto otro sirve para cazar pájaros.

—¡Eh! ¿para cazar pájaros?

—Sí señora; esto se echa en un agua de olor de las que vienen de Africa ó con zumo de rosa ó de romero ó de jazmin; se rocía con ello un mirador y una estancia, y el pájaro que llega y lo huele, se mete dentro, enamorado de la persona que ha rociado el agua de olor; y es mas, la persona que esto huela se enamora de la persona que con voluntad de ser querida le ha dado esta agua.

—Dadme, Zancudo, dadme, me gustan mucho los pájaros.

—Yo, señora, me los como fritos por docenas.

—¿Y quién os ha dado esto, don Melchor?

—Mi médico, astrólogo y saludador, Diego de Moron, á quien le vi manipulando esto, y le pregunté para quién lo hacia, y me dijo, que vuesa merced tenia mucho miedo á las ratas, que amaba mucho á los pájaros, y que estaba haciendo esto para vuesa merced: pero como es corto de genio y se aturde delante de las altas personas, le costaba trabajo venir; por lo que he venido yo, que me alegro de tener ocasión de ver á vuesa merced.

—Yo tambien me alegro mucho de veros, don Melchor, me habeis servido bien y espero que me seguireis sirviendo á maravilla; ya sé, ya sé que quisisteis ir á tomar un castillo para tener algo de señorío, y que no os dejó vuestro capitan; pero yo haré de modo que dentro de poco os dejen ir sobre el castillo rebelado que mejor os plazca, y os daré lanzas y peones y *cabritas* y *gatas* y los ingenios que hayais menester para tomarle.

—¡Ah, señora! exclamó Zancudo, vos sois mi ángel tutelar.

—Os estimo y estimo mucho á Cinta, y tened en cuenta que no os la doy por mujer hasta que seais caballero de señorío, que la estimo yo mucho: con que, id, id con Dios, y por memoria mia tomad, y guardadlo para cuando os caseis con Cinta.

Y se quitó el collar de corales de que pendian una patena y un *agnus dei* con piedras preciosas, y lo dió á Zancudo.

—¡Ah, señora! toda mi sangre es poca para vos, dijo Zancudo, guardando en su escarcela la rica joya.

—Id, id, y no digais á nadie que me asustan las ratas, ni que me gustan los pájaros.

Zancudo salió murmurando:

—¡Pues no era menester aballestear á mi capitán ó echarle con una catapulta dentro de una villa por el delito de no amar á este ángel de Dios?

Y se salió de la barraca y despues del campo real, y á poco estuvo en el campo de Zayda Fatima, en el que encontró á todo el mundo armándose y cargando las acémilas.

Allí se habia recibido la órden de levantar el campo.

Se abatian las tiendas de los dos capitanes, y ya por un extremo se empezaba á poner fuego á las barracas, como se hacia siempre que se levantaba un campo, para que no le aprovechase el enemigo.

V.

Empezaba á oscurecer, y allá á lo lejos brillaban los incendios de los pequeños campos de ricos hombres y mesnaderos, que por ser poca la gente que tenia que armarse y poco el bagaje, estaban ya en órden de marcha.

Solo el campo real permanecia oscuro.

Zancudo se metió en su barraca, hizo que su paje le armase, y envió á su escudero por los caballos.

Cuando estuvo armado, fué á presentarse á Zayda Fatima.

Estaba esta junto al caballero Sin nombre, hablando con él calorosamente en voz baja, y rodeada de los cabos superiores de la compañía.

Tenia puesto el antifaz, como siempre que se presentaba á sus soldados.

El conde don Lope tenia tambien su antifaz de hierro.

Zancudo esperó á que Zayda Fatima concluyese su conversacion con el conde.

VI.

Esta conversacion era demasiado grave.

—La reina me manda, decia Zayda Fatima, que vaya escoltándola junto á su litera, con cien lanzas de la compañía; esto quiere decir que la reina recela una traicion, y sé que con otras cien lanzas irá él, escoltando tambien á la reina y al rey. ¡Ah! no tengo valor, mi buen padre, no tengo valor! esta faena varonil en que hace tanto tiempo estoy metida, no ha cambiado mi corazon de mujer. ¡Ah! no, no, el caballero del Aguila Roja es siempre la pobre María de Granada; estoy temblando, padre mio, no me abandoneis; el tiempo, la ausencia, han aumentado mi amor, y este amor es maldito: él es un hombre casado, y yo, consagrada por mi padre á Dios, al convertirme á la religion verdadera, he confirmado mi voto. ¡Ah! si la reina, si el rey no estuviesen en peligro, yo me iria á acabar de pasar mi vida al monasterio de las Huelgas de Valladolid.

—Ahora menos que nunca, exclamó el conde; tenemos al traidor en casa, al peor de los traidores, al infante don Enrique, y preveo infames asechanzas, grandes peligros: ahora mas que nunca debemos velar por el rey y por la reina: ya veis, estábamos á punto de tomar la villa, y ese miserable ha venido á estorbarlo; pero no es la culpa toda suya, sino de mis desleales hermanos don Diego y don Juan Alfonso, vergüenza de mi apellido: para estos hombres no hay mas que dinero y dinero, mercedes y más mercedes. ¡Ah! me van dando tentaciones de arrojar el antifaz, de decir: hé aquí el que habeis creido muerto en Alfaro, hé aquí el señor de vuestra casa; dadme mi señorío de Vizcaya, que siendo mio servirá para defender la razon y la justicia.

—¡Ah! no, no, continuemos entrambos fieles á nuestros votos, conde; temamos á Dios y fortalezcámonos mutuamente para

resistir nuestra lucha. No os separeis por Dios esta noche de mí; poneos entre él y yo.

—Descuidad, hija mia, descuidad, aunque no son necesarias esas prevenciones: sufrís, luchais, pero teneis fuerzas para el sufrimiento, para la lucha: sois una gran mujer, un gran corazon.

—Me protege Dios.

—Pues contad con que Dios siempre os protegerá, porque Dios protege siempre la virtud.

VII.

En aquel momento llegó Damian que venia de parte de la señora infanta doña Juana Nuñez de Lara.

Traia en las manos un pequeño cofrecillo de hierro y oro.

Se acercó á Zayda Fatima, y la dijo:

—Señor infante, tengo que decir á vuesa merced algunas palabras.

Zayda Fatima, que conocia demasiado á Damian, porque le habia llevado y traído muchas cartas de la Palomilla, se impacientó, pero disimuló su impaciencia.

Se apartó á un lado con el paje, y este la dijo:

—Mi señora me envia á vuesa merced con este cofre, y porque ya está levantado todo para la marcha y no tiene comodidad de escribir, me ha mandado diga á vuesa merced de palabra lo que hubiera podido decirle por escrito.

—Y bien, dijo Zayda Fatima afectando cortesmente una galantería á que estaba muy poco dispuesta: hablad, que yo oiré con mucho gusto lo que me digais de parte de vuestra señora.

—Pues mi señora dice que sabe muy bien que esta noche nos saldrán al camino de Palencia el infante don Juan, que se llama rey de Leon, y el infante don Alfonso, que se llama rey de Castilla, con muchas y muy buenas lanzas y gente brava de Aragon, Navarra y Cataluña.

—Bien; los venceremos, contando con Dios y nuestro derecho, contestó Zayda Fatima.

—Así lo espera mi señora, dijo Damian; pero como habrá gran peligro, mi señora quiere preservaros de él, y os envía un tesoro; esto es, dos huesos del dedo pequeño de la mano de Santa Eulalia dentro de un relicario, y un paño empapado con las lágrimas de la Santa, que bien se conoce es una reliquia, por el suavísimo olor que tiene. Poneos ese relicario al cuello y sobre el corazón el paño, y nada temais, saldreis del peligro, no solo ileso, sino vencedor.

—Dad á vuestra señora las gracias por el cuidado que de mí tiene, y tomad vos para memoria mia.

Y Zayda Fatima se quitó del cuello la cadena de caballero que llevaba, que era de grandes eslabones de oro macizo, y la dió á Damian, que se lo agradeció mucho: y dejando el cofrecillo á Zayda Fatima, se alejó.

—¡Oh, qué equivocacion esta de doña Juana Nuñez! ¡y que por amor á la reina haya de alentar yo estos amores!

Y como Zayda Fatima era piadosa, y como la casa de Lara era muy rica y muy antigua, y tenia fama de poseer entre sus riquezas reliquias de santos, y como Zayda Fatima sabia que doña Juana, creyéndola hombre, la adoraba, se metió en su tienda, que aún no estaba abatida del todo, haciendo decir, ó mas bien murmurar á Zancudo, que habia estado observando:

—Paréceme que, si no es hablador el Zurdo y su licor tiene la virtud que él dice, doña Juana Nuñez ha cazado ya su pájaro: es posible que haya tambien matado á su rata.

VIII.

Entre tanto, Zayda Fatima se ponía en su tienda el relicario al cuello, y sobre el corazón el paño empapado, segun decian, con las lágrimas de Santa Eulalia.

En efecto, el paño olía de una manera suavísima, y como

Zayda Fatima, á pesar de lo brava, era muy dama, aspiró con cierta fruicion aquella fragancia deliciosa.

IX.

Despues salió, y como viese que el incendio de las barracas de su campo avanzaba y que empezaban á incendiarse las barracas del campo real, mandó que sus trompas tocasen á cabalgar y batiesen marcha: y cabalgando los ginetes y formándose estos y los peones, salió y se colocó en orden cerrado en el espacio que se estendia entre su campo y el campo real.

X.

Zayda Fatima dió cuenta al conde don Lope del presente que le habia hecho doña Juana Nuñez.

—¡Oh, pues os ha dado un tesoro inestimable! dijo el conde: esa mujer está loca por vos: allá, en otro tiempo, oí hablar mucho á don Juan Nuñez de Lara, el viejo, de esas reliquias de Santa Eulalia, dadas por un Papa á uno de los de la casa de Lara, que habia estado en la conquista del Santo Sepulcro, en recompensa de sus hazañas.

—¡Y qué creéis, don Lope, de lo que dicen, que han de salir á atajarnos esta noche los infantes don Juan y don Alfonso con sus gentes y con lanzas de Aragon, Navarra y Cataluña?

—Digo, que cuando lo dice doña Juana Nuñez, y siendo un traidor tal su marido, podrá ser cierto; pero dígoos tambien, que con la gente que llevamos, y yendo con nosotros don Alfonso Perez de Guzman, me dan poco cuidado los infantes.

—¡Y no creéis que debia darse cuenta á la reina?

—No: podrá no acontecer, y bueno es ahorrar de cuidados á

su señoría: basta con que lo sepa don Alfonso Perez para que se aperciba y ponga la gente en buen orden, á fin de no ser sorprendidos: estas precauciones no implican cuidado, porque el buen capitán, mientras va por tierra enemiga, debe ir siempre apercebido al combate. ¿Y qué uso habeis hecho de esas reliquias?

—Las llevo sobre mí, no para que me defiendan del enemigo armado, sino de otro enemigo mayor, de mi corazón y de don Alfonso Perez.

—¡Ah, desdichada amiga mía! exclamó conmovido el conde.

En esto, llegaron las últimas acémilas y las máquinas é ingenios que habian quedado en el campo á la salida de la compañía, y como se oyese el toque de marcha á lo lejos, en el campo real, la compañía franca se puso en movimiento:

A poco, habiendo dado orden Zayda Fatima á Zancudo de que tomase el mando de la compañía, se destacó con cien lanzas, y acompañada del conde don Lope, avanzó rápidamente, llegó al ejército real y á la litera de la reina, con la que habló algunas palabras, continuando desde allí en la guarda del rey y de la reina.

Otras cien lanzas gruesas completaban aquella guardia real por decirlo así.

Al frente de ella, sobre un fuerte corcel, iba un caballero armado de todas armas, con rica sobrevesta y rico plumaje en el almete.

Aquel caballero era moreno, grave, hermoso, y ya de edad granada; era Guzman el Bueno.

Empezaba á oscurecer.

Acercósele el conde don Lope, y le dijo:

—Salud al buen alcaide de Tarifa.

—Salud, señor Sin nombre, contestó Guzman el Bueno reconociendo por lo que se le conocia al conde don Lope, á la neutra luz del crepúsculo: á lo que parece, hacemos juntos la jornada, y me complazco de ello, porque sois muy honrados los capitanes de los Hermanos de la Selva.

Y Guzman el Bueno suspiró.

Esto, para el conde don Lope, fué una demostracion de que Guzman habia conocido á Zayda Fatima.

—Vengo á daros un aviso importante, dijo el conde.

—Hablad, señor mio, contestó Guzman el Bueno.

—Nos ha llegado á mi compañero y á mí un espía, y nos ha dicho que los infantes don Juan y don Alfonso, con grande y brava hueste, han de salirnos esta noche al camino.

—¡Pardiez! exclamó Guzman, y cómo se conoce que entre nosotros anda ese mal amañador de infante don Enrique: si la reina mi señora no fuera tan blanda de entrañas, escusaríamos muchos y graves inconvenientes; pero me parece que Dios suple por lo que la reina no hace: gran trabajo se le ha venido encima, y sin saber cómo, á don Enrique el Senador.

—¿Y qué ha sido ello?

—¡Qué ha de haber sido! Que en el momento de marchar, y estando hablando con la reina, el infante don Enrique dió una gran voz, y empezó á disparatar, que ponía espanto, y luego, cayó redondo al suelo, y hánle metido en una litera, y los físicos don Abraham y don Kag se vuelven locos, sin acertar lo que el infante tiene, y auguran muy mal de su vida.

—Dios, siempre Dios, exclamó el conde don Lope.

La verdad era que, habiendo ido antes de partir á saludar á su esposa el infante don Enrique, doña Juana habia estado muy amable con él, y le habia festejado, dándole á beber una gran copa de vino caliente enmelado para fortificarle, á causa de sus años, para la fatiga de la jornada.

XI.

Guzman el Bueno, atendido el aviso del conde don Lope, mandó á sus trompas tocasen alto.

Hízolo todo el ejército, y Guzman el Bueno, á pretesto de

prevencion, puso la hueste en situacion de entablar con ventaja un combate en el momento que se le presentase.

A vanguardia iba la compañía franca de los Hermanos de la Selva; á retaguardia, las lanzas y los vasallos de Alfonso Perez de Guzman, gente dura y de confianza.

Al uno y al otro flanco del ejército, grandes mangas de ballestería aguerrida en las fronteras de Granada.



the history of the world, from the beginning of time to the present day, is a subject of great interest and importance. It is a subject which has attracted the attention of many of the greatest minds of all ages, and which has been the subject of many of the most valuable works of literature and science. The history of the world is a subject which is constantly changing and growing, and which is always full of new discoveries and new insights. It is a subject which is always full of interest and excitement, and which is always full of new challenges and new opportunities. The history of the world is a subject which is always full of new discoveries and new insights, and which is always full of interest and excitement.

The history of the world is a subject which is always full of interest and excitement, and which is always full of new challenges and new opportunities. It is a subject which is always full of new discoveries and new insights, and which is always full of interest and excitement. The history of the world is a subject which is always full of new discoveries and new insights, and which is always full of interest and excitement. It is a subject which is always full of new challenges and new opportunities, and which is always full of interest and excitement.

The history of the world is a subject which is always full of interest and excitement, and which is always full of new challenges and new opportunities. It is a subject which is always full of new discoveries and new insights, and which is always full of interest and excitement. The history of the world is a subject which is always full of new discoveries and new insights, and which is always full of interest and excitement. It is a subject which is always full of new challenges and new opportunities, and which is always full of interest and excitement.

The history of the world is a subject which is always full of interest and excitement, and which is always full of new challenges and new opportunities. It is a subject which is always full of new discoveries and new insights, and which is always full of interest and excitement. The history of the world is a subject which is always full of new discoveries and new insights, and which is always full of interest and excitement. It is a subject which is always full of new challenges and new opportunities, and which is always full of interest and excitement.

The history of the world is a subject which is always full of interest and excitement, and which is always full of new challenges and new opportunities. It is a subject which is always full of new discoveries and new insights, and which is always full of interest and excitement. The history of the world is a subject which is always full of new discoveries and new insights, and which is always full of interest and excitement. It is a subject which is always full of new challenges and new opportunities, and which is always full of interest and excitement.

The history of the world is a subject which is always full of interest and excitement, and which is always full of new challenges and new opportunities. It is a subject which is always full of new discoveries and new insights, and which is always full of interest and excitement. The history of the world is a subject which is always full of new discoveries and new insights, and which is always full of interest and excitement. It is a subject which is always full of new challenges and new opportunities, and which is always full of interest and excitement.

CAPITULO V.

DE LA MALA SITUACION EN QUE SE ENCONTRABAN LOS DOS CAPITANES
DE LOS HERMANOS DE LA SELVA.

I.

La noche era muy apacible, brillaba clarísima la luna, y producía un magnífico efecto en las colinas, en los valles, en los horizontes, dejando ver de trecho en trecho un trozo de cinta ondulada y brillante, que no era otra cosa que la escasa corriente del Orvigo.

El ejército marchaba en silencio, porque tal orden había dado Guzman el Bueno, que le mandaba en jefe, por delegación del rey, y á Guzman el Bueno se le obedecía.

No cantaba, pues, un solo soldado, ni se oía otra cosa que el ruido de las herraduras de los caballos, muchas veces sobre piedra viva, y el crujir de los arneses, lo que á lo lejos producía un rumor seco, extraño, que á nada podía compararse, semejante solo al de una gran serpiente de acero que se deslizase sobre piedra.

II.

Zayda Fatima iba poseida de una inquietud mortal: marchaba á la derecha de la litera de la reina; á la izquierda, marchaba Guzman el Bueno; algo atrás, y con la cabeza inclinada sobre el pecho, abandonadas las riendas, dejando ir á su placer á su caballo, iba el conde don Lope con su blanca sobrevesta de luto.

El conde habia sufrido mucho, habia estado tres meses á la vista de Paredes, habia asistido á mas de un asalto.

Dentro de Paredes estaban su mujer, su hija y su nieto, que le creian muerto, y que acaso le habian olvidado.

Este pensamiento habia amargado el corazon del conde, que por mas que habia prescindido del mundo, renunciado á sus antiguas traiciones, convirtiéndose y consagrándose al servicio de la viuda y del hijo de aquel rey don Sancho, contra el cual habia levantado la mano alevosa, no podia desoir el grito de la sangre.

III.

Y tan poderoso fué este, tal deseo sintió el conde don Lope de ver á su esposa, á su hija y á su nieto, que, esponiéndose á todo, una mañana, apenas alboreaba, se fué con su hábito de monje delante de la puerta Real de la villa, que era la mas fuerte, y dijo que era un benedictino de Leon que tenia que revelar grandes cosas á doña María de Haro, que gobernaba la villa.

Como un fraile solo no era terrible, y habia prometido grandes revelaciones en momentos de grave conflicto para la villa, y entonces se creia que todos los religiosos estaban iluminados por el Señor, franqueóse la puerta Real para don Lope, que entró en la villa.

Cierto es que los de adentro pudieron suponer que bajo aquel hábito se ocultase un espía; pero en aquellos tiempos, un hábito era un salvo-conducto, con el cual se iba con seguridad por todas partes.

Podía decirse entonces de los hábitos lo que ahora se dice de las banderas en la esfera del comercio: el pabellon cubre la mercancía.

IV.

Don Lope fué recibido en Paredes con un profundo respeto.

Su ancho hábito negro de gruesa y magnífica plegadura, su continente grave, su blanquísima barba, que asomaba luenga bajo su capuz completamente calado, hasta el punto de no vérsese ni una parte del semblante, le daban una apariencia completamente venerable.

V.

En el pequeño alcázar de la villa encontró el conde á su esposa doña Juana de Molina y á su hija doña María de Haro, que tenía junto á sí á su hijo don Lope, niño de poca edad.

Doña Juana era una hermosísima matrona, como de cuarenta y dos años, hija mayor del infante don Alfonso de Molina, padre de la reina doña María, hermana menor de doña Juana.

Al verla don Lope tranquila, infatuada por aquello de ser madre de la reina de Leon, como se llamaba doña María, en un estado de morbidez admirable, sonrosada, viviendo bien en una palabra, se le oprimió el corazón.

Habia sido de todo punto olvidado: no podia dudarle.

Su hija doña María, jóven como de veintidos años, casada algunos antes con el infante don Juan, era tambien muy hermosa, y miraba á su padre, sin conocerle, con estrañeza.

El nieto miraba al abuelo con miedo, por lo cubierto de su semblante, por su larga barba blanca y por su hábito negro.

VI.

—Y bien, ¿qué teneis que revelarnos, padre? le preguntó doña Juana de Molina.

El conde habló con su voz natural, seguro de que se le habia alterado tanto con los años y los sufrimientos, que no era posible le reconociesen los suyos.

—¿Estais segura, dijo, señora, de que no ofendeis á Dios manteniendo levantada bandera contra vuestra hermana la reina doña María y vuestro sobrino el rey don Fernando?

—Ni ella es reina, ni él es rey, contestó con desden doña Juana: casóse ella por ambicion con el rey don Sancho, y el rey don Sancho con ella por amor, por una pasion desordenada: Roma les negó la dispensa; manceba fué, que no esposa de mi sobrino el rey don Sancho, y los hijos que de este amancebamiento han nacido, son bastardos, por lo que don Fernando no puede ser rey: el rey legítimo lo es mi sobrino don Juan, marido de mi hija la reina doña María.

—¿Y de nada os sirve, dijo sin irritarse el conde don Lope, el ver que los reinos del rey don Sancho han reconocido como mujer legítima de su difunto rey á vuestra hermana doña María y han aclamado por su rey y señor natural á su hijo don Fernando?

—¡Ah, sí! contestó, dejando ver una sonrisa sardónica doña Juana; doña María es mañera, hipócrita, la ambicion la alienta, halaga á los unos, da mercedes á los otros, y puede decirse que

entre mercedes y donativos, ha dado á todos los que la defienden el reino de que se llama rey su hijo.

—¿Y quién tiene la culpa de que se vendan los altos señores y no pueda contarse con ellos si no se les compra? Y sin embargo, pudieron venderse á otros: el infante don Juan no dejaria de pagar bien caros á esos señores.

—¡Ah! no habéis de eso, padre, exclamó irritada doña Juana: á quien se debe que el infante don Fernando se llame todavía rey de Castilla, es á ese traidor de mi cuñado, don Diego Lopez, que mas que á doña María y á don Fernando defiende el señorío de Vizcaya, que ellos le han dado, y que no le daria mi sobrino el rey don Juan, porque ese señorío pertenece de derecho á mi hija la reina doña María: de otro modo, ni don Diego Lopez de Haro fuera legítimo señor de Vizcaya, ni á su hermano don Juan Alfonso se hubiera dado el señorío de los Cameros, que tampoco consentiria le tuviese el rey don Juan, porque ese señorío es del patrimonio de la corona de Castilla; no defenderian ni á doña María ni á don Fernando, como no los defiende don Juan Nuñez de Lara, que está con nosotros.

—La pasion os ciega, señora, y os olvidais de Dios, contestó el conde don Lope.

—¡La pasion! ¿Y creéis que no tengo razon para aborrecer al difunto rey, á doña María y á don Fernando? ¿No sabéis que mi hijo murió defendiendo el señorío de Vizcaya, perdido por la cobardía de su padre el conde don Lope?

—Dejemos en paz á los muertos, madre, contestó friamente doña María de Haro.

—¡Los muertos! ¡los muertos que han dejado tras sí tan funestas consecuencias! exclamó doña Juana: ¡cobarde! tuvo mil veces en su mano la cabeza de don Sancho, y no la tomó; se confió néciamente en lo que creia que con el rey podia, y engañado por el rey, murió miserablemente en Alfaro, causando la ruina de su familia y la guerra civil. ¿Pues qué seria del infante don Fernando y de su madre si no los amparase el poderoso señor de Vizcaya? Pues qué, mi hijo, si no hubiera muerto defendiendo su derecho, ¿hubiera reconocido nunca por rey al usur-

pador, como le ha reconocido y le reconoce por lo que le conviene mi cuñado don Diego Lopez? ¡Ah! no, guerra á muerte, sin tregua y sin fin, si es que Dios no quiere que esta guerra tenga fin, dando al rey don Juan su herencia: en cuanto á mí, el mundo me exige, si no mi corazon, que vengue la muerte de mi marido; mi alma entera que cobre la sangre de mi hijo, y no cesaré de aconsejar al rey don Juan que no ceda, y que muera antes que volver á besar la mano á aquel que le usurpa la corona.

VII.

A punto estuvo de descubrirse el conde don Lope, de aterrarse á su mujer y á su hija, pero se contuvo.

Habia muerto para el mundo en Alfaro, y no queria volver á aparecer ante el mundo.

Devoró la inmensa amargura que le causó el odio á su memoria de su mujer y de su hija, y salió de su presencia murmurando:

—Si los muertos, despues de algunos años de su fallecimiento, volviesen á la vida y buscasen á su familia, se tornarian á la tumba desesperados: el hombre está solo sobre la tierra; no tiene á nadie mas que á Dios.

VIII.

Esta amargura del corazon, de la que no habia podido curarse, y que tal vez era la mayor de las espiaciones del conde don Lope, era la que le llevaba cabizbajo, meditabundo, sufriendo un martirio, detrás de Zayda Fatima, abandonadas las riendas de su caballo.

IX.

En cuanto á Zayda Fatima, sentia una tentacion formidable de avanzar su caballo y de acercarse á Guzman el Bueno, que iba á la izquierda tambien muy pensativo, algo avanzado de la litera de la reina.

Se contenia, sin embargo, Zayda Fatima.

Una especie de embriaguez, de locura iba invadiendo su cabeza.

La abrasaba el corazon aquel supuesto paño empapado en las lágrimas de la mártir Santa Eulalia.

Se sentia débil, impotente para resistir á la poderosa atraccion de Guzman el Bueno.

Zayda Fatima lloraba bajo su antifaz.

Su alma sentia una corriente de amarguísimas lágrimas.

Pensaba en su desventura; mejor dicho, la sentia de una manera terrible, y buscaba su causa, tal vez en alguna maldicion de Dios sobre su familia: que ella habia sido siempre buena, caritativa, pura: ¿por qué era tan desventurada?

X.

A las dos horas de marcha, sin saber cómo, sin poderlo evitar Zayda Fatima, por una especie de indolencia de la voluntad, su blanco y magnífico corcel avanzó, y la puso al lado de Guzman el Bueno, hasta el punto de que chocaron los pernales de las armaduras de ambos personajes.

Guzman el Bueno se volvió, y se estremeció de los piés á la cabeza al ver junto á sí á Zayda Fatima; él, que no se estremecia por nada; él, que habia tenido el bárbaro valor de arrojar desde la torre del Cubo de Tarifa el cuchillo con que fué muerto su hijo don Pedro.

XI.

Desde el momento en que Zayda Fatima, llegando á los reales, se habia presentado á la reina, junto á la cual estaba Guzman, este, á pesar de las armas, del talante marcial y del antifaz que encubria á Zayda Fatima, la habia reconocido, por uno de esos misteriosos impulsos del corazon, de que no podemos darnos cuenta.

Zayda Fatima habia sido la gran desgracia de Guzman el Bueno.

Desde el momento en que la encontró al pié de las escaleras del Alcázar Viejo de Toledo, la noche en que moria el rey don Sancho, Zayda Fatima le hizo sentir su poderosa influencia, de la que á despecho suyo no habia podido libertarse.

Guzman el Bueno lo era verdaderamente, no cabia en él ni aun el pensamiento de una traicion.

Ahora bien, si se hubiese dejado arrastrar por la poderosa influencia que involuntariamente habia ejercido sobre él Zayda Fatima, hubiera hecho traicion á su esposa; á aquella noble compañera que no habia vacilado en seguirle á Africa; á aquella mártir que habia partido con él el horror del sacrificio de su hijo; á aquella gran mujer que le amaba con toda su alma, y sobre todo despues de Dios, con cuyo amor cumplia amando mas que á sí misma á su marido.

No podia ni aun suponerse tan mal hecho en Guzman el Bueno, pero no conservó intacta su virtud sin un enorme sacrificio.

No habia dejado de amar á su buena y hermosa doña María Alfonso Coronel, ni su amor hácia ella habia empaldecido ni aun levemente, á causa de la fascinacion que le causaba Zayda Fatima, y que era tal y tan poderosa, que fué bastante para que con un pretexto se alejase de la córte, temeroso de que su passion creciese, dominase la conciencia de su deber, y le arrastra-

se á la mala accion de decir amores á una noble y honrada dama que no podia ser su esposa.

Zayda Fatima era para él ese arcángel de fuego que llena todas las aspiraciones de nuestro deseo, si los encontramos sobre la tierra.

Ese imposible adorado y tentador que acaba por enloquecernos.

Guzman el Bueno tuvo miedo por la primera vez de su vida, y huyó.

Pero las circunstancias habian hecho que la reina le necesitase de una manera grave, y su lealtad trajo á Guzman á la córte, esto es, al peligro, porque aunque Zayda Fatima, como dama de la reina, habia desaparecido, estaba junto á ella bajo la apariencia misteriosa del caballero del Aguila Roja, á cuyo incógnito y á cuyo silencio se habian acostumbrado todos, porque eran muy frecuentes en la Edad Media los caballeros ascéticos, que por piedad ó en penitencia de algun gran pecado, se encubrian, y de nadie se dejaban ver el rostro, ni con nadie hablaban, sujetos á un voto solemne.

XII.

Hay entre dos que se aman con toda la intensidad del amor, que no todos los que pasan por la vida sienten, algo misterioso é inesplicable que les hace conocerse, sentirse, aunque estén encubiertos, aunque no se vean; son un alma partida en dos, que tiende á unirse, á pesar de todos los obstáculos, de todos los sacrificios.

Es este amor la gran felicidad de dos séres, el reflejo sobre la tierra de la gloria, cuando no existen contrariedades que dificulten una union legítima; y la gran desgracia, la desgracia suprema, cuando esta union no puede realizarse porque el amor de raza pura es altivo, soñado, poético, no transige con nada de lo que el mundo y la moral reprueban.

En esta última situación se encontraban Zayda Fatima y Guzman el Bueno.

Cuando ella se acercó á la tienda de la reina la primera vez que fué á visitarla en los reales, presintió á Guzman.

En efecto, Guzman estaba al lado de la reina.

Cuando Guzman vió al caballero del Aguila Roja, conoció á Zayda Fatima.

La buena doña María se estremeció y se entristeció.

Habia visto cruzarse una involuntaria mirada de fuego entre sus dos mas leales servidores, y procuró que no volviesen á encontrarse.

El campo de Zayda Fatima estaba separado por una gran distancia del de la reina.

Cuando se combatia la villa, si Guzman acometia por un lado, el caballero del Aguila Roja tenia órdenes de acometer por el opuesto.

No habian vuelto á verse Guzman ni Zayda Fatima: habia cuidado de evitarlo la severa y previsora doña María.



CAPITULO VI.

DE CÓMO, SEGUN LA OPINION DEL EJÉRCITO, LA REINA DOÑA MARÍA IMPIDIÓ QUE GUZMAN EL BUENO Y EL CABALLERO DEL AGUILA ROJA SE COMBATIESEN EN BATALLA CAMPAL.

I.

La fiebre devoraba á Zayda Fatima.

La embriaguez del amor la dominaba; así es, que se olvidó de su silencio, de su situacion, y al chocar con Guzman el Bueno, dijo, olvidándose hasta de que habia cambiado aparentemente de sexo:

—Perdonad, iba distraida.

—¡Oh, Dios mio! exclamó Guzman el Bueno: gracias, señora.

—¡Ah! exclamó Zayda Fatima conociendo tarde su olvido: ¡no sé lo que pasa por mí!

—Descuidad, descuidad, señor capitan, dijo Guzman el Bueno, que vuestro secreto no lo era ya para mí; y si continuó tratándoos como vos quereis que se os trate, es por evitar que el viento arrastre alguna de nuestras palabras que puedan descubrirnos.

—¡Que conoceis mi secreto! dijo alarmada Zayda Fatima, porque creia que Guzman el Bueno se referia al secreto de su corazon: ¿no temeis haberos engañado?

—¡Ah, no! exclamó Guzman: reconozco en vos á una noble persona, digna de mejor suerte.

—¿Por qué decís eso, capitán? dijo Zayda Fatima.

—Porque os aflige la desventura; desventura que no mereceis, porque nada hay tan bueno, tan noble y tan leal como vos.

Guzman el Bueno, por mas que quiso evitarlo, dejó conocer mucho de apasionado en su acento.

—¿Qué sabeis de mi padre? dijo Zayda Fatima, que tenia miedo á aquella conversacion, y que de otra parte, no se atrevia á cortarla, ó mejor dicho, no podia.

—Yo no me trato con el rey de Granada, contestó Guzman, sino en el campo, y lanza contra lanza, y en verdad, que siento mucho por vos, y solo por vos, ser necesariamente enemigo de vuestro padre.

—Yo tambien lo soy por mi desdicha, contestó Zayda Fatima; pero es la mia una desdicha que no deploro, porque á causa de ella, he abierto los ojos del alma á la religion verdadera, y sirvo á la mas noble de las reinas.

—Es admirable, dijo Guzman: teneis fama de ser una de las mejores lanzas de Castilla.

—¡Ay, don Alfonso, que cuando yo me vi obligada á huir del alcázar de mi reina, porque me acechaban enamorados poderosos, no sabia lo que iba á ser de mí! Necesitaba ocultarme, encubrirme, y solo por esto vestí traje y armas de hombre: nunca habia pasado por mi imaginacion que yo pudiera convertirme en un formidable guerrero: llevaba conmigo á sueldo cuatro hombres, bravos soldados viejos que aún continúan á mi servicio: no sabia yo que en el estado en que se encuentra Castilla no se puede andar por los campos armado, sin verse á cada momento en la necesidad de poner á prueba el esfuerzo: muy pronto nos atajaron en el camino unos salteadores; yo necesitaba encubrir mi sexo para con mis escuderos, y combatí estremecida de espanto: cierto es que mi padre me habia acostumbrado á la

fatiga, que mas de una vez habia manejado la ballesta y lanzado la azagaya, que habia ido á montería, que en los patios de nuestros alcázares habia corrido cañas con mis hermanas y con las esclavas del harem, pero nunca habia pensado en la guerra, y aunque no era ni tímida ni delicada, jamás habia pasado por mi pensamiento convertirme en soldado.

—Por Dios, capitán, estais hablando como mujer, y pueden oiros alguna palabra, dijo Guzman el Bueno: adelantémonos si os place, y así podremos hablar sin temor.

II.

Y Guzman el Bueno avanzó su caballo; avanzóle tambien Zayda Fatima, y quedaron solos en un punto intermedio á las lanzas que formaban la vanguardia de la comitiva de la reina, y á la litera de esta.

Podian hablar sin temor de ser oidos.

—Continuad si os place, dijo Guzman.

—Con sorpresa mia, en el primer encuentro que tuve con los bandoleros de que os he hablado, cerca de Renedo, vi que mi pavor se desvanecia, desaparecia, que me entusiasmaban el combate y el peligro, y que se desarrollaba en mí una fuerza que nunca habia conocido: posteriormente, y despues de algunos encuentros con gente maleante, en que triunfé siempre, ayudada por mis escuderos, tropecé con la compañía de los Hermanos de la Selva, que me atajaron en el camino, me combatí de solo á solo con su capitán, y al primer encuentro, le derribé de los arzones, falseados la adarga y el coselete, y atravesado de parte á parte. Esto se debió sin duda al gran empuje de mi caballo, y á lo bueno del encuentro. Mi fuerza se desarrollaba de dia en dia: hecho capitán de los Hermanos de la Selva, estos, que eran unos aventureros terribles, admiraron mi valor y mi pujanza: todo esto me ha venido de Dios, que ha querido acórrerme.

—Indudablemente, señora, indudablemente, contestó Guzman el Bueno; aunque ya he conocido yo mujeres formidables.

—Dicen que vuestra esposa, observó Zayda Fatima trayendo á la situacion como protectora á doña María Alfonso Coronel, es tan brava como vos.

—Hiciera ella lo mismo que yo hice en Tarifa, aunque yo hubiera faltado, y os aseguro que la dejaria yo guardando una villa, tranquilo, porque sé bien que la defenderia como el mejor hombre de guerra.

—Vuestro ejemplo, dijo Zayda Fatima.

—Y su sangre, repuso Guzman, la noble y brava sangre de los Coronel. ¡Y no pensais, señora, en dejar al fin vuestro disfraz y aparecer de nuevo como dama en la córte, al lado de la reina?

—Yo no volveré á aparecer mujer, sino para entrar en un convento.

—¿Para un convento os guardais, doña María?

—¿Y qué he de hacer yo en el mundo? exclamó Zayda Fatima; mientras me necesite la reina, la serviré: cuando el rey don Fernando esté asegurado en el trono, cuando la reina descanse al fin de tanta fatiga, de tanta zozobra, de tanta y tan terrible lucha, cuando reciba el premio que Dios reserva sin duda á su virtud y á su constancia, me encerraré en el cláustro.

—Dicen, observó Guzman con la voz poco firme, que el infante don Juan Manuel andaba muy enamorado de vos, y que con vos se hubiera casado de muy buena voluntad.

A Guzman se le iba yendo la cabeza, se contenia á duras penas, tenia celos del infante, porque le habia oido hablar con adoracion de Zayda Fatima, y sus celos se rebelaban y hablaban.

La conversacion iba haciéndose sumamente peligrosa.

—¡El infante don Juan Manuel! exclamó Zayda Fatima: dejadme á mí de niños mal criados en la traicion, y que si no la cometen, andan tan cerca de ella, que puede considerárseles ya como traidores.

—Así son todos en Castilla, doña María, dijo Guzman el

Bueno, y los que no son así, se cuentan en muy pequeño guarismo.

—Sí, es verdad; no todos son como vos, que no solamente habeis vertido la sangre por vuestro rey, sino que por él os habeis hecho pedazos las entrañas, y á pesar de esto, no pedís á la reina para defender á su hijo como los otros señores villas y castillos, y bien sé yo que, cuando la reina no tiene dinero para pagar las lanzas que acaudillais en vuestro adelantamiento de la frontera de Granada, pagais el sueldo á la gente de vuestro tesoro particular. ¡Ah! esto es ser bueno, noble y leal. No, no como ese infantillo don Juan Manuel, que cuando le quitan una villa pide otra, y si no se lo dan, se enoja, y si no ha llegado á la traicion, anda en tratos poco lícitos con los traidores, como cuando ayudó en lo que pudo al intento de casarse con la reina del desventurado infante don Pedro de Aragon.

—Qué quereis, así anda el mundo; y muchos de los que obran de tal modo, no lo hacen á mal hacer. El infante don Juan Manuel no es de los peores, y al fin y al cabo, aunque se haya hecho pagar mas de lo que vale, ha estado siempre bajo el estandarte del rey; casado con vos, tal vez, y sin tal vez, de seguro, se hubiera convertido en un buen vasallo.

—No parece, dijo con impaciencia Zayda Fatima, cuya fiebre crecia, cuya cabeza sentia á cada momento mas la embriaguez del amor, sino que el infante os ha hecho procurador suyo para conmigo.

—No por cierto, saltó Guzman; todo consiste en que os quisiera ver bien casada, con un infante tan poderoso como don Juan Manuel, lo que os daria infinitamente mas medios para servir á la reina.

—Perdonad, dijo Zayda Fatima, pero no parece sino que os habeis propuesto impacientarme: no me habeis mas del infante; él es la causa de que yo me haya apartado de la reina y convertídomme en lo que nunca, ni aun en sueños, habia pensado.

—Perdonadme si os hago una pregunta, doña María, y todo por vuestro interés: ¿jamais á otro hombre?

—¡Que si amo yo, Dios mio! exclamó Zayda Fatima cogida

de improviso, y ya demasiado combatida por su amor: ¡que si amo yo!

—¡Ah, basta, basta, señora! dijo Guzman el Bueno: en la manera de vuestra respuesta, comprendo que amais con toda vuestra alma.

—Es verdad, dijo Zayda Fatima; amo, pero mi amor es de todo punto imposible: no hablemos mas de ello.

—¿Y por qué no? dijo Guzman el Bueno, que estaba tambien aturdido: vuestro amor debe ser como vos, noble y puro.

—¡Oh, sí, noble y purísimo! exclamó Zayda Fatima.

—Los amores puros, no ofenden á nadie, ni á Dios, ni al mundo.

—Sí, cuando son imposibles, cuando una desdichada mujer ama sin poder evitarlo, sin que basten toda su virtud, todo su valor, á un hombre que no puede ser suyo, porque es de otra.

—¿Y no creéis que en esos amores purísimos que vos alentais, hay mucho de fraternidad? ¿No creéis que una hermana, una madre, una hija, pueden amar á un hombre infinitamente mas que una amante? ¿No creéis que hay amores que se alimentan de sí mismos, y que encuentran en sí mismos la recompensa?

—¿Amáis vos de ese modo, don Alfonso?

—No sé, no sé qué deciros, contestó conmovido Guzman el Bueno; pero existe un sér sobre la tierra, por cuya vida, por cuya honra, por cuya felicidad, me intereso como si fuera mi hija, mi madre, mi hermana; un sér á quien amo de esta manera desde que le conocí, un sér á quien no olvido un solo momento, por cuya suerte, ignorándola, estoy ansioso; un sér por cuya ventura daria yo mi sangre, como la daria por mi noble esposa, por mis amados hijos.

—Pues bien, dijo Zayda Fatima, Dios lo ha querido: la última palabra, don Alfonso: ¿soy yo esa mujer?

—Sí, contestó Guzman.

Y sin poder evitarlo, instintivamente, acercó su caballo al de Zayda Fatima.

—Adios, dijo esta, adios: no volveréis á verme mas; pero sabed que yo os amo como me amais.

Y revolviendo su caballo, fué á ponerse al lado de la litera de la reina, y tan cerca, que podia hablar con doña María.

III.

—Señora, la dijo, ¿dormís?

—Nunca duermo cuando voy de viaje, contestó dulcemente doña María: además, este tumor que no aciertan á curarme, me martiriza.

—¡Ah, mi noble señora! exclamó Zayda Fatima, cuya voz era trémula, porque no habia pasado la conmocion que la habia hecho experimentar su plática con Guzman el Bueno: no bastan los dolores del alma para vos, es necesario que se unan á ellos los dolores del cuerpo.

—Que se cumpla la voluntad de Dios, respondió la reina.

—Sí, contestó tristemente Zayda Fatima, que se cumpla la voluntad de Dios.

—¿Qué os sucede? dijo la reina; no sé lo que encuentro en vuestra voz, en vuestras palabras.

—La desventura se hace cada dia mas acerba para mí; me veo obligada á separarme de vos, señora.

—¡Separaros de mí! ¿y por qué?

—Porque don Alfonso Perez de Guzman y yo no podemos estar juntos en el ejército.

—¡Oh, Dios mio! exclamó la reina, habeis hablado, habeis sido imprudentes.

—Él es tan honrado como yo, señora; pero me espanta lo que puede sobrevenir: yo no puedo ocultar nada á vuestra señoría, que es mi madre; él me atrae á mí, yo le atraigo á él.

—Pues bien, doña María, seguid, seguid á mi lado hasta Palencia; os prohibo que os separeis de mí ni de mi hueste: sigamos, sigamos hablando; yo no tengo sueño; estoy muy triste; me haceis un favor dándome conversacion.

IV.

Y así siguieron hasta que llegaron á la media noche al castillo de un rico hombre llamado Domingo de Fonseca, que aunque leonés era amigo de la reina.

Acampó el ejército alrededor del castillejo, pero se supo con asombro que durante la noche, y hasta que se rompió la marcha, el caballero del Aguila Roja habia estado preso en el castillo, bajo la guarda del Sin nombre, y que no se habia dejado entrar en el castillo á don Alfonso Perez de Guzman.

Achacóse esto á alguna diferencia sobrevenida entre los dos capitanes, y á que la reina, teniéndolos á los dos en mucho, habia impedido de aquella manera que se combatiesen, y así, separados Guzman el Bueno y el caballero del Aguila Roja, llegó la corte con el ejército á Palencia.

CAPITULO VII.

EN QUE SE DICE LA SITUACION DEFINITIVA EN QUE QUEDÓ ZAYDA FATIMA
POR ÓRDEN DE LA REINA, Y POR DONACIONES DE ESTA Y DEL REY DE
GRANADA.

I.

¿Cuál podia ser la causa de la enemistad de dos tan poderosos y fuertes caballeros, á quienes tan por igual favorecia y distinguia públicamente la reina?

La maledicencia empezó á tomar cartas en el negocio: pero no anticipemos los sucesos.

Llegaron á Palencia rey, reina, magnates, capitanes, caballeros, mesnaderos y hueste, y de allí á pocos dias se trasladaron á Valladolid, donde por la presion que el infante don Enrique ejercia sobre la reina, se escribieron cartas reales á todos los concejos, mandándoles enviasen personeros á Cuellar para celebrar córtes.

Como el infante don Enrique, que segun dijo Guzman el Bueno se habia vuelto loco, á consecuencia, segun digimos nosotros, de una copa de vino enmelado caliente que le habia dado

su mujer, seguia ejerciendo una nociva influencia sobre los negocios públicos; aconteció que una de dos, ó la cantidad de acónito puesta en el vino por la Palomilla no era bastante, ó era de muy mala calidad, en descrédito de los conocimientos químicos de Diego de Moron, el Zurdo. La verdad fué que mucho ó poco el acónito, bueno ó malo, bastó para causar una revolucion tal en el organismo del infante don Enrique, viejo ya, como que contaba sus setenta, que le trastornó la cabeza, haciéndole parecer loco de remate.

Pero don Abraham y don Kag, médicos del rey, y don Nicolao, médico de la reina, y otros físicos y curanderos de Valladolid, y á mas de esto, el autor del daño, Diego de Moron, que como curandero se habia hecho una gran fama, trabajaron de tal manera á instancias de la reina, que llevaba su generosidad hasta el punto de mirar por la vida de sus enemigos, que á fuerza de sangrías, de emplastos y vegigatorios, sacaron al infante de su locura, pero no pudieron curarle cierto humor negro que le quedó, que le hizo mas atrabiliario y mas perjudicial que antes.

II.

Habia acontecido además en la córte una gran novedad y otra gran novedad en la hueste.

A los dos dias de haber llegado la reina á Valladolid, entró por la puerta de Teresa Gil en la villa, sobre dos magníficas mulas blancas, una hermosa litera.

Rodeaban esta litera pajes á caballo, que á legua trascendian á casa real.

Iba tras la litera, con algunos criados de casa noble, un personaje que ya conocemos, esto es, don Nuño Perez de Monroy, en una gran mula con jaeces negros.

Despues un alférez de las lanzas reales, con ocho hombres de armas pesadamente armados, sobre grandes corceles, como en resguardo de la litera.

Andaba Valladolid apercebido por lo que pudiera acontecer, ya de aproximaciones de enemigos por el exterior, ya de movimientos escitados por traidores y ambiciosos en el interior, y á pesar de ser conocidamente aquellas lanzas reales, hubieron de rendir una seña á los guardas de la puerta, para que los dejasen pasar.

La litera atravesó la calle de la Cordonería, que ya no existe, llegó á San Pablo, y desde allí siguió hasta el Alcázar, en el cual se metieron litera, pajes, abad, criados, y el alférez hubo de rendir otra vez la seña, para entrar, como quien dice, en su casa.

III.

Cuando la litera hubo llegado al pié de las magníficas escaleras, se detuvo.

Bajó de su mula con trabajo, y ayudado por dos pajes, el abad de Santander; llegóse á la litera, la abrió y salió una dama encubierta, que al bajar de la litera dejó ver un pié embriagador.

La dama llevaba traje de luto, es decir, una ancha túnica de lana blanca, y envolvía su cabeza con una especie de toca, de lana tambien, pero mucho mas fina y algo trasparente, á pesar de lo cual nada podia vislumbrarse de su semblante.

La dama subió gentil, gallarda, firme, las escaleras; llegó á las galerías, entró, llevada siempre de la mano por el abad, y seguida por los pajes, en la saleta del cuarto de la reina, ó mejor dicho, en lo que podia llamarse saleta, en la cual se quedaron los pajes, y con el abad cruzó la antecámara y la cámara, y entró en la recámara ó despacho de la reina.

Al entrar se desenvolvió la toca, que rodeaba su cabeza, y dejó ver á Zayda Fatima, hermosísima, encendida, sobreescitada, anhelante.

El abad se quedó en la puerta.

Zayda Fatima se arrojó á los piés de la reina y la besó las manos.

La buena doña María la alzó, la abrazó, y la besó en la frente.

Estaban solas y podia hacerse esto, porque tan leal y tan de la reina era don Nuño Perez de Monroy, que podia hacerse caso omiso de su presencia.

IV.

—No olvidaré nunca, dijo la reina, al caballero del Aguila Roja, pero le quiero mejor así, que cubierto de acero y á caballo.

—¡Ah, señora! exclamó Zayda Fatima, Dios ha peleado conmigo por vuestra señoría y por el rey; Dios ha fortalecido mi brazo, pero vuestra señoría ha querido que yo vuelva á su lado á la córte, y yo he obedecido. Observad, señora; me parece que al desprenderme de mi arnés, he dejado en él mi bravura, y que estas ropas, propias de mi sexo, me han traído la timidez, la debilidad de que yo me creia de todo punto libre.

—¿Y por qué ese luto? ¿Por el caballero del Aguila Roja? preguntó la reina.

—¿No ve vuestra señoría, contestó Zayda Fatima, que mi luto está tambien en mi semblante?

—¿Pero qué sucede? exclamó la reina.

—Pronto vuestra señoría recibirá cartas de mi hermano el rey de Granada.

—¿Cómo! ¿ha muerto vuestro padre?

—Sí, noble señora, sí, contestó Zayda Fatima.

Y se echó á llorar.

—¿Dónde? ¿cómo?

—En Gezira al-hadra ¹, de fiebres pestilentes.

—¡Oh, Dios mio! exclamó la reina profundamente conmovi-

¹ *Isla verde*, en el estrecho de Gibraltar.

da, á pesar de que era uno de sus mas encarnizados enemigos el rey de Granada.

Hubo un momento de silencio penoso.

Zayda Fatima lloraba: le oprimian á la reina el corazon las lágrimas de su amiga, que tal podia llamarse á la jóven.

V.

—Dios haya tenido misericordia de él, dijo la reina: era un buen rey, un buen caballero y un bravo capitan: ¡gran lástima fuese infiel! yo haré que se digan sufragios por su alma: ¿pero estais segura de esa triste nueva, doña María?

—Señora, contestó Zayda Fatima enjugando sus lágrimas y apareciendo en lo posible serena: cuando en Palencia me mandásteis dejase mi apariencia de hombre para volver á aparecer como debia, y á vuestro lado, partí con mi compañía, llegué á Medina del Campo, y juntándonos fuera de la villa, me despedí de ellos: inútiles fueron sus ruegos: obedecia yo vuestro mandato: les dejé por caudillo al conde don Lope, y con mis cuatro antiguos escuderos, seguí mi camino hácia la Andalucía, sin detenerme hasta la villa de Martos. Allí esperé dos dias, triste, afligida por un funesto presentimiento: la villa me parecia sombría, fúnebre: una voz secreta, misteriosa, me decia que allí habia de suceder algo terrible: al pensar en esto, me acordaba de una manera singular del rey y de vuestra señoría. Al fin, sobrevino don Nuño Perez de Monroy, enviado por vuestra señoría con pajes y escuderos de vuestra casa: entonces, yo despedí á los cuatro escuderos míos, recompensándolos largamente y mandándoles saliesen de la villa y se volviesen á las suyas: quedéme sola con el buen abad de Santander. Al dia siguiente, los moros de la cercana villa de Alcaudete dejaron ver grandes lumbraradas por la noche, y por la mañana grandes humaredas: se temió una algarada de los moros, y Martos se puso en defensa. En efecto, los de Alcaudete rompieron por la frontera, á pesar

de la tregua, corrieron la tierra de Martos, talándola y robándola, y fué necesario que el rico hombre de Martos, y el merino y los alcaldes, saliesen contra ellos: yo hubiera salido de buena gana, pero obedeciéndoo, habia ya dejado de ser el caballero del Aguila Roja, me habia convertido en vuestra camarera doña María de Granada: permanecí, pues, impaciente en la villa, porque aún me llamaba el fragor de la pelea: por la tarde, los de la villa, volvieron cargados de presas que habian quitado á los moros, y trayéndose algunos de estos cautivos. Cuando se les preguntó por qué habian roto la tregua sin razon bastante para ello, respondieron que entre muerte y proclamacion de rey, los fronterizos eran libres para hacer lo que quisiesen, porque no tenian señor á quien obedecer; que mi padre habia muerto, y que ellos habian hecho aquellas lumbraradas y aquellas humaredas para avisar á la frontera de lo que sucedia y ponerla en armas: esta noticia se confirmó por un walí, que vino de Granada á dar satisfaccion á los de Martos en nombre del rey Abu-Abdala, mi hermano, por la correría que habian hecho en tierras de Martos los de Alcaudete. Hé aquí, señora, cómo he sabido que mi padre es muerto, y que mi hermano Abu-Abdala, que me ama mucho, ha sido proclamado rey. Hé aquí, señora, por qué me he vestido de luto.

Zayda Fatima inclinó la cabeza sobre el pecho, y lloró de nuevo.

La reina la consoló, y algunos dias despues, Zayda Fatima fué presentada á la córte, inventándose una historia.

Se afirmó (la reina se prestó á una mentira por el buen nombre de la noble jóven, á quien tanto debia) que Zayda Fatima, cuando faltó de la córte, se fué á Granada, donde la habia llamado su padre, y que á la muerte de este (que ya se sabia en la córte por embajadores que habia enviado el rey de Granada) y tenido licencia de su hermano el nuevo rey, habia vuelto á Castilla para no separarse mas de su madrina la reina doña María.

VI.

Los embajadores granadinos que habian traído la triste noticia, trajeron tambien una carta del rey su hermano para Zayda Fatima.

Aquella carta decia:

«En el nombre de Dios Altísimo, único y misericordioso, el rey de Granada Abu-Abdala-Mohamed-ben-Nazar-el-Ansarí, hijo del esclarecido emir de los creyentes, el invencible, el sabio, el magnánimo, el fuerte, el glorificado Mojammed-ben-Jusef-ben-Nazar-el-Ansarí; Dios sea con él; á su hermana, la luz del cielo, la alegría de quien tiene la ventura de ver el resplandor de los soles de su cara serena como una noche sin nubes; la buena, la amada sultana Zayda Fatima, salud y bienandanza: sabrás como nuestro muy esclarecido y escelente padre ha pasado el terrible puente Sirat el dia giuma primera de muharram, al alba, y yo, que estaba á su lado para recibir su último aliento vital, le escuché estas palabras: El contento de mi corazón, la luz de mi alma, el amor de mi vida, mis entrañas, mi hija Zayda Fatima, está en tierra de cristianos: traicion la sacó de Granada, y su buena ventura la llevó á que la amparase la noble reina doña María, madre del rey de Castilla: airado fuí contra mi hija, porque la creí liviana, y porque ha tomado por su Dios al falso Dios de los cristianos, abandonando el camino de salvacion y de luz por donde guia á sus creyentes el Dios Altísimo y único, que no tiene compañero, ni le ha tenido, ni le tendrá, y que solo es el santo y el fuerte: él quiera volver la luz á los ciegos ojos de mi desventurada hija; pero tales nuevas he tenido de su virtud y de la bravura con que honra la real sangre nazarita de donde viene, y lo mucho que ha servido y sirve con su sangre á la buena madre que la ha acogido en su amor, que yo la perdono, y te ruego que la ames y no la mires como enemiga, y que de los tesoros que te dejo la des á ella parte



con que viva como cumple á una infanta, hija y hermana de rey, y que si permanecer quisiese al lado de la noble reina doña María, permanezca, sin que por ello tú la tomes en odio, y que si á tí viniese y se convirtiese, la pongas sobre tu cabeza y sobre tu corazon, y la mires como yo la miraria si hubiera venido á consolar la vejez de su padre y á cerrar sus ojos: y no dijo mas, porque la muerte le atajó el habla; pero yo oí que sus últimas palabras fueron para bendecirte, y yo te digo, hermana mia, sultana Zayda Fatima, que el amor que siempre te tuve te le he mantenido y te le mantengo, y lo que nuestro padre me encargó al morir, será cumplido, tanto porque fué su postrimera voluntad, como porque está en mi corazon tu amor. Pero esto, no obstante tu amistad con la noble reina doña María, que dicen que es grande, no impedirá el que yo continúe haciendo cruda guerra á los reyes cristianos y aumentando mi reino con lo que de los suyos les quite, y si tú quisieres venir á Granada, yo te recibiré con el corazon abierto y encendido en amor para ti, y si despues de que vinieses quisieres tornarte al lado de tu buena amiga la reina doña María, libre serás para ello, y si villas y castillos de los míos quisieses en la frontera, para tener infantazgo, pídemelos, que aunque me pidieras Alcaudete y Alhama, y á Illora, y á Moclin, y á Hins-Aleux, te los daría; y con esto, queda con Dios, y que él te proteja y te prospere y ayude en sus cosas, que bien lo há menester, á esa noble reina que tanto te ama. 11

VII.

Mostró esta carta Zayda Fatima á la reina, y como á doña María la habian hecho recelosa los malos tratos de los traidores, creyó que aquella carta no era otra cosa que una añagaza para atraer á Zayda Fatima, si por amor á la patria, y viéndose perdonada por su padre y acariciada por su hermano, se resolvía á ir á Granada.

—¡Ah, no, mi noble señora, no! respondió Zayda Fatima: mi hermano Abu-Abdala me debe mucho para que no me ame, á mas de que tengo grandes prendas de su amor: alentado fué y antojadizo en su primera juventud, y mas de una vez, por el amor que mi padre me tenia, le libré yo de severos castigos; y tanto me ama el buen Abdala, que su madre me llama, y yo espero que este amor que mi hermano me tiene será de gran utilidad para que se arreglen todas las diferencias entre el rey de Castilla y el de Granada.

VIII.

Pero Zayda Fatima, como veremos mas adelante, si no se engañó en cuanto al amor que la tenia su hermano, se engañó completamente en cuanto á la influencia que este amor podia tener para establecer una buena armonía entre la corona de Castilla y la de Granada.

Ni esto podia ser: los reyes castellanos tenian un empeño de honor, un deber religioso y un interés patriótico y de engrandecimiento en acometer sin reposo á los últimos restos de los árabes y de los moros, relegados al reino de Granada, por una tenaz reconquista.

El rey Abu-Abdala envió, sí, ricos presentes, magníficas alhajas, grandes sumas en doblas viejas de oro cendrado, y la investidura de las villas de Illora, Moelin y Alcaudete, como infantazgo á su hermana Zayda Fatima, con tal que de estas villas sacase solo los pechos y todo cuanto en ella tenian los reyes de Granada, pero sin desajenarlas del reino y sin sacar de ellas gente de armas para ayudar á los cristianos.

IX.

Desde entonces, Zayda Fatima fué considerada en la corte de Castilla como la infanta de Granada doña María de Granada y de Molina, convertida y vasalla del rey de Castilla, á lo que se añadió el título de rica hembra y las villas de Pozaldez, Cabezon y Trigueros, con mero mixto imperio, derecho de alta y baja justicia civil y criminal, con todos los demás fueros y preeminencias que en aquellos tiempos constituian señorío.

Con lo cual quedó Zayda Fatima tan rica como una infanta de Castilla, y puso alcaides en sus villas de Pozaldez, Cabezon y Trigueros, y en las sus otras villas del reino de Granada, Illora, Moclin y Alcaudete.

Además, conservó consigo á Zancudo y á Diego de Moron, y como hasta cincuenta lanzas gruesas de su antigua compañía.

CAPITULO VIII.

EN QUE DIEGO DE MORON DETERMINA QUE ZAYDA FATIMA Y EL CABALLERO DEL AGUILA ROJA ERAN DOS PERSONAS DISTINTAS AUNQUE SEMEJANTES.

I.

—Os digo que sí, decía con los ojos encandilados y fosforescentes á Diego de Moron, Zancudo.

—Os digo que no, contestaba flemáticamente Diego de Moron, engullendo con delicia uña de vaca aderezada con perejil.

Esta uña de vaca estaba en gran cantidad en una tartera de barro cocido sobre un paño no muy limpio, que cubria una larga mesa.

Un gran jarro lleno de vino, un enorme pan candeal y algunos pimientos picudos acompañaban esta tartera.

El lugar de la escena era un cuartucho que daba sobre un huerto, en el burdel de la Marilinda, situado en el arrabal de los Molinos.

La disputa versaba sobre Zayda Fatima ó doña María de Granada y de Molina, como mejor queramos.

II.

—Pero testarudo albéitar, dijo Zancudo despues de haber dado un buen tiento al jarro lleno de pardillo de la Mota, ¿qué diferencia encontrais vos entre nuestra ama la señora infanta doña María de Granada y nuestro bravo capitán el caballero del Aguila Roja?

—Pues ahí es nada, contestaba Diego de Moron engullendo siempre: ¡lo que va de un hombre á una mujer! ¡Cáscaras! al capitán le temia yo como á una vara verde, y cuando me miraba con aquellos ojazos negros que tenia, me echaba á temblar. Ahora tiemblo tambien cuando la señora infanta me mira con sus dulces ojos, pero no es de miedo, yo os lo aseguro. ¡Pardiez! ¿sabeis que yo no he visto en todos los dias de mi vida una mujer tan hermosa y tan resplandeciente? Mirad que aquel moreno encendido y suave, y aquellos labios del color de la granada abierta, y aquellos ojos de cielo, y aquellos cabellos tan negros y tan rizados, y por los cabellos os cojo para convenceros de que, aunque la infanta doña María se parezca muchísimo al infante don Gutierre, no son una misma persona. ¡Qué hombre! quitad allá; si el infante don Gutierre tenia la cabellera luenga, es cierto, pero luenga como la tienen los hombres, y la infanta doña María tiene unas trenzas gruesas como mi brazo, y que la arrastran.

—Mirad, albéitar del diablo: teniendo cáñamo á mano, ¿no haceis una cuerda cuan larga quereis?

—Cierto que sí, dijo Diego de Moron algo confuso con la salida, con el símil exactísimo de Zancudo, que era hombre de buen ingenio.

—Pues mal pícaro, tonto, exclamó Zancudo, que se habia acostumbrado á tratar de cualquier manera al Zurdo, habiendo cabelleras que comprar, y que así que las tienen malas las de Castilla, ¿no veis que la infanta ó el infante, que yo no sé cuál

de los dos sea todavía, ha podido hacerse unas trenzas tan largas, que si empieza á andar se queden las puntas aquí, mientras ella ó él estén en la frontera del reino de Granada? Sois un pobre diablo, me habeis engañado; quitando lo de herrador, que eso sí, para herrar, parece que os han enviado del cielo, en todo lo demás, valeis muy poco: mirad qué hombre que afirmó que con lo que habia en el botecillo aquel que parecia agua, se iba á llevar el demonio al infante don Enrique, y con lo que habia en el otro botecillo, que parecia oro líquido, se iba á enamorar perdidamente el caballero del Aguila Roja de la infanta doña Juana Nuñez, y luego salimos con que el infante don Enrique se vuelve mas malo de lo que era, y el caballero del Aguila Roja se convierte en mujer. ¡Bah! callad y comed; para eso tambien servís, que á fé á fé que os habeis comido vos solo ocho patas de ternera.

—Pues os digo, insistió Diego de Moron, que se habia rehecho, que la infanta doña María es mujer y muy mujer: y si no, decidme: ¿no se llamaba infante de no se sabia dónde, nuestro capitán el caballero del Aguila Roja?

—Sí señor, ¿y qué? dijo Zancudo, que se sostenia bravamente en su terreno.

—¿Estais vos seguro de que no son el infante y la infanta dos hermanos, hijos del rey de Granada, que se parecen como una gota de agua á otra gota? Y venid acá, señor bachiller, que estais muy lleno porque sabeis latin y habeis estudiado cuatro vaciedades que para nada sirven, porque con ellas no podeis curar ni á un mal borrico, ¿por qué camino tomó el caballero del Aguila Roja cuando se despidió de nosotros en Medina del Campo?

—¡Toma! tomó por el camino de Madrid.

—¿No se pasa por Madrid para ir á Toledo?

—Cierto que sí.

—¿Y no se pasa por Toledo para ir á las Andalucías?

—Sí señor.

—¿Y á lo último de las Andalucías, no está el reino de Granada?

—Bueno, ¿y qué? Os confieso que no se me alcanza dónde vais á parar.

—Pues voy á parar no menos que á la Alhambra de Granada, en donde de seguro es ahora rey el caballero del Aguila Roja.

—¡Bárbaro! exclamó Zancudo contrariado y como dándose por medio vencido: ¿de dónde habeis sacado vos tal rosario de premisas para llegar á tal y tan lúcida consecuencia?

—Dejadme, dejadme que me desatasque el tragadero, dijo triunfante Diego de Moron embocándose el jarro.

Despues de algunos minutos de delectacion morosa del sabroso, aromático y añejo líquido, Diego de Moron dejó el jarro sobre la mesa, limpióse la boca con el revés de la mano, y dijo:

—Yo sé lo que ha sucedido: el rey Abu-Abdala, que cuando era infante, era, segun nos han dicho esos moros que han venido con la embajada, muy revoltoso y muy tratador con traidorcillos, enemigos de su padre, porque en todas partes hay traidores, hasta entre los moros, andaba, segun dicen, huido de la Alhambra, sin que nadie supiese por donde andaba.

—Han dicho tambien esos moros que se creia andaba en las Alpujarras, amparado por algunos parciales para que su padre no le castigase.

—Donde andaba el infante Abu-Abdala, era en Castilla, y junto á nosotros.

—Y sirviendo á la reina, ¿no es verdad? contestó como poniendo un reparo Zancudo.

—A alguien habia de servir para entretenerse, á los unos ó á los otros: la verdad es que nadie sabia de dónde habia venido ni quién era, y que tenia dinero á mano, y que lo gastaba largamente, sin duda de algun tesoro que se habia traído de Granada: pues reparad ahora; ¿qué se ha dicho de la infanta doña María? que la llamó su padre y que se fué á Granada y que se estuvo allí hasta que su padre murió: ¿no veis un trueque mas claro que la luz del sol? El infante Abu-Abdala se fué allí cuando supo que su padre estaba doliente de la última enfermedad,

y doña Maria de Granada se vino, libre ya de su padre, por lo que ama á nuestra reina, y tal vez por no estar á cargo de su hermano.

—Pero hombre, si el rey de Granada le ha dado villas y señoríos en tierra de moros.

—Lo que quiere decir que el rey de Granada está contento con que su hermana viva al lado de nuestra virtuosa y grande reina.

—Y decidme, exclamó Zancudo, defendiéndose aún: ¿y por qué la infanta doña María ha hecho que nos busquen y á cincuenta de las mejores lanzas de la compañía para tomarnos á sueldo?

—Pues señor, eso ha sido por recomendacion de su hermano, que sabe harto la buena gente que somos.

—¿Sabeis, dijo Zancudo, que era leal y que cuando le convencian se daba por vencido, que pue le ser que tengais razon? Porque á la verdad, á la verdad, por mas que yo miro y remiro á la hermosísima infanta nuestra ama, y aunque veo que se asemeja al infante don Gutierre, me parece muy mujer y muy dama, y el infante don Gutierre me parecia muy hombre, y antójaseme que doña María es mas blanca que don Gutierre, y que tiene los ojos y los cabellos mas negros, y que don Gutierre era mas alto; pero otras veces, qué quereis que os diga, cuando me manda así con un poco de aire, me parece oír la voz del caballero del Aguila Roja, y me entra miedo.

—Pues mirad, don Melchor, lo mejor que podemos hacer es no meternos en honduras, y no murmurar de esto, no sea que nos cueste caro; esto sin quitar con que si á mí me toman juramento sobre mi alma, juro y rejuro que la infanta doña María y el caballero del Aguila Roja son dos personas distintas, hermanas sin duda, y que él es el rey de Granada.

—Pues mirad, hermano albéitar, como castellano, lo siento mucho, porque si el rey de Granada es el caballero del Aguila Roja, y siguen por aquí como hasta ahora las traiciones, en dos veranos nos quita la mitad de Castilla.

—Muy hombre es el caballero del Aguila Roja, dijo Diego

de Moron, y si cuando solo tenia trescientas lanzas y doscientos ballesteros hacia prodigios, calculad lo que hará ahora que tiene todo un reino de gente brava y ansiosa de cobrar de los cristianos lo que los cristianos les han quitado. Pero sea lo que fuere, que ya nos lo dirán, ¿á qué hemos venido aquí?

—Hemos venido porque nos ha citado aquel Damian, aquel paje de la infanta doña Juana Nuñez.

—Pues á mí no me ha citado nadie, dijo el Zurdo.

—Me han citado á mí con vos, y esto es lo mismo; yo os he traído, y no os he hablado de eso hasta ahora, porque desde el momento en que nos vimos, nos metimos en la disputa de si nuestra señora era hombre ó mujer, en la que hemos continuado hasta ahora.

—¿Y para qué nos querrá ese Damian, á quien no puedo tragar porque me parece un pícaro?

—Ya lo veremos, hermano albéitar, ya lo veremos; pero me parece que alguien se acerca, y no es el paje, vive Dios, no es el paje: estas pisadas son mas fuertes que las tuyas y suenan á espuelas.

En efecto, por un callejon por donde se llegaba al cuartucho en que estaba Melchor Zancudo y Diego de Moron, se acercaban fuertes pasos haciendo sonar unas ruidosas espuelas.

A poco apareció en la puerta un hombre atlético, moreno hasta parecer aceitunado, con la boca prominente, la nariz roma, y los ojos vivos, penetrantes é inquietos.

Este hombre era Ben-Tayde, el jefe ó alcaide de los escuderos del infante don Juan.

CAPITULO IX.

CÓMO SE SIEMBRA LA CALUMNIA.

I.

Ben-Tayde, que era muy aficionado á los colores vivos y á los relumbrones, vestia un bonete de tela de oro sobre grana, sayo de paño rojo con largas mangas perdidas, muceta ó esclavina corta, azul, con capuz, calzas de lana fina rayadas de azul y blanco y borceguies de velludo rojo, sobre los cuales se ajustaban unas grandes espuelas doradas de caballero.

Llevaba además, como distintivo de tal, una pesada cadena dorada al cuello, al costado fuerte y ancha espada, y á la cintura agudo y largo puñal.

Entróse en el aposento sin reparo, sentóse en un banquillo, y dijo mirando fija y audazmente al alférez:

—¿Vos sois don Melchor Zancudo, que en otro tiempo fuisteis hampon y bachiller y despues alférez de la compañía franca de los Hermanos de la Selva y ahora sois capitan de la gen-

te de armas de la señora infanta de Granada doña María, ahijada de la reina?

—Todo eso es cierto; y qué, dijo Zancudo irritado por la mirada audaz y provocativa que mantenía fija en él Ben-Tayde.

Este no contestó á Zancudo, y volviéndose á Diego de Moron, le dijo:

—¿Y vos sois el Zurdo, una especie de zorro viejo, albéitar de no sé que villa, zahorí, ensalmador y envenenador, que habeis servido en la compañía franca y que ahora servís á la señora infanta doña María?

—Todo eso es cierto, dijo con alguna mas irritacion que la que sentía Zancudo el Zurdo, menos lo de ensalmador y envenenador.

Ben-Tayde no contestó, sino que tomó el jarro lleno aún hasta la mitad, y con desprecio de los mandamientos de Mahoma, se echó al colete un gran trago.

Dejó despues el jarro sobre la mesa, se limpió la boca con el extremo de una de sus largas mangas, y dijo:

—¡Vive Dios, que creí que no salíais nunca!

—Y bien, ¿quién sois vos, dijo Zancudo con cuanta descortesía, cuanta insolencia y cuanta amenaza despreciativa le fué posible, ni que os importaba á vos que nosotros saliéramos ó no saliéramos?

—Hermano, contestó Ben-Tayde, os advierto que si lo tomáis á fuero y se me os atreveis mas de lo justo, va á haber aquí una de todos los diablos, y no sabemos quién saldrá con la cabeza rota.

—Pues para que yo no os hablase así, debierais vos haber hablado mas comedido, y sabed que tanto se me da que me rompan la cabeza como rompérsela á otro, porque yo no guardo la mia para olla de escabeche, y abreviemos y sepamos quién sois y lo que quereis.

—Yo me llamo don Ayesa-ben-Tayde, soy moro africano y escudero del señor rey don Juan.

—Cogite, exclamó Zancudo lanzándose como un tigre á Ben-Tayde y asiéndole por el collarin del sayo.

Pero Ben-Tayde asió la muñeca de la mano que le tenia asido, y la apretó de tal manera que la mano se abrió.

—Sentaos y oid y dejas de bromas, dijo Ben-Tayde, y sobre todo no me estropeis mis galas.

Sentóse dominado por la irritante serenidad de Ben-Tayde Zancudo, y se quedó mirándole de una manera hostil.

—Mi señor, dijo, os ofrece á vos, señor caballero, y á vos, hermano zahorí, hacedor de filtros, al primero la mejor villa que quiera en el reino de Leon, al segundo cuanto oro le pida.

—Muy bien, exclamó Zancudo; vuestro señor ofrece, pero por lo que ofrece, ¿qué es lo que quiere?

II.

A este tiempo una cuarta persona se habia acercado á la puerta del aposento, y sin dejarse ver, escuchaba.

Esta persona era Damian de la Espina, paje y confidente de la Palomilla.

Tenia toda su alma en los oidos, y no perdía una sola palabra.

—Mi amo, dijo Ben-Tayde, quiere muchas cosas que vosotros podeis hacer.

—Veamos qué cosas son esas.

—En primer lugar hay que cortarle los vuelos al infante don Enrique el Senador, que es un pícaro que no mira mas que á su provecho, y que ha engañado á mi amo mas de tres veces y en cosas graves: ahora junta córtes en Cuellar para engañar á los nécios personeros de los concejos, seducir á los próceres y á los prelados, y hacer que las córtes manden que se venda la villa de Tarifa. Esto no conviene al rey don Juan, porque ya reine en Castilla el infante don Fernando, ya el infante don Alfonso, son sus sobrinos, y naturalmente debe mirar por ellos, en cuanto á

Él no le interese: á mas de esto, que ya reinen el uno ó el otro, como el legítimo señor de estos reinos es el señor rey don Juan el I, mi amo, no quiere que se los desmembre ningun traidor.

—Perfectamente, dijo Zancudo, en lo mismo estoy yo, y no tengo ningun inconveniente en servir contra el infante don Enrique al infante don Juan.

—Al rey don Juan, dijo Ben-Tayde.

—Llamadle vos rey en buen hora, y preste Juan, y papa si quereis, que dar dictados no cuesta gran trabajo, y dejadme á mí que le llame infante, que poco importa que yo se lo llame si es rey; porque os advierto, que yo no conozco otro rey de Castilla, de Leon, de Asturias, de Galicia, de Sevilla, de las Estremaduras, de las Andalucías, que al señor rey don Fernando el IV, por quien he vertido mi sangre y seguiré vertiéndola.

—Y yo, contestó Diego de Moron.

—Bien, no disputemos por eso, dijo el astuto Ben-Tayde encogiendo las uñas al ver que eran dos contra él y no mancos, y que no los habia puesto de su parte, ó mejor dicho, de parte del infante don Juan, el largo ofrecimiento que les habia hecho en su nombre: vengamos al caso: importa que ya que no reventó dias atrás el infante don Enrique, porque sin duda no cargó la mano lo que debiera el señor Diego de Moron en la ponzoña que dió á la infanta doña Juana Nuñez para que la diera á su marido, la apriete ahora.

—¿Y quién os ha dicho á vos que yo he dado ponzoña á nadie contra nadie? saltó vivamente Diego de Moron.

—Habeis de saber, hermano, contestó Ben-Tayde, que mi amo el rey don Juan, como que le importa, se hace servir bien y tiene en todas partes gente que escucha, y como que le importaba saber cuanto pudiese de las cosas del caballero del Aguila Roja, escuchas tenia que oyeron lo que hablásteis una tarde vosotros dos en el campo de la compañía franca sobre la villa de Paredes.

—Pues roban esos escuchas á vuestro amo el dinero que les da, dijo Diego de Moron.

—Hemos dicho, continuó con su eterna calma Ben-Tayde,

que os importa muy poco dar de través con el infante don Enrique, que es un mal hombre que á nadie quiere mas que á sí mismo, y que por medrar tira á degüello á todo el mundo.

—Hasta ahora vamos bien, dijo Zancudo: ¿y cómo creéis que puede darse de través con el infante don Enrique el Senador, que anda muy receloso?

—Pero su esposa doña Juana Nuñez hace de él lo que quiere.

—Entonces quiso enterrarle, dijo Zancudo, porque como andaba enamorada de nuestro capitán, el infante don Gutierre, y queria casarse con él, era necesario quitar de en medio al viejo infante don Enrique: pero ahora es distinto; el caballero del Aguila Roja ha desaparecido, y aun cuando nosotros sabemos dónde está, en tal lugar se encuentra que no puede casarse con él doña Juana.

Sonrió de una manera burlona Ben-Tayde.

—Como que querreis hacerme creer á mí, dijo Zancudo, que yo me engaño y que no sé donde está el infante don Gutierre, caballero del Aguila Roja, y quién es y cómo se llama ahora.

—Fácil es que lo sepais; debeis saberlo; contestó Ben-Taide sonriendo siempre, porque estais á su servicio.

—¿Lo veis, señor Diego de Moron? exclamó Zancudo: ¿lo veis si decia yo bien? ¡Y que me hayais embaucado con vuestro cuento de la hermandad!

—¡Bah! dijo Ben-Tayde; la que se ha llamado doña María de Granada y de Molina, ha sido siempre un hombre.

—¿Lo veis, señor Diego de Moron? dijo Zancudo.

—Yo no veo, oigo, contestó sentenciosamente el albéitar.

—Y ois la verdad, dijo Ben-Tayde; y para que lo creais voy á contaros una historia. Cuando mi amo se escapó de Granada por asistir, si podia llegar á tiempo, á la muerte del rey don Sancho su hermano, como que tanto le importaba, se vino con él un infante mozo, como que solo tenia quince años, hijo del rey de Granada, huido de su padre, porque este no le descabezase, á causa de que, incitado el jóven infante por algunos moros de la

Alpujarra, habia querido alzarse con el señorío de aquellas montañas. Ahora bien, como el infante Ismail-ben-Mohamet era muy hermoso, y por su poca edad no tenia pelo de barba, mi amo, para asegurar mejor su fuga, le vistió de mujer y se le trajo á Castilla. Mi señor llegó á Toledo la misma noche que moria su hermano el rey don Sancho, se entró en el Alcázar, encubierto, y se presentó á la reina doña María; y esta, valiéndose de don Alfonso Perez de Guzman y de sus servidores, le echó fuera: vióse precisado á huir, huimos con él, y como nos estorbaba el infante Ismail, le aconsejamos que se presentara á la reina doña María, diciendo que era una infanta mora huida de Granada, y le dejamos en la puerta del puente de San Martin. La reina le recibió muy bien, le acarició creyéndole mujer, le bautizó llamándole doña María de Granada y le hizo su camarera. Tres años estuvo el infante al lado de la reina sin que nadie supiese que era hombre.

—Pero señor, ¿y en tres años no le han salido las barbas al tal infante? dijo Diego de Moron con acento de triunfo.

—Los moros tenemos un unto hecho con yerbas corrosivas y enjundia de rana, con cuyo unto nos quitamos, las mujeres el vello, los hombres aquella parte de barba que por subirse á los ojos afea el semblante; pero ya que me habeis puesto ese reparo, hermano herrador, y que estais sirviendo á la fingida doña María, observad con atencion de tiempo en tiempo, cómo de cuatro en cuatro dias, y vereis que le azulean las mejillas, y que tiene así como asomos de barba, porque para que el unto produzca su efecto, es necesario dejar que la barba apunte un si es no es.

—Me parece á mí, dijo Diego de Moron, que todavía no han entrado untos en aquella cara de gloria.

—¿Qué sabeis vos de eso? dijo Zancudo; me parece que tiene razon y mucha el señor escudero del infante don Juan; pero como vos estais enamorado miserablemente, aunque lo callais porque no os azoten, de la que teneis por infanta, no quereis creer que es infante.

—No es solo el señor Diego de Moron, dijo Ben-Tayde, de-

jando ver una sonrisa de malvado, quien se abrasa en amores por doña María de Granada.

—¿Y quién, quién? dijo Zancudo, ¿la señora infanta doña Juana?

—Esa está desesperada porque cree mujer al infante Ismail; pero la otra persona que le adora sabe que es hombre.

—¿Y quién es esa persona? insistió Zancudo creciendo en interés.

—La reina, dijo con una audacia insufrible Ben-Tayde.

III.

Sucedió un silencio profundo.

Aquella revelacion habia caido como una bomba de á catorce pulgadas podia caer hoy entre tres personas en una conversacion, causando su espanto.

Aquella bomba habia destruido un edificio firmísimo, el de la reputacion de castidad de la reina doña María.

La calumnia, que ya habia murmurado hartó, aunque por lo bajo, venia de otro lado y tomaba un camino absurdo: pero, ¿qué importa? el calumniador sabe bien que el vulgo es necio y mal intencionado, y cuenta sobre seguro con su estupidez y con su maldad.

Si hubieran podido ver á Damian de la Espina, hubieran visto su mirada dilatada, hambrienta como la del gato que ve la presa indefensa; su boca entreabierta y agitada por una leve é infame convulsion, si se nos permite la frase.

—Con que, dijo Ben-Tayde levantándose, no quiero detenerme mas; todo cuanto querais por la vida del infante don Enrique, y porque todo el mundo sepa que es un hombre disfrazado de mujer la infanta doña María de Granada.

—Sentaos, sentaos un momento y esplicad eso, dijo el Zurdo; no querais hacerme creer que los asnos vuelan: ¿qué pruebas

teneis de que la infanta doña María no es una noble doncella sino un hombre miserable?

—La prueba la teneis en su bravura, de que habeis sido testigos cuando aparecia como capitán vuestro: ¿pues qué una mujer puede regir un caballo de batalla, y manejar la lanza, la maza y la espada, como el infante Ismail-ben-Mohamed, que es un leon bravo?

—Cuando Dios quiere.....

—Dios no quiere nunca que la oveja se coma al lobo, contestó Ben-Tayde; no seais necio, estad seguro de que es hombre y bravo, y enamorado de la reina el infante Ismail, y porque á la reina adora se salió hace meses del Alcázar, y se fué al campo con su traje y sus armas propias, y sirvió á la reina de tal manera, que por él los aragoneses no pudieron tomar la villa de Mayorga, dando tiempo á que les acometiese la peste, y que por él, y no por don Diego y don Nuño de Haro ni por los otros ricos hombres que allí estaban, se vió á punto de entregarse la villa de Paredes; pero la reina no puede vivir sin él, y el infante Ismail ha vuelto á tomar el disfraz de mujer: si aceptais el partido que yo os he hecho, si revelais á doña Juana Nuñez lo que del infante Ismail os he dicho para que dé otra vez á su marido una ponzoña que vos hareis mejor que la otra, señor Diego de Moron, mi amo os dará de su reino cuanto querais.

—¿Pero no veis, dijo el Zurdo, que llegando á este punto es muy fácil saber si es mujer ó no es mujer la infanta doña María?

—¡Bah! contestó Ben-Tayde, esas cosas no pueden llevarse á esos términos; la verdad de esas cosas la conocen muy pocos; los demás dicen lo que oyen.

—¡Ah! exclamó Diego de Moron; es verdad, decís muy bien; hasta ahora no os habia yo creído: y por sus ojos pasó una expresion siniestra, un relámpago de muerte que Ben-Tayde no pudo ver, porque el Zurdo tenia la cabeza inclinada.

IV.

—Adios, mis buenos amigos, que creo que lo seremos, dijo Ben-Tayde levantándose otra vez: si aceptais el partido que os he hecho en nombre de mi señor el rey don Juan, venid á decírmelo esta noche junto á la ermita de la Virgen del Cármen que está mas allá de este arrabal.

—Iremos, dijo decididamente el Zurdo.

—Vaya si iremos, añadió Zancudo, y nos vendremos aquí y pasaremos la noche divirtiéndonos, que á este arrabal viene muy buena gente.

—Pues hasta la noche, dijo Ben-Tayde, y salió.

Cuando salió, ya no estaba allí Damian de la Espina; se habia escurrido.

V.

En vano le esperaron Zancudo y el Zurdo, y cansados de esperar, se volvieron á Valladolid.

—¿Que decís de esto? dijo al Zurdo Zancudo que iba pensativo.

—Digo, respondió el Zurdo, que ese perro moro, escudero del infante don Juan, tan perverso y tan infame como él, ha creído que nosotros comulgamos con ruedas de carreta, y que nos tragamos todos los disparates que nos ha dicho.

—Y qué, ¿no creéis posible todo eso?

—¡Ah! mirad: la ambicion es muy mala consejera; tanto favorece Dios á la reina doña María, que sus enemigos, desesperados, apelan á la calumnia; quieren que á la que no pueden vencer por las armas, la desprecien sus reinos, que se avergüencen de ella, y la echen como una mala mujer; y como doña Juana Nu-

ñez está enamorada del caballero del Aguila Roja, y como que la infanta doña María se parece á él, como que es su hermana, han contado con que sabiendo por nosotros esa calumnia, doña Juana, irritada y celosa, lo cuente á todo el mundo en voz baja; pero esa voz baja se estiende y crece y llega desde los alcázares á las cabañas, y viene un dia en que la repite todo un reino; pero yo atajo esa calumnia don Melchor, yo mato esta noche á ese moro infame.

—¿Sí? pues con los infames no hay que reñir; me convenzo de lo que me decís Diego, y confieso desde ahora que servís para algo mas que para herrar caballerías.

VI.

Los dos amigos entraron en Valladolid.

Cerca del toque de queda salieron por la puerta de Santa María, resueltos á matar á Ben-Tayde, ya le encontrasen solo ó acompañado; pero esperaron en vano; Ben-Tayde no pareció. .

CAPITULO X.

DE CÓMO LA PALOMILLA LOGRÓ POR EL MOMENTO MAS DE LO QUE
DESEABA.

I.

No solo se habia apartado de su acechadero á tiempo Damian de la Espina, sino que dijo rápidamente á Marilinda:

—Toma estos cuatro maravedises viejos, porque no digas que yo he estado aquí, y sabe que si lo dices, te doy cuatro palos que te corcobo.

Luego salió, y no se detuvo ni un momento en el arrabal, metiéndose en la villa por la puerta de Santa María, y yéndose en derechura á casa de su señora ó mas bien de su señor el infante don Enrique, que estaba entonces en Valladolid.

II.

Marilinda no tuvo que hacer ningun esfuerzo para guardar el secreto que Damian de la Espina le habia encomendado, porque nadie la preguntó si el paje habia estado ó no allí.

III.

Damian encontró en el gran patio de la casa del infante gran número de mulas de paso ensilladas y embridadas con sus mozos de espuela, lo que significaba que habian ido á ver al infante gentes de afuera, y que ni aun se habian detenido en las posadas para dejar sus mulas.

Habia además pajes y escuderos sin mulas, lo que significaba que habian ido á visitar al infante gentes que no eran de afuera.

Damian se fué á ver á su señora, pero no la encontró, porque su señora estaba escuchando tras una puerta, lo que su buen esposo trataba con las gentes que habian ido á visitarle.

Eran estas gentes personeros de los concejos de Castilla la Vieja, de Valladolid y de Segovia, que habian acudido al llamamiento del infante, que les habia mandado ir desde Cuellar donde ya se habian reunido.

Díjoles, que lo que él como gobernador del reino queria demandarles para acabar la guerra, era una cosa tal, que habia de producir mucho; en tal manera, que las villas y las ciudades no tuviesen que pagar pechos, para que la guerra, que no se podia escusar, continuase.

Y como es fácil engañar á una multitud indocta y de poco entendimiento, y tenian por verdad lo que don Enrique les decia, le prometieron hacer lo que él queria se hiciese.

IV.

Duró esta plática del infante don Enrique con los personeros de los concejos hasta cerca del oscurecer, hora en que agasajados por el infante con merienda y refrescos, y alentados por muchas

promesas que en particular hizo á cada uno don Enrique, porque entonces tambien se hacian las mayorías por lo que convenia á cada votante, fuéronse los de Valladolid á sus casas y los de afuera á sus posadas, y doña Juana, sabedora ya de todo, se quitó de su acechadero y pudo hablarla Damian de la Espina, que le contó de la cruz á la fecha lo que habia oido en el burdel de Marilinda.

El pensamiento traidor de Ben-Tayde se habia logrado, aunque no por la parte que él queria.

El secreto supuesto del sexo de Zayda Fatima, y el género de afecto que con la reina la ligaba, habia caido en la persona mas á propósito del mundo para que aquel secreto se divulgase.

V.

Doña Juana se hizo ataviar, y poco antes de la queda se metió en el Alcázar, y se fué á ver á la reina, segura de encontrar junto á ella ó en su antecámara, disfrazado de mujer, al infante Ismail, nombre que á lo que parecia era el verdadero del infante don Gutierre de Silva.

Cuando entró en la cámara de la reina doña Juana Nuñez, encontró en el mirador que daba sobre el Esgueva, en conversacion muy animada, á la reina y á Zayda Fatima.

Esto escitó los celos, la envidia y la cólera de doña Juana Nuñez.

Para ella era ya indudable que doña María de Granada y de Molina, era el infante Ismail.

VI.

La reina, al entrar en la cámara la infanta doña Juana, se apartó del mirador y salió al encuentro de la jóven.

Zayda Fatima siguió á la reina y se quedó á alguna distancia.

—¿Qué sucede, doña Juana? dijo con algun cuidado la reina, cuidado que doña Juana interpretó de muy mala manera: ¿qué sucede que venís á verme á estas horas?

—Suceden cosas muy graves, señora, contestó doña Juana, y voy á revelarlas á vuestra señoría, porque no importa que esté presente la señora infanta de Granada, que tan leal es á vuestra señoría y tanto la ama.

—¿Pero qué es ello, doña Juana? dijo la reina acreciendo en cuidado.

—Los personeros que los concejos de las villas y ciudades del reino han enviado á Cuellar para las córtes, han estado esta tarde en mi casa.

—Nada tiene eso de estraño, dijo doña María apareciendo tranquila, aunque no lo estaba: habrán venido á saludar, como es justo, al tutor del rey, al gobernador de sus reinos.

—Sí, dijo con una acerada intencion doña Juana, pero no han venido á rendir homenaje al rey.

—Vendrán mañana, querrán presentarse con aparato, con los reyes de armas, los trompeteros, los timbaleros y el estandarte del buen concejo de Valladolid; tenedlo por seguro, prima; á vuestra casa habrán ido tal como habrán hecho el camino, aun sin detenerse á dejar sus mulas en ninguna parte.

—¿Parece que sabe vuestra señoría cómo han ido los personeros á mi casa?

—Sí, me lo ha dicho sin preguntarlo yo quien lo ha visto: ¿cómo queríais que esos buenos hidalgos se me presentasen empolvados de los piés á la cabeza? esto hubiera sido una falta de respeto, y no hay que esperar tales faltas de su lealtad.

—Sí, leales, muy leales señora, contestó doña Juana, pero se prestan á hacer traicion al rey.

—¿Cómo! exclamó la reina; ¿traicion me hacen los buenos personeros de los concejos de las villas y ciudades de mis reinos?

—Sí señora, porque ceden á las sugestiones de un traidor.

—¿Y quién es ese traidor, prima? dijo la reina que no que-

ria entender á doña Juana, porque la repugnaba aquella mujer, que de tal manera vendia á su marido.

—El traidor, contestó sin vacilar doña Juana, es mi marido, el infante don Enrique.

—Hay que admirar vuestra lealtad, prima, dijo la reina: vuestro hermano don Juan Nuñez mantiene levantado contra nosotros su rebelde pendon, y vos no seguís la parte de vuestro hermano; y no satisfecha aún, venís á decirnos que vuestro marido nos hace traicion.

—Antes que mi hermano, que mi marido y que mis hijos si los tuviera, es la lealtad que debo al rey, mi señor natural.

—Gracias, gracias prima, dijo la reina, á quien se hacia cada vez mas repugnante doña Juana; pero deseo que os hayais equivocado; no temo que nuestro buen tio el infante don Enrique se olvide del deudo que con nosotros tiene, y de las obligaciones que le imponen la tutoría del rey y el gobierno de estos reinos, hasta el punto de traicionarnos.

—Vuestra señoría es muy buena, dijo doña Juana, no pudiendo quitar á su acento un ligero tinte de sarcasmo, y cree que todos son buenos tambien. Sin embargo, nuestro buen tio el infante don Enrique, que todo lo debe á vuestra señoría, hasta el haberse casado conmigo, aumentando su poder con el poder de mi casa, se olvida de todo por su ambicion, y se obstina en vender la villa de Tarifa, para quedarse con los dineros que el rey moro le ofrece por ella.

—¡Ah! no, no, dijo la reina perfectamente tranquila, aunque la indignacion conmovia su alma; cierto es que nuestro buen tio se obstina en vender la villa de Tarifa, porque necesitamos dineros para hacer la guerra, y es muy agrio pedirlos á los concejos del reino, que tanto y tanto han dado ya, que desgraciadamente, sin que yo pueda evitarlo, se empieza á sentir el hambre en nuestros reinos.

La voz de la noble reina, al decir estas palabras, dejaba sentir una gran tristeza y una gran conmocion, como si la hubieran dolido mas que sus penas propias las penas de sus vasallos.

Despues continuó:

—El infante don Enrique se equivoca, pero no cree hacernos traicion, ni nos la hace: el infante don Enrique nos ha dicho muchas veces: el rey de Granada da diez cuentos de doblas por Tarifa, y con este dinero podemos acabar la guerra y volver á ganar de los moros á Tarifa, sin pedir mas pechos á los concejos, que ya no pueden darlos. El infante don Enrique es imprudente, pero no traidor; desconoce lo que importa guardar la villa de Tarifa, llave de las Andalucías y del reino todo; yo he resistido, resisto y resistiré; y en prueba de ello, he enviado allá á don Alfonso Perez de Guzman, para que aunque el reino entero en córtes decreta la venta de Tarifa al infiel rey de Granada, la defienda como la defendió antes; esa venta no se hará, porque Dios ha puesto al lado del rey á su madre para que le guarde sus reinos, y se los entregue cuando llegue á su mayor edad, enteros como se los dejó el rey don Sancho su padre, á pesar de torpezas, imprudencias ó traiciones. Pero estad tranquila, doña Juana; vuestro marido podrá ser torpe é imprudente, pero no traidor; yo os agradezco, sin embargo, vuestro aviso y vuestro buen deseo; esta es una prueba mas que de vuestra lealtad sin mancilla me habeis dado, y esto aumentaria, si fuera posible aumentarlo, el amor que os tengo.

—Y bien, señora, dijo doña Juana, he cumplido con mi obligacion sirviendo á vuestra señoría. ¡Oh Dios mio! la queda, exclamó doña Juana oyendo el toque de cobre-fuego que retumbaba sobre la torre del Homenaje del Alcázar; ya no puedo volver á mi casa, porque en este momento se habrá levantado el puente, y no se baja para nadie.

—¿Y qué importa esto, doña Juana? pasareis la noche en el aposento de la infanta doña María, y si vuestro marido os echa menos, ya sabrá que habeis pasado la noche en el Alcázar en buena y honrada compañía: ahora, adios, os deixo, voy á ver á mi hijo el rey, el único que tengo á mi lado. Buenas noches.

Y la reina salió de la cámara.

VII.

Doña Juana habia previsto esto, y lo habia provocado.

Habia necesitado un pretesto, y le habia tomado haciendo traicion á su marido, á quien aborrecia de muerte.

Las dos jóvenes salieron asidas de las manos de la cámara de la reina.

La mano de doña Juana ardia y temblaba; la de Zayda Fatima estaba fria y rígida, como si hubiera sido de mármol.

La repugnaba fuertemente la Palomilla.



CAPITULO XI.

DE CÓMO LA PALOMILLA SE ENCONTRÓ CON QUE AMABA AL AIRE.

I.

Estaba muy lejos Zayda Fatima de suponer lo que doña Juana creía, esto es, que Zayda Fatima era el caballero del Aguila Roja, á quien vió herido en Mayorga: y tanto menos podia creerlo, cuanto que doña Juana le habia preguntado muchas veces con un vivo interés acerca de su hermano el rey de Granada, porque la Palomilla habia creído la historia que se habia contado en el Alcázar para justificar la vuelta á él de Zayda Fatima.

II.

Esta, á pesar de que tenia en Valladolid gran casa con numerosa servidumbre, como correspondia á su rango, y á sus riquezas, tenia tambien al fin de la galería de los Apóstoles, cerca

de la cámara de la reina y con comunicacion con ella, un hermoso departamento compuesto de algunas habitaciones, y en la que tenia tambien alguna servidumbre.

Zayda Fatima mandó pusiesen un lecho junto al suyo, porque no podia ser de otro modo tratándose de la infanta doña Juana Nuñez, y mandó las diesen de cenar.

La cena era de la cocina de la reina, y harto frugal, porque la reina se cuidaba poco de la mesa y no queria gastos exorbitantes en su despensa, en una época en que tanta falta hacia el dinero, y tan pobres y aun tan hambrientos estaban los pueblos castellanos.

Sirvieron á las dos infantas una ánade que, segun dijo el camarero que las servia, habia cazado aquella mañana el rey, con otras muchas, porque era muy cazador; una liebre muerta por Juan Alfonso de Benavides, privado del rey, que era tambien cazador á maravilla, truchas del Pisuerga, conservas y mermeladas de las monjas de las Huelgas, y vino de las bodegas del rey.

Durante la cena, como estaban delante los camareros que la servian, la conversacion de las dos infantas versó sobre cosas indiferentes.

III.

Zayda Fatima estaba pálida por contrariada y por colérica; pero con su gran fuerza de voluntad dominaba el estado de su espíritu, que no se revelaba mas que en su palidez, y aparecia sonriente y amabilísima con la Palomilla.

Esta, por su parte, estaba sobrescitada, y devoraba con sus magníficos ojos azules la hermosura de Zayda Fatima, creyéndola de buena fé el infante Ismail.

IV.

Concluyó la cena, se levantaron los manteles, y las dos infantas quedaron solas.

—¡Ah, señora, cuánto sufro! exclamó la Palomilla.

—Sufrés, dijo Zayda Fatima, ¿y por qué? ¿Teneis el sentimiento de que vuestro marido sea el peor enemigo de la reina, cuando debiera ser su mas leal amigo y su mas fuerte apoyo?

—¿Y qué me importa á mí de mi marido? exclamó la Palomilla, escitando mas la interna irritacion de Zayda Fatima. Si continúa en sus rebeldías, si se obstina en ellas insensato, y el rey, que va dando muestras de ser tan persona como su padre, le toma un dia la cabeza, mejor; así me veré libre de la desventura á que me sentenciaron mis hermanos casándome con él: un viejo repugnante en el cuerpo y en el alma, un pícaro olvidado de todo, que no piensa mas que en atesorar y que me tiene robada mi hacienda.

—Por Dios, doña Juana, dijo con su voz siempre dulce Zayda Fatima; mirad que el hombre de quien hablais así es vuestro marido.

—Por mi desgracia, os lo repito. ¡Ah, si yo hubiera sido libre!

Zayda Fatima calló.

—Si yo hubiera sido libre, continuó la Palomilla, cuando conocí á vuestro hermano.....

—Mirad señora que mi hermano es el rey de Granada.

—No hablo yo de ese hermano vuestro, dijo con la voz trémula la Palomilla, sino de aquel que sirvió tan bravamente á la reina bajo el nombre de caballero del Aguila Roja, á quien conocí una noche en su campo cerca de Valladolid, á quien fuí á visitar cuando estaba herido en Mayorga: ¿nada os ha dicho vuestro hermano, señora, de cuánto le amaba yo?

—No, ciertamente, señora, contestó Zayda Fatima, pugnante-

do poderosamente consigo misma para contenerse, pero me lo habeis dicho vos muchas veces.

—Y siempre habeis sido severa conmigo, doña María.

—Debo serlo; vos sois buena, doña Juana, pero estais obcecada, y no teneis valor: comprendo que os casaron contra vuestra voluntad por razones de ambicion, que os sacrificaron, que os unieron á un hombre completamente repugnante, al que no es posible amar: comprendo, que desventurada en vuestro casamiento, amaseis al conocerle á mi hermano; pero debísteis haber dominado vuestro amor, haberle hecho callar, haberle sepultado en el fondo de vuestra alma, haberle escondido, porque si nada debeis á vuestro esposo, ni amor, ni gratitud, ni respeto, os lo debeis todo á vos misma, á vuestro propio decoro; debíais no desconocer que la honra es el único tesoro de la mujer, que es un espejo que el mas leve aliento empaña, que el mas ligero choque rompe, y que el mundo es muy severo para con las mujeres que arrojan su honra deshecha en medio de la pública plaza.

—¡Oh, señora! exclamó doña Juana, vos no sabeis lo que es el amor.

—¡El amor! ¡que no sé yo lo que es el amor! dijo Zayda Fatima: tal vez, tal vez tenga desgarrada y desolada el alma: ¡quien sabe! el misterio de mi vida está oculto en mi corazon: tal vez haya encontrado yo sobre la tierra algun sér que me haya hecho sentir un amor de logro imposible; tal vez ha hecho Dios mi corazon insensible para el amor; ¡quién sabe! pero lo que sé muy bien es que feliz ó desventurada, tranquila ó combatida, pereceré antes que mancillar mi honra: y mirad que no os culpo, mirad que no os desprecio, mirad que soy yo muy indulgente para las flaquezas y las pasiones humanas, porque comprendo bien cuánto valor se necesita para resistir á la tentacion.

—Yo no he amado nunca, no he amado hasta que amé al caballero del Aguila Roja, exclamó doña Juana mirando de una manera intensa á Zayda Fatima.

V.

Esta habia dominado completamente la situacion, y comprendió que era necesario romperla, acabar con ella; ¿pero cómo? esto no se ocurría á Zayda Fatima.

¿Cómo sin ofensa del pudor, de su invencible pudor, vencer de su error á doña Juana?

Por otra parte, la situacion en que esta se encontraba era muy natural, aunque hubiera debido, sobreponerse á ella la Palomilla; pero ya sabemos que habia sido mal educada, que habia vivido á su libertad, que nadie la habia reprendido, que por el contrario, todos habian adulado á la poderosa señora de la casa de Lara, y que si no habia dado escándalos habia dado graves muestras de licencia, habia visto al caballero del Aguila Roja, con el corazon libre y sediento de amor, y se habia enamorado de una manera voluntariosa, tenaz, acabando por contraer una pasion capaz hasta de lo imposible.

Todo lo disculpaba la maravillosa hermosura de Zayda Fatima, el haberla creído hombre la Palomilla, la fama de valentía, la aureola de grandeza que rodeaba al caballero del Aguila Roja, infante misterioso que no se sabia de dónde fuese, pero del cual emanaba algo régio de una manera indudable; como que Zayda Fatima estaba acostumbrada desde que nació al dominio.

VI.

—Decís que nunca habeis amado, observó Zayda Fatima, y sin embargo, segun dicen, habeis alentado los galanteos de muchos hombres.

—Que no han pasado de ser galanteos, respondió con altivez la Palomilla.

—Algo mas que galanteos fueron los amores que tuvísteis con el rey, cuando no era un mancebo como hoy, sino un niño.

—Aquello no pasó de entretener á su señoría, dijo con impaciencia la Palomilla, y de ello tuvieron la culpa los grandes ofrecimientos que me hizo el infante don Juan, hasta hacerme entrever que podia ser reina.

—¡Por un doble crimen!

—El infante don Enrique es ya muy viejo, está achacoso; y en cuanto á la infanta doña Constanza, aunque estan celebrados los esponsales, no se ha celebrado aún el matrimonio.

—Se celebrará dentro de muy poco, así como las bodas de la infanta doña Isabel con el duque de Bretaña, dijo Zayda Fatima.

—Y bien, contestó la Palomilla no pudiendo resistir mas; yo he renunciado á todo por vos, por vos á quien adoro.

—¡Pero estais loca, doña Juana? exclamó de la manera mas severa del mundo, con una terrible energía; con la energía que conocemos en el caballero del Aguila Roja, lo que acabó de engañar á doña Juana: ¿que adorais á una mujer?

—Vos no sois una mujer; vos sois un hombre que de mujer se disfraza: vos no sois tampoco el rey de Granada; vos sois su hermano el infante Ismail, huido de Granada antes de que muriese vuestro padre y que os habeis quedado aquí porque amais.

—¡Que amo yo, y al decir que yo amo me creeis hombre! ¡y yo estoy en el Alcázar! ¿A quién creeis ama el infante Ismail, ese infante Ismail que vos decís, señora?

—¡A la reina! exclamó la Palomilla; á la reina que os ama y que porque os ama os tiene á su lado.

—¡Ah! es imposible, imposible ya de todo punto dejar de patentizar la verdad, exclamó Zayda Fatima.

Y encendida, cubierta de rubor, se abrió su traje, y dejó ver su garganta desnuda, sus hombros y el nacimiento de su seno á la Palomilla.

En la parte superior izquierda del seno habia una ancha cicatriz, causada al parecer por una lanzada.

—¡Ah! exclamó la Palomilla con una espresion indescribible, es cierto, es mujer: ¿y esa cicatriz?

—Esto quiere decir, exclamó Zayda Fatima cubriéndose vivamente, que el caballero del Aguila Roja, herido gravemente en el cerco de Mayorga sirviendo á su reina, y la infanta doña María de Granada eran una misma persona, y para que os convenzais mejor, mirad.

Y Zayda Fatima se desató las trenzas, las deshizo, echó fuera de sí los cabellos postizos y quedó con una magnífica cabellera rizada, cuya longitud no pasaba de los hombros.

A mas de esto, se abrió la cabellera, y en la parte superior de la cabeza mostró á la Palomilla la cicatriz de un hachazo.

—¡Ay de vos! exclamó Zayda Fatima, y ¡ay de los que propalen la infame calumnia de que la reina mancilla su limpia fama! ¡Ay de vosotros! porque para castigaros, la infanta doña María de Granada volverá á ser lo que ha sido durante un año. Ahora, recojámonos, doña Juana, y no hablemos ni una palabra mas.

VII.

Doña Juana confusa, aturdida, avergonzada, no contestó.

Zayda Fatima llamó á sus doncellas, y un momento despues las dos infantas estaban recogidas en sus respectivos lechos.



...el gobierno de la Republica, con una de sus...
 ...de la Republica, con una de sus...

...de la Republica, con una de sus...
 ...de la Republica, con una de sus...
 ...de la Republica, con una de sus...
 ...de la Republica, con una de sus...
 ...de la Republica, con una de sus...

...de la Republica, con una de sus...
 ...de la Republica, con una de sus...
 ...de la Republica, con una de sus...
 ...de la Republica, con una de sus...
 ...de la Republica, con una de sus...

...de la Republica, con una de sus...
 ...de la Republica, con una de sus...
 ...de la Republica, con una de sus...
 ...de la Republica, con una de sus...
 ...de la Republica, con una de sus...

CAPITULO XII.

DE CÓMO LOS TRAIADORES QUE SABEN APROVECHAR LAS CIRCUNSTANCIAS
CAEN SIEMPRE DE PIÉS.

I.

—¿En dónde habeis pasado la noche, señora mia? dijo al dia siguiente á las diez de la mañana, hora en que se le presentó su mujer, á esta el infante don Enrique.

—¡Oh, señor! ¡y qué cara y qué acento para preguntarme eso! dijo de muy mal humor la Palomilla, que estaba pálida y ojerosa de no haber dormido.

—¿Y qué cara y qué acento quereis que tenga, repuso don Enrique, que desde que su mujer le dió para matarle aquel insufiente acónito se habia hecho feroz, un marido cuya mujer se marcha al principio de la noche y no vuelve sino muy entrado el dia, sin saberse dónde haya estado?

—Por la manera que teneis de preguntarme, dijo la Palomilla, no quiero responderos: preguntad y lo sabreis.

—Sí, sí; ya sé que habeis pasado la noche en el Alcázar, como sé que cuando yo me fuí de la córte para las Andalucías, vos os fuísteis á Mayorga á ver á cierto caballero herido.

—Fuí á llevar órdenes secretas á la reina, y la prueba es que me volví á las veinticuatro horas.

—¿Y habeis ido esta noche al Alcázar y os habeis quedado en él para recibir órdenes secretas de la reina?

—He ido á ver á su señoría, me ha cogido allí el toque de queda, y me he visto obligada á quedarme.

—Y os habeis quedado en el aposento del caballero del Aguila Roja.

—¿Pero estais loco, don Enrique? exclamó la Palomilla; si nadie sabe por dónde anda el tal caballero.

—Carta canta, dijo el infante.

Y sacó de su escarcela un pergamino enrollado, y le dió á la Palomilla.

Esta leyó lo siguiente:

«Señor infante, sois un tonto, vuestra mujer os desprecia.»

—¿Y quién se atreve á escribir así? exclamó irritada la Palomilla.

Y buscó la firma y no la encontró.

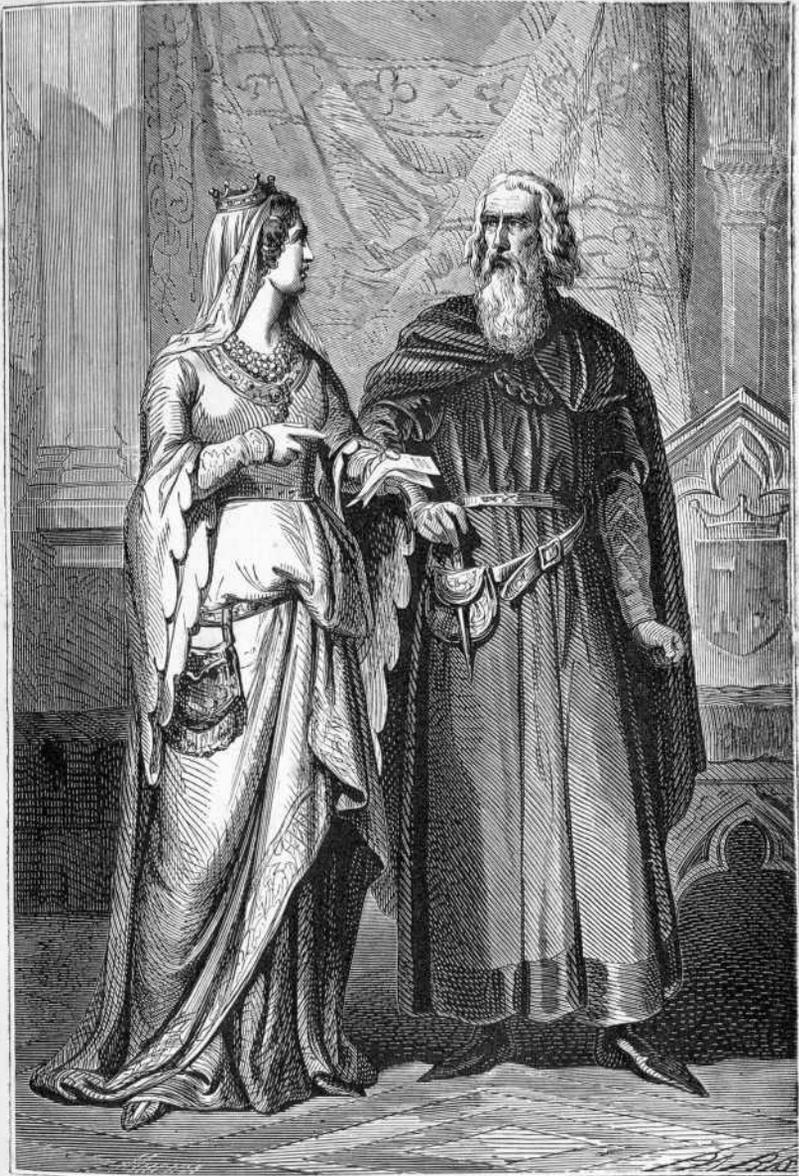
Aquella carta era anónima.

—Esta es una infamia y una calumnia, exclamó la Palomilla, y no se debe creer al que para decir tales cosas se oculta; bien es verdad que es una lástima que no se dé á conocer, porque así podríamos castigarle á nuestro sabor.

—Seguid, seguid leyendo, señora, dijo don Enrique.

La palomilla empezó de nuevo.

«Señor infante, sois un tonto, vuestra mujer os desprecia; vuestra mujer ama, y no es ciertamente á vos á quien ama vuestra mujer; esta noche la ha pasado en el Alcázar, lo que debe inquietaros mucho, porque en el Alcázar vive, y al lado de la reina, el hombre á quien vuestra mujer adora: este hombre se llama en la córte la infanta doña María de Granada; en el campo, en el cerco de Mayorga y en el de Paredes se llamaba el caballero del Aguila Roja: en su aposento ha pasado la noche



LA BUENA MADRE.

Esta es una infamia y una calumnia, exclamó la Palomilla.....



vuestra mujer, porque la reina confía demasiado en la lealtad de su caballero.»

—¡Infames! ¡infames, y mil veces infames! exclamó la Palomilla.

—Seguid, seguid leyendo, señora.

«Si dudais de lo que os decimos, buen infante, preguntad acerca de la infanta doña María de Granada y del caballero del Aguila Roja, al señor infante don Juan Manuel, ó á su señoría el rey, que ya os dirán. Se cree que es un secreto que el caballero del Aguila Roja está disfrazado con traje de mujer, y gracias á su juventud y á su hermosura, al lado de la reina, y que de él está enamorada, hasta la locura, vuestra esposa, y no solo ella, sino otras damas de palacio; y esto lo va sabiendo todo el mundo, solo que se murmura por lo bajo, porque todo el mundo teme ser castigado si lo dice en voz alta: pero vos que sois marido de vuestra mujer, tutor del rey y guarda del reino, debéis atajar estos escándalos por lo que os conviene como marido de una parte, y como guarda de estos reinos por otra, porque tal puede acontecer, que la casa se caiga y os coja debajo. Guarde Dios á vuesa merced, señor infante don Enrique, como lo han menester vuestra mujer á quien tanto amais, y la reina á quien tan bien servís.»

II.

—Pero aquí se burlan de vos, don Enrique, dijo la Palomilla; dicen que me amais, cuando no podeis verme, ni os casásteis conmigo mas que por lo que os convenia, y que servís bien á la reina, á quien quisiérais ver hecha pedazos. Tomad, tomad y avergonzaos de que se burlen de vos y quieran usaros como arma para malas maquinaciones.

—He visto al infante don Juan Manuel en su posada, exclamó con irritacion el infante, le he preguntado si en efecto la infanta doña María de Granada era el caballero del Aguila Roja,

y se me ha echado á reir, y cuanto mas le he preguntado mas se ha reido, y allá le he dejado riéndose; lo que quiere decir que el infante don Juan Manuel se reia porque sabia que os habíais quedado en el Alcázar, en el aposento de doña María de Granada.

—Pues no habia de reirse vuestro sobrino, dijo doña Juana, si él sabe bien hasta qué punto es mujer, y terrible é impía la infanta doña María de Granada y de Molina.

—Y el rey.....

—¡Ah! habeis ido tambien á ver al rey, y le habeis dicho..... Pues mirad, si yo no me rio tambien de vos, es porqué no estoy de humor para reirme, por lo feliz que he sido en mis amores; eso sí, los años pueden mas que vos, y estais ya loco, don Enrique, y os advierto que con vuestra locura os estais metiendo temerariamente en grandes peligros.

—El rey no se ha reido de mí, dijo don Enrique, sino que me ha dicho: idos á reposar, mi buen tio, habeis dormido mal y habeis tenido malos sueños; procurad tener de noche á vuestro lado á vuestra mujer, por si os poneis gravemente malo y necesitais que os socorran.

—Necesariamente, dijo la Palomilla; ¿qué otra cosa podria responder el rey á una impertinencia como la vuestra? No seais loco; por lo pronto, os aconsejo que probeis otro camino, que el que habeis empezado llamando córtes á Cuellar: la reina lo sabe todo, me ha hablado largamente de ello, y me ha dicho que ella deshará todo el engaño que habeis querido hacer á los personeros de los concejos.

—¡Bah! ¡bah! las córtes de Cuellar aprobarán la venta de Tarifa al rey moro de Granada, porque esta venta conviene á todo el mundo.

—Cuidad de que vuestro propósito no esté ya deshecho. Cuando yo salia del Alcázar se estaba preparando todo para recibir á los personeros que iban á ir en procesion por toda la villa con el estandarte y los heraldos y el concejo de Valladolid á besar las manos al rey y á la reina.

—¿Qué decís, doña Juana? esclamó alarmado el infante.

—Lo que oís, don Enrique.

—Pues yo no tengo noticia alguna de eso.

—¿Y qué habeis de saber vos, mas que lo que os hace soñar vuestra ambicion, y lo que os dicen los que hacen su negocio engañándoos y metiándoos en malos pasos?

—¡Fernan Dávalos! exclamó el infante tocando una campanilla de plata que estaba sobre su mesa de despacho.

Se presentó al momento un camarero.

—Vete al Alcázar, dijo don Enrique, é infórmate de si han ido allá los personeros de los concejos, cuántos son, y si es posible, á qué han ido.

III.

Fernan Dávalos salió, y volvió muy pronto diciendo:

—En el patio de Honor del Alcázar estan los timbaleros, los trompeteros, los heraldos, y el estandarte de la villa de Valladolid; y á mas de esto, las mulas y los criados de los personeros de los concejos que están en la cámara de Honor, y en córte con el rey y la reina.

—Pronto, Fernan Dávalos, dijo el infante; vísteme de córte á fin de que yo me presente como debo, y como esos imbéciles se habrán presentado, con todas sus galas encima. ¡Ah! no querrá oirme su señoría el rey. ¿Cómo se atreven ni él ni su madre á recibir en córte, no digo yo á los personeros de los concejos, sino á cualquier embajadorcillo que venga con cartas del último reyezuelo de la tierra? Yo soy el tutor del rey, y tengo la guarda de estos reinos por voluntad del difunto rey don Sancho y por decreto de las córtes de Valladolid. Pronto, acaba pronto, Fernan; traéme la espada de oro que me dejó mi padre el señor rey San Fernando y mi puñal de córte: ¡ah! que enjaecen mi caballo tordillo con paramentos de gala, y que cabalguen para acompañarme mis escuderos.

Fernan Dávalos salió, y don Enrique se quedó solo, porque

antes de que Fernan Dávalos volviese, habia abandonado muy enojada la Palomilla á su marido.

IV.

Pero por pronto que estuvieran dispuestos corcély y escuderos para acompañar á su amo como correspondia á su alcurnia, y tratándose de presentarse en la córte, cuando llegó el infante, se encontró con que todo habia concluido, y con que los personeros de los concejos bajaban muy gravemente, muy engalanados y muy finchados por las anchas escaleras del Alcázar.

V.

A las diez de aquel dia, los personeros de todos los concejos del reino, quién en mula, quién en caballo, quién con paje, quién con escudero, y vestidos todos lo mas gravemente posible, empezaron á reunirse en la casa del consistorio, que estaba, como ahora, en la plaza Mayor.

A las diez y media, el concejo de Valladolid salia del consistorio, precedido de sus maceros, sus timbaleros, sus trompeteros y su estandarte, y seguidos de todos los personeros del reino, cada cual pata acá, pata allá en su mula, llevando junto á sí, á pié, un criado ó criados, y cerrando la marcha una tropa de alguaciles del concejo de Valladolid á caballo.

VI.

La representacion popular de los reinos del señor rey don Fernando el IV, atravesaba solemnemente la noble villa de

Valladolid, para ir á cumplimentar al rey y á la reina: los del pueblo, que se agrupaban alrededor de ellos, les decian con los ojos espantados:

—Dios ponga tiento en vuestras lenguas, para que no mandeis que se haga algo que acabe de matarnos de hambre.

El pueblo miraba con cierto reojo á las córtes, porque de ellas no esperaba mas que desdichas.

Tan corrompidos estaban entonces los personeros, representantes de las necesidades de los reinos, que todo pobre que pagaba pecho, los miraba como á sus enemigos jurados.

Llegaron con gran pausa y gran contoneo las córtes al Alcázar á las once y media; recibieronlos el rey y la reina con las damas y camareros, en el primer descanso de la escalera del Alcázar, y fuéronse luego á la gran cámara de Honor, y allí, sin ponerse el rey y la reina en el trono, doña María fué hablando sencillamente con todos los que conocia, que eran muchos, encantándolos con su sencillez, con su dulzura, con su estremada amabilidad, con su gran fuerza de simpatía, apoderándose de ellos, en una palabra.

—¿Cómo os va, Garcillanes? decia al uno: cuando yo pasé por vuestra villa de Alaejos, teníais un hijo muy hermoso; desde entonces acá debeis haber tenido algunos mas.

—¡Ah, mi noble señora! decia el personero; desgraciadamente tengo hoy cinco, los tiempos están muy malos, y cuesta mucho trabajo y muchas penas criar tanto hijo.

—Dios proveerá, decia la reina.

Y volviéndose á otro, añadía.

—¿Y qué es de vos, Miguel de Santisteban? hace un siglo que no se os ve por acá; antes con mucha frecuencia veníais á servir bajo nuestro estandarte.

—¡Ah, señora! decia el personero, hace dos años caí de la mula, me derrenqué de este costado y no sirvo para nada.

—¡Ah, que desgracia! exclamó la reina; yo mandaré á mi físico don Nicolao que vaya á veros, y tal vez os curará, por que es muy sabio.

Y así, hablando á todos de sus cosas, é interesándose por

todos, la reina pasó algunos minutos, hasta que al fin ocupó el trono, y los personeros fueron besando la mano al rey y á la reina en señal de homenaje.

Despues de lo cual y desde el trono, la reina les dijo:

—Señores personeros de los concejos de las villas y ciudades de voto en córtes de los reinos del señor rey don Fernando, mi muy amado hijo: bien sé que mi tio el infante don Enrique el Senador, guarda de estos reinos durante la menor edad de mi hijo, el señor rey don Fernando, ha convocado córtes en Cuellar, con el intento de proponeros la venta de la preciada villa de Tarifa al rey moro de Granada; ahora, yo quiero hablaros sobre esto en secreto, y espero que me le guardareis, y que hareis como despues de oirme os aconseje vuestro amor á la patria y vuestra lealtad al señor rey don Fernando, vuestro señor natural.

Sucedió un murmullo general de asentimiento y de amor á la noble reina.

—No olvideis, continuó la reina, el gran daño que causaria, no solo á Castilla, sino tambien á toda la cristiandad, la entrega de ese gran puerto del Estrecho de Gibraltar á los moros, nuestros enemigos irreconciliables: acordaos el mucho dinero que costó á estos reinos el cerco de aquella villa, hasta que se ganó, y que tanto afan y tanto trabajo tomó para ello el rey don Sancho, mi muy amado esposo, que le causó la mala enfermedad de que á la postre murió.

Y la voz de la reina se mojó en lágrimas al pronunciar sus últimas palabras.

Luego continuó:

—Dinero, sangre y rey, rey noble y bravo, nos costó á todos esa fuerte villa, defensa de nuestros reinos, sangre de su corazon, dolor de sus entrañas: muerte de su hijo, costó á nuestro escelente vasallo don Alfonso Perez de Guzman el Bueno, el defender á Tarifa de la innumerable hueste del soberbio Aben-Yacub: ¿y querreis que una villa que tanto nos importa guardar, á tal precio ganada, con tal heroismo defendida, se venda miserablemente á nuestros enemigos que no la quieren para otra

cosa que para abrir por ella franca entrada contra nosotros á las bárbaras legiones de Aben-Yacub? No; ni lo creo, ni lo temo: vosotros no os habreis olvidado del honor, de la patria, de la lealtad á vuestro rey, y de vuestra propia seguridad para ceder á las sugerencias del mal aconsejado infante don Enrique. Y tened en cuenta, que tan grande es el poder de Aben-Yacub, que si á Tarifa vendiéramos, perderíamos nuestra tierra como se perdió por aquel mismo sitio, en los tiempos del rey don Rodrigo, y que nunca los moros pudieron hacer nada contra nosotros, hasta que á Tarifa tuvieron: así lo cuenta la historia de aquel tiempo, y desde que se perdió aquella vez, nunca, ninguno de los reyes cristianos hasta el rey don Sancho, mi muy amado esposo, la pudieron cobrar. Además de esto, aunque el infante don Enrique os diga que el rey de Granada da por Tarifa tanto dinero que por él, y en muchos años, se verian libres de pechos estos reinos, no lo creais, porque yo sé bien que no es tanto lo que el rey de Granada ofrece, que baste para pagar las soldadas de un año á los ricos hombres y á los otros caballeros é hijo-dalgos que asisten á la guerra: por lo que seria mayor el daño que se recibiria vendiendo á Tarifa que el provecho que se sacaria de ello. Y esto os digo, porque lo entendais bien y verdaderamente, y os aseguro que si vosotros y don Enrique quereis hacerlo, yo nunca lo otorgaré y buscaré medios para impedirlo, y Dios me acorrerá.

VII.

De tal manera, con tal energía, con tal dulzura, con tal persuasion, con tal sentimiento á la vez, y tan con su alma dijo su discurso la reina á los personeros, que estos se conmovieron, comprendieron cuánto patriotismo, cuánta verdad habia en las palabras de la reina, que juraron todos que por su voto Tarifa no se venderia, y que si eran menester dineros para asegurar en el trono al rey don Fernando el IV, y hacerle triunfar de sus

enemigos, decretarian cuantos servicios con este objeto se les pidiese.

Fué este un gran dia de triunfo para doña María, triunfo amargado por la inmediata entrevista que tuvo con su tio el infante don Enrique.

VIII.

Encontróse este, como hemos dicho, á los personeros bajando de la audiencia con la reina, habló con el uno y con el otro, y todos le dijeron, que puesto que aquellas córtes habian sido llamadas y ayuntadas para tratar de la venta de Tarifa al rey moro de Granada, y ellos eran de acuerdo, porque bien lo habian pensado, de que aquella venta no se otorgase, á sus casas se volvian, sin esperar á juntarse en córtes en Cuellar.

Subió con esto irritado el infante don Enrique, y en lo que tardó en llegar desde el patio del Alcázar á la cámara de la reina, buscó otro medio, otra nueva exigencia que le indemnizase de lo que habia perdido por no poder vender la villa de Tarifa al rey moro de Granada.

Trabajo era de la reina tener que pagar con irritantes mercedes y con insoportables humillaciones los malos servicios de los que ayudaban al rey, no en provecho de este, sino en provecho propio.

Encontró don Enrique muy contenta á la reina por el triunfo que acaba de alcanzar, y no hubo ya nada que estorbare el cinismo del infante don Enrique.

—Puesto que, la dijo, contra todo mi buen consejo y propósito no se vende Tarifa al rey moro de Granada, de quien la podiamos cobrar luego fácilmente, no soy yo de acuerdo de perder lo que si el trato que como guarda de estos reinos habia yo hecho con el rey de Granada se cumpliera, hubiera tenido; y afirmoos, señora, que yo no permaneceré ni un momento mas en

la guarda de estos reinos ni en la tutela del rey, si para remunerarme de lo que he perdido y que me ofrecia el rey de Granada no se me dan en señorío las villas de Gormaz y Caltañazor.

Y la reina, viendo que para satisfacer al infante don Enrique no habia otro medio que concederle lo que queria, y porque no urdiese otra nueva intriga para vender á Tarifa, y por evitar el desconcierto de que don Enrique dejase la guarda de los reinos y se fuese con los enemigos llevándoles su influencia, y pensando en que cuando su hijo llegase á su mayor edad y se encontrase fuerte, podria invalidar y anular todas las mercedes que la fuerza de las circunstancias la habian arrancado, hubo de otorgar lo que don Enrique queria, y sin levantar mano, y llamando la reina á su canciller don Nuño Perez de Monroy, abad de Santander, se estendieron los privilegios, y el infante don Enrique se volvió con ellos muy satisfecho á su casa.

IX.

—Paréceme que venís mas tratable que os fuisteis, don Enrique, dijo la Palomilla; algo os han dado sin duda.

—Aumentamos nuestro señorío, dijo el infante, con el de las villas de Gormaz y Caltañazor.

—Pues á ese paso, dijo la Palomilla, y con lo que yo tengo, dentro de poco vamos á ser los verdaderos reyes de Castilla.

—Y qué quereis, dijo don Enrique, es necesario aprovechar los tiempos como vienen.

—¿Y vuestros celos? dijo doña Juana.

—Creo muy bien, contestó don Enrique, que el caballero del Aguila Roja, ha sido siempre la infanta doña María de Granada, que ahora viste su propio traje.

—¿De veras? dijo la Palomilla; pues mirad, hasta hay quien cree que el caballero del Aguila Roja y doña María de Granada, son, aunque hermanos, dos personas distintas.

—¡Ya! dijo don Enrique: ¡y dónde está esa otra distinta

persona que se parece tanto á la infanta doña María, y hay quien los cree una persona misma?

—¿Pues dónde ha de estar? en Granada, y sobre el trono.

Echóse á reir el infante don Enrique.

—¡Bah! os han engañado, señora, dijo; el rey de Granada Abu-Abdala-ben-Mohamed, es un barbudo cetrino, que se parece á la infanta Zayda Fatima, su hermana, como yo me parezco á vos. Quedáos con Dios y luchando con vuestra suerte, doña Juana, que yo, como he comido muy bien con la reina mientras se estendian los privilegios de mi señorío sobre las villas de Gormaz y Caltañazor, me voy á dormir la siesta hasta que se ponga el sol.

—Y yo, dijo la Palomilla, me voy al Alcázar hasta sabe Dios cuándo.

Y los dos esposos se separaron en la buena armonía que ven nuestros lectores.

CAPITULO XIII.

DE LA TREMENDA APARICION QUE TUVO EL SEÑOR DE VIZCAYA, Y DE LAS
TERRIBLES COSAS QUE LA APARICION LE DIJO.

I.

Nuevas exigencias affligieron á la buena reina doña María. Su primo el infante don Juan Manuel, mañero siempre aunque jóven, y manteniéndose en una dudosa lealtad, habiendo perdido su señorío de Elche, que se lo quitara en su entrada por Murcia el rey de Aragon, vínose á la córte, y como mantenía buenas amistades con su tio el infante don Enrique, le eligió por intermediario, para que por su perdido señorío de Elche le diera la reina el de Alarcon, que era del rey. Como tutor de este y gobernador del reino, hubiera debido don Enrique negarse á aquella exigencia, porque no era admisible que las pérdidas de señoríos de los ricos hombres y los magnates, causadas por los enemigos, fuesen resarcidas con señoríos de la corona; sobre todo, esto era establecer un mal precedente y dar ocasion á que todos los señores que se encontrasen en el caso del infante don Juan Manuel, pidiesen lo mismo que él pedia,

y se descontentasen si no se les otorgaba lo mismo que al infante hubiera sido otorgado.

Muy al contrario de oponerse á esto el infante don Enrique, se alegró y lo tomó por su cuenta, porque segun sus torcidas intenciones, cuanto mas perdiese la corona y mas se debilitase, mas podria dominar él y hacerse necesario.

La buena doña María concedió tambien esto, pensando en un dia futuro en que se recobrasen tantas pérdidas.

Por este tiempo, tambien el rey de Portugal, viendo que no le era fácil la guerra en Castilla, porque doña María se habia rehecho, la envió embajadores, á decirla que ya era tiempo de que el casamiento de su hija la infanta doña Constanza con el rey don Fernando, convenido entre él y el rey don Sancho antes de que muriese, y cuyos esponsales se habian ya celebrado, se llevase á cumplida realizacion.

Pretendia además casase la infanta doña Beatriz, hermana del rey de Castilla, con su hijo el infante don Alfonso, heredero del reino de Portugal; y como si estos dos casamientos fuesen un gran favor otorgado por el rey don Dionís al rey de Castilla, pedia se le diesen las villas de Olivenza, Onqueña y Campomayor en Badajoz y San Felices en Ciudad-Rodrigo.

Bien comprendia la reina la grande usura que el rey de Portugal la exigia; pero tendiendo de una parte á concluir la guerra con aquel rey, y por otra á apartarse de la alianza del rey de Aragon y del infante don Juan y del infante don Alfonso de la Cerda, consintió en toda la demanda del rey de Portugal, perdiendo cuatro preciadas villas, para cambiar en amigo á un enemigo, y quitar á sus enemigos una poderosa ayuda.

Señaláronse las vistas de los dos reyes para Alcañiz, y entre tanto llegaba el tiempo de estas vistas, como supiese la reina que don Juan Nuñez de Lara estaba en la villa de Fonpudia, por acabar, ya que no con mercedes, con las armas, con otro poderoso enemigo, tomado consejo á los ricos hombres, prelados y caballeros, acordaron todos, que el rey y la reina con su campo se partiesen para Fonpudia á ponerla cerco, y que entre tanto se quedase la reina en Palencia.

Hiciéronlo así, y partió toda la córte con el ejército, lo que es lo mismo que decir que fueron allá con el rey, el infante don Enrique, su mujer la infanta doña Juana Nuñez, el infante don Juan Manuel, que aún no se habia casado y que molestaba harto á Zayda Fatima: iba además en el ejército, como aventurero independiente sin sueldo, con la compañía franca de los Hermanos de la Selva, el caballero Sin nombre, siempre cubierto, siempre misterioso, al que hemos perdido hace algun tiempo de vista, y que no se separaba de la reina doña María, siendo para ella tan buen servidor y tan buen consejero, como traidor habia sido al difunto rey don Sancho.

II.

Don Diego Lopez de Haro, sentia cierto escalofrío siempre que junto á él pasaba armado de todas armas y con su larga vesta de luto, el caballero Sin nombre, ó bien cubierto con su sombrío hábito benedictino.

Nada tenia esto de estraño, porque siempre que don Lope Diaz de Haro pasaba junto á su hermano don Diego, fijaba en él de una manera terrible sus penetrantes ojos negros, á través de las aberturas de su antifaz de hierro.

Siempre que pasaban el uno junto al otro, se saludaban ceremoniosamente.

Muchas veces decia don Diego, despues de haber pasado su hermano, á los ricos hombres y caballeros que le acompañaban, haciéndole la córte, porque convenia á su poder:

—Es mucho, es mucho hombre ese caballero sin apellido; sin mote y sin empresa, y gran persona es, porque tiene talante de rey, y su palabra es tal que imponé respeto.

Don Diego se habia ido alguna vez querrelloso á la reina, diciéndola que era recia cosa hubiese en la hueste un capitán de gente de guerra, que parecia gran personaje, y que debia serlo;

puesto que pagaba de su propio peculio gran sueldo á una gran mesnada, sin que se le reconociese señorío, y que cosa era de saber cuáles eran las intenciones de aquel hombre, puesto que no se comprendia estuviere siempre sirviendo durísimamente en la guerra sin tener ningun provecho, antes bien gastando bizarramente su hacienda, y que era de advertir que mantenía trescientos caballeros y quinientos ballesteros, lo que no podia mantener el mas poderoso rico hombre, empezando por él mismo, y que llevaba ingenios y pertrechos de guerra muy bien aderezados y de gran poder, y que daba mas racion y mas sueldo que lo que era costumbre, y que sus caballeros llevaban mejores armas, mejores galas y mejores corceles que los de los demás, pudiendo añadirse que en los cercos de villas y castillos él era el que ponía el campo mas cerca de los muros, y el que combatía mas fuerte y mas reciamente, y el que mas pronto reponía los hombres y los caballos que le mataban.

A lo cual respondía la reina:

—Primo don Diego Lopez, ¿cómo quereis que yo apriete al caballero Sin nombre para que el suyo me diga, si ya mas de una vez me ha protestado que su nombre ha muerto, que está con otros que se leen en las historias, que tiene hecho voto solemne de ocultarle, así como el semblante? ¿ni qué quereis que yo haga mas que agradecer lo bien que me sirve, á un hombre que nada me pide, y que por mí tan valerosamente combate? Dejáos de temores, primo, que si algun intento avieso abrigase el caballero Sin nombre, con la gente que tiene, que es como vos decís, tanta y tan bien mantenida, bien pudiera habérsenos apoderado de algunas villas y castillos, como lo ha hecho sin tanta fuerza mi buen primo don Juan Nuñez de Lara.

Ofendióse el soberbio don Diego Lopez de Haro por la intencion que creyó encontrar en las palabras de la reina, sobre aquello de servirla sin mirar al provecho, que hubo de decir sin recato, que á la reina doña María no podia servírsela, porque lo mismo favorecía á los unos que á los otros, llegando hasta el caso de mantener misterios que nadie comprendía, como el del caballero Sin nombre, y que todo aquello era una añagaza, y

que el tal caballero Sin nombre no era mas que un falsario, y que no habia tal voto ni tal mantener de su peculio aquel aventurero su mesnada, sino que era alguno á quien la reina tenia muy obligado, y que era muy de su confianza, y que la reina lo pagaba todo bajo cuerda, hasta el punto de que cuando faltaban soldadas á los ricos hombres y á los caballeros que hacian servicio por la reina, nunca faltaban y mas crecidas á los caballeros del Sin nombre, y que si la reina tenia esta gente era para meter miedo á los ricos hombres y mesnaderos y caballeros, para que no se separasen de su servicio, temerosos de ser castigados por aquel terrible incógnito.

Como vemos, la soberbia de don Diego Lopez se habia rebelado, porque mientras él pedia un ojo de la cara, como suele decirse, á la reina por servirla, el caballero Sin nombre la servia mejor y de balde.

Cuando llegaron á Palencia, habiendo acampado fuera de la villa la hueste, allá á la media noche se oyó el temeroso son de una bocina, que turbando el nocturno silencio, retumbaba sobre el campo.

Solo la voz de la tradicional bocina de Roldan podia compararse á la de aquella tremenda bocina.

Habia en su sonido algo de lúgubre, algo del otro mundo.

Oyóla en su tienda don Diego Lopez que andaba desvelado dando vueltas á sus proyectos ambiciosos, y cogiendo su bocina de marfil que estaba colgada junto á su lecho de campaña, llamó á sus escuderos, que estaban dando la guarda de la tienda.

—Paréceme que llaman á nuestro campo, dijo el señor de Vizcaya, y de una manera tal, que no he oido voz como la de esta bocina en todos los dias de mi vida.

—A noticiaros venia yo, señor, dijo uno de los escuderos, que el que ha llamado y está delante de la poterna es el caballero Sin nombre que quiere hablar con vos.

—Que entre, pues, dijo con gran estrañeza don Diego Lopez arrojándose fuera del lecho, poniéndose rápidamente los borcegués y echándose encima un largo ropon talar ó sobrevesta de velludo rojo que tenia al lado de la cama.

Calóse un birrete orlado por una diadema de infanzon, y dijo á sus escuderos:

—Avivad la luz de esa lámpara, y salid.

III.

Un momento despues, estaban frente á frente los dos hermanos, conociendo harto don Lope á don Diego, desconociendo completamente don Diego á don Lope, y sintiendo el mismo frío pavor que siempre que don Lope se le acercaba sentia.

Debemos recordar que de tal manera habia cambiado la voz del conde, que ni sus parientes ni sus antiguos amigos le habian reconocido, á pesar de que habia hablado con ellos.

Llevaba el conde don Lope su arnés redoblado, su túnica blanca, un ancho y largo montante, y al cinto un largo puñal.

Ninguna de estas armas era lujosa, sino de terso y limpio acero.

Ocultaba parte de su brazo derecho en la abertura del pecho de su sobrevesta.

En la mano izquierda empuñaba, como al descuido, una magnífica y gran bocina hecha de un colmillo de elefante, con preciosos relieves, representando cacerías, y borde y boquilla de oro.

Era lo único lujosísimo que llevaba, mas que por el valor de la materia por el mérito artístico.

Púsose pálido de envidia don Diego Lopez.

Habia reconocido harto bien aquella bocina, que habia pertenecido al rey don Sancho IV, lo que demostraba cuánto debia estimar la reina al caballero Sin nombre, cuando le habia regalado una prenda que habia sido tan de uso de su difunto esposo, cuya memoria sabian todos adoraba la reina.

IV.

—Estoy rojo de vergüenza por vos, don Diego Lopez de Haro, exclamó con voz tremenda, sin cuidarse de si era ó no oído por los de afuera el caballero Sin nombre: estais manchando con maledicencias indignas de un villano la clara sangre de los Diaz de Haro, con los cuales tal vez me han unido estrechos vínculos, no importa cuáles, ni os metais á averiguarlo, porque seria lo mismo que si pretendiérais saber lo que se oculta en el fondo de la eternidad.

Retrocedió dos pasos mirando atónito á don Lope, su hermano.

Don Lope continuó:

—Traidores ha habido alguna vez en vuestra familia, pero traidores altivos, reyes feudatarios que se median con su señor feudal, que le dominaban y le esclavizaban ó perecian despedazados por él; pero nunca ha habido traidores pequeños en vuestra familia, puestos á sueldo como cualquier mezquino mesnadero, menudos maldicientes y murmuradores como vos: y tanto es esto, que cuidado no me canse de que os sigais llamando señor de Vizcaya, y deje por quince dias el servicio de la reina mi señora, y os tome vuestro señorío, para librarle de la mengua de teneros por señor.

En vano don Diego queria responder á don Lope; el pavor que este le inspiraba crecia.

—¿Quién sois? dijo barbotando sus palabras: ¿quién sois que así me aterrais?

—¿Pues no sabeis vos quién soy yo? contestó don Lope, cuya tremenda severidad crecia; ¿pues qué no soy yo un aventurero oscuro, un miserable, tal vez un golfin del Muradal, á quien la reina tiene á su servicio, como pudiera tener á un perro de presa, que se finge rico, poderoso, generosísimo con sus caballeros, puesto que los tiene mejor armados, mejor asolda-

dos, mejor mantenidos, mejor montados, que los demás que tienen gente á sueldo, cuando todo esto es mentira, porque todo esto lo paga secretamente la reina doña María, sin que nunca falte, ni aun cuando falta para los demás? ¿No habeis dicho vos esto á todo el mundo, sembrando en la hueste el descontento contra esa noble señora, digna de mejores servidores, y el ódio y la envidia contra la brava, contra la invencible compañía franca de los Hermanos de la Selva? Decid: ¿es digno de llevar el apellido de Haro quien descende á tales miserias? ¡Ah! estoy cansado hace mucho tiempo de vos. ¿Quién hizo levantar el cerco de Paredes, obedeciendo á sugerencias de ese traidor infante don Enrique, cuando la villa estaba próxima á rendirse, cuando hubiéramos podido tomar presa la familia del rebelde infante don Juan, haciendo cambiar la faz de la guerra? Vos, que no quereis que la guerra se termine, porque en ella teneis vuestra granjería: vos y vuestro hermano el mezquino don Nuño, á quien Dios perdone sus ruindades. ¿Qué vergüenza! ¿qué ignominia! ¿A qué extremos tan miserables han llegado los nobles castellanos! Hoy no se comprende la lealtad; hoy se desoye la voz de la patria que grita dolorida; hoy se desgarran sus entrañas por un miserable provecho, por una repugnante sed de dominio; hoy los traidores se enlazan á los traidores como la hiedra á la hiedra, acometiendo la torre fuerte que no pueden destruir por mas que crezcan agarrados á ella, elevándose en ella, cubriéndola de un revestimiento que oculta sus ricas labores. ¡Ah! ¿Y creéis que la traicion puede ser constante, que los traidores no destruirán á los traidores, debilitándose con una continua lucha de lobos rabiosos? ¿Qué habeis hecho de vuestro temor á Dios, de la limpieza de vuestro honor, de lo sagrado de vuestros juramentos? Acometeis todos al árbol secular, y pretendéis roerle las raíces, pero en vano, porque las raíces de ese árbol están defendidas por la durísima roca del tiempo, de la historia, de la conveniencia. ¡Ah! Pero vosotros no pensais en nada de esto; el honor, la lealtad, la patria, la justicia, Dios, son en vuestras bocas palabras vanas, farsas repugnantes, que no salen de vuestro corazon, y que murmuran friamente vues-

tros labios; no, vosotros sois la sanguijuela hidrópica de sangre, que chupa y chupa y chupa, sin saber que la sangre que la hincha ha de matarla; no, vosotros sois los grandes bandidos, los grandes miserables, los grandes infames que ensangrentais estos pobres reinos desvalidos y los reducís al hambre, á la peste, á la desesperacion; no, vosotros sois los malditos de Dios, permitidos de Dios como un castigo; no, vosotros sois la carcoma, la vergüenza, la ignominia de la patria; ¿qué tiene de estraño que no comprendais la lealtad, el desinterés, la grandeza, el heroismo, y los calumnieis y pretendais envilecerlos, porque si los reconocéis os sentenciais á vosotros mismos? No habeis podido desconocer la grandeza de Guzman el Bueno, y tambien le habeis mordido, venenosos, llamándola locura; el ladron que no puede comprender al hombre honrado, llama cobarde y necio al que no roba; no le concede que deje de robar por virtud, por respeto al derecho de los demás, por la conciencia de su propia dignidad. ¡Oh, qué tiempos y qué generacion! ¿Con qué tinta escribirá la historia vuestras hechos? con tinta de cieno y sangre. ¿Con qué desprecio no apreciará vuestras acciones? ¡Ah, don Diego, don Diego! no os digo que volvais en vos, porque de la mano de Dios estais dejado como el infante don Juan, el infante don Enrique y don Juan Nuñez de Lara y todos los miserables castellanos que con ellos son, y si vos no os vais con ellos, es porque todavía le queda alguna sangre á esa pobre, á esa desventurada, á esa incomparable reina, á esa mártir; y el dia en que vos y los otros que miserablemente la sirven robándola, porque cobrais vuestros sueldos y exigís mercedes sobre mercedes y no combatís, la hayais sacado hasta la última gota, entonces la abandonareis y vendreis con los otros raposos infames á darla el golpe de gracia.

El señor de Vizcaya temblaba de los piés á la cabeza; le parecia que la voz de la conciencia le hablaba desde la eternidad, y no se atrevia, no podia romper su silencio de terror, parecia como que una helada mano de mármol, oprimiendo su garganta, ahogaba en ella la voz.

El conde don Lope continuó:

—Y oid, don Diego Lopez de Haro, señor de Vizcaya; no he venido aquí solamente á reprenderos, á conminaros por la grosera y miserable calumnia que os habeis atrevido á lanzar contra mí; yo la desprecio, yo no desciendo á tales ruindades, otro objeto mas alto me trae, no quiero que se repita el traidor escándalo de Paredes; sobre Fonpudia vamos, y vamos sobre Fonpudia por la cabeza del rebelde don Juan Nuñez de Lara; que no acontezca lo que aconteció en Paredes, porque vive Dios que si una vez sobre la villa, no la combatís por la parte que os toque reciamente como es vuestra obligacion, ó si dais la menor señal de levantar vuestro campo, á vos me torno, os desafío en combate de solo á solo, libro á la reina de un traidor, arrojo puñados de oro á los de vuestra mesnada y la hago hacer lo que vos no hayais querido que haga, y en señal de que no miento, mirad.

Y acercándose rápidamente á su hermano, se quitó el antifaz, y le dejó ver por un momento su semblante, volviendo á ponerse la ferrada máscara.

—¡Hermano! ¡hermano! exclamó don Diego Lopez.

Se oyó una carcajada hueca, terrible, debajo del antifaz del conde don Lope.

—¡Tu hermano! dijo; los muertos no se levantan de su tumba. Olvídate, olvídate de que has creído ver á tu hermano primogénito, no lo digas á nadie, porque puede acontecer muy bien, que la sombra de tu hermano te se aparezca y te haga morir de terror.

Y tras estas palabras, el conde don Lope salió, y dijo á los guardas que todo lo habian oido menos el último período, y que estaban tan dominados y tan aterrados como su señor:

—Id, precededme, franqueadme la poterna.

Y marchó rígido, precedido por los guardas temerosos.

Salió, y se perdió entre las tinieblas en direccion al campo de la compañía franca de los Hermanos de la Selva.

CAPITULO XIV.

EN QUE SE HABLA ALGO DE HISTORIA Y SE TRATA DE UNAS BODAS Y DE UNAS FIESTAS REALES, Y SE CONTIENE UNA CONVERSACION DE DOS ANTIGUOS CONOCIDOS.

I.

Esta entrevista, que podia llamarse fantástica, entre los dos hermanos, no influyó en el suceso del sitio de Fonpudia.

El rey, que habia llegado á Palencia desde Valladolid, siguió con la hueste hácia Fonpudia, sobre la que amaneció al dia siguiente, acometiendo desde el momento á la villa.

Pero importábale poco á don Juan Nuñez de Lara del rey, porque era mozo é inesperto en las cosas de la guerra.

Don Diego Lopez de Haro, estaba enfermo de terror por la aparicion de su hermano, de la que no habia dado noticias á nadie, y no hacia cosa con concierto, ni que de provecho fuese.

Acometian sus mesnaderos bravamente la villa, pero tan mal dirigidos, que eran siempre rechazados.

Al maestre de Santiago don Juan Ozores, no le iba mucho mejor, ni á los otros mesnaderos que al rey servian, siendo infruc-

tuosas las escaladas, y adelantándose muy poco con los ingenios.

La compañía franca pugnaba acometiendo á la villa por la parte de su campo, haciendo gran estrago en los defensores, y rechazándoles en las salidas que hacian.

Pero don Juan Nuñez de Lara tenia dentro de la villa mucha y muy brava gente de guerra, y se defendia mas de lo que hubieran deseado los cercadores, y contestaba con mofa á las intimaciones que el rey le hacia de que se rindiese.

Así pasaron cuatro dias, sin que se hubiese adelantado otra cosa que aportillar un muro viejo, cuyo portillo defendieron enérgicamente los de adentro, reparándolo durante la noche, y al fin la reina determinó marchar de Palencia para Fonpudia, con el intento de animar con su presencia á los cercadores.

II.

Salió de Palencia al quinto dia muy de mañana, y envió un anuncio de que llegaria al real sobre Fonpudia á la hora de comer.

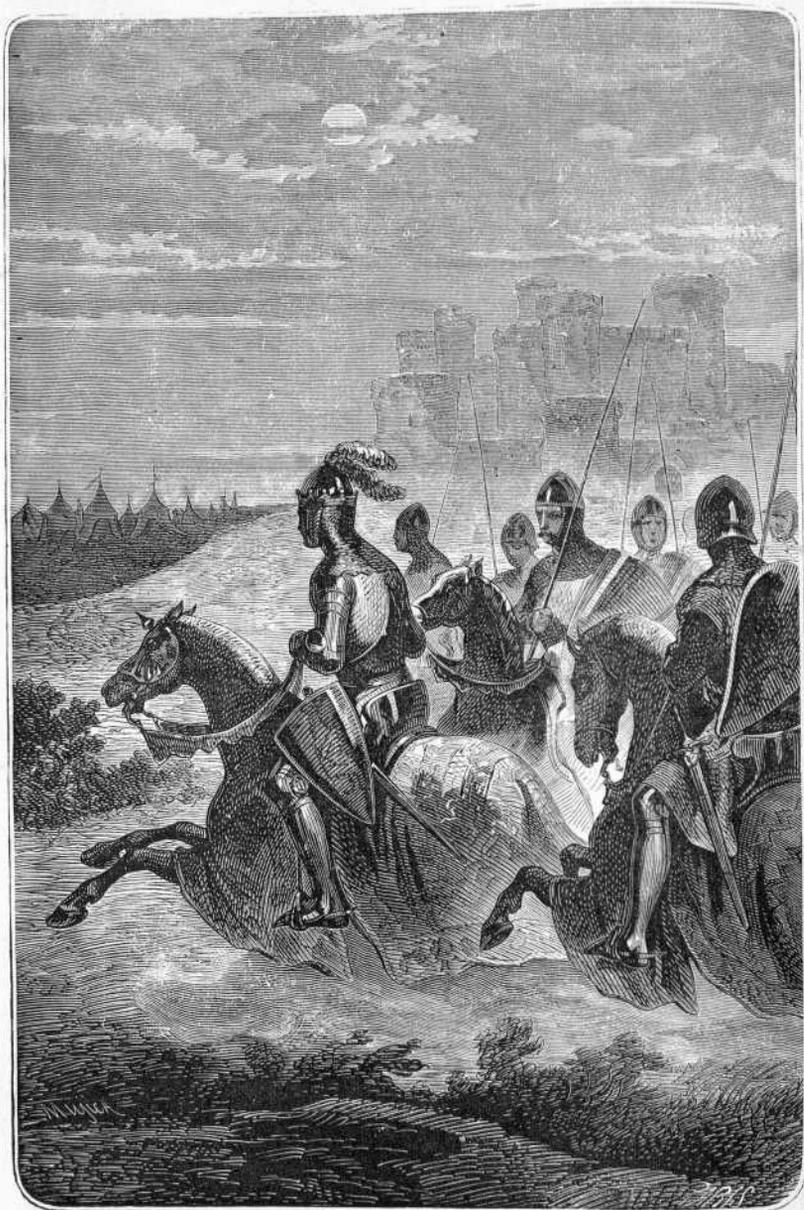
Saliéronla á recibir el rey, el señor de Vizcaya, el maestre de Santiago y los demás ricos hombres y mesnaderos, y viendo don Juan Nuñez de Lara todo aquel movimiento de gente desde lo alto de una torre de la villa, preguntó adónde iban, y le respondieron que iban á recibir á la reina doña María.

Tal pavor le entró á don Juan Nuñez de Lara al saber la llegada de la reina, porque la temia á ella sola mas que á todos los que le cercaban, que se dió por de todo punto perdido.

Y cuando la reina habia llegado con el infante don Enrique y con la mujer de este y con Zayda Fatima y con algunos caballeros que la acompañaban, habló con todos los capitanes del campo, y los escitó para que al otro dia combatiesen en todo su poder la villa, y que del cerco no se partiesen hasta que la hubiesen ganado.

Tales razones les dijo, de tal manera les afeó su flojedad y





LA BUENA MADRE.

.....partió de ella con solos diez hombres de á caballo, yéndose á su villa de Lobaton.

su impericia, que todos juraron tomar la villa, ó perecer delante de sus muros.

Súpolo todo don Juan Nuñez aquella misma noche por sus espías, y que los de la reina habian prometido cogerle preso ó muerto, y le entró tal miedo, que aquella noche en el punto en que sonó la queda y estuvo toda la gente de la villa sosegada, partió de ella con solos diez hombres de á caballo, yéndose á su villa de Lobaton.

III.

Sintió gran pesar de esto la reina, cuando por la mañana lo supo, y reunido consejo de capitanes, y consultado lo que se habia de hacer, acordaron, que puesto que era inútil seguir á don Juan Nuñez, porque iba de huida, y no pararia si sabia que le salian al alcance, y llegando ya el plazo fijado para las vistas entre la reina y el rey de Castilla y el rey de Portugal, se dejase por entonces aquello, que tiempo quedaba para castigar á don Juan Nuñez, que por entonces iba bien escarmentado, y con mas deseos de verse en tierras de Aragon que de intentar nuevas cosas en Castilla.

IV.

Volvióse la córte á Valladolid donde permaneció ocho dias, pasados los cuales, y llevando consigo la reina á la infanta doña Constanza, que como desposada de Fernando IV, y aun como rehenes del rey de Portugal habia tenido consigo, partió toda la córte para Toro, y de allí pasó á Zamora, donde permanecieron hasta que supieron de cierto que ya venia el rey de Portugal.

Pasaron entonces á Alcañiz, adonde al otro dia de haber llegado la córte llegó el rey don Dionís.

Durante el tránsito de la córte desde Valladolid á Alcañiz, unióse á ella Guzman el Bueno, que no quiso la reina que las bodas del rey se hiciesen sin que asistiese á ellas aquel lealísimo vasallo, que tan bien habia cumplido la promesa que habia hecho al rey don Sancho en su lecho de muerte de defender la corona de su hijo. Y no era poco lo que don Alfonso Perez de Guzman habia hecho como adelantado de la frontera del reino de Granada, conteniendo bravamente al rey moro, para que no entrase por tierras de Castilla á empeorar los negocios del rey ayudando á sus enemigos.

V.

Celebráronse con grande ostentacion las bodas del rey don Fernando con la infanta de Portugal, que aún era muy niña, y al mismo tiempo se celebraron las de la infanta doña Beatriz, mas niña aún, con el infante don Alfonso de Portugal, heredero de aquel reino.

Afirmóse el pacto de amistad y de alianza perpétua entre el rey de Castilla y el de Portugal, y este dió al primero trescientos buenos hombres de guerra, acaudillados por el conde don Juan Alfonso de Alburquerque.

Hubo justas, toros, cañas, luminarias, danzas, músicas; se lucieron como grandes justadores don Alfonso Perez de Guzman, don Juan Alfonso de Alburquerque, el alférez Zancudo, que se habia hecho un grande hombre de armas, y dos hermanos llamados Pedro y Juan de Carvajal, que asistian á la córte como camareros de la reina.

Naturalmente, para que se luciesen unos, tenian que deslucirse otros.

Tocóle por contrario á Guzman el Bueno, don Diego Lopez, y le hizo medir la arena del primer encuentro.

Comatióse Alburquerque con Fernan Diaz de Padilla, co-

mendador de Uclés, y le hizo saltar fuera de los arzones, como si hubiera sido de paja.

Zancudo entrecogió á un montañés gigantesco, que se llamaba Pero de Loaisa, y era escudero del maestro de Santiago don Juan Ozores, y le desgovernó de tal manera, que tuvo que quedarse en Alcañiz cuando se fué la córte, y en un mes largo, á pesar de bizmas y de remedios, no pudo moverse sin que le doliesen los huesos.

En cuanto á Pedro de Carvajal, habia afrentado á Juan Alfonso de Benavides, camarero del rey, esquivándole al ir á encontrarle, arrebatándole una banda azul en que llevaba por divisa el nombre de una dama de la reina que se llamaba Estrella; y en la segunda carrera, encontrándole y lanzándole por la grupa del caballo á una gran distancia.

En cuanto á Juan de Carvajal, habia enganchado por el capuz del camisote á Gonzalo Gomez de Caldelas, trinchador del rey, grande amigo de Juan Alfonso de Benavides, grande adulator como él, y gran traidor, que volvía en su provecho el oficio que á la indiscreta confianza del rey debía.

Arrastróle Juan de Carvajal, estropeóle el rostro que fué lo peor que podía haber hecho, porque Gonzalo Gomez de Caldelas se preciaba de lindo, y le puso tal, que su misma madre no le conociera.

VI.

—¿Y aquí estais vos? decia de mal humor aquella tarde al oscurecer el alférez Zancudo á Diego de Moron el Zurdo, que llevaba detrás de sí á su acólito, esto es, Jusepillo; no me dejais ni á sol ni á sombra: ya decia yo; ¿quién es ese bulto que pegado á otro bulto mas chico se me viene detrás? y erais vos; vos, mi espíritu foletto; vos, que se me os vais haciendo ya una pos-tema; vos, á quien no puedo despegar de mí.

—Vamos, don Melchor, dijo el buen Diego de Moron, que ya sé yo que no os pesa de la afición que os tengo, y que hace que no me halle sino cuando estoy cerca de vos.

—¿Y quién os ha dicho que á mí no me pese de tanto cansancio, señor Diego de Moron? ¿A quién le gusta tener un pegadizo que se entere de todas sus acciones, que va á todas partes donde él va, y que se mete en todos los lugares donde él se mete?

—Poco á poco, que yo no me meto nunca, y esto porque no puedo, en la morada de la señora infanta doña Juana Nuñez, y en el departamento donde habita mi señora doña María de la Cinta.

—Cuando digo yo que es una desgracia tener amigos como vos, señor Diego el Zurdo, que como siempre están encima, saben necesariamente lo que uno hace y lo que deja de hacer: pues sabed, señor mio, que yo guardo para que sea mi esposa á doña María de la Cinta, y que como á tal la respeto, y que si entro, si no entro en su aposento, no es sino porque nos amamos tiernamente, y nos complace mucho decirnos ternezas: qué, ¿soy yo como vos, que tan olorosa habeis puesto á la otra desdichada doncella de la infanta, Petra Juana, que ya no se puede resistir el olor de á lo que huele? señor mio, yo soy platónico y vos sois herrador.

—A propósito, porque soy herrador no me aparto de vos esta noche hasta que me convidéis á cenar grandemente, porque sí, y porque gran parte de lo que os habeis lucido en las justas, lo debeis á lo bien que os herré esta mañana el caballo, y á ciertas friegas y untos que le dí en los ijares y detrás de las orejas, con cierta cosa que yo me sé.

—¡Ah! ¿teneis tambien virtud para los caballos? hombre, pues bueno es saberlo; de hoy en adelante no entro en batalla como no me hayais adobado el caballo convenientemente para ser invencible: á propósito, bien podiais gobernarme esta muñeca, que tal latigazo me dió en ella con su lanza aquel jayan sin saber lo que hacia por haber errado el bote, que me escuece que me rabia.

—¿Sí? pues descuidad, señor Zancudo, que mientras cenamos yo os arreglaré eso.

—¿Y dónde vamos á cenar, pecador de mí? que yo no conozco á este pueblo, y no sé si hay en él bodegon ú hostería en que se pueda comer buenamente; porque habeis de saber, que desde que soy caballero, no me contento yo con cualquier bodrio, ni con vinillo matalote, que el gusto mio es comer únicamente, y no quiero comer ruindades.

—Pues decia el señor rey don Alfonso, aquel que llamaban el Sabio, que el buen caballero debe ser sóbrio, y contentarse si á mano viene con un puñado de bellotas, y tener como regalo un pedazo de pan, aunque fuese tan duro, que hubiese necesidad de enviarle al molino.

—El rey don Alfonso decia eso, refiriéndose á los casos apretados y de poca comodidad, que bien sé yo, aunque no le he visto, que al susodicho rey don Alfonso, le gustaban grandemente los buenos bocados.

—El faisán le gustaba mucho á su señoría.

—Pues ahí vereis, y que no seria solo faisán lo que aquel rey sabio embaulase; desengañáos, el hombre ha nacido *ad emendum, ad bibendum, ad amandum, ad dormiendum, quia cætera nulla sunt*; lo que quiere decir, porque os habeis quedado confuso, que el hombre ha nacido para comer, para beber, para amar, y para dormir, y que todo lo demás es nada; y los que seguimos la estrecha ley de la caballería, señor Zurdo, y nos aperreamos andando de día y de noche á caballo, con el arnés á cuestras, y comemos mal y bebemos peor con suma frecuencia, y dormimos sobre la dura tierra, siendo para nosotros un regalo si logramos por lecho verde cespèd, y por techumbre la copa de alguna haya, y nos pasamos semanas y meses sin ver mas hembras que la estrella Venus cuando sale por la noche, y á la descarnada y horrenda muerte cuando nos revolvemos entre las haces enemigas; si todo esto sufrimos, digo, y otras mil perrerías y trabajos que no relato por prolijos, y porque vos los conoceis tan bien como yo, no lo hacemos con otro fin que con el de ganar algun señorío, en el cual, y dentro de fuertes muros y almenadas tor-

res, podamos reposar en lecho de pluma, comer holgadamente á manteles de cuantas buenas cosas cria la ancha mar, los caudalosos rios, la humbrosa selva, y el infinito espacio, en compañía de alguna noble matrona, nuestra esposa digo, criando á nuestros hijos como Dios y la honra mandan, y encaminándolos por el buen sendero de la verdadera caballería, á fin de que despues de que hayan sufrido todos sus trabajos, gocen de la bienandanza de que nosotros gozamos, ostentando con la frente alta y la conciencia limpia, nuestras luengas y honradas canas. Pero á todo esto, señor Diego de Moron, ¿adónde vamos por esta pendiente, pedregosa, oscura, estrecha y fementida calle?

—¿Adónde hemos de ir sino en demanda de la cena, y del agua milagrosa con la cual voy á gobernaros la muñeca? A la plaza del Castillo vamos, donde hay una brava hostería en que han tomado aposento muchos nobles y ricos caballeros de la córte, y los camareros de su señoría la reina, que aunque son muchos, y de buen diente, como gente gorda, la avaricia del hostalero por la ganancia, ya habrá hecho provision bastante para que para nosotros haya algo craso y sabroso.

—Pues mirad que sin saber cómo, me habeis llevado por mi camino, porque á la hostería de la Cruz de Fuego, que así se llama esa que decís que está en la plaza del Castillo, iba yo, porque allí se aposenta nuestra señora en toda un ala que ha tomado para sí y sus doncellas; y habeis de saber, que cuando me dió el grande anillo de oro que gané por premio de la justa en que nuestra señora ha sido la reina, me dijo:

—Zancudo, id á verme esta noche, necesito hablaros, os espero á la queda.

—Pues desde aquí á la queda, dijo Diego de Moron, nos podemos comer un cochinito tostado, si lo hubiese, un par de ánades y alguna otra bagatela.

—Teneis razon, amigo Zurdo, dijo Zancudo, y yo me alegro de que os hayais venido pegado á mí, porque ¿qué me iba yo á hacer desde ahora que oscurece hasta la queda, que bien se pasarán dos horas? con que buen brio para ejercitar el diente y buen acierto para ese licor maravilloso con que habeis de curar-

me la muñeca, que me duele que me rabia; y como supongo que habreis necesidad de enviar á Jusepillo á vuestra posada, á fin de que busque en la caja de vuestros unguentos esa famosa medicina, mandadle cuanto antes, que ya tendrá tiempo en viniendo de roer los huesos.

—Digoos, contestó el Zurdo, que ni Jusepillo roe esta noche huesos, porque es la noche del gran dia en que habeis ganado un gran premio, ni es menester que vaya á buscar en mi arca de medicinas la que para vos necesito, que en la hostería nos la harán.

—Hermano Zurdo, yo no me meto en lo de si la harán en la hostería ó si no la harán la medicina, porque ya sabreis vos lo que os decís; pero lo que yo os digo es, que ni aquí ni en el imperio del Gran Turco habreis visto que se siente á par de un caballero y á los mismos manteles, un muchacho de fuelle.

—Buen mantel es para Jusepillo el suelo, dijo Diego de Moron, y con tal de que se le den buenos bocados, quedarase él muy contento de la mesa.

—Pues no se diga mas, y como estamos en la plaza del Castillo, enderecemos hácia la hostería, que, mirad, tiene señalada su cruz de fuego, que de dia es colorada, con cinco candelillas, una en la punta de cada brazo y otra en medio.

—Oid, oid que música tan regalada sale del castillo, y mirad qué iluminacion tan galana se ve por el cañon de la porterna.

—Como que allí tiene *gaudeamus* la córte por las bodas, y hay sarao, y juglares, y trovadores, y farsantes, y allá estará nuestra señora hecha un arcángel, y me parece á mí que aunque nos estemos cenando hasta despues de la queda, no haré falta, porque ya será bien mediada la noche euando la fiesta real se acabe y vuelva la señora á su posada.

Y en esto entraban por el gran zaguan de la hostería Zancudo y el Zurdo y detrás de ellos Jusepillo.



CAPITULO XV.

DE LO QUE HABLARON DURANTE UNA BUENA CENA ZANCUDO Y DIEGO DE MORON, Y DE LA ALEVOSÍA QUE DESCUBRIERON.

I.

Coláronse nuestros personajes en un gran patio, acometieron á uno que parecia de la casa, y le preguntaron que dónde podrian meterse para cenar algo qué, prometiendo que harian buen gasto, para que les dieran buen aposento.

Echó en silencio el preguntado, que era un mozo motilon, para adelante, subió por unas escaleras y metió á los que le seguian en un trozo de salon, y decimos en un trozo de salon, porque se habia hecho una especie de separacion como para tener un aposento mas, con unos tapices y unos lienzos viejos clavados al techo, á las paredes y al suelo y convenientemente atirantados.

En aquel espacio, aunque pequeño, habia tres camas fementidas, de esas que se encuentran aún en las posadas de los pueblos.

El sirviente encendió dos bujías de cera que estaban sobre una negra mesa, y dijo mientras las encendía:

—Pues podeis dar gracias á Dios de que en toda la hostería haya quedado este aposento sin ocuparse, que todo lo demás está lleno de mucha y muy noble gente.

—Pues sin dar gracias á Dios, dijo Zancudo, porque lo mismo hubiéramos cenado mi compañero y yo en un rincon de la cocina, decidnos si podeis traernos de cenar algo que al riñon se pegue, y que pueda dar gusto al delicado paladar de dos hidalgos ricos, acostumbrados á buena mesa.

—De empanadas, contestó el mozo, hay de cuantas podeis imaginar.

—¿Haila de perdiz, ó de liebre, ó de conejo?

—Pues no hay otra cosa de sobra en la hostería.

—Venga, pues, una de las mayores, dijo Zancudo.

—¿Y hay lechon? preguntó el Zurdo.

—Hailos de todos pesos, desde una arroba hasta dos libras.

—Pues traed dos de á cuatro, dijo Zancudo, y así no tendremos que quedarnos ni el uno ni el otro con la gana de una de las partes que nos guste mas, porque en el lechon nada hay de desperdicio.

—Que sean tostados y bien tostados, dijo el Zurdo.

—¿Y qué mas? preguntó el mozo.

—¿Hay ánade? dijo el Zurdo.

—Sí señor, hailas chicas y hailas grandes.

—Pues traed dos de las medianas.

—¿Y qué mas?

—Cuando nos hayamos comido eso, dijo Zancudo, y querais traernos mas, subíos para cada uno de nosotros un nuevo estómago, bergante; pues qué, ¿acaso somos lobos ó adolecemos del feo vicio de la gula? Lo que os hemos pedido es una cosa razonable, que cualquiera se la come, pero lo demás seria un repugnante esceso: ea, añadid á eso una ensalada abundante, un par de morcillas con los lechones, y vino, así como media cántara, que no queremos escedernos.

El mozo no se movía.

—Qué, ¿no os vais? dijo Zancudo.

—Os diré, contesto el mozo, cuando se piden por personas á quienes no se conoce y que van de paso, cosas que montan mas de diez maravedises viejos, hay que anticipar la paga, y vosotros habeis pedido lo que monta á mas de cincuenta maravedises.

—¿Cómo, bergante, á un caballero te atreves? dijo Zancudo indignado: pero en fin, ahorremos de disputas que entretienen el tiempo y dan largas al hambre: toma estas dos doblas alfonsinas, y para que llegue á lo que valen, añade sobre lo que hemos pedido lo que te parezca.

—Esto es ya distinto, dijo el mozo; y perdonad caballeros, que el que no sabe, es como el que no ve, y hemos sufrido grandes chascos en solo dos dias que hace que está aquí la córte.

—Que no vayamos á perder mas tiempo con vuestras disculpas que el que hubiéramos perdido con la disputa.

Giró el mozo para irse, y Diego de Moron, exclamó:

—¡Ah! detente, hombre.

Volvió asustado el mozo la cabeza, no sabiendo de qué se trataba.

—Pues se olvidaba lo mejor, dijo Diego de Moron; oye, que hagan así como un cuartillo de legía.

—¿De legía! exclamó Zancudo: ¿y para qué quereis la legía?

—Vos callad: con que ya lo oís, que hagan como un cuartillo de legía.

—¿Y cómo se hace la legía, hidalgo? contestó maravillado el mozo.

—¿No hay aquí moza que lave la ropa?

—Sí señor que la hay.

—Bueno, pues decid á esa moza, que por un cuartillo de legía que me traiga, le doy cuatro maravedises de plata de los viejos.

—Muy bien.

—Además, que derrita así como un cuarteron de sebo, ¿entendeis? y que cuando el sebo esté derretido, le eche un cuarteron de aceite hirviendo y lo menee bien, y que luego eche todo

esto en la legía, y lo bata, y lo bata, y lo bata, hasta que se haga un unguento; y por esto mas que ha de trabajar, la daré otros dos maravedises; pero que añada el cordon de lana con que se ata los cabellos, y un pañuelo ó trapo como pañuelo.

—Bueno, bien, ¿y no mas que eso?

—No mas, idos, y empezad á servirnos cuanto antes.

El mozo salió.

—Jusepillo, dijo el Zurdo, mas vale que te vayas tú detrás de ese buen hombre á la cocina, y que enseñes á la pelona que ha de hacer eso, que bien sabes tú cómo se hace, y no me hagas pucheros, que no perderás nada de la cena, que de todo lo que venga te apartaremos.

Partió Jusepillo, no de muy buena gana, y se quedaron solos Zancudo y el Zurdo.

—Así nos lo quitamos tambien de encima, dijo el Zurdo, y podemos hablar libremente.

—¿Y de qué hemos de hablar, cuerpo del diablo? dijo Zancudo.

—Pues ahí es nada, dijo el Zurdo; yo no os he querido hablar por la calle, porque iba pegado á nosotros Jusepillo, y con tanta oreja, porque es un tunante; pero anda por ahí un rum rum.... Ya se ve, como yo entro á causa de la Petra Juana en la jurisdiccion de la señora infanta doña Juana, me entero sin querer de muchas cosas, porque cuando las mujeres están locas por un hombre, todo se lo cuentan.

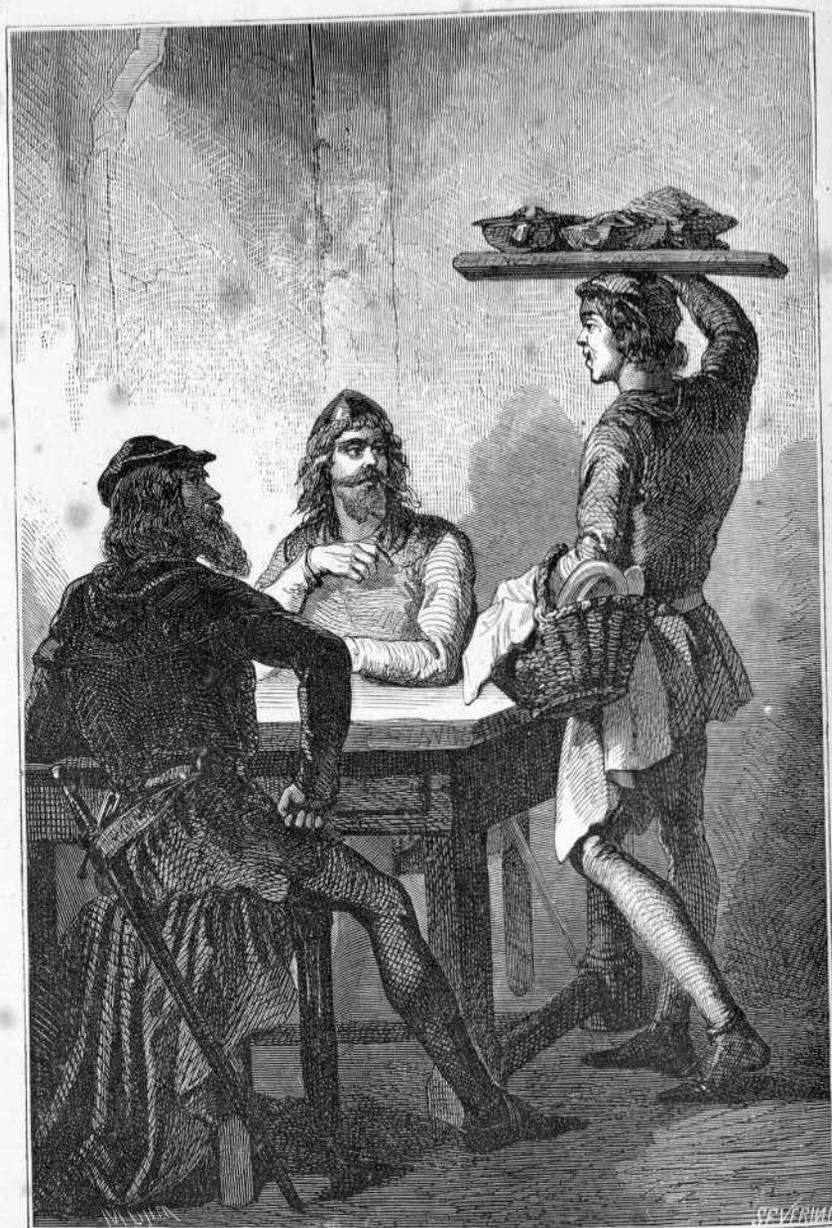
—Y yo tambien entro mucho casa de la infanta, dijo Zancudo, y no he oido nada.

—Eso consiste en que doña Cinta en todo lo que toca á las cosas de sus señores, es muy reservada, y consiste tambien en otra cosa, en que la Petra Juana me quiere á mí mas que lo que os quiere á vos doña Cinta.

—Pues no teneis cosa de vanidad que digamos, mal viejo, contestó picado Zancudo: ¿cómo quereis compararos conmigo?

—Sin disputa, y naturalmente hablando, don Melchor, mas partido debeis tener vos que yo con las mujeres; pero no teneis de ellas mas, que lo que naturalmente ama una mujer á un





LA BUENA MADRE.

Entró el mozo trayendo sobre su cabeza una tabla....

hombre, porque no las adobais ni las hechizais ni las embrujais como yo, y reíos de lo que pensais, si no pensais en que yo soy para la Petra Juana lo mas hermoso y lo mas apetecible del mundo.

—Pues mirad, dijo Zancudo poniéndose algo serio, será necesario que me adobeis y me hechiceis y me embrujeis á doña Cinta, porque la verdad es que, aunque me quiere mucho, ya la he encontrado alguna vez entrando de improviso en el tinelo en chapadanza con los pajes.

—Descuidad, don Melchor, descuidad, que yo os la aliñaré de manera que se volverá un puerco-espín para todos, menos para vos.

—Os lo agradeceré mucho, porque aunque no soy celoso, no me gusta gran cosa que doña Cinta enseñe los dientes á nadie. Pero vengamos ahora á eso que os ha dicho la Petra Juana.

—Esperad, que viene aquí el mozo cargado como una acémila, y no es cosa de que hablemos de esto delante de nadie.

II.

Entró el mozo trayendo sobre su cabeza una tabla que sujetaba con la una mano, y en la tabla alguna vianda, y en el otro brazo una gran cesta.

Puso ambas cosas sobre una mesa, tomó de la cesta un mantel no muy blanco con el que cubrió la mesa, despues un gran pan, luego un carro de platos no muy finos, dos trinchantes de acero renegridos, dos cucharas de peltre viejas y un cuchillo empavonado por el uso, dos cubiletes de peltre, un gran jarro de la misma materia lleno de vino, y una campanilla con mango de madera.

—¿Y para qué traeis esta campanilla, buen mozo? dijo Zancudo; ¿creeis que somos hermanos del Pecado mortal?

—Tráigola para que llameis con ella cuando querais algo, contestó el mozo.



—¡Ah! eso es otra cosa, habeis hecho bien, pero seguid sirviendo, que se me irrita el apetito con el buen olor de esos guisos que habeis traído.

Puso el sirviente sobre la mesa, en grandes escudillas de estaño, dos lechones tostados, una enorme empanada, dos ánades y dos morcillas.

—La ensalada se queda ahí sobre la tabla, porque no cabe sobre la mesa, añadió.

—Es decir, dijo Zancudo, que habeis traído ya todo lo que os hemos pedido.

—Sí señor, porque sobraban ocho maravedises y se los he dado á la Inesuela, para meterla en ganas de que haga el unguento, y por cierto que allá se queda el pelon que con vosotros venia ayudándola á hacerlo.

—Es decir que no tenemos ya que llamaros para nada, ni para pagaros, dijo Zancudo; me alegro, idos.

—¿Y no hay para mí nada de adeala?

—Toma dos maravedises y no importunes mas, dijo Zancudo dándole dos pequeñas monedas de plata.

—Vivais muchos años, dijo el mozo.

Y salió.

III.

Zancudo partió en tres pedazos, dos mayores que el otro, la enorme empanada, puso el uno de los grandes pedazos en su plato al Zurdo, se sirvió él otro pedazo, y el pequeño lo apartó para Jusepillo.

—Rico olor, dijo el Zurdo; la masa está muy bien aderezada, y el gigote muy bien salpimentado, y participa de las tres cosas, de la liebre, de la perdiz y del conejo; el sabor debe ser mejor que el olor, pero yo nunca cómo sin hacer boca; yo no sé á qué han traído estos cubiletes; se bebe mejor en el jarro: ha-

cedme la razon, don Melchor, que á vos os toca por mayor en grado y en preeminencia.

Asió con ambas manos el pesado jarro, que bien pesaba media arroba, Zancudo, hizo una luenga libacion, y pasó el jarro al Zurdo, que bebió no menos largamente.

Dejó el jarro en su lugar, y embistió con la empanada.

—Pues señor, dijo con la boca llena, esto es esquisito, no me esperaba yo que fuese tan bueno. Muchas gracias por la gran cena con que me regalais, don Melchor.

—Pero vamos al negocio, dijo Zancudo deglutiendo una enorme cantidad de empanada; decidme lo que os ha dicho la Petra Juana.

—Pues habeis de saber, don Melchor, que yo tengo acostumbrada á la Petra Juana á que husmee todo lo que pueda husmear casa de su señora, porque nos conviene como leales servidores que somos de la infanta doña María de Granada, que es lo mismo que decir que servimos valerosísimamente á la reina, porque no se puede servir bien á la señora infanta, sin servir bien á su señoría.

—Acortad cuanto podais el exordio de vuestra narracion, dijo Zancudo, que me teneis impaciente.

—Las cosas por sus pasos: pues habeis de saber que husmeando, husmeando la Petra Juana, atisbando por aquí, escuchando por allá, ha descubierto que la infanta doña Juana Nuñez aborrece de muerte á la infanta doña María, y la levanta calumnias, y dice que es una hipócrita que engaña á la reina, y que está enamorada del rey, y que lleva muy á mal las bodas de hoy, y en fin, que la reina se pierde confiando tanto en nuestra señora.

—¡Bah! pues que no le saque yo á relucir los trapos á la señora infanta doña Juana, dijo Zancudo, que iba ya dando fin de su pedazo de empanada, porque nos van á ver los ciegos y nos van á oír los sordos; porque si cuento yo que vi á la Palomilla, hace mucho tiempo, metida entre hampones en un burdel, por ciertas trabacuentas, y si digo á lo que la fuimos acompañando á Mayorga cuando vos vinísteis conmigo, cuando aquello de Ve-

lilla de Valderaduey, sin ser nada de ello calumnia, ya verá la señora infanta doña Juana Nuñez con qué ojos la miran en la córte; pero seguid.

—Y habeis de saber, don Melchor, dijo el Zurdo, que no hay tanto de falsedad como se cree en lo que la Palomilla dice de su merced la señora infanta doña María, porque la Petra Juana ha oido decir al infante don Enrique, hablando con su mujer, que el rey anda por doña María que bebe los vientos y que la escribe cartas.

—Todo eso podrá ser verdad, dijo Zancudo; pero lo que no es ni puede ser verdad, es que doña María dé oídos á las pretensiones del rey ni haga traicion á su señoría la reina, á mas de que el infante don Juan Manuel anda loco por nuestra señora, y yo no sé qué he oido hablar de bodas, aunque me parece á mí que doña María no ama á nadie, y que si á alguien ama, ese alguien no anda por la córte, y sobre todo, Zurdo, que no estamos bien seguros de si la infanta doña María es infanta ó es infante.

—Pues tambien se dice eso, y la murmuracion toma otro camino.

—Callaos, dijo Zancudo, no os quiero oir, no sigais ú os tiro este plato á la cabeza.

Y agarró el que tenia delante, que estaba ya limpio de empanada.

—¿Cómo se entiende? continuó: ¿qué decís? ¿en dónde poneis vos los ojos?

—Pero señor, si yo no miro á nadie, ni digo nada, contestó cachazudamente el Zurdo, que habia tambien ya dado fin al manjar que tenia en el plato.

—Pues si no decís nada, continuad, dijo Zancudo poniendo de nuevo el plato delante de sí, y trayendo á él uno de los lechones.

—Pues dícese, continuó el Zurdo embistiendo con el otro lechon, algo que es mucho mas grave.

—¿Y qué es mas grave que la gravísima calumnia que se os ha quedado en el tragadero, señor Diego de Moron?

—Pues dícese que el rey anda en tratos con su tío el infante don Juan, y que estos tratos vienen por el rey de Portugal, y que en ellos se mete la reina doña Constanza, que aunque es muy jóven aún, es muy despierta, y que no van á esperar á la mayor edad del rey, sino que el rey se va á ir con sus dos tíos el infante don Enrique y el infante don Juan, abandonando á su madre: ¿entendeis? Y al rey le traen engañado, diciendo que su madre no le quiere, y que si defiende el reino, no es por él, sino por su hermana la infanta doña Isabel, á quien quiere casar con un hijo del rey de Aragon, para tener con este una fuerte alianza, y mandar por mas tiempo, y que la reina le roba al rey sus cuentas, para tener grandes riquezas, y hacer lo que quiera, y que á esto la ayuda el hipócrita de su canciller don Nuño Perez de Monroy, que lleva todas las cuentas de la reina y del reino, y que se está enriqueciendo, y que aunque el rey hace buena cara á su madre, es porque no ve la ocasion propicia: con que, ¿qué os parece?

—¿Quereis que os diga lo que á mí me parece? dijo Zancudo royendo con delicia un hueso del lechon; que todo esto es un embrollo de infamias, y que será bueno decirselo todo á la señora infanta doña María: es menester que me cureis bien la muñeca, señor Diego, y pronto, porque me parece á mí que pronto vamos á andar á trastazos: ¡poder de Dios! que no fuera verdaderamente hombre la infanta, quiero decir, que no fuera el caballero del Aguila Roja, porque yo tengo mis dudas; porque mirad que se sonríe como las mujeres: pero, en fin, que no fuera el caballero para que, soltando las faldas, retara de infante á infante á ese conspirador impenitente de don Enrique, que nunca está mas contento que cuando embrolla, y le rompiera el cráneo: ¡pues no digo nada del otro infante don Juan, traidor, infame! Se me pasan á mí unas ganas..... pero cómo se va un noblecillo de nuevo cuño á decirle á todo un infante de Castilla, tutor del rey, guarda del reino, ni al otro, que se llama rey de Leon, á decirles, vengan acá vuesas mercedes de solo á solo, ó los dos juntos, para que yo tenga el placer de aplastarlos como escarabajos: eso no lo puedo yo hacer; me tomarian preso y me

castigarían á sangre por desacato; pero quien podría hacerlo, y con garras de sobra para ello, sería la infanta doña María si fuese el infante don Gutierre. Pero de no, señor, ya les he dicho yo á sus doncellas que atisben, y las he regalado, y han atisbado, y aunque honesta y muy honesta la infanta doña María, han descubierto al fin, que es indudablemente mujer, porque las mujeres, por recatadas que sean, no pueden encubrirse de sus doncellas.

—¿Con que ahora salimos con esas, señor Zancudo?

—Sí señor, sí, mujer y grandemente mujer.

—¿Qué lástima! exclamó el Zurdo devorando los sesos de su cochinillo.

—Pero seguid contando, señor Diego de Moron.

—¿Qué quereis que os diga mas? El infante don Enrique no descansa, no reposa, todo se le vuelve intrigar y mas intrigar: aborrece á la reina, la tira á degüello, y la hace pasar la rueda de las navajas; tiene miedo á don Alfonso Perez de Guzman, que está ahora en la córte, y ya anda ideando el que le envíen allá, al reino de Leon, á combatir al infante don Juan, contando que por allá armen una celada y maten á traicion al noble don Alfonso Perez.

—¿Pero estos son hombres, señor, dijo Zancudo, ó bestias feroces que no miran mas que asociar su hambre de riquezas y los malos deseos de su soberbia?

—Yo creo que están condenados, don Melchor, ó mas bien, que son diablos humanos que Dios permite para probar la firmeza y la constancia de la noble reina doña María: yo sé decir que me alegro de haberme enamorado de la Petra Juana, y de haberla hechizado y enamorado de mí, porque de esta manera puede oliscar, porque yo se lo mando, casa de su señora, y contarme cosas muy provechosas para la reina.

—Y decidme, señor mio, preguntó severamente Zancudo: ¿y por qué habeis tardado tanto en decirme todo eso?

—Porque no lo he sabido hasta esta tarde que me lo ha contado todo la Petra Juana, metida conmigo debajo del andamio de las damas de la córte, en donde estábamos agazapados vien-

do la justa por entre la abertura de los tapices: así que yo supe esto, sentí que reventaba por hablaros; pero era necesario que aquello se acabase, y cuando se acabó y vos os desarmásteis en la tienda de los caballeros y tirásteis hácia acá, me vine detrás de vos.

—¡Ah! eso es otra cosa, dijo Zancudo desarmándose, y os perdono, porque mal podíais haberme dicho lo que no sabíais.

IV.

—Maestro, dijo á aquella sazon entrando Jusepillo con una cazuela puesta en una tabla, un pañuelo en la cabeza y un cordón de lana en la boca: aquí está el unto fuerte hecho como por mis manos y las de cierta moza, que si viérais qué hermosa es.

—Chiquillo, chiquillo, que me parece que te vas saliendo del cascaron: hijo, déjate de mocerías; pero en fin, ya eres un buen mancebo, y si te gusta mucho la muchacha, yo te la adobaré y te la aliñaré y te la pondré blanda como un guante, que bien dicen que el hombre no es hombre hasta que le gustan las mujeres. ¿Viene el unto bien caliente, muchacho?

—¡Que si viene! dijo Jusepillo, que no quitaba ojo de los manjares; rabiando de caliente.

—Pues haceos fuera de la mesa, don Melchor, que os voy á curar la muñeca, dijo el Zurdo levantándose.

—Paréceme que de nuevo me vais á tratar como asno, señor Diego, dijo Zancudo.

—O hacer las curas, ó no hacerlas: vamos, venga acá.

Y agarró la membruda mano derecha de Zancudo.

—A ver si tirais con todas vuestras fuerzas, como si quisiérais arrastrarme con vos, dijo el Zurdo.

Pasó una especie de escalofrío á Zancudo, porque sabia bien lo que eran las curas del Zurdo; pero por la negra honrilla,

tomó posicion, hizo hincapié, y tiró con tal fuerza, que si Diego de Moron no es lo que era, consigo se le lleva; pero el albéitar permaneció inmóvil, asido con las dos manos á la mano de Zancudo, tan firme, como si hubiera sido una estatua de bronce, y la muñeca de Zancudo dió un crujido.

—¡Uf! exclamó tragándose el dolor Zancudo: me parece que os habeis llevado mi mano, maestro.

—¡Bah! la teneis ya curada: esto era una dislocacion: vamos, trae acá, Jusepillo; hijo, acércate.

El aprendiz de herrador, albéitar y curandero, y aun si se quiere de astrólogo, porque todo lo que sabia se lo enseñaba Diego de Moron, lo que hacia creer á muchos que aquel rapaz era un su hijo oculto, se acercó, llevando en la tabla la tartera con el hirbiente emplasto, manteniendo en la boca el cordon de lana, y en la cabeza el pañuelo.

Diego de Moron metió la mano en la ardiente mistura con el mismo descuido que si su mano hubiera sido de hierro, y no se quemó, porque aquella mano encallecida se habia hecho insensible.

Pero no aconteció lo mismo á Zancudo, que dió un salto cuando el Zurdo le puso sobre la muñeca el endiablado emplasto y empezó á frotarle, sino que hizo cuatro gestos de mono, ahogó un bramido, y si no le tiene tan bien sujeto Diego de Moron, se le escapa.

—Aquí no hay mas que morir por Dios, don Melchor, decia Diego de Moron frota que frota: ó se hacen las cosas, ó no se hacen; y ya es esto mas blando que el labramiento aquel á fuego del carbunco.

—Lléveos el diablo con vuestras blanduras, maestro, dijo Zancudo, que me haceis ver estrellas.

—Aguántese, que tal le estoy poniendo, que dentro de cinco minutos podrá tirar de su espadon y manejarle y hender á un gigante de arriba abajo sin que se le resienta la mano, que esto que le unto aprieta y conforta y robustece, por mas que pique y rabie.

—Me estais dando la sobrecena, maestro.

—En cambio tendreis muy buen sueño, que de otra manera, el dolor de la dislocacion no os dejaria dormir en siete semanas.

—Con lo del sueño me consuelo; pero acabad presto ¡vive Dios! que estas cosas no son buenas para sufrirlas muy largas.

—Pues no retireis la mano ni os afufeis, que no lo echemos todo á perder, dijo Diego de Moron quitando de la cabeza el pañuelo á Jusepillo, doblándolo convenientemente, cubriéndolo con aquella especie de unguento infernal, rodeándolo luego á la muñeca de Zancudo, tomando luego el cordon y atándolo, y apretándolo de tal modo, que á Zancudo se le durmió el brazo y se le abotagó la mano de la cargazon de la sangre.

—¿Está ya? dijo Zancudo.

—Ya está, contestó Diego de Moron: llévate ese cuenco á la cocina, y vente á cenar, hijo.

El muchacho escapó, y don Melchor se puso á andar de una parte á otra del aposento á trancadas, y levantando mucho los piés, como quien baila, soplándose la mano, y con un lagrimon en cada ojo.

Diego de Moron se sentó y se sirvió una ánade.

—¿Y teneis valor para poneros á comer mientras yo bufo? exclamó Zancudo.

—Rezad tres credos, dijo Diego de Moron, que yo os afirmo que antes de que llegueis al amen del último, ya se os habrá pasado, y estareis como si tal cosa.

—Creo en Dios Padre, dijo Zancudo en una salida de tono, y en Dios Hijo, y en Dios Espíritu Santo, y en todo cuanto hay que creer sobre los cielos y sobre la tierra, y hasta en que Dios me ha hecho á mí para que mate á un albéitar.

—Pero ese no es el credo, don Melchor.

—Ea, dejadme en paz; bueno estoy yo para acordarme de nada; ni aun de mi nombre me acuerdo, ni de la madre que me parió, y esto aprieta, y me parece á mí, maestro, que os voy á dar por bárbaro un gazon con la propia mano mala, que os voy á dejar sin resuello.

—Aprieta mucho, ¿eh? Pues bueno, cuando las cosas han

apretado todo lo que tienen que apretar, luego empiezan á apretar menos.

—Pues creo que teneis razon, señor Diego, porque me parece que ya no me pica ni me rabia tanto.

—Si os hubiérais puesto á rezar, iríais ya por el segundo credo, porque aquí entre mí, los estoy yo rezando por vos.

—¡Y habeis empezado ya el tercero, maestro?

—Ahora empiezo.

—Pues mirad, se va calmando esto; pero no creais, que todavía duele, y bastante.

—Ahora voy por el *ideo precor*.

—Pues rogad, rogad, señor Diego, que me parece que esto se va calmando. Vamos, vamos, sois un gran médico.

Pasaron algunos segundos.

—¡Es que ya no me duele!

—Amen, dijo Diego de Moron.

Y se tragó media pechuga de ánade.

—Y oid: ¿cuándo me podré yo quitar este mejunje y lavar-me la muñeca?

—Cuando pase el tiempo que se necesita para rezar otros tres credos muy bien rezados; y como creo que eso será el tiempo que tardareis en comeros esa ánade que os está esperando, cuando hayais roido el último hueso, os encontrareis de tal manera, como si no os hubiérais violentado la mano: fué mucha lanzada la que dísteis, don Melchor, mucha lanzada, y nada tiene de estraña la dislocacion, porque el otro era fuerte como un roble.

—¡Malhaya sea él, y cuando erró su golpe, que me dejó en vago! En fin, voy á comerme con mucho gusto esta ánade, por la seguridad que me habeis dado de que en comiéndomela me podré quitar este estorbo y estas porquerías,

Y embistió con la ánade como si tal cosa.

V.

Ya á este tiempo habia vuelto Jusepillo, y habia dicho á su maestro en voz baja:

—Mirad, señor Diego, que ahí, en esa otra puerta del lado, están unos hombres hablando de matar y de morir, y tan irritados, que mete miedo.

—Pues déjalos que se descuernen, muchacho, que Dios no me salve si me importa á mí algo, no digo yo el que se maten esos hombres, sino el que se coman crudos: toma, toma esa empanada, y véte allí, á aquel rincon, y cómetela, hijo, y llévate ese cubilete de vino y bébetelo tambien, muchacho, que estás así un poco flacucho; bien es verdad que das el estiron, y mientras se alarga no se engorda: vas á ser un buen mozo, Jusepillo: anda y come, y despelótate, y así que acabes, ven por este pedazo de gorrinillo y por esta ánade: regálate, que el dia es para todos.

VI.

En aquel momento interrumpió á Diego de Moron una voz, que dijo al otro lado del tapiz que servia de tabique:

—¿Pues hay mas ¡vive Dios! que esperarlos en el terrero de doña Estrella de Velasco, que allí van los dos hermanos Carvajales á dar música, y acabar con ellos?

—¡Ah, infames! exclamó el Zurdo en voz baja: y qué ¡no saben esos viles que hay aquí gente que les escucha, y tal, que no consentirán la alevosía que piensan?

—Pues qué, dijo otra voz irritada detrás del tapiz, ¿no hay mas que avergonzar y vencer con malas artes al señor Juan Alfonso de Benavides, nuestro amo? Que yo vi que un paje de los

Carvajales echaba algo al suelo, y luego he reconocido el caballo de nuestro señor, y le he encontrado en la ranilla de la mano derecha clavado un abrojo de cuatro puntas.

—Eso es mentira, dijo una voz calmosa; tú, Renjifo, no sabes lo que hacer ni lo que decir para hacer méritos, y si no, ¿dónde está ese abrojo?

—Lo tiré de rabia.

—Cállate, hombre, cállate, dijo el mismo que había reconvenido, que lo que es, es que tú tienes ojeriza á Pedro de Carvajal, porque un día le miraste malamente y te dió un sopapo que te tuvo con las muelas bailando yo no sé cuántos días.

—Vamos, dijo en voz baja Zancudo; ese otro es un hombre de bien.

—Di tú, continuó el hombre honrado, que aunque ha vencido en buena lid á nuestro señor, porque la verdad es que nuestro señor justa muy mal, eso no quita para que porque le han vencido le busquemos á él y á su hermano y los matemos, que aunque ellos son valientes, dos contra cuatro, no hay pelea; conque á ponernos las coracinas, y andando, porque como doña Estrella de Velasco se ha puésto mala y no ha salido de su casa, no ha podido ir al sarao del Alcázar, y de seguro que los Carvajales se han ido á hablar con ella.

—Ya estais alzando, señor Diego de Moron, dijo en voz muy baja Zancudo: dejémonos aquí á Jusepillo que se regale cuanto quiera, y nosotros vamos á ponernos como quien no hace la cosa, en la puerta de la hostería, y cuando salgan esos cuatro malsines, nos vamos detrás de ellos á la larga, y ellos nos llevarán al sitio de la alevosía, sin saber que han guiado á su castigo.

—Pues me place, don Melchor, dijo el Zurdo, que á mí estas villanías me ponen azul.

—Ea, vamos andando, y sin miedo, que por lo que se oye al otro lado, esa gente se está armando á toda prisa.

Levantáronse Zancudo y el Zurdo, salieron silenciosamente, se deslizaron no menos silenciosamente por una mal alumbrada galería, dieron con unas escaleras, las bajaron, y deteniéndose á

la puerta de la hostería, se pusieron á hablar tranquilamente haciendo la deshecha.

A poco se oyó tropel de pasos, y salieron rápidamente, haciendo crujir sus armas, cuatro jayanes el uno detrás del otro.

—Esos deben de ser, dijo Zancudo. Pues tras ellos, y á la larga, maestro.

Y echaron detrás de aquellos cuatro hombres que iban muy de prisa.

la puerta de la biblioteca se pusieron a hablar tranquilamente hablando la deshecha.

A poco se oyó tropezar los pasos, y salieron rápidamente, hablando como si fueran amigos que se habían conocido en el otro mundo.

— ¿Cómo estás de ser, hijo Narciso? ¿Te van bien y a la larga, maestro?

Y echaban detrás de sí los cuatro hombres que iban muy de prisa.

— ¿Qué te pasa, maestro?

CAPITULO XVI.

DOÑA ESTRELLA DE VELASCO.

I.

Era doña Estrella de Velasco una preciosa rubia de diez y ocho años, menina de la reina é hija del rico hombre Pedro Gutierrez de Velasco, que tenia en la córte el cargo de repostero de la reina, y la servia con algunos rocines; viudo, habia adoptado, para tener en seguridad la honra de su hija, ponerla bajo el amparo de la reina en su servidumbre.

Díjolo así francamente á la buena doña María, y esta, atendiendo á la rancia nobleza y á los buenos servicios del rico hombre y al buen carácter, al candor y á las virtudes de doña Estrella, dió á su padre el cargo de repostero, y admitió á la hija en su servidumbre como su menina.

Por esta razon, padre é hija no se separaban jamás de la reina.

II.

Era doña Estrella, como hemos dicho ya, rubia, de un rubio delicado, blanca, con los tonos de la blancura del nácar, y con los ojos densamente negros: uníase á esto el brillo de una gran juventud, una graciosísima regularidad de formas, una suave morbidez y una esbeltez elegantísima, á lo que contribuía lo alto de su estatura; mas que otra cosa, parecía una ninfa del paganismo, cuyo tipo nos han dejado los mosaicos y los frescos romanos.

Doña Estrella era deslumbrante, por decirlo así: atraía sin pretenderlo, y con mucha mas fuerza, á causa de su modestia.

La reina la amaba, la amaba la infanta doña Isabel, sus compañeras la trataban como hermana, su padre deliraba por ella.

Alguna vez, el rey la habia mirado profundamente, obligándola á bajar los ojos y á encenderse por algo que podia llamarse pudor alarmado.

Un dia, el infante don Enrique dijo á Juan Alfonso de Benavides:

—¿Por qué no os casais con doña Estrella de Velasco? El rey os lo agradecería mucho.

—¡Bah! don Pedro Gutierrez de Velasco, contestó Benavides, cree que tiene en su hija un rey moro atado por la cola, y sabe Dios si le parecería yo un mezquino partido para su hija.

—Pues mirad, Benavides, que no podemos descuidarnos: la reina se va sobreponiendo á todo, va criando sangre, y estoy viendo próximo un dia en que, empezando por mí y concluyendo con el mas débil de los que en la córte viven, acaba por dominarlo todo á costa nuestra; es necesario distraer al rey, irritarle: la mujer que mas agrada á su señoría, es la infanta de Granada; pero ya sabeis que no hay que contar con esta; es una recoleta, y paréceme que no me engaño si digo que alguna pasión oculta es la que hace que doña María de Granada no atien-

da á las solicitudes de nadie, ni aun á las del infante don Juan Manuel, que está loco por ella.

—Pero acabemos de una vez, señor infante, dijo bajando la voz Benavides, como cuando un hombre va á hablar de una cosa reservada, por mas que sepa que no le escucha mas que aquel con quien habla: esa que se llama infanta de Granada, ¿es realmente una mujer, ó un mancebo imberbe disfrazado de mujer y metido en la servidumbre? ¿es doña María, ó el terrible don Gutierre de Silva, caballero del Aguila Roja?

—Benavides, dijo don Enrique, ese es un misterio de que habla sin cesar por lo bajo la córte; pero yo puedo aseguraros, que aunque doña María de Granada es el caballero del Aguila Roja, el caballero del Aguila Roja era doña María de Granada, que sin duda por un milagro de Dios ha adquirido como hombre y como capitán un alto renombre de bravo; pero no lo digais á nadie, dejad correr la idea de que es un hombre disfrazado de mujer: esto perjudica á la reina, porque da lugar á murmuraciones poco honrosas, atendida la intimidad que tiene la reina con la infanta doña María.

—El rey no sabe tal cosa, dijo Benavides como quien conocia bien el espíritu del rey, y cree á doña María dama y muy dama.

—¡Bah! eso no importa, el rey vacilará y creará lo que nosotros queramos que crea cuando nos hayamos apoderado completamente de él: las circunstancias apremian, la infanta doña Constanza, que casará dentro de algunos dias con el rey, es una garrida moza, pero aún muy niña; y como la ha tenido hace tanto tiempo en su poder la reina, el rey se ha acostumbrado á ella, y la mira mas como hermana que como amante. Sin embargo, no sabemos qué influencia puede ejercer doña Constanza sobre el rey despues de que sea su esposa, y es urgente que nos prevengamos.

—Vuestra esposa, dijo con un audaz cinismo Juan Alfonso de Benavides, tiene una gran influencia sobre su señoría.

Revolvióse algo frio, algo amargo, algo letal en el fondo del alma del infante don Enrique; pero disimuló, y dijo:

—Doña Juana es demasiado altiva para que se preste á amaños, ni yo lo consentiría.

—¿Y me proponéis, dijo con audacia Benavides, que me case con doña Estrella de Velasco, para que doña Estrella nos sirva de fascinacion para con el rey? No me tiene cuenta, señor infante.

—¿Y qué esperais ser vos si las cosas siguen como van? dijo con candor don Enrique; ¿ser lanzado de la córte y veros reducido á vivir en un poblachon de Castilla, como un pelaire hidalgo de gotera? No seais necio, y aprovechad todos los medios de engrandecimiento que podais, que despues, cuando ya no nos haga falta doña Estrella, ocasion tendreis para veros libre.

—¿Y por qué no hacer las cosas por derecho? ¿por qué no hablar á doña Estrella en nombre del rey?

—Porque seria echarlo á perder: doña Estrella es altiva, soberbia como Satanás, y ese delicioso ángel se tornaria á nosotros con uñas y con dientes si le hiciéramos tal proposicion: los medios ocultos son los mas seguros, Benavides; id, id allá, y decid á don Pedro Gutierrez de Velasco que quereis casaros con su hija, que yo estoy seguro que en tanto os tiene por lo que sabe que el rey os estima, que no os la negará.

—¿Pero y ella? Paréceme á mí que no es para doña Estrella una novedad el amor.

—¿Pues á quién ama?

—Barrunto que al camarero de la reina Pedro de Carvajal.

—¿Eh! hidalguillos andaluces de los que no tienen mas que cuatro aranzadas, un rocin y una lanza: Velasco no dará su hija á un tal pelon.

—Pero le protege la reina.

—Protégeos el rey, y como el rey va á llegar pronto á su mayor edad, Pedro Gutierrez estimará en mucho mas el favor del rey que el de la reina; id, id, pero no vayais hasta mañana, que hoy os compondré yo al viejo Velasco y os le pondré tan blando como una gamuza.

III.

En efecto, el astuto é insinuante don Enrique, redujo de tal manera al lealote Pedro Gutierre de Velasco, que cuando al otro dia Juan Alfonso de Benavides le pidió su hija por mujer, se la concedió decididamente, empeñando su palabra de hidalgo rancio, de que mandaría á su hija quisiese á Benavides, y si ella no lo otorgaba, la encerraria en un convento.

IV.

La pobre doña Estrella escuchó estremeciéndose á su padre: aborrecia instintivamente á Benavides, como toda alma recta y pura aborrece á las almas torcidas y llenas de podredumbre, y amaba con toda su alma á Pedro de Carvajal, que era un buen caballero.

Pero la educacion de las mujeres de aquellos tiempos era tal, que no las dejaba voluntad propia.

Aún duraba en las costumbres la influencia de la legislacion romana, madre de nuestra legislacion: el precepto del padre era un decreto inapelable que no podia ser desobedecido sin ofensa á Dios.

Doña Estrella contestó muriéndose á su padre, que ella era contenta de hacer lo que él la mandase, y cuando se quedó á solas, lloró con toda su alma por Pedro de Carvajal, como si él, el hombre á quien adoraba, hubiera muerto para ella ó ella para él.

Juan Alfonso de Benavides empezó á tratar ya como á su prometida esposa á doña Estrella de Velasco, y nació una enemistad á muerte entre los dos hermanos Carvajales y Juan Alfonso de Benavides.

El odio aconseja mal.

Empezó á torcerse el alma de Benavides, y empezaron los siniestros proyectos.

V.

En tal estado estaban las cosas cuando sobrevinieron las bodas del rey y de la infanta doña Beatriz, y tuvieron lugar las justas y demás fiestas, en celebracion de aquel fausto suceso.

Pedro de Carvajal se alegró mucho de que le tocase en suerte justar contra Juan Alfonso de Benavides, y aunque las armas de la justa, como de costumbre, eran corteses, ó lo que es lo mismo, tenian los hierros embotados, Pedro de Carvajal tiró á muerte á Benavides, y con tal furia, que á ser agudo el hierro de la lanza le atravesara de parte á parte, no importando lo cortés de la lanza para que Benavides quedase muy mal parado del golpe y de la caída.

Asustóse doña Estrella, no por la desgracia de Benavides, sino por el peligro en que vió puesto á su amante Pedro de Carvajal, y de tal manera fué el susto, que no pudo asistir al sarao del Alcázar.

Equivocáronse todos, porque todos sabian que Juan Alfonso de Benavides y doña Estrella de Velasco estaban tratados de casar, atribuyendo la indisposicion de doña Estrella á su amor por Benavides, y aun se equivocó el mismo Pedro de Carvajal, suponiendo que doña Estrella no podía asustarse por su peligro, creyendo por vanidad que doña Estrella no podia creer que él corriese el menor riesgo en un lance de solo á solo con Juan Alfonso de Benavides.

VI.

Y aconteció que teniendo por casualidad un hermano canónigo en la colegiata de Alcañices Pedro Gutierre de Velasco, el canónigo, que no conocia á su sobrina porque no habia visto á su hermano desde que se casó, quiso tenerla en su casa durante todo el tiempo que la córte permaneciese en la villa, y habida licencia de la reina, doña Estrella se fué á vivir casa del señor Nuño Gutierre de Velasco, que así se llamaba el canónigo, y bajo la guarda de una tia solterona y ya entrada en años, que estaba loca de contento con su sobrina, y sintiendo de antemano el instante, que no podia estar muy remoto, que doña Estrella se fuese con la córte.

Doña Estrella ganó algo: la anciana tia, aunque muy buena cristiana y muy mirada en puntos de honra y muy á propósito por su moral para guardar doncellas, padecia de modorra y se dormia con el rosario en la mano á los dos minutos de haberse sentado; y como padecia por su edad de flojedad de piernas, si se levantaba un poco para ahuyentar el sueño, cuando despertaba, cansándose pronto, volvía á sentarse, de lo que resultaba que se pasaba el dia durmiendo, y que en siendo el oscurecer se acostaba formalmente, y en haciendo esto, no habia ruido que la despertase, ni otro medio que moverla bruscamente, á no ser cuando rayaba el dia, que despertaba por costumbre para seguir durmiendo, con la sola diferencia de que su sueño diurno era mas ligero, y de que en vez de ser en la cama lo dormia en un sillón.

En cuanto al canónigo, se acostaba á la misma hora que su hermana, y no habia que contar con él hasta una hora antes del amanecer, en que le llamaba su paje, le vestia y le acompañaba á la cercana colegiata, donde tenia obligacion de decir la misa de alba.

Doña Estrella, pues, conoció que podia disponer de las no-

ches mientras estuviera en Alcañiz, bien á diferencia de cuando vivia en la córte, que no se separaban de ella ni de las otras doncellas, meninas y damas, las dueñas de la reina, cada una de las cuales era un Argos.

Recogíase doña Estrella en el mismo aposento que su tia: en otro aposento mas allá se recogia el canónigo, y un paje de este en un aposentillo inmediato; el resto de la servidumbre, que se componia de dos criadas y de un viejo criado, estaban relegados allá á unos malos aposentos que tenian los desvanes del segundo piso: quedaba gran parte del piso principal y todo el piso bajo, que tenia rejas á la plaza, á la libre disposicion de doña Estrella.

Esta esperaba á que se marcase lo profundo del sueño de su tia por una especie de ronquido sordo y gutural que indicaba que la buena señora estaba en el otro mundo, y entonces volvia á vestirse, se salia quedito de la habitacion, bajaba á una de las rejas, y por ella se estaba hablando casi toda la noche con Pedro de Carvajal, á quien habia avisado de que sus amores podian tener aquel desahogo.

Juan acompañaba á su hermano Pedro y se sentaba pacientemente en un guardacanton de la esquina, por si acaso apercebido Benavides de aquella infidelidad de su prometida esposa, pensaba en alguna fechoría.

CAPITULO XVII.

DEL BUEN SERVICIO QUE POR CASUALIDAD PUDIERON HACER Á LOS DOS HERMANOS CARVAJALES, ZANCUDO Y EL ZURDO, Y DE LO QUE ZANCUDO SUPO Á CAUSA DE ESTE SERVICIO.

I.

Habia fatalmente entre las dos familias de Carvajal y de Benavides un odio heredado.

El padre de los Carvajales, por una querrela, habia retado al padre de Benavides, le habia matado en duelo y le habia cortado la cabeza.

El odio de los Benavides y los Carvajales habia crecido á causa de doña Estrella. Así es que Pedro de Carvajal, como hemos dicho, habia tirado con muy mala intencion á muerte en la justa á Juan Alfonso de Benavides, y si bien no habia logrado matarle, habia logrado, sí, maltratarle gravísimamente.

Por esta razon, cuatro escuderos de Juan Alfonso de Benavides, gente mala y aviesa, porque Benavides buscaba siempre para que le sirviesen pícaros, se habian propuesto vengar á su señor matando aquella noche á los hermanos Carvajales, uno de los cuales sabian hablaba con doña Estrella.

II.

Pedro de Carvajal no faltó á la cita, á pesar de la indisposicion que habia acometido á doña Estrella, y esta, á pesar de su indisposicion, y como pudo, en cuanto se durmió su tia, no bien repuesta y con algo de fiebre, bajó á la reja, trabándose inmediatamente una séria disputa de celos entre los dos amantes.

Alegaba doña Estrella, que merecia bien la desconfianza y aun los improprios de Pedro de Carvajal, porque desde el momento en que habia sido prometida por su padre á otro, y ella lo habia otorgado con voluntad ó por fuerza, no debia haber hablado ni una palabra mas con Pedro de Carvajal.

Y decia Carvajal lo siguiente:

Que á nadie es lícito asesinar á ninguna persona sobre seguro, lo cual prohibian las leyes divinas y humanas, y que habiendo él de morir si viese casada con otro á su Estrella, esta, al prometerse en matrimonio, habia prometido la muerte de Carvajal, lo cual no era lícito ni valedero, puesto que no se puede prometer nada para cuyo cumplimiento sea necesario é inevitable un crimen: que siendo esto así, ella, al prometerse á Juan Alfonso de Benavides, habia dado muestras de que no le amaba á él Pedro de Carvajal, porque si le amara no quisiera su muerte, que ninguna mujer mata al hombre á quien adora, y que no amándole doña Estrella, no habia sido por él el susto que en la justa habia pasado, sino por Juan Alfonso de Benavides, y que tanto era así, como que ella no podia tener recelo de que poniéndose frente á Benavides, corria él el menor peligro, y que si ella hablaba con él y le aseguraba aún de que le amaba, y que solo por la obediencia que debia á su padre se casaba con Benavides, teniendo la seguridad de que esto le costaria la muerte, no era porque así lo sintiese doña Estrella, sino por entretener á Pedro de Carvajal para que no matase á Benavides como único medio de impedir el matrimonio.

Replicó ella anegada en lágrimas, que todo lo que Pedro decía no era otra cosa que suposiciones gratuitas, y esforzábale por probarle lo contrario.

Y en este dulce pleito de amor se encontraban, cuando se oyó de repente la enérgica voz de Juan de Carvajal, que dijo:

—Prepárate, hermano, que se nos echan encima cuatro asesinos.

É instantáneamente se oyó áspero crujir de espadas, y una voz fenomenal, monstruosa, que salía del esófago de Zancudo, y que gritaba:

—Teneos firmes, señores Pedro y Juan de Carvajal, que si ellos son cuatro, aquí viene entera, con su alférez Zancudo, la compañía franca de los Hermanos de la Selva, que vale por cuatro mil.

Y de improviso cayó al suelo, sonando de una manera hueca, medio cráneo de uno de los acometedores de los Carvajales, de un furioso altibajo que con la mano diestra, aún no bien curada, habia sacudido con la fuerza de un rayo Zancudo.

Oyóse instantáneamente el sordo golpe de un cuerpo que caía al suelo.

El Zurdo, que no era ni cojo ni manco, habia tirado una estocada á bulto, y habia encontrado á otro de los escuderos de Benavides por debajo de la barba, descabellándole por la parte interior, porque la punta de la terrible espada se habia metido entre dos vértebras cervicales.

En cuanto á Juan de Carvajal, habia metido una estocada por el estómago á otro de los asesinos, y su hermano Pedro, de un fendiente, habia degollado al cuarto.

Solo quedaba con alguna vida el herido en el estómago.

Todo aquello habia pasado en cuatro minutos.

El herido daba voces pidiendo dolorosísimamente confesion.

En cuanto á los otros, no decian ni una sola palabra, porque no podian decirla. Habian terminado sus asuntos sobre la tierra.

—Pues lo que hay que hacer aquí, dijo Zancudo, puesto que este da todavía voces, es cortarle la cabeza, á ver si el cuerpo habla sin la cabeza, ó la cabeza habla sin el cuerpo.

—Dejadle, dijo Pedro de Carvajal interponiéndose, que har-
to trabajo tiene con lo que le sucede; pero puesto que así albo-
rota, vámonos para evitar que nos prendan.

—Muy cristiano lo primero y muy prudente lo segundo, dijo
Zancudo; pero á algo mas prudente me atengo yo, esto es, á
que perro muerto no ladra.

Y como tenia la espada desnuda y estaba cerca del de los
gritos, antes de que pudiesen apercibirse de ello Pedro de Carva-
jal ni su hermano Juan, dió un paso, tiró un golpe de punta al
suelo, alcanzó en un ojo al que gritaba, metiéndole hasta cuatro
dedos de espada en el cráneo, y sacando tan rápidamente la es-
pada, que Pedro y Juan de Carvajal no se apercibieron del golpe.

Como es de suponer, el doliente dejó de gritar.

—¡Bah! dijo Pedro: me parece que se le ha ido la vida con
los esfuerzos que ha hecho.

—Por supuesto, dijo Zancudo, como que no le dejásteis para
levantarse, señor Pedro de Carvajal: ¡y yo que queria cortarle
la cabeza! ¡pobrecito! ¡y sabeis que tienen muy buen parecer así
tendidos esos cuatro jayanes? Le he cobrado tal aficion á los
muertos en la guerra, que no hay cosa que á mí mas me recree
que un monton de cadáveres, sobre todo si son portugueses,
aragoneses ó franceses, los quiero á estos mucho peor que á los
moros, que los moros al fin tienen razon para pelearse con nos-
otros, porque son moros; pero que peleen cristianos contra cris-
tianos, cuando todos juntos y muy amigos debian ir contra los
alárabes, lo que es eso no lo puedo sufrir, ni aun pasar, que es
una lástima que reinos que tanto valen como Portugal, Aragon
y Castilla, anden así á trastazos por ambiciosos.

—Decís bien, contestó Juan de Carvajal, que era el que es-
cuchaba la charla de Zancudo, mientras su hermano Pedro ha-
bia ido á la reja á despedirse de doña Estrella, que estaba tem-
blando toda.

Era necesario separarse de allí.

La estancia de la córte en Alcañiz habia llevado á la villa
mucha gente, y los merinos estremaban su vigilancia, y ronda-
ban por todas partes.

Era preciso evitar que un merino viese junto á los cuatro difuntos á los cuatro matadores, porque aunque podia probarse que aquellas muertes se habian hecho en lícita defensa, mucho mejor era no tener que probar nada.

Marcharon, pues, los cuatro á buen paso, y cuando estuvieron harto lejos de allí, en un solitario cubo de la muralla, Pedro de Carvajal dijo:

—No puedo menos de agradeceros, caballeros, lo que por nosotros habeis hecho.

—¡Alto allá! dijo Diego de Moron, que yo no quiero pasar por lo que no soy: llame en buen hora caballero á don Melchor Zancudo, porque lo es; pero no á mí, que no soy mas que herrador y albéitar de la señora infanta doña María de Granada.

—De sus caballerías querreis decir, señor Diego, exclamó Zancudo no pudiendo contenerse; que eso de herrar y de curar como me curais á mí á la señora infanta nuestra ama, no puede decirlo nadie mas que vos, y esto porque os habeis bebido gran parte de aquel enorme jarro de vino que nos pusieron en la hostería de la Cruz de Fuego.

Riéronse los Carvajales de la biliosa salida de Zancudo, y á seguida dijo Pedro:

—Haya paz y no disputen por tan poco dos tan buenas personas, que bien se entiende que este buen hombre no ha querido decir que hierre y cure á la señora infanta doña María, sino que como herrador y albéitar está á su servicio.

—Pues eso es, y vos estais en lo justo, señor caballero, dijo el Zurdo, sino que este don Melchor me está siempre quemando la sangre, y habremos de salir mal, aunque yo tenga que respetarle como á mi superior.

—¡Cómo! ¿estais vos al servicio de la infanta doña María? dijo Pedro de Carvajal dirigiéndose á Zancudo.

—Sí señor, dijo este; soy capitán de cincuenta buenas lanzas, que son la guarda de armas de la señora infanta doña María, y antes esas cincuenta lanzas que, aparte lo digo, valen por cincuenta mil, y yo, hemos sido de la compañía franca de los Hermanos de la Selva.

—Pues me place, dijo Pedro de Carvajal, el que por el lance pasado nos hayamos conocido, porque no sabia yo cómo dar un aviso á vuestra señora.

—¿Aviso de qué?

—Anda disfrazado de acemilero en la córte un hombre terrible, un hombre que ha servido antes y está sirviendo ahora al infante don Juan, y que es alcaide de los escuderos de este.

—¡Ah! ¡cuerpo del diablo! ahí le tenemos, amigo Zurdo, exclamó Zancudo; ved ahí por dónde se nos ha descolgado ese morazo de Ben-Tayde, el que nos burló cuando me hizo ir aquella noche á la ermita de Nuestra Señora del Cármen: con que acemilero, ¿eh?

—Sí por cierto; y que no viene solo, porque entre los acemileros de don Diego Lopez de Haro, entre los cuales está ese Ben-Tayde, hay ocho ó diez que tienen cara de africanos.

—¡Válgame Dios, dijo Zancudo, y cuánto os agradezco, señor Pedro de Carvajal, lo que me habeis dicho! porque ahora mismo me echo yo á buscar los tales acemileros, y como con el señor Ben-Tayde tropiece, júroos que por lo menos le hago dos, como no sea que le haga cuatro, y porque me urge de vos me aparto, y tanto mas, como que ahora mismo estoy oyendo la queda, y á esta hora me aguarda mi ama la infanta doña María.

—Pues no quiero deteneros, dijo Pedro de Carvajal; pero os encargo que aviséis de lo que sucede á vuestra señora, que ya lo hubiéramos nosotros hecho si doña Estrella no se hubiera indispuerto, y hubiéramos asistido al sarao del alcázar; por lo demás, señor caballero, tenednos por muy vuestros, y vos tambien, señor albéitar y herrador de la señora infanta doña María, que si no sois caballero, segun que sois de bravo, merecis serlo.

Despidiéronse dándose las manos los cuatro, y partieron por la callejuela de la ronda interior del muro, los Carvajales para abajo, y Zancudo y el Zurdo para arriba, á tomar la altura de la plaza del alcázar.

CAPITULO XVIII.

RESEÑA HISTÓRICA.

I.

El rey don Dionís de Portugal habia obrado con harta do-
blez al conceder el casamiento de su hija la infanta doña Cons-
tanza con el rey don Fernando IV, y el de su hijo primogé-
nito, heredero de Portugal, con la infanta doña Beatriz, que era
aún todavía muy niña.

En cuanto á la infanta doña Constanza, ya reina, habia en-
trado ya en la pubertad, y habia dado muestras de un despierto
y precoz ingenio y de una ambicion y de una soberbia sin lími-
tes, lo que no habia pasado desapercibido para la noble reina
doña María, porque para ella no pasaba desapercibido nada.

¿Por qué, pues, se habia prestado á esta union que podia
ser funesta?

Consistia todo en que doña María nunca habia tenido liber-
tad de accion, viéndose siempre obligada á ceder á las circuns-

tancias y á elegir, cuando elegir podia, entre dos males el menor.

La importaba demasiado ahorrar enemigos á su hijo y aumentar sus aliados, y no era de los menos terribles para enemigo, ni de los menos preciosos para amigo el rey de Portugal.

Además, este habia sabido ser doble y falso para la reina doña María, que podia creer en la enemistad y en la ambicion de un rey, pero no en un rey traidor y fementido.

II.

Veamos ahora cuál era la torcidísima intencion del rey de Portugal.

Intencion largo tiempo habia premeditada y consultada con el infante don Enrique, con el infante don Juan y con don Juan Nuñez de Lara.

Separar al rey de la reina su madre, y mas aún, enemistarle con ella, valiéndose de la calumnia, de la intriga, de la influencia de doña Constanza, y de cuantas otras influencias, por bastardas que fuesen, pudiese echarse mano.

Hacer que el rey se separase de su madre, y que llegada su mayor edad, la relegase de todo punto, quitándola toda intervencion en los negocios públicos.

El rey era violento, inesperto, iracundo; podia contarse con que, separado de su madre, influido por malos consejeros, se entregase á violencias y excesos, perdiese el amor de sus vasallos, y fuese fácil, ayudando al infante don Alfonso de la Cerda, destronarle y aun matarle.

En cuanto al infante don Alfonso, y este era el pensamiento último del rey de Portugal, ni tenia una madre como doña María de Molina, ni era á propósito para regir cuerdamente una monarquía trabajada por las guerras civiles y corrompida por la traicion.

La conquista de este reino podia ser fácil para el rey de Portugal, y cuando para él solo no lo fuese, una alianza con Aragon podia hacer que Castilla fuese dividida y repartida entre el rey de Aragon, el infante don Juan y el rey de Portugal.

III.

El infante don Juan pensaba, por su parte, doblegarse, mientras no pudiera hacer otra cosa, á los proyectos de particion de Castilla del rey de Portugal y del de Aragon, ganarlos, por la mano cuando fuese oportuno, y á título de rey legítimo como hermano del rey don Sancho IV, apoderarse completamente de Castilla.

IV.

Tal era el denso tejido de miserables traiciones en que reyes y magnates, ambiciosos todos y todos miserables, querian envolver á aquella mujer fuerte, digna esposa por su valor del tremendo rey don Sancho el Bravo.

Conocíalo todo esto doña María, y se doblegaba, contemporizaba aún, fiaba en su corazon, en su estrella, y sobre todo en Dios.

Para la reina doña María no habia mas que una cuestion: ganar tiempo, esperar, y contemporizando y esperando, habia sufrido ya cuanto pueden sufrir una madre, una reina, una mujer.

Fernando IV no la amaba: la reina no habia podido rodearle de hombres leales, porque no los habia: no se compra la lealtad, lo que se compra se llama servicio, y la reina no era bastante rica para pagar el exorbitante precio que cada hombre de los que necesitaba ponía á su lealtad mercenaria.

El rey habia sido siempre apartado de su madre por bajos

consejos, por infames insinuaciones: se le habia adulado por todos, se le habian consentido por sus ayos, por sus maestros, por sus camareros, todos cuantos caprichos le habia sugerido su voluntad, á despecho de la buena reina, que mandaba á los encargados de la educacion de su hijo fuesen para con él severos.

Esperaban todos sacar de su servil aquiescencia á los caprichos del rey una buena granjería en el porvenir: desgracia fué para Fernando el IV que su madre no hubiese podido encargarse exclusivamente de su educacion, como se habia encargado de las infantas sus hermanas.

La reina doña María no podia adiestrar á su hijo en el manejo de las armas, no podia enseñarle á regir un caballo, ni podia esplicarle el arte de la guerra, ni hacerle conocer las leyes de la caballería: la reina podia hacer de una hija suya una dama admirable, pero no podia hacer de sus hijos cumplidos y bravos caballeros.

Esta parte de la educacion viril, justar, cabalgar, ordenar las haces, cazar, todo lo que pertenecia á los ejercicios corporales, exigia maestros, y estos maestros, magnates todos, porque en aquellos tiempos de monarquía pura, solo un magnate podia ser encargado de la educacion de un príncipe, eran altos traidores, ambiciosos, que solo miraban á su provecho, miembros de una generacion corrompida y maldita: ¡felices los reyes que pueden encargar de la educacion de sus hijos á personas humildes, sencillas, á quienes basta con ser doctas, y que por su poca altura, ni aun se atreven á mirar á la alta cúspide donde está el blanco de la ambicion de los poderosos!

El alma de los niños es demasiado impresionable: son además pequeños tiranos: resisten mal la oposicion á sus deseos.

La educacion, importantísima para todos los hombres, es de todo punto importante cuando se trata de una criatura que ha de ceñir un dia una corona, que ha de regir con justicia y con sabiduría un gran reino.

La adulacion, las bajezas, la aquiescencia á todo de los miserables que toman con una infame audacia, por escala de am-

bicion, á un príncipe, son otras tantas ponzoñas que se van infiltrando lentamente en el ánimo del jóven príncipe, á quien tales miserables educan.

La reina doña María, pues, como madre, sufría el mayor de los martirios: ¿qué podía ella hacer para aislar á su hijo de la corrupcion de su tiempo, para libertarle de ella? Nada: era necesario hacer al rey, al rey instruido, al rey diestro, al rey bravo.

Si doña María no hubiese separado nunca de sí ni la mas pequeña parte de la educacion de Fernando el IV, hubiera sido este una noble alma, pero incapaz por su nulidad para muchas cosas importantes de ceñir la corona.

Cierto es que para hacer de Fernando el IV un gran caballero, ningun ayo mas á propósito, ningun maestro mejor que don Alfonso Perez de Guzman.

Pero la reina necesitaba á este héroe en la frontera alárabe: la reina doña María no habia olvidado, como no lo ha olvidado ninguno de los buenos reyes que ha tenido España desde antes de la reconquista, que para España, el gran peligro estaba en Africa, que en un dia dado podia enviar centenares de miles de bravías kabilas, inundar la península, arrasarlo todo, destruirlo todo, y hacer que España volviese á empezar la afanosa tarea emprendida en un peñon de Astúrias por don Pelayo.

¿Y quién, quién mejor que Guzman el Bueno, el héroe que habia sellado con sangre de sus entrañas, con sangre de su hijo primogénito, su lealtad y su patriotismo, podia ser el fuerte centinela avanzado, guardador de España y tal vez de Europa, de la cristiandad entera?

Doña María de Molina, que nada olvidaba, que todo lo sentia con su gran corazon, tenia una hija á quien amaba sobre todo; una hija á quien no habia dado el ser, pero cuya existencia guardaba; una hija á la que amaba mas que á sí misma, que á su llorado esposo, que á los hijos de sus entrañas, la patria; por eso sus reinos, agradecidos, la justicia de la historia, la llamaron y la llaman madre de la patria.

Nosotros la llamamos la buena madre.

¡Oh, y cuántos sacrificios, cuántos dolores, cuántas penas, cuán largos insomnios, cuántas amargas lágrimas costaban á la noble reina doña María estos dos amores!

¡Cuán heróico era su esfuerzo, su fé nunca entiviada, su constancia nunca vencida! ¡Cuán admirable su firmeza en aquel largo combate contra todo! ¡Cuán admirable su rica esperanza, su espléndida esperanza, que nunca empalidecía!

Dios habia rodeado su cabeza con la sangrienta aureola de los mártires: Dios habia permitido que fuese herida, despedazada, hasta en lo mas caro que posee una mujer pura, su honra.

Dios habia querido alcanzase el inmarcesible laurel de una gran victoria reñida año por año, dia por dia, hora por hora, minuto por minuto. Dios la habia elegido para guardar la patria, para conservar la dinastía de los progenitores de Fernando IV, y salvó la patria, salvó la dinastía.

V.

¿Y con qué elementos, con qué fuerza? Cediendo, contrapeando, sirviéndose de los unos contra los otros, perdiendo una parte por acá, otra parte por allá, para no perderlo todo, para conservar á lo menos la autoridad real, entregando muchas veces villas y castillos á los de mala manera acrecentadores de su fortuna, para que tuviesen un interés propio en defender el territorio de la patria, entregando en las grandes situaciones en que todo amenazaba sombrío, sus hijos á las villas y á las ciudades para estimular el entusiasmo del siempre noble y generoso pueblo castellano, viejo en su amor á la patria y en su lealtad á sus reyes.

Habia aceptado, por último, una alianza de sangre con un enemigo innoble, con el rey de Portugal.

No podia hacer mas la reina doña María.

VI.

Por el momento, la alianza con el portugués inclinó decididamente la balanza de la guerra y de la política en favor de doña María.

Cierto es que andaban en traidores tratos los reyes de Aragón y Portugal, los infantes don Juan de Castilla y don Alfonso de la Cerda y el infante don Enrique el Senador y don Juan Nuñez de Lara.

Pero no se fiaban los unos de los otros, porque un traidor jamás cree en la lealtad ajena, por aquello de que nadie supone en otro lo que en sí no tiene, de donde nacen tantas y tantas injusticias de la multitud.

La verdad es que al ver á la reina robustecida con la alianza del que poco antes era su enemigo, todos los otros enemigos de la reina entraron en temor, y sin deshacer sus recíprocos tratos con el rey de Portugal, cada cual hizo por su parte un cambio de frente muy semejante á los que vemos en nuestros dias.

La verdad es que cuando á un poder se le cree débil, todos, hasta los mas débiles, le acometen, y que cuando este poder se robustece por una victoria decisiva, debida, ya á la Providencia, ya muchas veces á la propia torpeza de los enemigos, lo que tambien es providencial, todos hacen el cuarto de conversion, todos procuran ponerse bien con el poder triunfante, pero sin dejar de conspirar en secreto contra él.

Todo se reduce á que se les ha impuesto miedo; pero ni se arrepienten ni se enmiendan: se encubren, y esperan encogidos como el tigre la primera ocasion; por eso cuando median grandes intereses, lo mejor que puede hacerse es acabar con un enemigo que, cuando se creía fuerte, no ha dado ni el menor indicio de grandeza, ni de desinterés, ni de generosidad.

El perdon tras la victoria podrá ser muy cristiano, pero es

de todo punto impolítico, y produce generalmente funestísimos resultados.

VII.

El rey de Aragon se retiró del reino de Murcia.

El infante don Alfonso de la Cerda se metió mas adentro en el reino de Aragon.

Don Enrique el Senador no volvió á hablar mas de la venta de Tarifa al rey de Granada.

Este pactó una tregua con los cristianos, y don Alfonso Perez de Guzman pudo venir al corazon de Castilla, á la córte, y recibir de la reina doña María el encargo de ir á sitiár en su propia córte de Leon al rebelde infante don Juan.

Todo esto aconteció poco tiempo despues del casamiento de don Fernando el IV con doña Constanza de Portugal y de doña Beatriz de Castilla con don Alfonso, hijo primogénito y heredero del rey don Dionís.

VIII.

Recibió el alcaide de Tarifa con una alegría inmensa el encargo de ir á combatirse con su aborrecido enemigo el infante don Juan.

Enviar la reina á don Alfonso Perez de Guzman á Leon, era lo mismo que decirle:

—Id, clavad el estandarte real de mi hijo don Fernando en la torre mas alta del alcázar de nuestra córte de Leon.

La reina sabia bien cuánto pavor iba á pasar el infante don Juan con Guzman el Bueno.

La generosa cuestion de salvar la sangre del hermano de Sancho IV, aquella sangre que ella habia salvado tantas veces, quedaba para despues.

—Gracias, señora, la habia dicho Guzman el Bueno al reci-

bir la órden de apoderarse del reino de Leon: este es el dia mas grande de mi vida.

Y un relámpago de odio y muerte habia pasado sombrío por los poderosos ojos de Guzman.

IX.

Partió Guzman el Bueno con sus viejas lanzas de la frontera de Granada, acompañado del conde don Juan Alfonso de Alburquerque, á quien el rey de Portugal habia enviado con trescientas lanzas y mil peones, para servir á su yerno el rey de Castilla, en señal de alianza, y del rico hombre Juan Fernandez de Lima, que acaudillaba doscientos rocines y quinientos ballesteros.

Eran en todo setecientas lanzas y cuatro mil peones, con gran apresto de máquinas de guerra.

Penetró bruscamente por Leon toda esta gente talando la tierra, enviando delante de sí el pavor y dejando tras su paso el estrago, aportillando villas y castillos, desmantelándolos, y llegando con un terrible ímpetu á la ciudad de Leon, que cercaron, estando dentro el infante don Juan con su familia, combatiendo reciamente los muros, y causando gran mortandad en los defensores.

La reina doña María, con el rey y con la córte, se entró por el reino de Leon, detrás de la hueste de Guzman el Bueno.

En vano este habia retado de solo á solo al infante don Juan, que nunca osó salir de los muros afuera, ni aun dejarse ver sobre ellos.

Entre tanto, como el objeto de la reina no era tanto apoderarse de la ciudad de Leon, como imponer miedo al infante su cuñado, y traerle á buen término cuando la ciudad hubiera ya sufrido un gran castigo, sabiendo que la de Toro estaba mal guardada, mandó á Guzman el Bueno fuese sobre ella, y Guzman fué y la tomó, y tomó asimismo muchas villas y castillos,

y puso en alarma y en espanto toda la tierra, y luego el rey y la reina, y la córte, y la hueste, vinieron sobre la villa de Medina de Rioseco, que estaba rebelada por el infante don Alfonso, y la entraron, despues de lo cual, y de ocho dias de permanencia en Medina de Rioseco, la reina y el rey y la córte se fueron para Valladolid, y don Alfonso Perez de Guzman fué á dar de recio contra Dueñas, donde estaba don Juan Nuñez de Lara, que no le osó esperar, sino que antes de que llegase huyó despavorido, yéndose á Aragon con el infante don Alfonso de la Cerda, y cuando este, el infante don Juan y don Juan Nuñez de Lara, vieron que las cosas se presentaban tan bien á la reina doña María, y que acometia bravamente á sus enemigos y que los vencía, idearon un arbitrio que por lo miserable y por lo funesto de las consecuencias para la generalidad, solo podia caber en la satánica imaginacion del infante don Juan.

Este arbitrio fué acuñar moneda en gran cantidad en Leon, en Castrotorafe, en Dueñas, en Osma y en Deza, con el busto del rey don Fernando, y tan baja de ley, que solo valia la mitad que la moneda legitima, y la esparcieron con profusion por todos los reinos del rey don Fernando, causando en ellos una honda perturbacion, porque confundida aquella moneda con la buena del rey, nadie queria tomar ni la una ni la otra, y las cosas subieron á tan gran precio, hasta las mas necesarias, que se vendian por un doble de lo que costaban antes, lo cual estuvo á punto de causar una insurreccion general en Castilla.

X.

Solo la Providencia salvó de esta vez la causa de la reina, porque todo se combate, todo, menos la miseria de los pueblos, desesperados por la depreciacion de la moneda; pero el buen pueblo castellano sufrió su miseria, su hambre, y no se rebeló contra su rey.

Un milagro mas en favor de la reina.

XI.

Fallido este golpe traidor, no se desalentaron los rebeldes, antes bien, don Juan Nuñez de Lara se fué para Valencia, donde estaba el rey de Aragon, y le pidió la villa de Albarracin, porque alegaba tener derecho á ella, porque la villa habia sido de su padre, y el rey de Aragon se la dió por diez años, pero con el pleito homenaje de que durante aquellos diez años, don Juan Nuñez de Lara haria la guerra por don Alfonso de la Cerda contra el rey don Fernando.

XII.

Marchó don Juan Nuñez á Almazan, donde le esperaba el infante don Alfonso, y con él se fué para Deza, que le fué entregada por su alcaide traidor, y de allí se fueron para Dueñas.

Visto lo cual por la reina doña María, y que el infante don Alfonso con don Juan Nuñez entraba la tierra, apellidó á todos los concejos del reino para que enviasen sus personeros á córtes en Valladolid.

Reuniéronse en Valladolid las córtes, y concedieron al rey dos servicios en dinero para pagar la gente de guerra, y amenegar en alguna manera el daño causado por la mala moneda esparcida en Castilla.

Y el infante don Enrique, mal curado de su dolencia, aprovechando estas córtes, y volviendo á lo de Tarifa, intrigó cuanto pudo para que se hiciese esta venta al rey de Granada, lo cual no pudo conseguir, porque volvió á impedirlo la reina doña María.

Otrosí: viendo la reina que todos sus caballeros, excepto los de don Alfonso Perez de Guzman, cobraban de muy buen ta-

lante sus sueldos, pero no hacian de tan buen talante la guerra, rogó á los personeros enviasen á decir al rey de Portugal viniese con su cuerpo y con hueste bastante á defender al rey su hijo, y las córtes enviaron al rey don Dionís, á don Juan Hernandez de Lima, acompañado de dos hombres buenos.

Encontraron estos embajadores en Lisboa al rey de Portugal, que les respondió muy bien, y que dijo que iria con su cuerpo y con su alma y con todo su poder á ayudar al rey don Fernando, poniendo por único plazo para venir el dia de San Juan, con cuya fausta nueva volvieron muy contentos los embajadores.

En consecuencia de esto, la reina partió para Salamanca, y desde allí para Ciudad-Rodrigo, donde encontró esperándola ya, porque el San Juan habia llegado, y con una poderosa hueste, al rey de Portugal.

Y como el rey de Portugal dijese que necesitaba estar ocho dias en Ciudad-Rodrigo para esperar mas gente, la reina, para afirmar mas su alianza con aquel rey, se fué á tener vistas con la reina de Portugal á Fuent-Guinaldo, donde ambas reinas estuvieron cariñosamente juntas dos dias.

Despues de lo cual, volvióse la reina con el rey don Fernando á Ciudad-Rodrigo, y rogó al rey de Portugal emprendiese al momento la guerra.

Pero como el rey de Portugal tenia la intencion dañada, y no hacia otra cosa que cubrir las apariencias, se disculpó con vanos pretextos, no embargante los cuales, de tal manera se vió comprometido por el buen ingenio de la reina doña María y por la maravillosa influencia que ejercia sobre todos, que, mal su grado, marchó con su ejército Castilla adentro, pero con tan malas ganas, que tardó ocho dias en llegar á Salamanca, y allí se detuvo, y á lo que de allí no se movia hasta mejor tiempo, y sobre todo, hasta que el infante don Enrique, tutor del rey y guarda del reino, llegase.

Doña María se encontraba en la misma situacion de quien tira de un muerto.

Llegó por aquellos dias don Diego Lopez de Haro con su

mesnada, y entonces la reina dijo al rey de Portugal, que para hacer daño á los enemigos del rey don Fernando, dado caso que el infante don Enrique se disculpase con sus achaques, con don Diego Lopez de Haro podia ir, que él bastaba para llevar como castellano la voz del rey.

A lo cual contestó el rey de Portugal, que no daría un paso adelante si no le acompañaba don Enrique.

La inercia del muerto continuaba.

Doña María hizo un nuevo esfuerzo, y tiró aún; rogó al rey de Portugal que llegase hasta Toro, que allí iría el infante don Enrique.

Tardó seis dias el rey de Portugal desde Salamanca á Toro, á cuya ciudad llegó ocho dias despues, arrastrado tambien y comprometido, y no menos reacio que el rey de Portugal, el infante don Enrique.

Hablaron en secreto rey é infante, encubriéndose de la reina, y don Dionís dijo á don Enrique que su intento no era otro que avenir al infante don Juan, que se llamaba rey de Leon, con su sobrino el rey don Fernando, y consecuente á esto, enviaron un mensajero secreto al infante don Juan, reservándose siempre de la reina.

Traslucido lo cual por don Diego Lopez de Haro, y no conviniéndole esta avenencia, por la sencilla razon de que doña María de Haro, esposa del infante don Juan, su sobrina, como hija del conde don Lope Diaz de Haro, tenia derecho al señorío de Vizcaya que él poseia, se enojó y se apartó con su hueste de la del rey de Portugal, yéndose á Castilla.

Insistió todavía la reina con el rey de Portugal para que buscase á los enemigos y embistiese con ellos, y apretado ya, y sin tener excusa don Dionís, declaró que no podia ir contra el infante don Juan, porque este no le habia retado, ni contra el infante don Alfonso de la Cerda, ni contra don Juan Nuñez de Lara, que ningun mal le habian hecho, pero que él iría á cualquier otro lugar que no fuese de ellos, señalando por ejemplo la Mota, villa que tenia rebelada un rico hombre llamado Fernan Gutierrez Quexada.

Negóse á esto la reina, diciendo que ella no habia llamado á don Dionís para que le sujetase pequeños vasallos rebeldes, sino para que combatiere al infante don Juan, que tenia usurpado al rey don Fernando el reino de Leon, y al infante don Alfonso, que pretendia ser rey de Castilla, y á don Juan Nuñez de Lara, que con todo su poder ayudaba á entrambos. A lo que contestaron el rey de Portugal y el infante don Enrique, que si el rey y la reina no querian ir á la Mota, irian ellos, y que dirian á los concejos de Estremadura y de Leon que se fuesen con sus gentes de guerra, porque la reina no queria ir á la Mota con ellos.

Sucumbió tambien á esto por evitar mayores escándalos y males mayores, y fué al fin con el rey sobre la villa de la Mota á combatir á un vasalluelo rebelde con grande ejército, á cuyo frente iban tres testas coronadas, el guarda del reino de Castilla y el señor de Vizcaya.

Y para que no parase aquí el ridículo, el rey de Portugal no se movió, pretestando que no tenia máquinas de guerra, y cuando las tuvo, porque la reina envió por ellas, combatió dos dias la villa; pero cada vez que llegaban á punto de tomarla, el rey de Portugal lo impedia, retirándose de improviso con todos los suyos, como si su intencion no hubiese sido otra sino que el cerco de la pequeña villa de la Mota durase mas tiempo que el sitio de Troya ó que la guerra de Cantábría.

Y siempre que hacia esto el rey de Portugal, el infante don Enrique y el obispo de Astorga y el conde don Juan Alfonso de Alburquerque, se metian en una iglesia, donde les esperaba Rodrigo Alvarez Osorio, enviado secreto del infante don Juan y vasallo suyo, y además de esto, yerno del obispo de Astorga.

De lo que se trataba era de que se diese al infante don Juan el reino de Galicia para sí y para sus herederos, y la ciudad de Leon durante su vida.

Pero como sabian que esto no habia de consentirlo jamás la reina doña María, no se atrevieron á proponérselo, y andaban ganando tiempo por ver si se presentaba alguna ocasion favorable.

Creyeron al fin, y no atreviéndose á proponerlo á la reina, que el rey de Portugal lo propusiese á los concejos de las Estremaduras y de tierra de Leon, que estaban allí reunidos con sus gentes de guerra.

El rey de Portugal dijo á la reina que reuniese los concejos y los ricos hombres y caballeros con los infantes don Enrique y don Juan Manuel, y con don Diego Lopez de Haro, porque tenia que hablarles de cosas que interesaban mucho á los reinos.

Reunió la reina en su tienda á todos los que la habia pedido reuniese el rey de Portugal, y este les dijo que, siendo el rey don Fernando menor de edad, y estando sus reinos muy quebrantados y azotados por la guerra, y siendo los enemigos del rey, esto es, el infante don Juan, el infante don Alfonso y don Juan Nuñez de Lara, hombres en lo mejor de su edad, fuertes y ricos, si la guerra se llevaba adelante, perderia el rey don Fernando lo que le quedaba, é interesándose él por el deudo que tenia con el rey, por sus cosas, habia buscado medio para arreglarlo todo, y este era que el infante don Juan, que se llamaba rey de Leon, tuviese durante su vida la posesion y el señorío de la ciudad de Leon y de todas las villas y lugares de que se habia apoderado, y que si esto consentia el rey don Fernando, él trabajaria porque se llevase á cabo, y que si esto no se hacia, él no podria permanecer en Castilla, y se volveria para su tierra, á lo que respondió la reina, que tal parentesco y tal obligacion habia contraido el rey de Portugal con su hijo por el casamiento de este con la infanta doña Constanza, y debia el rey de Portugal interesarse por su bien y por su honra, y que á mas de esto, la concesion de lo que el rey de Portugal solicitaba, no dependia de ella sola, sino tambien del infante don Enrique el Senador, que era tio del rey, y su tutor y guarda de sus reinos, y que los hombres buenos y los de los concejos que allí estaban, responderian á la demanda del rey de Portugal, y para esto se tomaba la reina un plazo de cuatro ó cinco dias.

Conformóse con este plazo el rey de Portugal, y la reina empezó otra vez mas la afanosa tarea de destruir lo que los enemigos de su hijo edificaban, y habló con los concejos en general,

y con cada uno de sus hombres buenos en particular, y como sabia todo lo que traian entre manos el rey de Portugal y el infante don Enrique, no porque nadie hubiese ido á manifestárselo, sino por los espías que tenia la buena doña María, por medio de los cuales lo sabia todo, espías que estaban en todas partes, hasta en Leon, en la propia casa del infante don Juan, díjoles que bien sabian cómo habian tomado por rey y por señor al rey don Fernando su hijo, y cómo le habian servido bien y cumplidamente, manteniéndose en su fidelidad y otorgándole servicios de dinero para que pudiese regir el reino y hacer la guerra, y que ya era mancebo, y que antes de mucho cumpliria los quince años, y que si ellos se le mantenian fieles, habrian ganado en poder todo lo que hubiesen perdido sus enemigos, y que mirasen cómo otros antes que ellos criaron á otros reyes de donde el rey su hijo venia, que quedaron sin padres mas pequeños que él, y les guardaron fiel y bravamente su señorío, como si fueran de edad cumplida para poder mantenerlo por sí mismos, y que les hacia saber que el rey de Portugal habia venido á Castilla llamado por ella, que habia creido ayudaria á su hijo por el parentesco que con él tenia, y que en vez de hacer esto, se ponía de parte de los enemigos del rey, pretendiendo que este diese á su rebelde tío el infante don Juan el señorío del reino de Galicia, de que se llamaba rey, para que lo tuviese de allí en adelante para sí y para sus herederos, y que además de esto le diese la ciudad de Leon y todas las demás villas y lugares que habia tomado por toda su vida, y viniesen, muerto él, al rey don Fernando, y afirmó á los concejos la noble reina, que este trato era muy dañoso á todos los reinos de su hijo don Fernando, y camino por donde todo se podia perder, y como quiera que esto atañia á ella, y al rey, y á todos sus otros hijos, juraba, sin embargo, que no tanto lo sentia por sí y por ellos, como por la gran vergüenza y deshonor que seria para los reinos del rey su hijo, que el mundo supiese y la historia guardase que se habian olvidado de su nunca desmentida lealtad, amancillándola y envileciéndose; además, que por mucho que durase la guerra, el infante don Juan no ganaria ni podia ganar mas que lo que te-

nia usurpado, y que si los concejos de los reinos otorgaban lo que el rey de Portugal y el infante don Enrique pedian, ella no lo consentiria jamás, y que con el amparo de Dios y con la firmeza de su derecho esperaba sostenerse, á pesar del infante don Juan, y del infante don Enrique, y del rey de Portugal, y de don Juan Nuñez de Lara, y de todos los que le ayudasen en su mal hecho, porque aunque todos lo procurasen no se podria llevar á cabo, porque ella pelearia hasta morir como pudiese, hasta morir guardando la herencia de su hijo, y la ayudaria Dios.

XIII.

A esta valiente manifestacion de la reina, á su heróica decision, embravecidos y entusiasmados los leales concejos de las Estremaduras, y de Castilla, y de Leon, respondieron que la reina decia lo mejor que conocian que debian cumplir, lo que habian prometido al rey don Fernando, y que lo habian de defender y servir, y comprendiendo que la reina estaba decidida á todo, otorgáronle de nuevo el juramento de fidelidad tantas veces otorgado, declarando que de ninguna manera se hiciese lo que querian el infante don Juan, el infante don Enrique y el rey de Portugal, y la guerra adelante y á la ventura de Dios.

XIV.

No podia pedirse mas valor, ni mas constancia, ni mas fé en Dios, ni mas confianza en la lealtad de sus reinos, á la reina doña María: acometida por graves situaciones, cien veces amenazada de verse sola, sin fuerza alguna, arrojada con sus hijos de los reinos de su marido, habia encontrado siempre en su razon y en su grandeza nobles y magnificas palabras para entusiasmar y mantener en su lealtad á aquellos hombres buenos, á

aquellos personeros, á quienes hacia vacilar la traicion con promesas engañosas; no podia pedirse mas patriotismo ni mas amor de madre, porque no solo pugnaba la insigne doña María Alfonso de Molina por defender el patrimonio de su hijo, sino tambien porque no se desmembrase la robusta monarquía castellana, dividiéndose en partijas.

La fé del corazon, el valor sin límites, la confianza en Dios y su derecho, que atesoraba aquella noble señora, triunfaban de todo, haciendo que se repitiesen los milagros.

Ella sola era el alma, la fuerza de la monarquía castellana; ella, débil mujer, embestia sin miedo contra sus poderosos enemigos, llevando tras sí sus pueblos inflamados, embravecidos, y á costa de paciencia, de resignacion, de sacrificios y aun de humillaciones, guiada siempre por el recto sentimiento de su corazon, por los consejos de su alta inteligencia y de su incomparable prudencia, combatia sin tregua y sin retroceder un paso, y cansaba y aterraba á sus enemigos con lo tremendo de la lucha.

XV.

La desesperacion de estos se convertia en calumnia, en injuria, en infamia: no pudiendo vencer á aquella heróica matrona, pretendian herirla en la opinion de sus reinos, y hasta en los oidos del rey sonaba la mentira infame.

Por eso hemos dicho tantas veces que la reina doña María Alfonso de Molina fué una mártir; por eso, lo repetimos, la historia la ha llamado la madre de la patria, y el sentimiento la buena madre.

XVI.

Ahora bien; como la reina conocia el flaco de don Enrique, esto es, su codicia, y como la reina sabia además muy de memo-

ria aquel proverbio de *A Dios rogando y con el mazo dando*, díjole, para concluir de una vez, que tomase del rey lo que quisiese, y que se apartase á la hora de sus tratos con el rey de Portugal y con el infante don Juan, á lo cual don Enrique, aprovechando la ocasion, respondió pidiendo un centenar de villas y castillos, cuya peticion redujo la reina, dándole á Écija, que era suya, de su patrimonio particular, y las villas de Roa y de Medellin, por cuya donacion el infante don Enrique, que estaba siendo el alma de todas las rebeliones y de todas las dificultades con que se veia obligada á luchar la reina, se redujo por entonces y hasta que se le presentase la ocasion de aumentar con nuevas rebeldías, con nuevos é infames amaños sus medros, á una lealtad comprada; y habiendo demandado don Enrique, siempre mañero, á la reina le procurase una disculpa para apartarse del rey de Portugal, doña María mandó á los concejos se reuniesen y declarasen que no podian venir en lo que el infante don Juan pretendia y proponia como mediador el rey de Portugal.

Hiciéronlo así los concejos, y se fueron mas allá de lo que la reina queria, manifestando que no habia en el mundo hombre que se atreviese á pedirles faltasen á lo que habian prometido y jurado al rey don Fernando su señor, sin que le tuviesen por enemigo y le matasen por ello, porque ellos eran los que con los cuerpos y con las haciendas habian servido siempre y servirian al rey don Fernando su señor, y que mantendrian la verdad y la lealtad que debian tener.

Y cuando el rey de Portugal supo el acuerdo de los concejos, túvolo á grande enojo. Comprendió con rabia que todo era obra de la reina, y trasportado de cólera, y sin despedirse de nadie, se volvió con toda su hueste á Portugal.

XVII.

Toda la rabia del rey don Dionís se redujo á hacer ocho leguas por dia y á amagar una entrada en el reino de Leon como

en ayuda de los infantes don Juan y don Alfonso de la Cerda; pero su intencion no era esta, sino la de dejar con poca fuerza á Castilla, para que los infantes don Juan y don Alfonso y don Juan Nuñez de Lara pudiesen entrar á mansalva por Castilla y hacer en ella la guerra con ventaja.

Pero entendido esto por la reina doña María, tomó la iniciativa, y con una respetable hueste y muchos ingenios y máquinas de guerra, marchó sobre la ciudad de Toro.

A los siete dias de puesto el cerco sobre Toro, se presentó á la reina un caballero llamado Pero Fernandez de Castro, enviado por su deudo don Fernan Rodriguez de Castro, gran señor gallego influyentísimo, y pidió en su nombre le diese la reina todos los heredamientos del condado de Trastamara que el rey don Alfonso X y su hijo don Sancho IV hubiesen dado por merced á caballeros ó hubiesen quedado en la corona, y que con tal condicion, él vendria á servir con su cuerpo y con su hueste al rey don Fernando contra el infante don Juan, á quien de no concedérsele lo que demandaba, serviria con todo su poder.

Era lo de siempre: la lealtad y los servicios se sujetaban á tarifa; todos pretendian engrandecerse á costa del empequeñecimiento real.

XVIII.

Sorprendióse altamente la reina doña María, porque lo que se le demandaba era irritante, y contestó que Dios no quisiese que ella ni su hijo cometiesen la injusticia de desheredar á vasallos leales para hacer merced á otro que tal precio ponía á su lealtad, y que si por esta razon don Fernan Rodriguez habia de servir al rey, mas valia que le desirviese.

Y cuando supo esta respuesta don Fernan Rodriguez de Castro, envió al rey su despedida, y se desnaturó de su señorío, yéndose á servir con cuerpo y alma al infante don Juan.

Este habia sido el resultado de una baja intriga del irritado

rey de Portugal, porque este don Fernan Rodriguez, rico hombre y pertiguero de Galicia, tenia tal influencia en aquel reino, que podia decirse disponia de él; tantas eran las villas y castillos, y por consecuencia vasallos y mesnaderos que en Galicia tenia.

Y no paró en esto el rey de Portugal, sino que envió á don Fernan Rodriguez de Castro el conde don Juan Alfonso de Alburquerque con buen golpe de lanzas, para que con las del rico hombre gallego hiciese la guerra en Galicia por el infante don Juan.

XIX.

Viendo esto la reina doña María, y que el reino de Galicia estaba en gran peligro, envió allá al infante don Felipe su hijo, niño de poca edad, para que mantuviese por el entusiasmo de los gallegos su lealtad por el rey don Fernando.

Sabido por don Diego Lopez de Haro que el rey de Portugal se habia ido á su reino, vínose para el cerco de Toro, donde la reina y el rey se encontraban, y apenas hubo llegado, acordó con la reina y con don Enrique que el rey se fuese á Valladolid para tenerle mas seguro.

Estando en esto, llegó noticia de que don Juan Nuñez de Lara y el infante don Alfonso de la Cerda habian marchado sobre Palencia por consejo de unos caballeros de ella que se llamaban los Corrales.

Pero una casualidad afortunada hizo que no pudiese llevarse á cabo esta traicion.

Un hombre que velaba en la torre de la iglesia de San Miguel, que los vió venir mas allá del rio, á una legua de distancia, con antorchas, porque la noche era muy oscura, dió la alarma repicando las campanas de la iglesia, de tal manera, que puso de pié á todos los de la villa, que corrieron á los muros é impidieron que el mal hecho de los Corrales se consumase.

Huyeron los Corrales temerosos del daño que pudiera venirles, y otros complicados en la traicion que no huyeron, fueron mas adelante degollados en justicia por el rey don Fernando cuando llegó á su mayor edad.

Doña María creyó necesario por estos sucesos ir á Palencia con el rey, y así lo dijo á don Diego Lopez de Haro y al infante don Enrique.

Convínose en esto, y abandonando el sitio de Toro, y reuniéndose el rey con su madre, llegaron á Palencia estando en la villa de Dueñas el infante don Alfonso de la Cerda con don Juan Nuñez de Lara.

Llegados que fueron á Palencia, procuraron averiguar quiénes fueron los que habian tratado la entrega de la villa á los enemigos, y no habiéndolo podido saber fácilmente por entonces, dejaron allí, para que lo descubriese, á don Tell Gutierre, alguacil del rey, á Gutier Perez de Castrojeriz, á Pero Lopez de Fuentecha y Estéban Domingo de Avila, alcaldes del rey, mandándoles hiciesen la averiguacion necesaria, y que prendiesen á aquellos que apareciesen culpables.

Llegó por entonces á la hueste Pero Ruiz de Saldaña, y por servir al rey pidió, y siempre la tarifa, el heredamiento de la villa de Saldaña, que era del infante don Pedro, hermano del rey.

Y la reina, pensando siempre en que un dia podia invalidar el rey estas mercedes hechas por la fuerza, y porque amparaban en su pretension á Pero Ruiz, el infante don Enrique y don Diego Lopez de Haro, tubo de otorgarlo muy á su pesar, porque se veia obligada á quitar una parte de su herencia á su hijo el infante don Pedro.

No pararon aquí las contrariedades: habiendo dejado asegurada la villa de Palencia la reina, y habiendo pasado á Roa para dar la posesion de esta villa á don Enrique, llegó allí un mensaje de don Ruy Perez Ponce, hermano de leche del rey, y adelantado de todo el reino de Andalucía, diciendo que se despedia del servicio del rey, porque era ya vasallo del infante don Juan.

Alegróse mucho el infante don Enrique, y pidió para sí el

adelantamiento del reino de Andalucía, que quedaba vacante por la defeccion de don Ruy Perez Ponce, y se lo dieron porque no habia medio de negar nada al infante don Enrique, que iba creciendo mas cada dia en fortuna, y convirtiéndose rápidamente, segunque aumentaba su heredamiento con sucesivas mercedes, en el verdadero rey de Castilla.

Y cuando vió la reina que hasta un hermano de leche del rey le hacia traicion, á pesar de los grandes favores que á la reina debia, y siendo importantes sus servicios, y comprendiendo que se despedia y se desnaturaba por que le diesen; para que no se desnaturase, envióle un mensaje proponiéndole le daria las villas de Cangas y Tineo en Astúrias.

Lo cual obtuvo el resultado apetecido, porque don Ruy Perez Ponce, viendo halagada su codicia, dejó al infante don Juan y se vino otra vez al servicio de su olvidado hermano de leche.

XX.

Toro se perdia entre tanto, porque algunos de la villa querian darla al infante don Juan.

Y como esta villa era heredamiento particular de la reina doña María, esta partió de Roa para ir á guardar su hacienda, dejando al paso en Valladolid al rey, y llegando á Toro, donde tomó las medidas que creyó oportunas para la conservacion de la ciudad, y mandó reconstruir el alcázar que estaba ruinoso, y puso en él un alcaide de confianza con un respetable número de hombres de armas.

XXI.

Estos continuos apartamientos de la reina del rey, eran funestísimos.

El infante don Enrique no se separaba nunca de don Fernando; le halagaba, le adulaba, se le atraía, sembraba en él lentamente una desconfianza hácia su madre, que debia producir con el tiempo lamentables resultados, y mantenía una correspondencia secreta con el infante don Juan y con don Juan Nuñez de Lara, á pesar de tantas y tan grandes mercedes como le habia hecho la reina, conociendo su carácter codicioso y venal.

Pero la codicia no se satisface nunca, y se irrita mas cuanto mas se adquiere.

Así los pueblos ven con asombro que hombres fabulosamente enriquecidos por dilapidaciones y malos manejos en el gobierno, no se satisfacen jamás, y siguen con sus malos amaños y con sus feas y repugnantes traiciones para aumentar su fortuna.

Si los pueblos conociesen el corazón humano y la terrible influencia que tienen sobre él los siete pecados mortales, no se asombrarian de nada, y comprenderian que la soberbia y la avaricia son insaciables, comparables solo á un negro pozo sin fondo, el cual se pretenderá en vano ver lleno, por mas que en él se arroje oro.

Los pueblos no se fiarian entonces ni aun de su camisa, mirarian con sobrecejo á todos los que los engañan con bellas palabras para esquilmarlos, y se arrojarian como fieras sobre todo el que les dijese que iba á hacerlos felices, porque en cada uno de estos officiosos salvadores no verian, insensatos, á un buen patricio, sino á un tigre insaciable irritado por la sed de la sangre, esto es, del oro, porque el oro es no solo la sangre de los pueblos, sino tambien su sudor y sus lágrimas.

XXII.

El ánimo del rey se separaba cada vez mas de su madre; los traidores halagaban sus pasiones, le ensoberbecian, le hacian

odioso todo yugo, aun el suave y apasionado del amor de su madre.

La desventurada doña María no podia acudir á todo, y todo lo presentia sin embargo, y todo lo deploraba; pero, ó tenia que abandonar el reino por cuidar al rey, ó descuidar al rey por atender al reino.

No podia darse situacion mas difícil.

No bastaba esto: la traicion llegaba hasta el caso horrible de pretender que la reina ejerciese injusticias notorias para de este modo volver contra ella la indignacion de los reinos, y fué así que el infante don Enrique se avino con unos miserables de Zamora, que querian se matase so pretexto de traicion á ciertos hombres buenos que impedian á los malos sus torpes manejos, y el infante propuso á la reina fuera á Zamora á hacer aquella que él llamaba justicia.

Pero entendida la verdad por la reina, y viendo que lo que se queria era que Zamora se perdiese, disimuló, se hizo la ignorante, y dijo que ella iria contenta á Zamora, á hacer aquella justicia que se le aconsejaba, y fué.

Don Enrique, como le habian ofrecido gran cantidad de dinero porque engañando á la reina la hiciese cometer aquel crimen, andaba empeñado en que se prendiera á los hombres buenos, de cuyas herencias querian apoderarse los malvados, y cabalmente los que don Enrique queria se prendiese y se castigase, eran los mas ricos y los mas honrados de la ciudad, y los que mejor habian servido siempre al rey con sus personas y con sus haberes.

Y la reina contestó que ella no los prenderia sin causa, y que si malos eran fuesen acusados, y que ella veria las pruebas y sentenciaría el pleito.

Resistió esta determinacion don Enrique, y él personalmente con un escribano hizo pesquisa sobre todos los hombres buenos de la ciudad, lo cual, visto por ellos, se tuvieron por muertos, y fueron á ampararse de la reina, que los sacó de Zamora y los envió en seguridad á Toro y á Valladolid, lo cual produjo en Zamora entre la gente honrada, no solo amor, sino venera-

cion y entusiasmo por la reina doña María, que tan buena y tan justiciera se mostraba.

Y porque uno de ellos era muy buen hombre, no quiso la reina que se partiese de Zamora, y le aseguró consigo en su propia casa y entre su servidumbre.

Irritado don Enrique al ver que la reina le habia arrebatado su presa, por hacer algo y no irse sin ganancia de Zamora, echó mano de un sin ventura que se llamaba Juan Gato, y que habia sido alcalde del rey, y sobre si cohechó ó no cohechó, y si se habia puesto rico con los cohechos, sin oírle le mandó matar, y le tomó cuanta hacienda tenia, vendiéndola y guardándose los dineros: de la misma manera mató á un tal Estéban Elías, y se apoderó de su hacienda, y la vendió y se guardó el dinero; todo á vista y paciencia de la reina, que no lo podia evitar, ni se atrevia á castigar á aquel poderoso vasallo que de tal modo abusaba del poder que le habian dado el rey don Sancho y las córtes de Valladolid, haciéndole tutor del rey y guarda del reino.

Y no satisfecho el infante don Enrique, no calmada aún su irritacion, habló con los hombres de Salamanca, Zamora, Benavente, Mayorga y Villalpando, que estaban en la hueste, seduciéndolos para que se rebelasen contra el rey y se pasasen al servicio del infante don Juan, lo cual deshizo la reina hablándoles, como habia deshecho tantas traiciones.

Aburrido el infante don Enrique al ver que la reina le salia á los reparos, y que solo podia conseguir pequeñas cosas por sorpresa, hizo como que se reducía á la amistad de la reina, y esta se dejó engañar, y el infante la aconsejó llamase córtes á Valladolid, lo cual otorgó la reina, y las córtes fueron llamadas.

XXIII.

En este tiempo llegó un caballero de Navarra diciendo de parte del gobernador de aquel reino, que el rey su amo le mandaba á decir al rey de Castilla, que bien sabia que la conquista

del reino de Navarra hasta Atapuerta, era del rey de Francia su señor, de quien era el reino de Navarra, y que por lo tanto se lo pedia, y que si se lo daba, el rey de Francia se aliaría con el rey de Castilla, y vendría con su persona á defenderle; pero que si no se lo daba, el rey de Castilla no podría evitar que él procurase cobrarle de cuantas maneras pudiese.

La reina, que no podía con la carga que tenía sobre sí, y que veía el nuevo medio de que se valían sus torpes enemigos volviendo contra ella con un mal pretexto al rey de Francia, se apesará; pero disimulando su pesadumbre, contestó:

Que como quiera que este mensaje le traía de parte del gobernador de Navarra, creía ella bien que tal cosa no la sabía el rey de Francia, y que hacía muy mal el gobernador de enviar tal mensaje, porque ella sabía de seguro que tal era el rey de Francia y de tan buen entendimiento, que en los tratos que acabó con el rey don Sancho, su marido, en la ciudad de Bayona, renunciando por sí y por sus herederos á todas las villas y ciudades que habían sido del reino de Francia y habían pasado al de Castilla, lo guardaría bien y no quería ir contra ella en ninguna manera: además, que aun cuando él quisiese ir contra ella, lo haría demandando derecho, y que ella y el rey su hijo ponían á Dios por testigo de que nada habían hecho ni querido hacer contra el rey de Francia.

Viendo, pues, el mensajero que nada recababa de la reina, despidióse de ella, no con muy buen talante, y fuese para Dueñas, donde estaba con don Juan Nuñez el infante don Alfonso de la Cerda, y díjole: qué puesto que él se llamaba rey de Castilla, y andaba en pleito con el rey don Fernando y con su madre por este reino, si daba en señorío el de Navarra al rey de Francia, este vendría á ayudarle con todo su poder, en su demanda sobre el reino de Castilla, y que si esto otorgaba se fué á ver don Juan Nuñez de Lara con el rey de Francia, para firmar con él el tratado.

Aceptado lo cual por don Alfonso, don Juan Nuñez fué á verse con el rey de Francia.

XXIV.

Reuniéronse al fin las córtes en Valladolid á últimos del año de 1299, y por esta vez, escarmentado don Enrique del mal éxito que repetidas veces habian alcanzado sus pretensiones sobre la venta de Tarifa, no insistió en ella; pero como era codicioso, ayudó cuanto pudo para que los concejos diesen al rey en tres servicios gran cantidad de maravedises, para pagar los ricos hombres, los caballeros y los mesnaderos que hacian la guerra.

Los castellanos no perdonaban sacrificio alguno para defender los derechos del señor á quien reconocian por legítimo, á pesar de la falta de su legitimacion y de las pretensiones de otros que se creian con mejor derecho, y que pugnaban tenazmente, favorecidos por poderosos auxiliares, por arrancar la corona al rey don Fernando.

Esto se debia, no en gran parte como pudiera decirse, sino en todo y por todo, al valor, á la constancia, á la prudencia, al talento, al gran corazon de la reina doña María, porque el rey, violento y antojadizo, y dado á los que le adulaban, no era lo mas á propósito para mantener el entusiasmo y la lealtad de los castellanos.

Cierto es que uno de los pretendientes á la corona, el que se llamaba rey de Leon, el infante don Juan, estaba manchado y desprestigiado por grandes crímenes y por lo codicioso de su carácter, y que el otro pretendiente, el infante don Alfonso de la Cerda, no habia adquirido crédito alguno, y solo se le consideraba como un mendigo á quien no favorecian sus aliados sino tomándole como un pretexto para sus planes ambiciosos, además de que su madre era una mujer violenta, poco inteligente, caprichosa y mezquina, y estaba además manchada por sospechas de crímenes.

Sin embargo, no podian desconocerse los grandes sacrificios que los de Castilla hacian por el rey don Fernando, mantenien-

do con hombres y dinero una larga y costosísima guerra que yermaba sus campos, que no dejaba á los de la tierra seguridad alguna ni aun detrás de los fuertes muros de sus villas, siempre objeto de la rapacidad, de las ambiciones, y de que por todas estas causas reunidas les affligian el hambre y la peste; hé aquí la gran valía que no podia negarse á la reina madre.

Por ella y por solo ella, que sabia enamorarlos con sus virtudes y con su gran constancia, sostenian los castellanos aquella larga y encarnizada contienda que daba señales de no acabarse nunca.

XXV.

El infante don Enrique, ya que no pudo tratar de nuevo de lo de Tarifa, lo buscó por un medio indirecto, pidiendo con instancias se le dejase ir al adelantamiento de las Andalucías, que se le habia concedido: por supuesto que antes de todo, y como era de esperar, se apropió para sí gran parte de los dineros que las córtes de Valladolid habian concedido al rey.

XXVI.

El objeto de la tenacidad con que demandaba don Enrique se le enviase al adelantamiento de las Andalucías, era en último resultado llegar á la por él tan anhelada venta de Tarifa al rey de Granada.

Entre tanto Guzman el Bueno, á quien de derecho, por decirlo así, correspondia aquel adelantamiento, callaba, y ni aun se le ocurría desearlo, porque sabia hartó bien que el verdadero adelantado de los andaluces sobre los moros de Granada habia de serlo él, padre, por decirlo así, de Tarifa, y que muy al contrario de venderla, la habia de defender hasta perder su vida

Lo que pensaba el infante don Enrique, era, primeramente, excusar los peligros de la guerra que ardía en Castilla; despues, por tener aquel adelantamiento, á despecho de los andaluces, que no le querian porque le conocian bien, y engrandecerse con los medios de medro que este alto cargo prometia, y por último, porque una vez apoderado del ánimo de los concejos de la frontera, alcanzaria de ellos la entrega de Tarifa al rey de Granada, á trueque de tener una larga tregua que les asegurase la paz por muchos años.

De la misma manera que en otro tiempo hizo que los concejos de la Estremadura diesen á Serpia, Mora y Moron al rey de Portugal, y en este empeño de vender á Tarifa consistian los traidores y ocultos servicios que tan decididamente prestaba el infante don Enrique al infante don Juan, porque el primero estaba seguro de que el segundo, llegando á ser rey de Castilla, no se opondria á la venta de Tarifa ni á otras muchas exigencias con que el infante pensaba redondear su estado y ceñirse una corona, sino en los reinos de España, en cualquiera de los estados de Italia.

No se le habian olvidado ni la excomunion ni los veintiseis años de cautiverio, y ansiaba vengarse de la Santa Sede y del rey de Nápoles.

XXVII.

Prudente siempre la reina doña María, conociendo las intenciones de don Enrique, envió mensajeros secretos á muchos hombres buenos ó ricos hombres de las fronteras andaluzas sobre Granada, en quienes ella fiaba mucho, porque sabia lo decididos y lo interesados que estaban por servir al rey y á la patria, y puso en su conocimiento que, no pudiendo negar el adelantamiento de las fronteras de Granada al infante don Enrique, le recibiesen por adelantado, pero que no fiasen de sus hechos ni de sus palabras, que irian mal encaminados, sino que hiciesen

lo que su fé, su honor y su lealtad les aconsejase en servicio de Dios, de la patria y del rey, y además envió á Tarifa á don Alfonso Perez de Guzman con el encargo de que conviniese con los concejos andaluces en que, cuando recibiesen por su adelantado al infante don Enrique, fuese con la condicion de que nunca tratase de dar Tarifa á los moros.

La reina defendia esta importante plaza de un jaque mate, protegiéndola fuertemente con caballo, torre y alfil, siendo ella la reina que acudia á todas partes.

Por último, bien ajeno de las medidas que en defensa de Tarifa habia tomado la reina, y disueltas las córtes, el infante don Enrique partió para tomar el adelantamiento de la frontera lleno de ilusiones por el logro de sus traidores y miserables intentos.

XXVIII.

Por este tiempo, algo desembarazada la reina, comprendiendo al fin que habia necesidad de escarmientos, y que lo mucho contemporizar y la mucha clemencia era dañoso, habiendo descubierto los alcaldes que habia dejado en Palencia á los traidores que intentaron entregar la villa á don Juan Nuñez de Lara por el infante don Alfonso de la Cerda, mandó su castigo.

Y fué para Palencia, mandando antes al rey á Burgos, y pasando cerca de Dueñas, donde con nombre de rey de Castilla estaba don Alfonso de la Cerda; y cuando á Palencia llegó, encontró ya presos á los culpables, que poco despues fueron ajusticiados.

Tomó en seguida la reina algunos castillos que estaban por don Alfonso de la Cerda y por el infante don Juan, que fueron los de Monzon y Becrill y la casa de Rivas, por lo cual se detuvieron allí ocho dias.

XXIX.

Las cosas empeoraban por la parte de Navarra.

Don Juan Nuñez de Lara, que habia ido á entenderse secretamente con el rey de Francia, se vino á Navarra, y en cuanto llegó, tomó cuanta gente pudo de navarros y aragoneses, y con muy pocos castellanos se entró en son de guerra por Castilla, quemando, robando y destruyendo cuanto encontraba.

Pero salióle al encuentro á pesar de que estaba enfermo y débil don Juan Alfonso de Haro, como quien acudia á defender lo suyo, puesto que entre los lugares acometidos por don Juan Nuñez se contaba el obispado de Calahorra, que era del señorío de don Juan Alfonso.

Reunió cuanta gente pudo, y fuése detrás de don Juan Nuñez, que se iba ya retirando con grande priesa.

Esto demostraba lo acertado de la prevision de la reina doña María, que habia dado grandes mercedes á poderosos señores, solo porque al defender lo suyo defendiesen lo del rey.

Para triunfar en política es necesario crear grandes intereses, sostenidos por la causa que sea necesario defiendan los interesados.

Cuando don Juan Nuñez supo que iba en pos de él don Juan Alfonso de Haro, se detuvo, encontrándose ambas huestes y lidiando entre Alfaro y Araciél.

La batalla fué muy reñida, durando muchas horas, con grande estrago; pero al fin, aunque débil y enfermo don Juan Alfonso de Haro, venció á don Juan Nuñez de Lara, y prendióle, y llevóle en triunfo á Alfaro muy lleno de la victoria por la gran importancia que tenia, puesto que habia quitado su mejor adalid á los infantes don Alfonso y don Juan, y habia desbaratado los proyectos del rey de Francia, y luego á su castillo de Saldaña, donde le encerró cargándole de hierros.

Súpolo esto la reina en Palencia cuando se aprestaba á ir

con el rey á Carrion, y hubo por esto grande alegría en la córte y grande pesar en los traidores encubiertos que á ella asistian, y no mucho contentamiento en el rey, que como sabemos, andaba en imprudentes tratos secretos con sus enemigos, queriendo ya emanciparse de toda tutela.

Viéronse muy pronto los resultados: muchas villas y lugares que estaban por don Alfonso y don Juan se vinieron á la merced del rey, que los acogió sin castigo.

Entre tanto el rey de Aragon amenazaba á Lorca, obligando á la reina á hacer un empréstito para reunir gentes para socorrer al reino de Murcia, y ayudó al infante don Juan Manuel para que defendiese la villa de Lorca, en la cual se metió cumpliendo tan bien el encargo de la reina, que rechazó con grandes pérdidas al rey de Aragon.

XXX.

Sitió despues la reina á Palenzuela, asistiendo el rey al cerco; pero aconteció lo de siempre, esto es, que don Diego Lopez de Haro y los caballeros que por el rey tenian campo, andaban siempre muy desganados de pelear, y no se les conocia que servian al rey en otra cosa, sino en que iban bajo su estandarte.

Visto lo cual por la reina, quisiera bien soltar á don Juan Nuñez, con tal de que este entregase al rey todas las villas y lugares que le tenia usurpados.

Pero no lo consintió don Juan Alfonso de Haro, y la reina hubo de tener paciencia, durando en el cerco de Palenzuela, en que ya llevaba tres meses, á cuyo tiempo, habiendo sabido el infante don Enrique en Andalucía, que estaba preso don Juan Nuñez de Lara, se fué precipitadamente á Palenzuela, dejando su adelantamiento, en que nada adelantaba por las sábias previsiones de la reina, y manifestó á esta que entre ambos, ella y él, prescindiendo de don Juan Alfonso de Haro y de los que se

opusiesen, soltasen á don Juan Nuñez de Lara, con tal de que este jurase lealtad al rey y entregase algunas villas y castillos.

En lo cual anduvo y fué gran parte para que se consiguiera, la hermana de don Juan Nuñez, la Palomilla.

Cronistas hay que dicen que por esta libertad de don Juan Nuñez se hizo el casamiento del infante don Enrique; pero por documentos indudables consta que este casamiento fué muy anterior.

Para concluir esto fué á verse don Enrique, acompañado de la Palomilla, con don Juan Alfonso de Haro, y le pidió le diese en libertad á don Juan Nuñez de Lara, á lo que se negó rotundamente don Juan Alfonso de Haro, diciendo que á él le habia costado mucha fatiga y mucha gente prenderle, y que no le soltaria tan áfias; pero que si la reina queria la libertad del prisionero, fuése á verse con don Juan Alfonso en Santo Domingo de la Calzada, y que él haria cuanto la reina le mandase.

Sucumbió tambien la reina á esta nueva exigencia, y dejando á don Diego Lopez de Haro con el rey sobre Palenzuela, fué con el infante don Enrique á verse con don Juan Alfonso de Haro á Santo Domingo de la Calzada, adonde llegó poco después don Juan Alfonso.

Pidióle la reina la persona de don Juan Nuñez, y don Juan Alfonso contestó que la daria á ella como á su reina y su señora, mas no á ningun otro, fuese quien fuese, y que puesto que él entregaba á don Juan Nuñez, queria le diesen á él y á su vasallo Gonzalo Alfonso de Quintana algunos lugares que dijo, y que la reina, siempre paciente, siempre sometiéndose á las circunstancias, le dió, aunque no tan violentamente como habia dado otras mercedes, porque al fin don Juan Alfonso habia hecho un buen servicio al rey abatiendo la soberbia de don Juan Nuñez y entregándosele.

Pero no paró en esto, porque la reina dió á don Juan Alfonso, hijo del dicho don Juan Alfonso, y á Felipe de Castro, su yerno, setecientos mil maravedises, ó lo que es lo mismo, cerca de un millon y trescientos mil reales de nuestra moneda, que con lo que valian las villas y lugares que se habian dado á

don Juan Alfonso y á su vasallo, montaban á un rescate tal, que hacia honor á la valía del prisionero, por quien se pagaba.

Pero esto, en fin, hasta cierto punto era un negocio, porque podia cobrarse lo que habia dado á don Juan Alfonso de Haro con el valor de las villas y castillos que quitara á don Juan Nuñez de Lara, á trueque de su definitiva libertad.

Acabado el trato, don Juan Alfonso de Haro se fué á Nalda, donde tenia estrechamente preso á don Juan Nuñez de Lara, y le llevó entre lanzas á Santo Domingo de la Calzada, donde le entregó á la reina, que mandó le pusiesen á buen recaudo.

XXXI.

Tratóse en seguida con don Juan Nuñez de Lara acerca de su libertad, poniéndole por condicion para ello entregase los lugares siguientes que habia usurpado al rey: Osma, Fonpudia, Palenzuela, Amaya, Dueñas, Tordesillas, la Mota y Lerma, y además, que hiciese juramento de servir al rey, sin poder por ninguna razon ni pretesto apartarse de su servicio durante seis años seguidos; y si de aquel tiempo en adelante hubiese de apartarse de su servicio, que fuese con completa sujecion al fuero de los hijo-dalgos, que dice cuándo, cómo y por qué los vasallos son quitos del pleito homenaje prestado á su señor natural, y no de otra manera.

Además, que si el rey muriese sin hijo de bendicion, tomase y reconociese por rey y por señor al infante don Pedro su hermano, y si muriese este sin hijos, al infante don Felipe, y así sucesivamente á la descendencia en mejor grado del rey don Sancho IV.

Firmóse este convenio por ambas partes, bien á pesar de don Juan Nuñez, que cedió á la dura ley de la necesidad, y la reina se fué á Palenzuela á poner en conocimiento del rey y de don Diego Lopez de Haro y de los otros hombres buenos de la hueste el convenio que don Juan Nuñez habia hecho, lo cual

pesó á todos, porque no querian ver libre, y al servicio del rey, á don Juan Nuñez.

Pero hubieron de tener paciencia, y procediéndose al cumplimiento del convenio, don Juan Nuñez envió un mensajero vasallo suyo á Pero Gonzalez de Aguilar, para que entregase la villa de Palenzuela, de que era alcaide; pero este dijo que no la entregaria hasta que viese puesto en libertad á su señor.

Quitáronle entonces las cadenas á don Juan Nuñez, le dieron un caballo, y montado en él, y libre, se presentó ante los muros, y mandó al alcaide entregase la villa, y del mismo modo mandó á otros sus vasallos que allí estaban y que tenian los lugares y castillos que se habia obligado á dar al rey, los entregasen, y así se hizo, viniendo á formar parte del ejército real la gente de armas que estaba en Palenzuela, así como la que habia en las otras villas y castillos de don Juan Nuñez, que habia entregado al rey.

Y cuando esto vió el infante don Enrique, pidió para sí, en heredamiento, la villa de Castrojeriz y el castillo de Dueñas, y se las dieron, y asimismo don Diego Lopez de Haro pidió la villa de Tordehumos, y se la dieron tambien.

Y cuando hubo pasado la fiesta de Navidad, el rey de Portugal envió á decir que queria tener vistas con el rey y con la reina, las cuales se concertaron en Ciudad-Rodrigo.

XXXII.

Hiciéronse estas vistas en el mes de febrero del año de 1300, y en ellas el rey de Portugal pidió le diesen lo que habian de costar las dispensas de los parentescos entre el rey de Castilla y doña Constanza y la infanta doña Beatriz con el infante don Alfonso de Portugal, en lo que convino la reina, convocando córtes en Valladolid para el mes de abril del mismo año.

XXXIII.

Reunidas estas córtes, decretaron cuatro servicios al rey, y además otro para pagar su legitimacion en la córte de Roma, que estaba ya otorgada, porque como dice la crónica, *el casamiento del rey é de la reina fuera en pecado, é todos los de la tierra lo otorgaron de buena mente, porque entendian que era muy grand servicio del rey é pró de toda la tierra.*

Pesóle mucho al infante don Enrique de esta legitimacion del rey don Fernando, porque le aseguraba en la corona de una manera indudable, quitando todo pretesto á la traicion, y á él su gran poderío, como tutor del rey y guarda de sus reinos, y procuraba por cuantos medios estaban á su alcance impedir este servicio, lo que no pudo conseguir, porque las córtes al fin lo decretaron, despues de lo cual se disolvieron.

XXXIV.

Viendo, pues, el infante don Juan que todas las cosas se aparejaban en favor de su sobrino el rey de Castilla, que no podia contar ya con don Juan Nuñez de Lara, sino mirarle como enemigo, que por otra parte el rey de Aragon andaba flojo y reacio en ayudarle, no queriendo perderlo todo, se vino otra vez como antaño, humildemente, á la merced del rey, declarando que renunciaba á cuanto habia pretendido sobre los reinos de Castilla y de Leon, suplicando solo que por el señorío de Vizcaya que su mujer doña Maria de Haro habia perdido, le diesen alguna cosa.

Hízose al fin el acomodo en la forma siguiente:

El infante don Juan renunciaba cuanto habia pretendido en los reinos de Castilla y de Leon en cualquier manera; reconocia

por rey y por señor natural y por legítimo heredero de los reinos de Castilla y Leon al rey don Fernando, y si este rey don Fernando muriese sin hijos de bendicion, tomaria por rey al infante don Pedro, y á falta de este, al infante don Felipe, y así sucesivamente á las infantas doña Isabel y doña Beatriz, dado caso que falleciesen sin sucesion legítima, y si no, á sus legítimos herederos en mejor grado.

De todo lo que hizo pleito homenaje el infante don Juan delante de toda la córte, en manos del infante don Enrique, jurando además lo mismo sobre los Santos Evangelios en manos de don Gonzalo, arzobispo de Toledo.

De todo lo cual se hizo escritura bastante ante cinco notarios presentes, cuya escritura confirmaron los prelados y los ricos hombres que á aquel acto asistieron.

Don Juan entregó al rey la ciudad de Leon y todas las villas, lugares y castillos que habia usurpado, y el rey le dió como compensacion del señorío de Vizcaya que correspondia á doña María de Haro como hija legítima del conde don Lope Diaz de Haro, las villas de Mansilla, Paredes, Medina de Rioseco, Castro-Nuño y Cebreros, para evitar desavenencias entre el infante don Juan y don Diego Lopez de Haro, á quien no podia quitarse el señorío, porque, aunque mal, habia servido al rey en tiempos calamitosos, si bien es cierto que si le habia servido habia sido por conservar el señorío de Vizcaya, aumentándole cuanto habia podido.

A mas de esto, el infante don Juan pidió se le diese su soldada como se daba á los otros infantes y ricos hombres, y como la reina no tenia dinero y la importaba mantener sosegado al infante don Juan, dióle lo que pedia de los dineros que estaban destinados á pagar en la córte de Roma la legitimacion del rey don Fernando, y lo que sobró se apoderó de ello don Enrique, que en esto de adquirir no se descuidaba un punto, y andaba á la que saltaba, como vulgarmente y con gran propiedad se dice.

Esperó por entonces Roma.

Mandó la reina, utilizando ya los servicios de los dos rebel-

des atraídos el infante don Juan y don Juan Nuñez de Lara, y á don Diego Lopez de Haro y al infante don Enrique, fuesen á cercar la villa de Almazan, y fueron; pero á don Enrique no le venia bien esto, porque nada de lo que era pelear le agradaba, y mucho menos cuando era para que el rey recobrase los lugares que habia perdido, acrecentando de este modo su poder y dando ocasion para que un dia le quitase la guarda de los reinos.

Por lo que hacia cuanto podia para que el rey no se viese libre de enemigos.

Esta es la historia de todas las guerras civiles; se prolongan por los ambiciosos y por los traidores que con ellas medran.

Y no sabiendo cómo impedir que el cerco de Almazan se llevase á cabo, propuso que él y el infante don Juan se fuesen á ver con el rey de Aragon, como mejor medio para llevar á cabo aquel negocio.

Pero una vez propuestas las vistas, fué necesario levantar el cerco de Almazan, porque el infante don Enrique decia que teniéndole cercada una villa de que estaba apoderado el rey de Aragon, este no podia tener buen ánimo para venir á una buena avenencia con el rey de Castilla.

La reina calló y sufrió aún; levantó el cerco de Almazan, y se fué con el rey y con la hueste á Berlanga, á esperar el resultado de las vistas del rey de Aragon con el infante don Juan y don Enrique.

XXXV.

Este último era la causa de todas las dificultades que se cruzaban delante de la reina; la eterna rémora, el eterno elemento alevoso y conspirador.

En las vistas con el rey aragonés trató mas de sí que de su pupilo; propuso que el rey de Aragon se aviniese con el de Castilla, á trueque de que este le dejase en quieta y pacífica pose-

sion de las villas y lugares que le habia quitado, aprovechando la guerra civil, y que el infante don Alfonso de la Cerda renunciase á sus pretensiones del reino de Castilla, mediante la cesion que el rey de Aragon debia hacerle de parte de las villas y castillos que se le dejasen, de los que habia tomado, para que el infante don Alfonso pudiese mantener su representacion.

Don Enrique, por su parte, exigió pleito homenaje al rey de Aragon, de que si en algun tiempo el rey don Fernando quisiese quitarle la guarda de los reinos, ó le cercenase parte de las villas, castillos y lugares que le habia concedido, el rey de Aragon con su reino, y el infante don Alfonso con su persona, harian la guerra á todo su poder contra el rey de Castilla.

Por su parte, el infante don Juan pactó con el rey de Aragon y con don Alfonso de la Cerda, que si el rey de Castilla, su sobrino, se volvia contra él, ó no le entregaba, andando el tiempo, el señorío de Vizcaya, que era de todo derecho de su mujer doña María de Haro, por ser hija legítima del conde don Lope, y con mejor derecho que don Diego Lopez de Haro, hermano del difunto, el rey de Aragon, y don Alfonso de la Cerda, y el infante don Enrique, se volverian en favor del infante don Juan, y á todo su poder, contra el rey de Castilla.

Conformáronse con esto las cuatro partes contratantes, se hicieron de ello cartas muy firmes, pero se tropezó con aquello de que "quién pone el cascabel al gato" ó lo que es lo mismo, quién daba cuenta de aquella avenencia á la alentada reina doña María, que de seguro habia de oponerse á ella.

Pero no fué necesario que á la reina lo dijesen, porque como ella tenia buenos escuchas en todas partes, especialmente entre la servidumbre de sus enemigos, súpolo antes de que se lo dijese, llamó á Berlanga á los infantes don Juan y don Enrique, y llegados que fueron, sin manifestarles que sabia todo lo que se habia tratado, les dijo que no queria avenencias con el rey de Aragon, porque no tenia fé en los tratos de aquel señor.

XXXVI.

En todas estas cosas se habia pasado gran parte del año de 1300.

Por el mes de octubre llegó noticia á la reina de que el rey de Aragon habia cercado la villa y alcázar de Lorca, que era del infantazgo de don Juan Manuel, y cuya tenencia tenia un freire de la órden de Uclés, llamado Lope Fernandez, y de que el aragonés habia puesto en tal aprieto á la villa, que su alcaide habia prestado pleito homenaje al rey de Aragon de entregársela, si en el plazo de treinta dias no era socorrido, por lo cual Lope Fernandez, segun la costumbre de aquel tiempo, y para guardar la lealtad y vasallaje, escribió á la reina manifestándola el pleito en que se habia puesto con el rey de Aragon, pidiéndola sócorros, y dándose por quito y libre de toda traicion, si en el término de treinta dias no era socorrido.

Habló la reina acerca de esto con don Diego Lopez, con don Juan Nuñez, y con los infantes don Juan y don Enrique, y como cada cual de estos iba por su lado y no querian combatir juntos, hallaron un pretesto en la falta de dinero que tenia la reina, y la manifestaron que no se podia ir á ninguna parte si no se pagaba la hueste.

No se detuvo por esto la valiente reina; empeñó lo que fué menester de su patrimonio, y levantó un empréstito ó manlieva de millon y medio de maravedises; dió sus soldadas á los infantes y á los ricos hombres, pagó la hueste, y les dió las talegas, es decir, los racionó, y partió con grande ímpetu y á grandes jornadas con cuatro mil caballeros á socorrer á Lorca, porque sabia bien la reina que, cobrada aquella villa, podria recobrar todo el reino de Murcia, y obligar al rey de Aragon á un avenimiento honroso y estable.

XXXVII.

Pero como, lo repetimos, el acrecentamiento de poder del rey don Fernando no convenia á su tio el infante don Enrique, este envió secretamente aviso al rey de Aragon, para que ya que no pudiese por fuerza de armas tomar la villa á Lope Fernandez, sedujese á este para que le entregase la villa y el alcázar antes de que pudiesen llegar á su socorro los cuatro mil caballeros que con la reina iban; y aprovechando este aviso el rey de Aragon, y proponiendo su casamiento con una rica y hermosa doncella de su reino al alcaide, túvole, porque olvidándose este de la lealtad y el honor por su interés, entregó la villa y el alcázar de Lorca al rey de Aragon antes de que terminase el plazo de los treinta dias.

XXXVIII.

Esta adversa noticia alcanzó á la reina en Alcaraz por el mes de noviembre, y como ya habia hecho el sacrificio para pagar la hueste, porque no fuese inútil, propuso á los infantes y hombres buenos siguiesen hácia el reino de Murcia, para poner cerco á las villas de Alcalá y Mula, que sabia la reina se podian tomar, porque estaban mal defendidas y mal reparados los muros de los pasados combates.

Otorgáronlo todos; racionó de nuevo la hueste la reina, envió al rey con ella, y quedóse en Alcaraz para buscar mantenimientos y quitar á los caballeros pretesto para no combatir.

Llegaron, tomaron con suma facilidad los castillos de Alcalá y Mula, y se echaron sobre Murcia tan de improviso, que el rey de Aragon, que en Murcia estaba con su mujer, no lo supo hasta un dia antes, y bien huyera porque se encontraba sin fuerzas bastantes para resistir al ejército castellano, pero la reina su

mujer estaba en cinta y en dias de su alumbramiento, por cuya razon no lo pudo hacer.

XXXIX.

Bravos iban los buenos castellanos, con los ojos encarnizados y alegres, porque veian que podian tomar preso al rey de Aragon, á su mujer y á sus hijos los infantes; pero como don Juan y don Enrique estaban muy avenidos con el rey de Aragon, iban muy á su pesar contra él, pusieron estorbos é impedimentos, y como los hombres buenos dijesen que aquella ocasion no era para perdida, y que con poco trabajo se podia acabar allí la guerra prendiendo al rey de Aragon y obligándole á dar al de Castilla todo lo que le habia quitado, y afirmar con él paces valederas por siempre jamás amen, y los leales concejos que en la hueste iban, y don Diego Lopez, y don Juan Alfonso de Haro, y don Juan Nuñez de Lara, se obstinasen cada cual por su interés en acometer al rey de Aragon, los infantes don Juan y don Enrique se aferraron tanto al jóven rey de Castilla, que le sedujeron y recabaron de él no acometiese á su enemigo el rey de Aragon, y con esta autoridad y la que daba al infante don Enrique su doble cargo de tutor del rey y guarda de sus reinos, á los tres dias de estar sobre Murcia sin hacer nada, mandó levantar los campos al ejército, y se vino con él y con el rey para Alcaraz, donde la reina tenia preparados ya abastecimientos cuantos eran menester para muchos dias.

Esta nueva traicion valió á los infantes don Enrique y don Juan gran cantidad de maravedises, que les dió el aragonés.

XL.

Vióse de nuevo obligada á tener paciencia la reina, y luego á sucumbir á los consejos de los infantes don Enrique y don

Juan, los hermanos Haro y don Juan Nuñez de Lara, de que convocase de nuevo córtes en Castilla, y despues en Leon, y esto lo hacian aquellos magnates para dar tregua á la guerra, porque estaban muy desavenidos y no querian pelear juntos por el rey.

La primera convocatoria fué para Búrgos, en el mes de abril de 1302.

XLI.

Reunidas las córtes en Búrgos, la reina doña María manifestó á los personeros que el rey habia llegado ya á su mocedad; que por su alianza con el rey de Portugal, y por la sumision del infante don Juan, habia mejorado mucho el estado de las cosas, y acrecido el poder del rey; pero que la guerra con el de Aragon, y con el de Granada, y con el infante don Alfonso de la Cerda, no habia cesado, y que necesitaba le diesen algo los reinos, no solo para continuar la guerra, sino tambien para pagar en Roma la legitimacion del rey y de los infantes sus hermanos, porque el servicio que para esto habian otorgado las pasadas córtes de Valladolid, habia sido necesario entregarlo por bien de la paz al infante don Juan cuando se sometió; y los concejos, que eran, por decirlo así, la carne nacional, que no miraban mas que el interés de los reinos, que no se doblegaban á ambiciones ni caian en la traicion como los magnates, que veian que su reina no descansaba, ni reposaba, ni vivia, luchando incansable por su hijo y por sus reinos, tuvieron á muy gran hecho concederla lo que les pedia, y se lo concedieron, dando al rey cuatro servicios para pagar los hijo-dalgos de la hueste, y uno para la legitimacion del rey y de sus hermanos.

Conmueve aquella hidalguía, aquella lealtad del municipio, comparada con la negra é infame traicion de los grandes.

El rey don Fernando el IV tuvo dos madres: la una la que le habia dado el ser y combatió por él sin miedo y sin reposo;

la otra su patria, representada por los buenos y leales concejos de las Estremaduras y de Castilla, que le dieron su dinero y su sangre: para ambas fué ingrato el rey don Fernando; pero no atropellemos los sucesos.

Este servicio para la legitimacion fué de diez mil marcos de plata (ochenta mil duros de nuestra moneda, valor exorbitante para aquellos tiempos, en que todo valia infinitamente menos que ahora), que fueron enviados al Papa Bonifacio.

Expidió este sus cartas de legitimacion en favor del rey don Fernando y de sus hermanos, y quitóse ya con esto todo pretexto legal á los ambiciosos.

Disolvieronse, pues, las córtes.

XLIII.

Pero este año fué terrible: el hambre, mas espantosa que la peste, cayó sobre Castilla.

La guerra, durante muchos años, habia yermado los campos, habia incendiado las cosechas: los habitantes de los lugares murados, amedrentados, no se atrevian á apartarse mucho de sus muros, porque, á mas de la guerra, affigia á Castilla el bandillaje, proveniente de ella, porque entonces los ejércitos se hacian con aventureros, y estos, cuando eran despedidos ó cuando desertaban, temerosos de algun castigo, se reunian en bandas y se entregaban á la rapiña.

La reina, harto affigida por la guerra civil, harto empeñada en ella, no tenia fuerzas para reprimir este género de crímenes.

El desconcierto era terrible: para gobernar bien y en justicia el reino, era primero necesario tenerle, y robustecerle despues por la paz.

Las alteraciones no producen mas que miserias y desastres de todo género.

La adulteracion de la moneda castellana, hecha de mala fé, como ya dijimos, por los infantes don Juan y don Alfonso, y por don Juan Nuñez, habia producido una gran crisis monetaria, aumentando escesivamente el valor de las cosas; la industria, el comercio, la agricultura, estaban abandonados.

Castilla no producía, y se gastaba en la guerra, para sostener los derechos de Fernando IV, mas que lo que se tenía.

La reina habia vendido su vajilla, sus alhajas, habia empeñado, primero, las rentas reales, luego su patrimonio particular, despues el de sus hijos: gran parte de estos patrimonios se habia invertido en comprar con mercedes de villas y castillos los servicios interesados de infantes y magnates.

Los concejos apretaban en los tributos para dar al rey servicios.

Gran parte del territorio donado á los grandes estaba chupado, devorado por ellos.

Los castellanos habian vertido por su rey y por su patria mucho sudor, muchas lágrimas, y se habian quedado exhaustos.

Los resultados, con todo su terrible esplendor, no podian dejar de sobrevenir, y sobrevino el hambre.

Las gentes caian exánimes en las calles, en las plazas, en los campos, y tal fué la mortandad, que se calcula sucumbió una cuarta parte de la poblacion de Castilla.

¿Pero qué importaba á los próceres que lo habian vendido todo, su honra, su lealtad, su conciencia, hasta su alma?

Los asesinos, los ladrones, los infames, eran poderosos, y desde las altas torres de sus soberbios alcázares miraban indiferentes á la pobre multitud que moria á los piés de sus muros.

XLIII.

Cuando los pueblos padecen de tal manera, cuando sucumben bajo el hambre y la desesperacion, no hay que pedirles un

juicio claro é imparcial acerca de las causas que producen sus males: no ven mas que su estenuacion, su miseria, y se vuelven desesperados al rey, como al poder que, segun ellos, creen puede salvarlos, porque las multitudes no conocen la ciencia de la política, porque no puede pedirse la razon filosófica de las cosas á quien no tiene inteligencia ni sabiduría bastantes para ello, porque las multitudes no saben que el rey y el pueblo, los dos únicos poderes legítimos, están unidos por una misma suerte, que cuando los pueblos son traicionados, robados, desangrados y escarnecidos, es tambien traicionado, robado, desangrado, escarnecido el rey.

La grandeza y el bienestar de los pueblos corren al par de la grandeza y del bienestar de los reyes.

Pero cuando un cuerpo estraño, infame y corrosivo lo corrompe todo; cuando una falange de miserables alterna en el mando, posponiéndolo todo á su soberbia y á su codicia, olvidados de cuanto constituye las creencias de un hombre de honor; cuando todo lo aprovechan; cuando compran los instrumentos venales que los mantienen en su encumbramiento dándoles una parte del botin; cuando no hay otros hombres de que disponer para el mando, el pueblo y el rey se desconocen y se enemistan; está colocada entre ellos esta negra nube de langosta; no se ven bien, no pueden verse: el rey se queja del pueblo, porque el pueblo le deja oír su sordo rumor de descontento, y el pueblo se queja del rey, porque no destruye á los vampiros que chupan la sangre de un reino entero.

¿Qué podia hacer la reina doña María? Si prescindia de los Haros, tenia que echar mano á los Laras; si el infante don Juan se le aproximaba, no podia rechazarle ni podia decir al infante don Enrique, alejaos: no habia un solo rico hombre de los de segunda esfera que tuviese renombre bastante para encargarle de la defensa de los preciosos intereses que habia que guardar: aquello era un círculo vicioso; no se podia salir de cierto género de hombres, y todos eran á cual peor.

Existia, es cierto, Guzman el Bueno; pero hacia falta en la frontera de Granada para contener la ruda y tenaz embestida

de los moros, y la reina solo le apartaba de allí para traerle á la corte y á los negocios en las grandes situaciones.

Como hemos visto, nadie servia á la reina, ó lo que es lo mismo, nadie servia á la patria si no se le pagaba á medida de su codicia, y aun así, despues de pagados, no servian ni á Dios, ni á la patria, ni al rey, sino á sí mismos, haciéndose entre sí una cruda guerra los ambiciosos, y poniendo siempre en peligro con sus encarnizadas luchas personales cuanto habia de precioso y de sagrado.

El extranjero estaba seguro de ser bien servido por ellos si les pagaba bien.

Porque estos hombres miserables, embriagados por la ambicion, no encontraban nada repugnante, ni aun la alevosía á la patria si por ella aumentaban su riqueza ó sostenian su soberbia: ellos disponian de los elementos de fuerza, ellos podian traer un tremendo dia de amargura y de desórden en que todo se perdiese, y la reina, que los conocia demasiado, la reina, que lo veia todo, que estaba atenta á todo, que no olvidaba ni un solo momento los grandes deberes, los terribles deberes que habia puesto en sus manos la Providencia como reina y como madre, los retenia á su lado, contempORIZANDO SIEMPRE, SUFRIENDO, CALLANDO, DOBLEGÁNDOSE, pero doblegándose de tal manera, que no comprendieran que se doblegaba porque no perdiesen el último resto del temor que la tenian, neutralizando, contrapesando, anulando el poder de los unos con el de los otros, gastándolos y debilitándolos lentamente con una paciencia infinita, dividiéndolos por la envidia, aislándolos, empequeñeciéndolos, esperando un dia en que el poder real lo dominase todo y fuese el único medio de salvacion para los castellanos.

XLIV.

Pero estos estaban ciegos, desorientados bajo el continuo embate de la lucha de los próceres, del clero y de los municipios.

A ellos venia á parar el mal, porque ellos eran el cuerpo y cuando la cabeza está débil, la miseria que devora la cabeza y la causa fiebre, hace sentir tambien la fiebre al cuerpo.

No meditaban, no juzgaban, no sentian mas que lo que les affigia.

Las multitudes juzgan con el sentido vulgar, por las apariencias, y las apariencias son siempre falaces; hay que levantar la cubierta, hay que profundizar debajo para llegar á la verdad, y esto requiere inteligencia, esperiencia y verdadero sentimiento.

No comprendian, no podian comprender la alta política de la reina; solo veian que estaba rodeada de miserables y de traidores, y que no los mataba: no veian que no podia matarlos; no veian que ellos eran la armazon del gobierno, aunque corrompida, necesaria, por lo adverso de las circunstancias; no se les alcanzaba que ellos tenian todos los elementos de fuerza y de corrupcion, que tiranos hoy en el mando, fuera del mando eran conspiradores mañana, y creian los dicterios calumniosos de su rabia contra el poder que los enfrenaba, verdades palpables; porque el vulgo cree todo lo que le dicen, y lo cree tanto mas cuanto es mas absurda la maledicencia.

Y qué, decian, ¿no hay mas que cuatro hombres para que ayuden al rey á gobernar el reino? ¿no hemos de salir de un Haro sino para dar en un Lara, ni hemos de vernos libres del infante don Juan sino para que nos oprima el infante don Enrique? ¿no son todos traidores? ¿no han crecido de traicion en traicion, de infamia en infamia? ¿qué eran antes de haber engordado con nuestra sangre? ¿por qué tienen ellos acaparado todo el pan, y á nosotros nos falta?

Y era necesario decir á aquel pueblo que se quejaba: ¿por qué no te agrupas armado y tremendo alrededor del trono, y le prestas tu fuerza para que pueda matar á los alevosos y á los ladrones? ¿Por qué eliges para tus municipios esos hijo-dalgos que se venden al oro, y envian personeros con los cuales tiene que luchar brazo á brazo la reina para que todo no se desquicie? ¿No ves que esos personeros ineptos, ignorantes y miserables,

cuando no se venden se dejan seducir por apariencias, por promesas falaces, y que solo ese admirable don que el cielo ha dado á la reina para conmover á los que la escuchan, ha impedido que vuestros personeros sean cómplices de la venta de Tarifa al moro, de la entrega de las Estremaduras al rey de Portugal, de la cesion de la Navarra al rey de Francia, de la entrega vergonzosa del reino de Murcia al de Aragon, del desmembramiento del reino de Leon al infante don Juan, de un fuerte infantazgo, cuando menos, á don Alfonso de la Cerda, y de que las Castillas y las Andalucías, hechas partijas, viniesen á ser el patrimonio de don Enrique, de los Haros y de los Laras, y que esto se debe en gran parte á vuestra ceguedad, á vuestra ignorancia, á vuestra credulidad? No acuseis á la que con vosotros es víctima: respetad lo que no podeis comprender.

Inútiles esfuerzos.

Nadie cree aquello que no comprende, ni su soberbia le permite comprender su ignorancia.

Los sucesos marchan entre tanto lógicos, necesarios, invariables, como Dios ha querido que marchen.

La materia bruta que no siente mas que las impresiones materiales, se corrompe, cria gusanos que acaban de devorarla, que perecen por último, quedando de todo aquello un polvo nauseabundo, que el viento barre, lanzándolo en el espacio, dejando pura la tierra para que produzca frutos opimos y sazonados.

Pero esta es la tarea del tiempo; lo que se ha podrido no puede volver á ser sano, necesariamente ha de disolverse, ha de reducirse á polvo.

Por eso hemos dicho que el tiempo es el único revolucionario que conocemos; el tiempo, esto es, el espacio, lo infinito, lo eterno, lo que siempre es presente y no se detiene nunca, la inmensidad, esto es, Dios.

XLV.

Doña María Alfonso de Molina, sin mas amparo que su gran corazon, su grande alma, su infinita prudencia, su inmenso genio, su valor heróico y su incansable actividad, es una figura gigantesca y resplandeciente para el que lea la historia de su tiempo, avalore con corazon é inteligencia su lucha y su martirio, y establezca el paralelo entre aquella época y otras posteriores, enteramente semejantes entre sí, salva la diferencia de carácter.

La humanidad ha sido siempre la misma en cuanto á virtudes y á crímenes; el corazon y la conciencia están siempre sujetos á unas mismas leyes, con la sola modificacion de las costumbres: puede darse hoy una doña María Alfonso de Molina, si se la coloca en circunstancias semejantes á las en que aquella se encontró.

XLVI.

Nos hemos perdido en este larguísimo capítulo histórico, y tal vez habrá contrariado, bien á nuestro pesar, á muchos de nuestros lectores, porque mas que una novela escribimos una apología de la ilustre madre del rey don Fernando IV, porque queremos que no solo llegue á nuestras masas populares la gloria de aquella nobilísima señora, sino para que vean esplicadas por la historia y por la esperiencia cosas que hoy no comprenden los unos, y que otros no quieren comprender; esto es, que la ambicion y la soberbia son generalmente la razon de la política, y que á los pueblos se les engaña, se les explota, se les despedaza, valiéndose de palabras huecas y de promesas traidoras, que son otros tantos horribles y repugnantes sarcasmos.

La historia es la esperiencia, la esperiencia la sabiduría: los de corazon sencillo y bueno, leed y aprended; los de corazon corrompido, temblad al poder incontrastable, absoluto, terrible, que ha impuesto á cada falta, á cada crimen, á cada perversion su castigo inevitable; ese poder absoluto que no tiene compañero ni necesita estraña fuerza, porque solo él es fuerte, Dios.

Negadle y escarnecedle en buen hora, no importa, peor para vosotros; lo que es necesario que sea será inevitablemente: el dia en que os veais vencidos, por tierra, despedazados por los cascos de los caballos, no busqueis vuestro vencedor sino en ese poder eterno, inevitable, invariable: él no ha querido que sea lo que no puede ser.

1717

LIBRO QUINTO.

LA INGRATITUD.

LIBRO QUINTO

LA INGRATITUDINE

CAPITULO PRIMERO.

DE LA SITUACION EN QUE SE ENCONTRABAN LOS PERSONAJES DE ESTA
VERÍDICA HISTORIA.

I.

Durante los tres años que hemos recopilado en el último capítulo del libro anterior, la situación de nuestros personajes había cambiado muy poco.

El Sin nombre, esto es, el conde don Lope Diaz de Haro, encubierto siempre, siempre desconocido, había acompañado á la reina con la compañía franca de los Hermanos de la Selva, adherido siempre á su hermano don Diego Lopez de Haro, que estaba dominado por él con un terror supersticioso, é influido de tal manera, que no podia temerse hiciese traicion á la reina, no ya cuando le importaba servirla por la posesion del señorío de Vizcaya, que tenia á causa de la rebelion del infante don Juan y de su esposa doña María de Haro, á quien como hija de don Lope correspondia de derecho el señorío, sino despues de la su-mision del infante don Juan al rey, cosa que había sabido muy

mal á don Diego, porque de esperar era que el infante don Juan no se contentase con las villas y castillos que el rey habia dado á doña María de Haro en compensacion del señorío de Vizcaya, sino que pidiese este, que era mas importante; como que era el mas fuerte señorío de la corona de Castilla, y constituia á su poseedor casi casi en una testa coronada.

II.

Don Diego Lopez de Haro no podia darse cuenta de quién era el Sin nombre: creia por una parte que era su hermano, y por otra tenia tales pruebas de la muerte del conde don Lope, que no podia creer en su existencia.

Teniale unas veces por el alma en pena de su hermano, que las supersticiones religiosas de aquel tiempo bien daban lugar á ello; otras, que era algun personaje muy enterado de la historia del conde don Lope, y que tenia con él, en el aspecto, en la altivez, en el carácter, algo de muy semejante.

La verdad era que el conde don Lope se habia constituido para su hermano en un sér fantástico, en un sér misterioso que ejercia sobre él una omnímoda influencia, hasta el punto de que á nadie ni aun á sus deudos mas cercanos habia revelado don Diego lo que sentia y lo que creia acerca del Sin nombre.

Estaba completamente sometido á él, y si algunas veces don Diego se sobreponia á aquella influencia y se bastardeaba algo en el servicio de la reina, don Lope, como con un poder mágico, le atraia otra vez y le sujetaba á su voluntad.

Muchas veces durante aquella larga campaña se veia á los dos capitanes, el uno con su hábito benedictino ó con su sobre-vesta de luto, el otro con su ostentoso ropon talar de rico hombre, paseando por lugares solitarios, lejos de los campamentos, cuando permitia apartarse de ellos la posición del enemigo, ó ya el uno en la tienda del otro, encerrados y hablando largamente. Se les tenia, pues, por muy buenos amigos, juzgando como

siempre se juzga por las apariencias; pero la verdad era que don Lope mandaba y don Diego obedecía, que don Lope imponía y don Diego temblaba.

La reina veía con mucha frecuencia á don Lope, consultaba con él, y podía decirse que era su amigo oculto.

El rey había acabado por eliminarse de la influencia de don Lope, porque el violento carácter de Fernando el IV no sufría bien las severas amonestaciones de don Lope; y gracias á que guardaba el secreto de su existencia por no sabemos qué temor supersticioso.

En cuanto al rey, se agradaba mucho mas del infante don Enrique y del infante don Juan y de don Juan Nuñez de Lara, que en nada le contrariaban, llevándole siempre el humor, y buscando á porfía ocasiones de complacerle.

Zayda Fatima, triste, apenada, cada dia mas infeliz por su amor imposible, tenía un confidente y un fuerte amparador en el conde don Lope.

III.

El infante don Juan no había prescindido de su grande empeño por Zayda Fatima, empeño convertido en pasión, y que equivalía para él tanto como el logro de una corona.

Don Ayesa-ben-Tayde y don Jonás, mayordomo, como sabemos, el uno, y el otro alcaide de los escuderos de don Juan, habían tendido asechanzas por sí y por medio de sus satélites, para apoderarse de ella, á Zayda Fatima y ponerla á merced de don Juan, que les ofrecía por ella un tesoro; y de otra parte, el infante don Juan Manuel, también enamorado de Zayda Fatima, usaba de todos cuantos medios estaban á su alcance para comprometerla á que fuera su esposa.

Pero ya viniesen las asechanzas de parte del infante don Juan, ya de parte del infante don Juan Manuel, encontrábanse siempre los que las ponían en juego, ya con Zancudo, que se

habia hecho formidable y se habia crecido porque no habia nadie que se le pusiese delante ni por ingenio ni por puños que no fuese conocido y lastimado, ya con Diego de Moron, el Zurdo, que no era rana y obraba á lo albéitar, ya con el mismo Sin nombre ó con la gente que este tenia siempre de una manera cautelosa en resguardo de Zayda Fatima.

La Palomilla se habia resignado con su suerte, porque el ser de su amor se habia deshecho, convirtiéndose en aire; no podia dudar de que Zayda Fatima era mujer, y en cuanto á que el rey de Granada fuese el caballero del Aguila Roja, se habia tambien convencido de una manera tal, que se estremecia siempre que se acordaba de su convencimiento.

IV.

Y fué que en una ocasion, estando don Enrique con ella como adelantado de Andalucía, en Alcaudete sobre la frontera del reino de Granada, doña Juana dijo á su marido una siesta en que hacia mucho calor, indolentemente reclinada en un blando divan y hermosísima, hasta el punto de que el infante don Enrique, olvidados por un momento sus ambiciosos proyectos, no sabia separarse de ella:

—Señor mio, ¿qué sucederia si enviáseis un mandadero al rey de Granada manifestándole que yo queria ver esa famosa Alhambra, y los jardines del Djene-al-arife, de los Alijares, y de Aynadamar?

—Sucederia, contestó frunciendo el cano entrecejo el infante, que mi amigo Mohamed enviaria á la frontera un walí con un buen golpe de lanzas y esclavos negros para que trajesen unas andas de tela de oro con blandísimos cojines para que fué-
seis conducida á Granada, y á mí una rica litera para que os acompañase, y con todo esto vendria un buen regalo de telas preciosas, y de perlas, y de perfumes, y no sé yo cuántas cosas, porque estos reyes moros son muy galanes, y muy espléndidos,





LA BUENA MADRE.

La Palomilla miró con gran contentamiento aquellas galas....

y muy soberbios, y se perecen por la ostentacion, mayormente cuando se trata de damas, la fama de cuya hermosura, como la vuestra, ha llegado á su noticia.

—Pues enviad el mandadero, don Enríque, aunque no sea mas que por ver los presentes que me envia el rey de Granada, y ya que sois tan aficionado á que os den.

Don Enrique, que no podia adivinar la intencion de su esposa, ni temia, por otra parte, que el rey de Granada le hiciese una mala jugarreta, sabiendo que al complacer á doña Juana, que le dominaba, complacia al rey moro, que alguna vez le habia indicado el deseo de conocerla, envió á su canciller con una carta para el rey de Granada espresándole el deseo de su esposa, y el canciller fué y volvió en el mismo dia, porque la distancia de Alcaudete á Granada es corta, y no vino ciertamente solo, sino acompañado de un kaid de caballos y de las cien lanzas gruesas que este mandaba, y de trescientos peones ballesteros pertenecientes á estas lanzas.

Además, venian como una veintena de esclavos vestidos de rojo con argollas de oro, que traian un gran palanquin ó andas, relleno de almohadones, cubierto con tela de brocado, y cerrado con dobles cortinas de damasco.

Asímismo venian, una magnífica hacanea con un sillón de dama, por si la infanta queria usar de ella, y una acémila cargada con dos cofres de rica labor y de madera de alerce, que contenian dentro un sinnúmero de preciosidades.

El walí traia una carta del rey en que este se mostraba muy complacido por el deseo que habia espresado doña Juana de ver á Granada; se lo agradecia mucho, y en muestra de agradecimiento le enviaba, segun decia la carta, un mezquino presente.

Pero aquel presente calificado de mezquino valia muchos miles de doblas, porque contenia algunos trajes completos de sultana, muchas ricas joyas, y cuantos perfumes y afeites de gran coste usaban las damas granadinas.

La Palomilla miró con gran contentamiento aquellas galas, pero con el recelo de que no la viniesen bien.

Quiso probarlo, se encerró en su camarín con sus doncellas,

se vistió completamente á la usanza mora, se puso los collares, los brazaletes y las ajorcas que habian formado parte del regalo, y se presentó á su marido de tal manera deslumbrante, que este no pudo reprimir un movimiento de indignacion.

—¿Y pensais ir así á Granada, señora? dijo.

—¿Y por qué no? contestó doña Juana: así mostraré á ese buen señor que agradezco su presente; y no sé en qué podrá consistir, pero la verdad es que las ropas y hasta los riquísimos borcegués que me ha enñado, parece que para mí se han hecho, segun que me están bien.

—Nada tiene de extraño eso, dijo el infante, porque preguntándome el rey de Granada cómo érais vos, y como esta pregunta me la hiciera durante un sarao en Djene-al-arife, al que asistian gran número de hermosas damas y las infantas hermanas del rey, señalándole yo una de ellas, le dije: ¿ves la sultana Adija, señor?

—Sí que la veo, me contestó el rey, y por cierto que es una de mis hermanas mas queridas, porque se parece mucho á mi hermana Zayda Fatima, la que está en Castilla con la reina tu señora.

—¿De veras, dijo la Palomilla, se parece mucho esa sultana á la otra?

—Como que son hijas de un mismo padre y de una misma madre, contestó el infante, que no podia dar en el quid de la pregunta de su esposa, y que continuó: pues bien, dije al rey de Granada, mi esposa es tan alta y tan gruesa como la sultana Adija, y tan cierto es esto, que vestidas de un mismo modo y vistas de espalda, no sabria yo decir en el primer momento cuál de ellas era mi mujer.

—Y decidme, preguntó la Palomilla: ¿el rey de Granada se parece á la sultana Zayda Fatima?

—Sí, se conoce á legua que son hermanos.

La Palomilla no se atrevió á preguntar mas, pero se apresuró á ponerse en marcha, y don Enrique, poniéndose tan galano como le fué posible, al meterse su mujer en el palanquin, se metió en la litera, y llevando solo consigo algunas doncellas de

doña Juana y algunos criados suyos, tomó el camino de Granada.

Pero el rey Mohamed, que no estaba muy contento con el infante don Enrique porque este no habia sabido hacer que la venta de Tarifa le fuese otorgada, se habia propuesto dar una mala broma al infante.

A este efecto, un walí, aleccionado, vestido de monfí, esto es, de salteador, con otros treinta ó cuarenta soldados, tambien disfrazados de monfies, saliendo al camino, dieron de través con la escolta que el rey de Granada habia enviado al infante don Enrique y á su mujer, y como esta escolta y el walí que la mandaba estaban tambien en el negocio, se pronunciaron en fuga, llevándose los unos para atrás al infante don Enrique, y los otros para adelante á la Palomilla con sus doncellas, que estaban gravemente asustadas, porque no podian comprender que el rey de Granada se permitiese tales bromas.

Ello fué que los que habian tirado hácia Granada con doña Juana y sus doncellas, apresuraron el paso llegando prontamente á la ciudad, se metieron por la puerta Elvira, y recorriendo el barrio de la Antequeruela y la cuesta de los Gomeles, dieron en la puerta de Leuxar, que era la primera del alcázar de la Alhambra, y luego en la de la Justicia, que podia llamarse la puerta del palacio real.

Doña Juana se admiró de tanta magnificencia cuando se encontró dentro del alcázar, y comprendió que aquello se habia hecho para el amor y para la armonía.

Llegaron con ella y con sus doncellas al patio de la grande alberca, y el walí llamó entonces á la puerta dorada del harem, que abrió inmediatamente el alcaide de los eunucos, no pasando de allí mas que doña Juana y sus doncellas.

Pasado un vestíbulo precioso y un riquísimo arco festonado, entraron en el admirable patio de los Leones, que entonces, con su sala de las Dos Hermanas, y los baños y los jardines, que ya no existen, constituian el lugar del harem de los reyes moros de Granada.

Siendo de observar, que inmediatamente al harem estaba el panteon donde los enterraban.

Se comprendia que los moros no podian estar lejos del amor ni aun muertos.

Al entrar en el patio, vió la Palomilla gran número de mujeres jóvenes y hermosas y todas ricamente vestidas, negras las unas, blancas las otras, morenas las mas, sentadas las unas en las galerías á la sombra de grandes velos de tela de oro y seda que cubrian los arcos, jugando las otras, otras entreteniéndose en las clarísimas aguas de la fuente que saltaban en caprichosos juegos y se desprendian de las bocas de los leones.

El alcaide de los eunucos habia destacado delante de sí á uno de sus subordinados, que se dirigió á la magnífica puerta de alerce ricamente labrada en caprichosa lacería, con escudetes, estrellas y rombos matizados y dorados, y tocó á su postigo.

Abrióse inmediatamente de par en par la puerta, y apareció una preciosa jóven como de quince años, magníficamente vestida á la manera que lo iba la Palomilla, y seguida de un cortejo de jóvenes doncellas negras, vestidas de tela de oro y plata sobre rojo y azul.

Todas las mujeres que estaban en el patio, se levantaron ó abandonaron sus juegos, y se inclinaron profundamente al paso de aquella jóven que habia salido de la sala de las Dos Hermanas, y que llevaba en la cabeza una magnífica diadema de sultana, y en los brillantes ojos y en la pequeña boca la espresion de una pureza inmaculada.

Era la sultana Adija.

V.

Al verla doña Juana, ahogó un grito de sorpresa y adelantó vivamente hácia ella, mirándola de una manera singular.

—Tú me conoces, señora infanta, dijo la sultana Adija en correcto castellano, dando la mano á doña Juana, poniéndose luego su mano sobre el corazon, y besándosela en la parte en que habia tocado la mano de la Palomilla: sí, sí, tú me conoces, porque

conoces á mi hermana la sultana Zayda Fatima; me lo ha dicho mi hermano el rey; yo me parezco mucho á mi hermana, á mi pobre hermana, á quien no conozco y á quien amo: cuando vuelvas á Castilla, señora, llévala el corazon de su hermana Adija: ven, ven conmigo.

Y asiendo de la mano á doña Juana, la llevó á la sala de las Dos Hermanas, cuya puerta se cerró inmediatamente, quedándose dentro doña Juana con sus doncellas, que se habian cosido, como suele decirse, á su señora, temerosas al verse entre tantas mujeres, y adivinando lo que aquello podia ser.

—Festejad á esas jóvenes, dijo la sultana Adija á sus doncellas señalándoles las de doña Juana.

Y luego se llevó á esta al magnífico alhamí ó alcoba de la derecha, cubierto de riquísimas alcatifas con mullidos almohadones de damasco y oro, y fragantes perfumeros que arrojaban de sí un humo blanco y ténue.

Aquel lujo, aquel refinamiento de todo cuanto puede convidar á la molicie y al amor, aquellas paredes afligrinadas, doradas, pintadas, labradas con una variedad y belleza infinitas, aquella cúpula, semejante á una gruta estalactítica, de cristales de colores incrustados de oro, aquella luz blanda, aquel silencio profundo, solo turbado por el monótono y blando murmurio de la fuente que brotaba en el centro de la maravillosa estancia, el suave perfume de las flores y de las esencias quemadas en los peveteros, el fresco delicioso que allí se sentia, y aquella niña tan pura, tan hermosa, tan parecida al sueño de amores de la Palomilla, todo esto junto, mágico, nuevo, no adivinado, la maravillaba, la fascinaba, la embriagaba, la dominaba.

VI.

La sultana Adija hablaba con la volubilidad, la alegría, la ligereza de los pocos años; abrumaba á preguntas sobre su hermana, sobre la reina de Castilla, sobre las cosas de por allá á

doña Juana, que no tenia tiempo para responder á tanta y tanta pregunta echada una sobre otra.

Al fin, cuando la sultana hubo satisfecho su curiosidad, se levantó, asió de la mano á doña Juana, y dijo:

—Ven, ven: mi hermano el rey, que me ama mucho, y que ha querido que mientras estés con nosotros vivas á mi lado, desea conocerte; ven, y te llevaré hasta él.

Y salió de la sala por una bella galería oblonga, bajó por unas bellas escaleras de mármol blanco, atravesó un jardin, y por otras escaleras no menos ricas, llegó á una puerta, á la que llamó.

Abrióse al momento aquella puerta como si hubiera obedecido al contacto de la pequeña mano de la sultana, y se encontraron en una antecámara prolongada, magnífica, y por ella entraron en un salon imponderable, en el salon de Comares, en lo que podia llamarse la gran cámara real de los reyes de Granada, y que hoy es por su suntuosidad y su belleza un monumento incomparable.

En un divan, vestido con una larga sotana negra de seda sin adorno alguno, con una toca verde en la cabeza, emblemas ambos de su altísima dignidad, la toca verde como descendiente del Profeta, la túnica negra como rey proveniente de los almoravides, habia un jóven pálido, de fisonomía lánguida, de larga barba redonda, lacia y negrísima, y de grandes y rasgados ojos negros, la nariz, la boca, el corte oval del semblante, la palidez mate, todo era puramente árabe.

Pero no habia belleza á escepcion de los ojos; suplía por la belleza la majestad.

Sobre un almohadon, junto á sí, tenia una magnífica espada con empuñadura de oro; delante de él, sentados sobre una alcatifa ó alfombra, cuatro venerables ancianos de larga barba blanca.

A los dos extremos dos katibs ó secretarios: los secretarios escribian lo que hablaban tanto el rey como los cuatro ancianos.

Abu-Abdalla-ben-Mohamed-ben-Nazar estaba en consejo con sus kadíes, y trataba cabalmente en aquel momento de cómo se haria para obtener del rey de Castilla la venta de Tarifa.

VII.

La sultana Adija dió dos ligeras palmadas al ponerse bajo el gran arco de entrada de la cámara.

El rey miró, vió á su hermana y á la Palomilla, despidió su consejo, que salió, inclinándose profundamente sus individuos al pasar junto á las dos infantas, y el rey se levantó y las salió al encuentro.

—¡Ah, no es él, no es él! dijo con desaliento la Palomilla.

—¿Y quién no es él? dijo la ingénua sultana Adija.

—Tu hermano no es como yo creía.

—¿Pues cómo creías tú que yo era? dijo el rey de Granada, que habia oido estas últimas palabras.

—Yo creí que eras como tu hermana doña María de Granada y de Molina.

Nublóse el semblante de Abu-Abdalla.

—Yo, dijo con acento sentido, no la llamo como tú; yo la llamo Zayda Fatima; Dios la perdone porque no ama á su hermano; no ha querido venir á verme, á vivir algunos dias conmigo en nuestra Alhambra, con sus hermanas que la aman.

—Ella ama á otro sobre todas las cosas, dijo despechada la Palomilla.

—¿Y á quién ama? preguntó el rey de Granada.

—Al que guarda á Tarifa para que tú no la tomes, contestó doña Juana.

—¡Ah! ¿Sidy-Alfonso, el que apellidan el Bueno los tuyos, el leon bravo é invencible? digno es de ella y ella digna de él.

—Pero es casado, dijo doña Juana, y entre nosotros, un hombre casado no puede tener mas que una esposa.

—Pero á lo que me parece, dijo Abu-Abdalla, irritado por la malevolencia de la Palomilla, hay mujeres casadas que quieren tener muchos maridos: ¡hola, alcaide de mi cámara! dijo el rey: llámame á ese infante don Enrique que anda por ahí desespera-

do preguntando á todo el mundo qué ha sido de su esposa, y venga á mí; y suavizando despues su acento el rey, añadió dirigiéndose á doña Juana: estancia tienes preparada en mi alcázar, donde vivirás al lado de tu esposo. Zambra tendremos esta noche para que de ella goces: conocerás nuestros alcázares, nuestros jardines, nuestra ciudad, nuestros amenos huertos, y partirás cuando te pareciere: ahora, adios, que el Altísimo y Único te prospere y te dé paz y bienandanza.

Y asiendo el rey de la mano á su hermana la sultana Adija, que estaba asombrada, salió con ella y dió algunas órdenes á los de la guarda de su cámara, y se alejó, dejando sola á doña Juana, humillada y contrariada.

VIII.

Poco despues entró el infante don Enrique hosco y pálido, pero se tranquilizó al ver el lugar en donde estaba su esposa.

—¿Qué es esto? dijo: juraria á que me habeis indispuerto con el rey de Granada, señora.

—El rey de Granada tendrá siempre de vos lo que de vos necesita, dijo doña Juana; y no hay entre vosotros indisposicion posible: vámonos de aquí, don Enrique; me ahogan estos muros; no estoy acostumbrada á esto; me dan dolor de cabeza estos perfumes, y ese rey de Granada es un grosero.

Afortunadamente, el kaid que acompañaba á don Enrique no entendia ni una palabra de castellano.

—Llevadme, dijo en árabe al kaid don Enrique, á la estancia que, segun me han dicho, nos tiene preparada el rey tu amo.

—Sígueme, respondió el kaid.

El infante don Enrique y la Palomilla, fueron conducidos á una de las torres de la Alhambra Alta, que hoy se llama de las Infantas.

Allí encontró doña Juana á sus doncellas.

Y tan mal la habia sentado su desengaño, que obligó á su

marido á pedir licencia en el momento al rey para volverse á Alcaudete, y sin querer ver mas que lo que ya habia visto, aquella misma tarde partió con su marido, y bien resguardada, á la frontera.

El rey no la dejó partir sin otro magnífico regalo, que provenia de la sultana Adija.

IX.

Aburrida doña Juana, obligada á prescindir de aquel caballero del Aguila Roja, que se habia perdido, echó humor acre, no se ocupó en adelante mas que en la intriga, é intentó recobrar el prestigio que algunos años antes habia tenido sobre el rey.

Pero esto no era ya fácil.

El rey tenia á su lado á la reina doña Constanza, su esposa, que aunque muy jóven, era de buen ingenio y estaba aleccionada por el conde don Juan Alfonso de Alburquerque, que el rey su padre mantenía á su lado.

Doña Constanza, aunque solo tenia quince años, era muy precoz y sobremanera ambiciosa.

A pesar de que habia estado tanto tiempo junto á doña María de Molina, no la amaba; era la esposa del rey y queria ser reina: por consecuencia, todo dominio la irritaba, y no podia ver pacientemente que todo lo hiciese la reina doña María.

El rey amaba á doña Constanza, que era hermosísima, y que aleccionada por hombres que tanto conocian al rey, como el infante don Enrique y el infante don Juan, envolvía á don Fernando el IV, que ya contaba diez y ocho años, en la magia de su hermosura, de su amor, de sus halagos.

La influencia del infante don Juan y del infante don Enrique llegaba á doña Constanza por medio del conde don Juan Alfonso de Alburquerque, á quien el rey de Portugal tenia solo con aquel objeto al lado del rey; la altiva doña Constanza no hubiera sufrido la influencia de otro alguno.

X.

Esta conspiracion contra doña María de Molina, la mas terrible de cuantas contra ella se habian urdido, era sorda, oculta, impenetrable.

Y no era esto solo; no bastaba á los ambiciosos, á los que pretendian acrecentar su poder con la mengua del poder real, la influencia, hasta cierto punto legítima, de la esposa sobre el esposo.

Se necesitaba tambien la influencia de la amante, de la passion criminal y secreta.

Las gentes que tenia en su servidumbre el rey, éran capaces de todo.

Ya hemos dicho que la reina doña María no habia podido impedir esto, porque, hubieran sido estas ó las otras las personas que hubieran rodeado al rey, hubiera acontecido lo mismo: á todos los hubiera arrastrado á los malos hechos su ambicion; cuando una generacion está corrompida, la corrupcion se encuentra en todas partes, constituye la atmósfera social, vicia la manera de ser y de sentir de todo el mundo, están envueltos, intoxicados por la corrupcion, y la corrupcion no les estraña, no la notan; es su aliento, en una palabra; es su manera de ser y de sentir, como ya hemos dicho.

El que proviniendo de una esfera pura entra de repente en otras esferas infectas, siente su nauseabundo olor, como el que de un espacio libre y puro pasa de improviso al interior de un hospital ó de un cementerio.

Los que de allí no salen, los que están acostumbrados á aquellas atmósferas viciadas, oyen con estrañeza y con disgusto á los que se quejan del mal olor, que ellos no notan ni pueden notar porque están acostumbrados á él.

XI.

Conocíalo esto demasiado la reina doña María, y se habia resignado.

Temblaba por el espíritu de su hijo; pero ¿dónde encontrar bastantes hombres de honor y de virtud para constituir la servidumbre obligada del rey, que pudiesen, ayudando á la reina, encaminar la jóven alma de Fernando IV al bien?

Solo cuatro personas conocia la reina en quien poder fiar ciegamente.

Guzman el Bueno, el abad de Santander don Nuño Perez de Monroy, Zayda Fatima y el conde don Lope Diaz de Haro.

El primero hacia imprescindible falta en la frontera de Granada ó en Tarifa.

El segundo, esto es, el abad de Santander, canciller de la reina, era un hombre de salud delicada y que tenia sobre sí bastantes cargos con atender al servicio de la reina, siendo su factotum, su administrador, su tesorero, su consejero.

Zayda Fatima, por su sexo y por sus circunstancias especiales, no era otra cosa ni podia serlo que una dama de la córte, una amiga de la reina.

El conde don Lope Diaz de Haro no podia estar tampoco al lado del rey; él por sí solo hubiera bastado para deshacer todas las traiciones que contra la reina y por medio del rey se urdian.

El conde don Lope no podia ser ni era mas que el capitán de la compañía franca de los Hermanos de la Selva, á la que podia llamarse la guardia real simulada de la reina doña María, el último recurso en una situacion apurada, y que nada costaba á la reina, porque aunque su número habia crecido hasta hacerse respetable, aunque estaba provista de todos los pertrechos, ingenios y máquinas de guerra que se usaban entonces, el conde don Lope la mantenía á sus espensas, gracias al tesoro que

habia desenterrado de una cueva cerca de Haro, como ya sabemos, y que conservaba en un arca de hierro cerca de su lecho, ya fuese en una tienda, ya en la posada.

Nadie conocia la existencia de este tesoro mas que Zayda Fatima.

La reina no se esplicaba cómo el Sin nombre mantenía quinientos bravos hombres de armas, perfectamente montados y armados, y dos mil ballesteros, toda gente vieja y probada en lides, y un gran material de guerra.

Pero como la reina no preguntaba nunca sino de una manera indirecta y con un grande ingenio, y estas preguntas indirectas habian sido eludidas con no menos ingenio, ya por Zayda Fatima, ya por el conde, la reina doña María no sabia á qué atenerse, y si algo sospechaba era que todo esto se mantenía con los pechos, diezmos, primicias, alcabalas y foros que cobraba Zayda Fatima de las seis villas de su infantazgo.

Pero antes de que poseyese este infantazgo Zayda Fatima, ¿de qué se habia mantenido la siempre numerosa compañía franca de los Hermanos de la Selva? Acaso del valor de las riquísimas alhajas que habia traído sobre sí Zayda Fatima de Granada; acaso del dinero que, aun siendo infante, la hubiese enviado su hermano el rey de Granada.

En todo pensaba la reina cuando pensaba en esto, menos en que todo aquello se mantenía con el tesoro de los Haros, desenterrado por el conde don Lope.

La verdad era, que nunca se habia pedido á la reina para la compañía franca ni una talega, ni un sueldo, y que la gente que mejor siempre habia combatido por ella habian sido los Hermanos de la Selva, diezmados cien veces, y cien veces repuestos, y siempre aumentado el número.

Habia entonces por Castilla gran cosecha de aventureros, toda gente brava y ansiosa de sueldo y de bandera.

XII.

Muchas veces, al ver en grandes apuros á la reina, el conde don Lope habia mirado su arca, y aun la habia abierto para sacar del apuro á la reina doña María; pero tanto él como Zayda Fatima se habian dicho: no, es necesario que no nos quedemos pobres; puede llegar un dia en que la reina no tenga mas fuerza que la nuestra, en que todos sus vasallos se rebelen y la arrebaten sus reinos: entonces desplegaremos nuestras alas, aumentaremos nuestras fuerzas, seremos verdaderos capitanes francos en medio del desórden general y de las luchas entre los traidores, haremos la guerra por nuestra cuenta, lo llevaremos todo á sangre y fuego, sin que la voluntad de la reina nos lo impida, le conquistaremos un pequeño reino, y lo iremos ensanchando poniendo por mojones de él cabezas de grandes traidores, entre las que puede ser haya alguna de rey; que nuestra señora salga del apuro en que se encuentra como pueda: nosotros, para servirla bien, necesitamos dinero.

Y el conde don Lope volvia á cerrar su arca, y Zayda Fatima aumentaba el oro que contenia, con lo que despues de mantener su rango de infanta la sobraba de sus rentas.

La reina conocia la lealtad de sus dos grandes amigos, y los dejaba hacer.

XIII.

El conde don Lope no podia, pues, estar al lado del rey, porque se necesitaba entero para el lugar que ocupaba, y porque además, para que la reina le pusiese al lado del rey con un cargo importante, era necesario que el conde don Lope dejase su incógnito, y esto era imposible.

Todo lo que don Lope hubiera podido influir con el rey, habría sido por medio de su hermano don Diego Lopez de Haro, y este, desde la venida del infante don Juan á la córte, por lo del señorío de Vizcaya, estaba separado del rey y de todos los que le rodeaban, esperando receloso el momento de que el rey, influido por los infantes don Juan y don Enrique y por la reina doña Constanza, le quitase aquel señorío para dárselo á doña María de Haro, esposa del infante don Juan.

A duras penas si don Lope retenia á su hermano al lado de la reina para que no se fuese á Vizcaya y se encastillase en las Encartaciones, Durango y Balmaseda, atento ya á la defensa de su señorío.

XIV.

Entre tanto, hé aquí los enemigos de la reina que influían sobre el rey.

Primeramente, el astuto y malvado infante don Enrique, que estaba en inteligencia con el rey de Portugal, con el de Aragon, con el de Granada, en daño de doña María, y que no pretendia otra cosa que prolongar hasta el fin de sus dias su cargo de tutor del rey y guarda ó gobernador del reino, que tanto le habia producido y que podia producirle aún mucho mas. El infante don Juan, que tiraba á enmarañar todo para ver si en medio del enmarañamiento sacaba la corona de Castilla, ó por lo menos la de Leon y Galicia. Don Juan Nuñez de Lara, que tenia el cargo de mayordomo mayor, y que pretendia dominarlo todo sin límites, sin obstáculos, esto es, ser rey de hecho. La reina doña Constanza, que pretendia tambien el dominio supremo y se aliaba con los otros traidores, esperando dominarlos el dia que entre todos hubiesen excluido á la reina doña María. El hebreo don Simuel, almojarife ó tesorero del rey, que medraba haciendo al rey víctima de sus usuras, y que tenia un gran interés en que se encubriesen de una manera de-

finitiva los latrocinios que habia hecho á la reina doña María, no desconocidos por ella, pero tolerados á causa de las circunstancias; y como personajes de segundo órden, dependientes de los anteriores, el maestre de Calatrava don Pero Ponce, su hermano de leche, que habia dejado el adelantamiento de Andalucía por sacar villas y lugares, y obtenidos estos, pretendia recobrar el adelantamiento, para lo cual servia cuanto bien podia al infante don Enrique, que estaba en posesion de aquel pingüe cargo; Juan Alfonso de Benavides, vendido en cuerpo y alma á los traidores; Sancho Ruy de Escalante, camarero del rey y su gran confidente, con otros camareros tambien, grandes privados suyos; Sancho Sanchez de Velasco, merino mayor de Castilla, Fernan Gomez y Diego García de Toledo; y por último, el mas venal, el mas ambicioso de todos estos de segundo órden, el mas terrible por su decision para cualquier fechoría por grave que fuese, Gonzalo Gomez de Caldelas, montero del rey.

Esta era la terrible falange que rodeaba al rey en daño de la reina; falange solapada, miserable, que obraba bajo tierra como los reptiles, que no perdonaba adulacion ni condescendencia ni humillacion para apoderarse del ánimo del rey.

XV.

La reina doña María habia logrado hacerse temer, habia dominado la guerra civil, pero no habia podido dominar la otra guerra intestina, cuyo campo de batalla era la misma córte.

En las conversaciones que se celebran en la casa de la familia, se debe tener presente que el lenguaje debe ser claro y sencillo, evitando las palabras complicadas y los tecnicismos. Se debe hablar con calma y sin prisas, permitiendo que el otro pueda seguir el hilo de la conversación. Es importante también escuchar atentamente al otro, sin interrumpirlo y mostrando interés por lo que dice. El tono de voz debe ser moderado, ni demasiado alto ni demasiado bajo. En las reuniones familiares, se debe evitar hablar de temas polémicos o polémicos, y centrarse en temas de interés común. La comunicación debe ser fluida y natural, reflejando la confianza y el cariño que existe entre los miembros de la familia.

En las conversaciones que se celebran en la casa de la familia, se debe tener presente que el lenguaje debe ser claro y sencillo, evitando las palabras complicadas y los tecnicismos. Se debe hablar con calma y sin prisas, permitiendo que el otro pueda seguir el hilo de la conversación. Es importante también escuchar atentamente al otro, sin interrumpirlo y mostrando interés por lo que dice. El tono de voz debe ser moderado, ni demasiado alto ni demasiado bajo. En las reuniones familiares, se debe evitar hablar de temas polémicos o polémicos, y centrarse en temas de interés común. La comunicación debe ser fluida y natural, reflejando la confianza y el cariño que existe entre los miembros de la familia.

CAPITULO II.

UN BUEN SERVIDOR.

I.

Por el otoño de 1302 estaba la córte en Burgos, donde la reina recibió una embajada del rey de Francia, quejándose de que á los navarros se les hacian grandes daños talándoles la tierra y matándoles hombres y ganados, y que si la reina doña María no impedía esto, él lo tomaria á su cargo y haria cuanto estuviere en su mano para impedirlo.

Conoció la reina de dónde venia el tiro, y que aquello no era mas que un pretexto del rey de Francia para tener ocasion de hacer la guerra al rey de Castilla en inteligencia con los que tenían un gran interés en que la guerra continuase.

Reunió en consejo la reina al infante don Enrique, á don Juan Nuñez de Lara y á don Diego Lopez de Haro, les consultó sobre lo que debia hacerse, y ellos la dijeron que para escusar toda enemistad con el rey de Francia, seria bien que la reina y el rey se trasladasen á Vitoria, y que se dijese á don Alfonso Robray, que era gobernador de Navarra por el rey de Francia,

fuese á Vitoria á ver al rey, á la reina y á don Enrique; para tratar acerca del asunto que habian traído los embajadores del rey de Francia, y que se manifestase á este gobernador, que si los castellanos habian hecho daño en Navarra, no menores daños habian hecho los navarros en Castilla, y que si á lo uno era necesario poner enmienda, enmienda era tambien necesaria para lo otro.

Dióse esta respuesta á los embajadores del rey de Francia, que se volvieron satisfechos con ella al rey su señor.

II.

Aprovecharon esta ocasion don Enrique, el infante don Juan y don Juan Nuñez de Lara para apartar al rey de la reina, dejando á esta comprometida con el rey de Francia, y acordaron que el infante don Juan debia irse á León, donde tenia muchos amigos para esperar allí al rey.

El infante don Juan, con un fútil pretesto, se fué á Leon con su familia, y se dió el encargo de impulsar al rey á que se separase de la reina, á Gonzalo Gomez de Caldelas, á quien el rey estimaba mas que á ningun otro, como ya hemos dicho.

Este Gonzalo Gomez de Caldelas habia sido criado por la reina, que le habia puesto en la servidumbre del rey con el oficio de *tajar* en la mesa, ó de trinchar, como mejor queramos.

Gonzalo Gomez de Caldelas era astuto, insinuante, simpático, y bajo esta buena apariencia guardaba un corazon perfectamente malvado, y una ambicion sin límites.

III.

Paseaba el rey en una hermosa tarde de otoño, en la tarde del mismo dia en que habian partido despachados los emba-

jadores del rey de Francia, por la huerta del alcázar de Burgos.

Los árboles conservaban aún sus frondas, aunque su verdor iba tomando ese lánguido tono amarillento que anuncia la aproximación del invierno.

Estaba el ambiente fresco y diáfano, impregnado de la fragancia de las flores y de las plantas.

Una acequia ruidosa corría á lo largo del sendero entapizado de musgo por donde adelantaba el rey, cabizbajo y pensativo, seguido de Gonzalo Gomez, que guardaba silencio.

Algunas veces el sendero se perdía bajo una bóveda de verdura, y se oía entre la enramada el canto de algun ruiseñor.

—¿Qué se ha hecho, dijo el rey, de aquella doña Estrella de Velasco? Hace mucho tiempo que no la veo: no me he atrevido á preguntar á mi madre, y no sé si está todavía entre sus doncellas; pero vos debéis saberlo, porque vos lo sabeis todo.

—Esa es una historia larga, señor, dijo Gonzalo Gomez: doña Estrella está en el convento de las Huelgas de Valladolid; pero no estará mucho tiempo, porque hay quien la saque.

—¿Y quién ha de sacarla?

—De una parte, vuestro camarero Juan Alfonso de Benavides, que tenía tratado su casamiento con doña Estrella con su difunto padre.

—¿Cómo! ¿ha muerto el buen don Pedro Gutierrez de Velasco?

—Sí señor; por un grave disgusto que tuvo á causa de su hija.

—Vamos, dijo el rey, deteniéndose junto á un grueso árbol que estaba caído por tierra; está visto que yo no sé nada de lo que sucede en mi córte: ¿qué disgusto fué ese que dió doña Estrella á su padre?

—Fué la misma noche de las bodas de vuestra señoría con la señora reina doña Constanza, y mientras tenía lugar el sarao en el alcázar.

—Verdad es, dijo el rey; recuerdo que no vi aquella noche en el sarao á doña Estrella, y que hasta mucho tiempo despues no la he vuelto á ver, y aun así de luto: luego la he perdido de vista; pero sentémonos, Gonzalo Gomez; he corrido mucho, y me canso.

Y el rey se sentó en el tronco del árbol.

Gonzalo Gomez se guardó muy bien de igualarse con el rey, y como obedeciendo, se sentó, pero sobre la yerba.

—Contadme, contadme, dijo el rey; era muy hermosa aquella doña Estrella, y por cierto que siempre me estaba hablando de su hermosura y de su ingenio Benavides.

—Y no en balde, señor, porque doña Estrella, despues de los dos astros de la córte, que son vuestra madre y vuestra esposa, es la de mayor hermosura que se ve en ella.

—¿Y dónde os dejais á la infanta doña María de Granada y á la Palomilla?

—Son ya viejas, contestó con un desden solo contenido por un afectado respeto el insinuante trinchador del rey.

—¡Bah! veinticuatro ó veinticinco años, dijo don Fernando; ved qué vejez.

—Han amado mucho.

—No digais eso, Gonzalo Gomez, especialmente de la infanta doña María: la infanta doña Juana, os lo consiento, ha amado cuanto ha querido, pero á la infanta doña Maria no se la conocen amores.

—Porque los tiene ocultos, observó con intencion Gonzalo Gomez; y ya sabeis, señor, que la infanta doña María es un sér misterioso.

—Para mí no hay misterio, dijo el rey con una viva impaciencia: la infanta doña María no es mas que la infanta doña María, hermana del rey de Granada y ahijada de mi madre.

—Sin embargo, se dice....

—Que es infante y no infanta, ¿no es verdad? os digo que es infanta y muy infanta, y no lo digo yo esto porque haya tenido amores con doña María, que aunque quisiera, no lo alcanzara, sino porque tengo otras pruebas.

Gonzalo Gomez abandonó aquel siniestro empeño, porque vió que no daba luz, y dijo:

—En buen hora; pero la infanta doña María ama en secreto, y con tal desgracia, que la desventura ha empalidecido su belleza.

—Sí, dijo el rey; ama la triste á quien por ahora no puede ser suyo.

—Sea como quiera, señor, la una porque ha amado mucho, y la otra porque ama un imposible, están pálidas, tristes, y su hermosura no puede compararse á la fragante y jóven hermosura de doña Estrella de Velasco.

—¿Y por qué se metió en el convento esa señora?

—No se metió ella, sino que la metió la señora reina vuestra madre, por evitar los escándalos que por ella habia á cada momento en la córte; como que Juan Alfonso de Benavides y Pedro y Juan de Carvajal estaban siempre riñendo á propósito de doña Estrella.

—¡Ah! ¡los Carvajales! ¿y cuál de ellos es el que ama á doña Estrella?

—Pedro; ya recordareis, señor, que al dia siguiente de vuestras bodas se encontraron muertos junto á una reja de la casa en que habitaba un tio de doña Estrella, canónigo de la colegiata de Alcañiz, á cuatro criados de Juan Alfonso de Benavides: no se supo quiénes fueran los homicidas, porque los muertos no pueden declarar nada, pero las sospechas recayeron en los hermanos Carvajales; se les hizo proceso, pero probaron que habian estado en otra parte, y del proceso se desistió, aunque no de la sospecha.

—¿Y á quién de sus pretendientes ama doña Estrella? preguntó con interés el rey.

—A Pedro de Carvajal, por el cual desdeña cruelmente á Juan Alfonso de Benavides, á pesar de que Pedro Gutierrez de Velasco habia tratado el casamiento de Benavides con su hija, y tanto empeño tenia en él, que al ver los escándalos que por su hija sucedian, le entró tristeza, y viejo ya y enfermo, se murió, y su señoría la reina, por no violentar de una parte á doña Estrella casándola con quien no amaba, y por no faltar á la voluntad del difunto, que habia maldecido á su hija para en el caso de que con Carvajal se casase, por no privarse de los buenos servicios de los Carvajales, y por no contrariaros quitándoos de vuestro lado á Juan Alfonso de Benavides, cortó por lo sano,

y metió á doña Estrella en el monasterio de las Huelgas, lo cual no ha evitado el que Benavides y los Carvajales se aborrezcan de muerte, y estén siempre buscando ocasion de hacerse daño ó de matarse, aunque encubriéndose con la mayor cautela, porque tienen miedo de que la reina sepa que son enemigos, puesto que los juntó y los juramentó para que de allí en adelante tuviesen amistad, y no tirasen el uno contra los otros ni los otros contra el uno. ¡Ah! no sabeis cuánto os ama, y cuánto por vos se sacrifica Juan Alfonso de Benavides, porque la verdad es que no ama á doña Estrella, porque tiene amores, aunque secretos, con una hermosa dueña, que no puede casarse por no perder el gran usufructo de la hacienda de su difunto marido dejando de ser viuda.

—Pues si no ama á doña Estrella, ¿por qué ha pugnado por ser su marido? dijo el rey mirando con fijeza á Gonzalo Gomez de Caldelas.

—Porque vos amais á doña Estrella, señor, respondió audazmente Caldelas, haciendo bajar los ojos al rey.

—Es verdad, dijo este, que á doña Estrella amo: tengo en vos una gran confianza, Gonzalo Gomez, y no quiero ocultároslo: cuando me unieron con mi esposa, tan hermosa es la reina y tanto me ama, que me olvidé de todo punto de doña Estrella; pero, andando el tiempo, de doña Estrella volví á acordarme, y hoy la amo mas que antes.

—¡Ah! ¡si vos fuérais verdaderamente rey!... dijo el astuto Gonzalo Gomez.

—Pues qué, ¿no soy yo rey? respondió don Fernando.

—Indudablemente, señor, rey sois, pero quien manda es la señora reina vuestra madre: ella es la que tiene los dineros, ella los gasta, ella la que da y quita mercedes, ella la que hace la guerra ó ajusta la paz; su señoría, en fin, lo es todo, y vos no sois mas que el rey: y si vos quisiérais, vos seríais el único señor y rey absoluto, que ya estais en edad de mandar, y sois casado, y vuestros reinos os aman, y teneis leales servidores que os ayuden con sus consejos, y lo que la señora reina quiere es que esto dure siempre; pero mas largamente os hablarán si quereis don Juan Nuñez de Lara y don Ruy Perez Ponce, vuestro

deudo, y todo será que vos os atrevais á apartaros de la señora reina vuestra madre: el infante don Juan no se ha ido á otra cosa á Leon que para tenérslo preparado todo, á fin de que allí se os proclame por único rey y señor absoluto de vuestros reinos, con solo que hayais de oír hasta vuestra mayor edad, á vuestro tutor el infante don Enrique.

—¿Y con qué pretesto puedo yo separarme de mi madre? dijo el rey, á quien se iba haciendo dura la rigidez de la reina doña María.

—Mirad el pretesto, señor, dijo Gonzalo Gomez, señalando á una liebre que á poca distancia se habia puesto de *bolo*, como dicen los cazadores desde tiempo inmemorial, ó lo que es lo mismo, sentada sobre las patas, y lavándose tranquilamente la cara.

—Esperad, dijo el rey, que era muy cazador; no os movais, voy á ver si la mato.

Y desnudó su puñal, y cogiéndole por la punta, le tiró con tal rapidez, tal fuerza y tal acierto á la pobre liebre, que esta, aunque vió el movimiento y saltó, fué atravesada, tal vez por casualidad, y cayó.

Gonzalo Gomez se levantó, y trajo á la liebre moribunda con el puñal en el costado.

Lo sacó Gonzalo Gomez, lo limpió con un puñado de yerba seca, y lo dió al rey.

La liebre espiró al sacarla el puñal de la herida.

—Nunca he hecho tan buen tiro, dijo el rey; voy á comer con mucho placer esta liebre.

—Pues ella ha venido á avisaros, señor, del pretesto que podeis tomar para apartaros de la reina vuestra madre; salid de caza.

—Lo hablaremos, lo hablaremos eso, dijo el rey levantándose, con don Juan Nuñez, con don Enrique y con el maestre don Ruy Perez; decidles que me esperen esta noche á la queda en este mismo sitio.

—Este sitio, señor, es frio y húmedo, dijo Caldelas, y puede acometeros otra vez la cuartana.

—No, no, estoy ya perfectamente bueno; hace quince dias que no me da la calentura y antes no me dejaba; que vengan aquí: no quiero paredes desde detrás de las cuales puede escucharse: este otero es muy grande, y puestos en medio de él, aunque haya quien nos aceche desde detrás de los árboles, no podrán oír nada.

—Muy bien, señor; avisaré al infante don Enrique, á don Juan Nuñez y á don Ruy Perez, para que estén aquí á la queda esta misma noche, dijo Gonzalo Gomez, atando con un junco las patas de la liebre, que era colosal, y cargando con ella.

IV.

El rey emprendió la marcha hácia el alcázar, pensativo y cabizbajo.

Zumbaban en su oído los pérfidos consejos de Caldelas, y hacia ya mucho tiempo que oía estas mismas insinuaciones á la reina doña Constanza, á sus tíos los infantes don Enrique y don Juan, á don Juan Nuñez de Lara, á todos, en fin, los que le rodeaban y gozaban de su favor, y querian verle con poder para explotarle.

El rey ansiaba salir de todo género de sujeciones.

Se creia fuerte y capaz para gobernar su herencia sin intervencion alguna, y no meditaba que si habia llegado á aquella edad con corona, lo debia al continuo sacrificio, á la continua lucha, al continuo martirio de su madre.

La ingratitud no tiene memoria.

Dios queria que la prueba de la buena, de la noble, de la grande doña María Alfonso de Molina, fuese completa.

Mientras vivió Sancho IV habia luchado por atemperar su terrible carácter: viuda, madre de un rey niño y de unos infantes, el menor de los cuales solo tenia un año, habia llevado hasta la maravilla su paciencia, su firmeza, su actividad, su prudencia, su sabiduría: contrapesando mal los elementos, ma-

nejando traidores, habia logrado al fin hacer un reino á su hijo.

No bastaba esto: era necesario que su hijo tambien se la rebelase, yéndose con sus enemigos.

Dios amaba á doña María, Dios la purificaba por un largo y creciente martirio, Dios la glorificaba; en la cabeza del rey ardian la ambicion, la soberbia, las tendencias de su violento carácter, su propension á los placeres.

Ser rey, rey de veras, llevar sus ejércitos de una á otra parte, convocar las córtes, hablarlas, arrancarlas servicios, tratar de poder á poder con los otros reyes, vengarse de rebeldes, arrebatar á los antiguos traidores lo que estos habian arrancado á la corona, dominarlo todo, poner en respeto á Portugal, á Aragon, á Francia, arrojarle como un tigre sobre el reino de Granada, y echar de él á los moros.

Hé aquí los sueños que se revolvian en aquella juvenil cabeza.

Y luego, la voluntad libre, la mesa sin cortapisa de médicos autorizados y protegidos por su madre, la caza cuando quisiese, sin tener que pedir licencia á nadie, los placeres sin verlos amargados por severos consejos, todo esto le seducia; él era ya hombre, robusto, fuerte, bravo; su madre habia ya gobernado bastante: ¿por qué insistia su madre en el gobierno?

Don Fernando estaba ya predispuesto á todas las soeces, á todas las miserables calumnias de que se habian provisto los enemigos de la reina. Se metió en el alcázar, mandó á Gonzalo Gomez enviase la liebre á la cocina, se encerró en su cámara, y permaneció en ella impaciente y meditabundo hasta que al toque de queda se le presentó Gonzalo Gomez, y salió con él encubierto del alcázar, para ir á encontrar á los tres grandes señores con quienes debia tratar su primera y gran rebeldía.

CAPITULO III.

DE LA INFAME TRAMA QUE URDIAN VALIÉNDOSE DEL REY LOS ENEMIGOS DE LA REINA.

I.

Por distintos lados, como quien se encubre para hacer una mala cosa, llegaron al otero donde habia estado aquella tarde el rey con Caldelas, don Juan Nuñez de Lara, el infante don Enrique y el maestre de Calatrava don Pero Ponce ó don Ruy Perez, que tanto da.

—La ocasion se nos viene á las manos, dijo el infante don Enrique; y si no la aprovechamos, tarde ó nunca nos veremos libres del dominio de mi sobrino; parece que ha hecho pacto con algún poder sobrenatural que le ayuda: y ello es el caso, amigos míos, que á todos nos ha hecho bajar la cabeza, que ha acabado con la guerra, y que despues acabará con nosotros, quitándonos lo que nos ha dado para que le sirvamos.

—Pues si el rey consiente en seguirnos, dijo el traidor nauseabundo don Pero Ponce, que todo lo debia á la reina, no sa-

bemos cómo doña María se compondrá con el rey de Francia cuando todos andemos por otro lado con el rey nuestro señor, el único á quien debemos lealtad y obediencia.

—Tales pueden llegar á ser las cosas, dijo don Juan Nuñez, que el rey se tenga por muy dichoso con lo que le demos y con que le quede una sombra de corona: porque, ¿qué fuerzas tiene fuera de nosotros? Don Diego Lopez de Haro, á quien nos atraeremos solo con que el infante don Juan le haga pleito homenaje, si es necesario, de dejarle en quieta y pacífica posesion del señorío de Vizcaya: ¿acaso podrá hacer respetable á la reina ese caballero Sin nombre, ese aventurero que nadie sabe quién es ni de dónde saca los dineros con que paga sus caballeros y sus peones?

—¡Ah, qué buen hombre sois, don Juan Nuñez! ¿pues no veis que ese caballero Sin nombre, es sin duda un confidente de la reina que recibe secretamente de ella cuanto necesita para mantener esas quinientas lanzas y esos dos mil ballesteros?

—La reina está pobre, dijo el maestre de Calatrava.

—Decid que parece pobre, pero no digais que lo es; preguntadlo á ese zorro de canciller don Nuño Perez de Monroy, y él os dirá, si quiere, cuánto acapara para la reina y cómo andan las cuentas que doña María ha de dar al rey su hijo: ¿no salta á los ojos, don Juan Nuñez, que si la reina no ha dado ya su reino á su hijo, es porque quiere dilatar el tiempo de rendir esas cuentas? Y entre tanto vengan córtés y vayan córtés, y concedan servicios, y sáquense *manlievas*, y páguese mal y de mala manera á los caballeros: ¿dónde está todo ese oro sacado á estos reinos, hasta el punto de hacerles desfallecer de hambre, y del cual ni la décima parte se ha gastado en la guerra?

—La reina ha vendido todas sus alhajas, toda su vajilla, hasta su sortija de desposada.

—¡Ah! exclamó al oír esto el infante don Enrique.

—¿Qué decís, primo? preguntó don Juan Nuñez.

—Nada digo, contestó el infante, sino que teneis razon, primo don Juan. ¿Y sabeis que hace aquí mucho frio, que ya ha sonado la queda y que el rey tarda?

—Sabe Dios, dijo el maestro de Calatrava, cuántas precauciones tendrá que tomar para que no le sienta su madre; ella lo sabe todo, nos tiene rodeados de espías.

—Pues os aseguro que lo de esta noche no lo sabrá, dijo don Juan Nuñez, porque nadie creerá que para entrar aquí hemos escalado los muros.

—Esa mujer, dijo el infante don Enrique, tiene sin duda un espíritu familiar que la avisa; pero ¡silencio! me parece percibir ruido de pasos.

—Sí, sí, ciertamente, dijo el maestro de Calatrava; pasos de dos hombres, uno de ellos debe ser el rey, y el otro nuestro buen amigo Gonzalo Gomez.

II.

Acercábanse en efecto dos bultos que aparecieron entre una enramada.

Eran el rey y su trinchador.

Se acercaron.

—Buenas noches, primos, dijo el rey; buenas noches, hermano; he tardado un poco, ¿no es verdad? fué necesario que Gonzalo Gomez viese si estaba franco el camino, y ha encontrado bultos; ha sido necesario esperar á que esos bultos desaparecieran.

—¿Qué bultos eran esos, Gonzalo Gomez? preguntó el infante don Enrique.

—Eran dos hombres que siempre van juntos y que solo el verlos me irrita: el capitán de la gente de guerra de la infanta doña María de Granada, y su albéitar, un pícaro que dicen que es astrólogo y envenenador y brujo.

—A vos os ha pasado algo con ellos, Gonzalo Gomez, dijo el rey; porque don Melchor Zancudo es muy buen sugeto, y no lo es menos el otro; como que me ha curado mis cuartanas con no sé qué polvos amargos como la tuera: no los queráis mal, que

al fin se quitaron de nuestro camino, y hemos podido salir sin ser vistos; pero hemos salido por la leñera, mis buenos amigos.

—Pues guardad, dijo Caldelas, que á estas horas no sepa la infanta doña María que habeis salido, porque saberlo la infanta es lo mismo que si lo supiera la reina.

—Cuando lleguen, llegarán tarde, dijo don Juan Nuñez; tratemos de lo que tenemos que tratar, y vos, Gonzalo Gomez, poneos de guarda á fin de avisarnos si viene alguien.

Caldelas se retiró contrariado.

—Y bien, mi buen tio, mi buen hermano, mi buen primo, dijo el rey; ya estoy aquí, ya estamos solos; nadie escucha, como no sea la yerba que pisamos: ¿qué teneis que decirme?

—Que ya es hora, señor, contestó don Juan Nuñez de Lara.

—¡Que ya es hora, que ya es hora!... siempre me estais diciendo lo mismo; pero para mí nunca llega la hora, mientras que para vosotros siempre es hora de crecer.

—Necesitamos fuerzas para serviros, señor, dijo el infante don Enrique; y si por nuestra lealtad no se nos hubiera dado algo qué, ¿cómo podríamos ayudar ahora á vuestra señoría?

—¡Vuestra lealtad, vuestra lealtad, dijo el rey, que era violento y se contenia á duras penas, y habeis querido vender vos, mi buen tio, mi villa de Tarifa en cuya toma tanto ahinco puso el rey mi padre que segun dicen de ello murió!... ¡vuestra lealtad, vuestra lealtad, y vos, don Juan Nuñez, estaríais aún en guerra contra mí, si no os hubiera tomado preso don Juan Alfonso de Haro!... ¡vuestra lealtad, hermano Ruy Perez, y si no os damos no sé qué villas y castillos os hubiérais ido de nuestro servicio al de mi buen tio el infante don Juan y de mi buen primo don Alfonso de la Cerda!... Mirad: no me gustan palabras huecas, que á nada conducen; vengamos al propósito.

—Yo, señor, dijo el maestre de Calatrava, tuve razones bastantes para dejar el adelantamiento de Andalucía, y desnaturarme con sujecion al fuero de los hijo-dalgos.

—Basta, basta, dijo el rey; no niego yo que tuviérais razon para desnaturaros de estos reinos, y para pedir villas, lugares y castillos por volver á tomar vuestra natura de ellos.

—La reina vuestra madre, dijo don Juan Nuñez de Lara, lo quiere todo para sí; quiere someter á todos los hombres buenos, ricos hombres é infantes á su voluntad, y no mas que á su voluntad; ha querido, quiere y querrá reinar siempre, sin mirar que estos reinos tienen un rey legítimo, mozo ya, en disposicion de gobernar: la reina no oye á nadie mas que á ese don Nuño Perez de Monroy, á don Diego Lopez de Haro y á don Juan Alfonso, que la sirven el uno porque es señor de Vizcaya, el otro porque es señor de los Cameros, y estos señoríos los perderán el dia en que se haga justicia por el rey, porque el señorío de Vizcaya es de la mujer del infante don Juan, hija legítima del conde difunto don Lope; el señorío de los Cameros es mio, por heredamiento de mi padre; y la reina, que lo sabe demasiado, mantiene esa usurpacion, como otras tantas que tienen disgustados á los mas leales vasallos de vuestra señoría.

—La reina, dijo el infante don Enrique dejando caer sutilmente sus palabras, no tiene en gran parte la culpa de lo que sucede; oye dócilmente á su grande amigo don Alfonso Perez de Guzman, que es los ojos por donde ve la reina.

—¡Pero si don Alfonso Perez, exclamó el rey vivamente inquieto, está allá en Tarifa, y de siglo á siglo viene á la córte, y esto cuando el peligro arrecia!....

—No tan de tarde en tarde, dijo el infante, entra en Valladolid un caballero encubierto, que tanto viste un hábito benedictino como una sobrevesta de luto, y que conserva tenazmente sobre el semblante una máscara de hierro.

—Ese es el Sin nombre, el bravo capitán de la compañía franca de los Hermanos de la Selva, dijo el rey.

—A veces, el hábito benedictino ó la sobrevesta de luto no encubren al caballero Sin nombre, sino á un caballero que le tiene muy conocido.

—Nunca se ve en el alcázar al capitán de la compañía franca: por lo mismo, tampoco se ve al que puede encubrirse bajo el traje y el incógnito del caballero Sin nombre.

—Pero el alcázar de Valladolid, así como el alcazarejo, tienen minas secretas, dijo el infante don Enrique.

—¿Y conocéis vos esas minas, mi buen tío? dijo con cuidado el rey.

—No, por mas que he hecho, dijo don Enrique; pero sé que esas minas existen por el relato que me hizo de una conversacion que tuvo con vuestro padre, vuestro tío el infante don Juan.

—¿Y qué conversacion fué esa, tío don Enrique? preguntó el rey, que estaba cuidadoso.

—Decia un dia al rey don Sancho el infante don Juan: «Causa pavor el pensar que la traicion se meta en nuestro alcázar y nos encontremos al pecho el puñal de nuestros mas íntimos servidores.—A lo que el rey don Sancho contestó sonriendo:—Hermano, nuestro padre fué muy sabio; conocia demasiado que no puede fiarse ni aun en la lealtad de los hijos, y en los principales alcázares de sus reinos, tales como el de Sevilla, el de Córdoba, el de Valladolid, y el de Burgos, puso salidas secretas que dan á la cámara del rey y que nadie mas que el rey conoce.—¿Y dónde están esas minas? preguntó don Juan como llevado por la curiosidad.—A lo que el rey contestó.—No pudiéndose fiar en la lealtad de los hijos, como yo lo he probado, ni en la lealtad de los hermanos, como me lo habeis probado vos, el rey debe guardar un profundo secreto acerca de lo que en un caso de traicion puede salvarle.»

—¡Buen aviso! exclamó el rey don Fernando: y si yo supiera, que no lo sé, dónde y cómo están las minas de esos alcázares, no lo diria á nadie, por aquello de que no puede fiarse en la lealtad de ninguno.

—La nuestra está bien probada, señor, dijo el infante don Enrique: sin nosotros, ¿qué hubiera sido de vuestra corona?

—Bien, bien, dijo el rey, disimulando y procurando aparecer el inocente; indudablemente, aunque habeis tenido algunos altibajos á causa de los agravios que segun decís os ha hecho la reina, me habeis servido bien; cuando hablo de traicion no me refiero á vosotros, pero en vosotros no se encierra el mundo: si vosotros no lo sois, lo son la gran parte de los que nos rodean, y hay que vivir con cautela: puede ser, si yo supiera dónde están

esas minas, que os lo revelara á vosotros; pero nó, no lo sé, no por Dios.

—Eso demuestra, dijo Ruy Perez Ponce, que la reina os oculta muchas y grandes cosas, y hace buena nuestra razon el que, siendo vos el rey, no tenga para con vos la buena fé que debiera, y el que, siendo ya mozo, no quiera partir con vos el gobierno de estos reinos en union con el infante don Enrique, y el que esté entorpeciendo siempre las buenas cosas que el infante don Enrique, don Juan Nuñez, todos los que os aman y yo haríamos, si se nos dejase hacer.

—Ahí teneis lo de Tarifa, dijo el infante don Enrique; la reina no quiere venderla, porque se opone á ello su grande amigo don Alfonso Perez de Guzman.

—No puedo creer, dijo el rey, que la reina mi madre mantenga una amistad tal como la que decís con Guzman el Bueno.

—¡Ay si un dia muriese doña María Alfonso Coronel! dijo don Juan Nuñez: y dicen que doña María Alfonso tiene la salud muy quebrantada, y que de un momento á otro puede llegar la noticia de su muerte.

—¿Y qué? dijo el rey con acento verdaderamente terrible.

Pero sin encogerse ni acobardarse, el infante don Enrique contestó:

—¡Qué! que tendríamos á vuestra madre, que no quiso casar con aquel malaventurado infante de Aragon, don Pedro, casada con ese héroe, que no se sabe si es cristiano, ó moro, ó judío, porque ha servido á todo el mundo, y que sirviendo á todos ha ganado tanto, que se habla de sus inmensos tesoros.

—Me estais revelando cosas verdaderamente terribles, mis buenos amigos, dijo el rey, que vacilaba y pronunciaba mal sus palabras.

III.

La calumnia empezaba á producir sus ponzoñosos resultados en el corazon de jóven príncipe; su sed por reinar, por hacer la

guerra, por dominarlo todo; su ambicion, su irascibilidad, su mala disposicion á todo yugo; las insinuaciones del rey de Portugal, que llegaban á él por medio del conde don Juan Alfonso de Alburquerque y de la reina doña Constanza; su afan por vengar todas las humillaciones que habia sufrido el trono, le hacian encontrar con placer motivos para apartarse de su madre; pero al mismo tiempo, la vergüenza que iba envuelta en aquella audaz calumnia le quemaba el rostro, le desesperaba, le amargaba el contento del pretesto para emanciparse.

—Y no es esto solo, dijo don Juan Nuñez, que ansiaba vengarse de la humillacion á que se le habia sujetado á cambio de su libertad; al casamiento de don Alfonso Perez de Guzman con la reina, se uniria otro casamiento, el de la infanta doña Isabel con el infante don Alfonso, heredero del reino de Aragon.

—¡Ah! exclamó el rey, á cuyas entrañas llegó la ponzoña de las palabras de don Juan Nuñez.

—Sí, dijo el maestre de Calatrava; la reina ama sobre todos sus hijos á la infanta doña Isabel; uniéndola con el heredero de Aragon, cubre con un falso pretesto su alevosía contra vos, porque dirá al mundo y á la historia: «Hice esto, porque los reinos de Aragon y Castilla se uniesen y fuesen fuertes y respetados.»

—¡Ah! repitió el rey, ya con acento rugiente: eso no será, ¡vive Dios! corona me dió mi padre, y yo sabré defenderla de todas las traiciones, hasta de las que de mi madre vengan; pero ¿por qué, por qué ha de hacer esto mi madre conmigo?

—¿No veis, señor, dijo don Enrique, que pronto llegareis á vuestra mayor edad, y tendrá que daros cuenta de vuestra hacienda, y no podrá dárosela de lo que os ha quitado y ha ido á aumentar el tesoro de ese tan ponderado caballero que guarda á Tarifa como cosa suya?

—¡Ah! yo arrancaré á mi madre el velo hipócrita con que se cubre, exclamó el rey.

—¿Qué imprudencia! dijo el infante don Enrique: ¿de qué la acusaríais? ¿con qué pruebas? ella ha sabido, comprando á los unos, halagando á los otros, hacerse amar de estos reinos; estais en tutela; una sola palabra que se dijese seria avisar á la reina,

y de la misma manera que ha peleado, no por vos, sino por la infanta doña Isabel para sujetar á su dominio toda Castilla y acabar la guerra, volveria á encender la guerra civil, se aliaría francamente con el rey de Aragon, y se daria lugar á que sobreviniera mas pronto vuestra exclusion de la corona, para que la ciñera la infanta doña Isabel.

—Para combatir las grandes traiciones, dijo don Juan Nuñez, son necesarias gran prudencia, gran paciencia, mucha intencion y mucha voluntad; hay que coger los traidores desprevenidos, y herirlos en el momento en que ellos se apresten á dar el golpe.

—Pues bien, dijo el rey; callaré, sufriré, y daré el golpe sobre seguro, yo os lo prometo.

—Seguid nuestros consejos, dijo el infante don Enrique, y os salvais y salvais á vuestros reinos, que sin vos pasarán á ser la herencia de Aragon, y nos salvareis á todos.

—Y luego, dijo don Juan Nuñez, aunque la reina no anduviese en tales tratos, ¿qué necesidad teneis vos, que sois rey de Castilla y de Leon, y ya grande y en buena edad, de andar siempre en pos de vuestra madre, sin saber nada y sin que se os estime ni se os tema, porque todos saben que no sois vos el rey sino vuestra madre, y creerán que no sois bueno para el lugar de rey en que Dios os ha puesto, y de andar siempre como hasta aquí, pobre y menguado, cuando con quererlo vos, con apartaros de vuestra madre, y con seguirnos á tierra de Leon, y aveniros con vuestro tio el infante don Juan, y á este con todos nosotros, principalmente con vuestro tio el infante don Enrique, tomareis el gobierno de todos vuestros reinos, y sereis rey y señor cual debeis, rico y próspero, y mandareis y prohibireis, y hareis cuanto querais?

IV.

Era cuanto podia decirse á la inquieta ambicion de un jóven inesperto, de carácter poco sufrido, soberbio, ansioso de libertad.

—Por las razones que me habeis dicho, contestó el rey, conozco que verdaderamente sois buenos y leales para mí, y consentimiento en apartarme de mi madre y confiarme á vosotros; ya veré yo la manera de que esto se haga cuanto antes: y ahora, y porque temo que mi madre, que nunca duerme, recele y de algo se aperciba, bueno será que dejemos esto por ahora y que nos separemos, que ya os avisaré yo con lo que fuere por Gonzalo Gomez de Caldelas.

—Que Dios os guarde, señor, dijo el infante don Enrique, y que no vacileis en vuestro buen propósito.

Y tras esto, el rey y los conjurados contra la reina se separaron; ellos se perdieron entre las cercanas espesuras, y el rey se fué á buscar á Caldelas al lugar en que este se habia puesto en guarda.

V.

—¿Ha sobrevenido algo? dijo el rey.

—No señor, contestó Caldelas; todo está tranquilo.

—¿Cómo haria yo, Gonzalo Gomez, dijo el rey, para apartarme de la reina mi madre?

—Decidla, dijo Caldelas, que mientras se va ó no á Vitoria perdeis el tiempo aquí en Burgos; y bien seria, si por bien lo tuviese, os dejase ir á caza algunos dias, que os divertiríais y cobraríais mucha salud, y cazaríais cuanto quisiéreis, que bien sabe la reina la grande aficion que teneis á la caza, y que seria bien fuese con vos á caza don Juan Nuñez; todo lo cual os concederá vuestra madre, porque no está prevenida, y si no lo otorga, señal será de que algo barrunta, y se podrá tomar otro camino para nuestro propósito.

—¡Pardiez! que me parece bien lo que me habeis aconsejado, Gonzalo Gomez, dijo el rey; y así lo haré como vos decís, y demos punto á esto y callemos, que vamos por entre árboles y la reina tiene puestos en todas partes espías y no sabemos si podemos ser escuchados.

Y guardando silencio, siguieron adelante, y por un lugar á trasmano penetraron en el alcázar y llegaron á la cámara del rey sin ser sentidos.

VI.

—Decid á Juan Alfonso de Benavides que venga, dijo el rey á Caldelas; quiero hablar con él.

—¡Ah señor! dijo Caldelas: habreis de esperar algunos dias para poder hablar con Benavides; pero cuando con él hableis, hablareis tambien con otra persona que amais mucho.

—¿Quién es? dijo el rey sobreescitado.

—¿Os habeis olvidado ya, señor, de doña Estrella de Velasco, y de que doña Estrella de Velasco fué metida por vuestra madre en el monasterio de las Huelgas de Valladolid?

—No por Dios, dijo el rey; ¿y por doña Estrella ha ido Juan de Benavides?

—Apercibido va para que se la entreguen, que es de muy buen ingenio Benavides y muy arrojado para cualquier empresa; y si no se la entregan, él la sacará del convento y la llevará á Castrojeriz, donde para entonces ya estareis vos: tal vez, tal vez á estas horas Juan Alfonso de Benavides tiene ya en su poder á doña Estrella.

—Pues bien, á Castrojeriz iremos: id con Dios, Gonzalo Gomez; buenas noches.

El trinchador salió.

El rey fué á una puertecilla de su cámara, la abrió, atravesó un pasadizo bastante largo y que al parecer estaba abierto en el muro, abrió otra puerta, y entró en otra cámara.

En ella, hablando alegremente con dos de sus camareras, estaba la jóven reina doña Constanza.

Al ver al rey, dió un grito de alegría, se levantó, despidió á sus camareras, y luego se arrojó en los brazos del rey y le besó en la boca.



Doña Constanza le amaba con el delirio del primer amor.

El rey pagó con otro beso el beso de su esposa, la asió por la mano, la llevó al sillón que habia abandonado, tomó otro, se sentó junto á ella, y la dijo:

—Tenemos que hablar mucho, señora.

—¡Oh! yo tambien tengo que deciros mucho, esposo y señor.

—Pues oid, dijo el rey.

—Escucho, contestó la reina inclinándose hácia él y asiendo con sus dos pequeñas manos la mano del rey.

CAPITULO IV.

EN QUE SE VE QUE EL REY Y LA REINA DOÑA CONSTANZA TRABAJABAN
POR SU CUENTA Y CONSPIRABAN CONTRA LOS CONSPIRADORES.

I.

—Pero ¿qué teneis, señor? dijo asustada la reina al ver á la luz de la lámpara que ardía sobre la mesa, de lleno y por completo el semblante pálido, bilioso y descompuesto del rey.

—Hay cosas, señora, que cuando se oyen nos abrasan los oídos, el corazón, el alma; hay cosas que nos parecen imposibles, hijas ponzoñosas de la calumnia y de la infamia; hay cosas que no queremos creer y de las cuales no podemos dudar, porque parece increíble que tales cosas se digan siendo falsas.

—¿Qué es eso? ¿qué decís de calumnias, señor? exclamó doña Constanza: ¿se ha atrevido alguno á poner en vuestra esposa la lengua infame?

—¡Ah! no, no se trata de vos, se trata de mi madre.

—¡Ah! exclamó doña Constanza tranquilizándose y dejando ver en sus hermosos ojos azules una chispa de alegría, porque odiaba á la reina madre: ¿y qué dicen?

—Dicen que mi madre es mi enemiga.

—¡Pues mirad qué cosa! dijo doña Constanza: lo mismo me decia esta tarde el conde don Juan Alfonso de Alburquerque.

—¿Y qué os decia?

—Me decia: «El rey es inocente, confia en su madre, y cree que por él ha peleado y sufrido la reina; ¡ah! van á suceder grandes cosas, y Dios quiera que podamos salvar al rey.»

—¿Eso ha dicho?

—Y otras muchas cosas: que la reina es avara, que ha robado las rentas reales, que para aliviar de tributos á nuestros reinos y hacerse con su afecto, ha dispuesto de lo que no era suyo; que á los mejores hombres del reino, á los que mejor os hubieran ayudado á reinar, los ha perseguido, los ha desterrado y los ha obligado á rebelarse.

—¿Y quiénes son esos hombres, señora, tan leales á mí que yo no los conozco?

—Desengañaos: aquí no hay mas lealtad que el interés, y al que mas paga á aquel se le sirve mejor, y aquel es el mejor que mas da: dicen que si el infante don Juan ha andado desavenido con vos, y que si se ha rebelado don Juan Nuñez, y que si el infante don Enrique anda disgustado y reácio, y que si otros muchos hombres buenos y caballeros andan fuera de estos reinos, y que si nuestros vasallos se mueren de hambre, de todo es la causa la reina, que no quiere tener junto á sí á quien pueda refrenarla, y que, insaciable de dinero, ha reducido sus reinos á la miseria en fuerza de sacarles tributos.

—¿Eso dice Alburquerque?

—Y eso dice tambien mi noble padre, que afirma que si no se acude pronto al remedio, os quedareis sin corona.

—¿Tambien eso? dijo el rey: ¿tambien dice eso el señor rey de Portugal?

—Lo dice todo el mundo, contestó la reina doña Constanza, que era, como ven nuestros lectores, un eco de lo que acababa de oír el rey en la huerta del alcázar.

—Pues bien, dijo el rey despues de haber oido todas las infamaciones que habian salido de la pequeña y linda boca de la

reina doña Constanza contra la reina doña María; todo eso acabará muy pronto; estoy decidido á hacer conocer á todo el mundo, que no es tan fácil arrancar la corona al hijo primogénito del rey don Sancho el Bravo: me separo de mi madre, y me voy á Leon con don Juan Nuñez de Lara.

—¡Ah! ¿y os vais solo? exclamó con cuidado doña Constanza.

—¡Solo! ¡sin vos! ¡imposible! no podria vivir sin vos; os amo mucho, señora mia.

—¡Ah! no hareis mas que pagarme, señor, porque yo os adoro, y me causaria gran pesar el apartarme de vos.

—¡Ah, no! vendreis conmigo.

—¿Y vendrá tambien vuestra madre?

—¿Cómo ha de venir mi madre, si de ella me separo?

—¿Y no vais á ir á Vitoria para el pleito que nos ha puesto el rey de Francia?

—Irá mi madre sola: ¿para qué me necesita? ¿no es ella la reina? ¿no es ella la que en mis reinos lo hace y lo deshace todo? ¿qué necesidad tiene de mí?

—La reina no permitirá que os separeis de ella.

—¡Ah, sí! porque nada sospecha, y yo la pediré licencia para ir de caza algunos días, acompañado de don Juan Nuñez, y llevándoos á vos, por supuesto, porque á vos os agrada tambien mucho la montería.

—¡Ah! tengo un traje nuevo de bellorí verde con oro, que no me lo he puesto aún, y el rey mi padre me ha enviado una hacanea ruana que aún no he montado: ved qué buena ocasion: ¡ah! voy á mandar que me busquen algunas buenas javalinas, y que me preparen aquella buena ballesta de marfil y acebo que vos mandásteis hacer para mí en la Judería de Toledo.

—Fué mi madre, dijo el rey con voz sorda: y por cierto que la costó buena cantidad de maravedises, por lo labrada que está á maravilla, y por que todos los juegos son de oro.

—Sí, dijo con impaciencia doña Constanza; pero vos me la dísteis: ¿y qué quereis que haga la reina mas que halagarnos para confiarnos? tambien me ha dado un alhaite de perlas, que no tiene otro igual ninguna reina, y que lo trajeron á Vallado-

lid unos ricos mercaderes de joyas: ¡ya lo creo! para dominar á las gentes hay que halagarlas; pero guarda la ponzoña que ocultan esos dones.

La jóven reina era infinitamente mas ambiciosa que el rey, y aborrecia de muerte á la noble, á la desventurada reina doña María, porque mantenía al rey en una sábia y prudente tutela.

II.

—¿Y qué dice don Juan Alfonso de Alburquerque? preguntó el rey.

—Dice que si vos tuviérais valor, os libertaríais y me libertarías á mí de la dura sujecion en que nos vemos, pobres, desestimados de todo el mundo porque no tenemos poder para nada ni por nadie podemos hacer nada: ¡qué reyes! ¡llevados con andadores por vuestra madre, y pensar que vuestra madre no os ama y que piensa desheredaros!

La jóven reina charlaba de memoria todo lo que la decía Alburquerque, obedeciendo las instrucciones de su señor el rey de Portugal.

—Y bien, dijo el rey; ¿no os ha dicho el conde don Juan Alfonso con qué podemos contar si me separo de mi madre?

—¡Ah, señor! dijo animándose la reina: podemos contar con Portugal de una parte, y con la guerra que hará á la reina Francia.

—Pero la reina tendrá en su ayuda, si son ciertas sus intenciones, á Aragon, con el heredero de cuyo reino pretende casar á mi hermana doña Isabel.

—Aragon se vendrá con nosotros cuando vea que contra nosotros no puede hacer nada porque somos demasiado fuertes; el rey de Granada se pondrá tambien de nuestra parte si le prometemos darle la villa de Tarifa cuando nos haya servido bien; tenemos además á nuestro tio el infante don Juan, que no ha renunciado á la corona de Leon, á don Juan Nuñez, al maestre

de Calatrava, al de Santiago, á gran número de ricos hombres y caballeros, y sobre todo al infante don Enrique.

—¿Y qué habremos adelantado? dijo el rey: los moros nos habrán quitado á Tarifa y algunas villas y castillos mas en la frontera; vuestro padre el rey de Portugal nos habrá quitado la mitad de Estremadura; el rey de Aragon, el reino de Murcia, mas aquello de que se apodere en las fronteras de Castilla; el rey de Francia, la parte que de Navarra nos pertenece; el infante don Juan, los reinos de Leon y de Galicia, sin contar con que puede ser que tengamos que dar un infantazgo ó una corona á don Alfonso de la Cerda; don Juan Nuñez se tomará en pago la mitad por lo menos de lo que nos quede, y el infante don Enrique nos exigirá pleito homenaje para que le conservemos la guarda de los cuatro pasos de terreno que nos hayan quedado por reino, para toda su vida.

—¿Sabeis lo que dice Alburquerque, que es un hombre de mucha esperiencia? Los traidores son muy buenos para usar de ellos mientras se les paga; la cuestion es quitarles luego todo lo que se les ha dado para que nos sirviesen, cuando no nos hagan falta: ¿qué ha hecho la reina doña María? dar, dar, ceder á todo, valerse de los unos contra los otros, dividirlos, debilitarlos, vencerlos, dominarlos; triunfemos de la ambicion de vuestra madre, y despues podeis contar con el bravo reino de Portugal, y con los que hayan tomado de vos para llegar al punto en que vuestra madre se ha puesto, y entonces, ni se le dará al moro Tarifa, ni se consentirá en que los reyes de Aragon y de Francia se apoderen del reino de Murcia y de la Navarra castellana, y con cortar las cabezas al infante don Juan, á los Haros, á los Laras, á los grandes traidores, y con que se muera el infante don Enrique, que como dice muy bien Alburquerque, es ya viejo, y debe morir de un momento á otro, sereis sin oposicion y sin estorbo alguno rey de todos vuestros reinos.

—¿Sabeis que no piensa mal el conde don Juan Alfonso? Pero ni él, ni vos, ni nadie, han contadó con lo que aman mis reinos á mi madre, y con que los conejos son capaces de perecer por ella.

—Porque los engaña, porque la creen buena madre vuestra y gran madre de la patria; pero cuando sepan que os ha robado á vos y á ellos, cuando sepan cuáles han sido las intenciones que ha tenido ocultas, cuando llegue un dia en que resplandezca la verdad, la arrojarán de sí con tanta ira como amor la han mostrado defendiéndola por creerla buena.

—¡Ah! exclamó el rey: ¡casar á mi hermana doña Isabel con el infante don Alfonso de Aragon! ¡tener mi madre tratos secretos con Guzman el Bueno!

—¡Ah! ¿y no sabeis que la pobre doña María Alfonso Coronel está muy enferma? la ha ido matando lentamente la memoria de su hijo, degollado delante de los muros de Tarifa.

—¡Pobre madre! exclamó conmovido el rey: ¡gran caballero!

—Sí, pobre madre, sí, dijo la tenaz doña Constanza; y gran caballero, sí, gran caballero, si no guardara bajo esa apariencia de grandeza una miserable traicion.

—Sí, sí, ya sé lo que dicen, contestó el rey, que queria evitar que los rosados labios de su jóven esposa le repitiesen lo que le habian dicho los lívidos y convulsos de don Juan Nuñez de Lara; sí, sí, ya sé, pero me parece imposible.

—Nada hay imposible, señor, respondió la jóven reina, que era un eco de lo que oia al conde don Juan Alfonso de Alburquerque, al infante don Enrique, á don Juan Nuñez de Lara y á algunos otros del partido del rey contra la reina, de los cuales doña Constanza estaba siempre rodeada: vos no sabeis hasta qué punto la hipocresía puede tomar la apariencia de la virtud; vos no sabeis cuánto una cosa puede ser lo contrario de lo que parece, y sin mas andar, ahí teneis á la infanta doña María de Granada, que parece lo que no es.

—¡Bah! dijo el rey: acerca de eso no puedo dudar, porque sé bien lo que es la infanta doña María.

—¿Y qué es esa señora? dijo con la espresion de quien propone un acertijo la jóven reina.

—Pues, dijo el rey; es lo que acabais de decir, una señora, y una señora admirable.

—Mas acertado andaríais si dijerais que es un caballero, y

un admirable caballero, porque, á la verdad, lo que se cuenta del caballero del Aguila Roja es admirable.

—Os afirmo, dijo el rey, que si todo lo que se dice de mi madre y de Guzman el Bueno es tan cierto como lo que se dice de doña María de Granada, haria muy bien mi madre, descubriéndolo, en ahorcar á los que de tales infamias se ocupan.

—Señor, dijo doña Constanza, asustada por el aspecto airado que habia tomado el rey al decir estas palabras; no parece sino que á mí me creéis calumniadora, y que deseais que me ahorquen por lo que digo.

—Líbreme Dios de tal pensamiento; vos no haceis mas que repetir lo que oís.

—Lo que se dice por todo el mundo, lo que se sabe de pública voz y fama.

—De pública voz y fama se dicen muchas infamias, dijo el rey; infamias que todo el mundo cree, que todo el mundo repite, porque la multitud es ignorante, crédula y mal criada, y gusta de ocuparse de indignidades; pero yo os puedo probar que doña María de Granada y de Molina es una mujer, una dama que posee el corazon y la bravura de un hombre, la lealtad y la nobleza de un caballero, la virtud de una santa, y la dulzura y la resignacion de un ángel.

—¡Oh, señor, y qué elogios! dijo con acento celoso la reina.

—Elogios merecidos, y que no deben inquietaros, porque conozco yo desde muy niño, como la conoceis vos, á doña María de Granada, y no una pasion bastarda es lo que me inspiraba, sino admiracion y respeto, ya como cuando ahijada de mi madre la ha servido, la ha amado, la ha ayudado en nuestra educacion, ya cuando como capitán franco, al frente de una brava compañía, armada y terrible, la ha defendido heroicamente de sus enemigos, hasta el punto de ser herida gravemente en Mayorga: ¡ah! no, no; conozco bien á doña María, conozco harto á Guzman el Bueno, sé que si á alguien ama don Alfonso Perez de Guzman, no es ciertamente á la viuda de su señor el rey don Sancho; sé que si á alguien ama la infanta doña María, no es como caballero encubierto bajo un traje de mujer lo cual

desmiente el solo aspecto de la infanta, á mi madre, no; esas son calumnias é iniquidades; yo sé á qué atenerme; no soy ya un niño; he visto mucho, he sufrido mucho, y mis diez y ocho años valen por cincuenta; yo no creo que mi madre se haya olvidado de su dignidad; no, no lo puedo creer, la conozco bien: el dia en que por fin sea yo rey, anegaré en sangre todas esas calumnias; lo que no quita que crea lo que veo, lo que basta para que me separe de mi madre, y para que, si no como hijo, como rey, la haga, si es necesario, la guerra; sí, sí, creo en sus proyectos de casar á mi hermana doña Isabel con el infante don Alfonso de Aragon; mi hermana es muy niña, y mi madre puede conservar por largo tiempo su tutela; mi madre se ha acostumbrado á mandar y á gobernar, y procurará alargar cuanto pueda su mando y su gobierno. ¡Ah! eso no será; no; estoy decidido; mañana mismo pido á la reina licencia para irme á cazar unos dias con don Juan Nuñez, y como os amo mucho, os llevo conmigo; despues, Dios dirá.

—En efecto, dijo la reina, al ver que si el rey defendia por una parte á su madre la acometia por otra, y que la situacion iba bien; es muy posible que esta gente que nos rodea calumnie á vuestra madre, porque esa gente es capaz de todo.

—¡Ah! dejadlos hacer, dejadlos hacer: hagámonos los ignorantes, los crédulos, mientras no tengamos fuerzas; pero el dia en que las tengamos, que vean con una sorpresa de miedo que se han engañado todos, y el primero vuestro padre.

—¡Mi padre! dijo la reina.

—Sí, vuestro padre; tanto conspira contra nosotros el rey de Portugal, como mi madre y como todos los otros ambiciosos que nos rodean y que nos están mintiendo siempre lealtad y cariño: desengañaos, doña Constanza: todos van por su granjería, y es necesario que nosotros vayamos tambien por la nuestra; pero prudencia, por Dios, señora mia, prudencia; aún no habeis cumplido diez y seis años, y aunque sois de muy buen ingenio y habeis aprendido mucho, porque en la córte se aprende mas de lo que se quiere, especialmente cuando la córte va de acá para allá, perdida en la guerra civil, rodeada siempre de egoistas y de trai-